



Alberto Moravia

LA CAMPESINA



BIBLIOTECA GRANDES EXITOS



BIBLIOTECA GRANDES ÉXITOS

ALBERTO MORAVIA

LA CAMPESINA

EDICIONES ORBIS, S. A.

Título original: *La ciociara* (1957)

Traducción: Domingo Pruna

Director de la colección: Virgilio Ortega

© 1966 Casa Ed. Valentino Bompiani

© 1972 Plaza & Janés, S. A. Editores

© Por la presente edición, Ediciones Orbis, S. A.

Apartado de Correos 35432, Barcelona

ISBN.: 84-402-0256-3

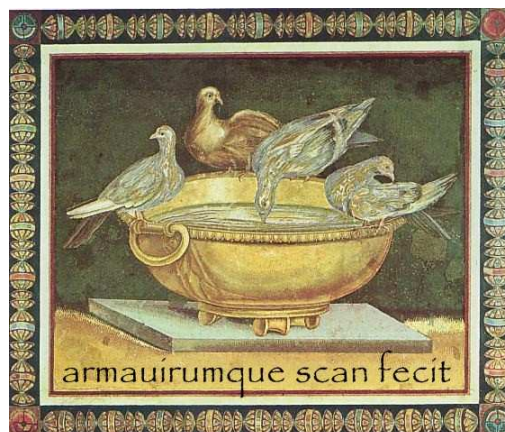
D. L.: B. 9.658 - 1988

Impreso y encuadernado por

Gráficas Ramón Sopena, S. A.

Provenza 95, - 08029 Barcelona, 1988

Printed in Spain



La campesina
Alberto Moravia
Ediciones Orbis, S. A.
Barcelona, 1988
ISBN.: 84-402-0256-3

El libro fue escrito en 1957 siendo uno de los más celebrados de este autor. Hay quien apunta que en él aparecen vivencias personales del propio Alberto Moravia durante la guerra. La publicación de *La mascarada* (1941), libro prohibido en el cual criticaba abiertamente a los dirigentes fascistas, causó su persecución por lo que tuvo que esconderse para evitar la prisión viéndose obligado finalmente a abandonar el país hasta el final de la guerra. Posteriormente se hizo una película sobre el libro, dirigida por Vittorio de Sica y protagonizada por Sofia Loren, interpretación que le valió un oscar en 1960. (Creo que el título en castellano de la película es “Dos mujeres”).

Roma, septiembre de 1943, hace apenas dos meses que Mussolini ha sido destituido y con los aliados ya en el sur del país, el gobierno italiano decide ahora firmar un armisticio, rindiendo a su ejército y poniendo fin así a su ridícula participación en la II Guerra Mundial. El ejército alemán no tiene más remedio que asumir el control del frente italiano para impedir que los aliados accedan en un paseo triunfal al centro de Europa. En un último estertor, Mussolini funda en el norte del país, con ayuda de los alemanes, la República Social Italiana. Con dos cabezas, la situación del país no puede ser más caótica. Aparte de la falta de artículos de primera necesidad y de la vertiginosa caída del valor de la moneda, todo el país adolece también de sistema alguno que permita aplicar las leyes con un mínimo de coherencia, convirtiéndose en un lugar muy inseguro. Las exacciones de los últimos apuntados al carro del fascismo y los delincuentes que ahora campan a sus anchas esquilman aún más si cabe a un pueblo completamente desorientado que sólo vive con la esperanza de que lleguen los aliados y traigan comida y orden al país. Vana ilusión.

En este contexto sitúa Moravia a la protagonista del libro, Cesira, una joven viuda que, exasperada por la situación de carestía en que se ve sumida Roma, no duda en coger sus ahorros y abandonar temporalmente su pequeño piso y su tienda en el barrio romano del Trastevere, huyendo con su hija Rosetta, una joven ya “en edad de merecer”, en dirección a su pueblo natal, situado en una zona montañosa entre Roma y Nápoles, con la esperanza de que “en el campo las cosas irán mejor”. Moravia nos proporciona por tanto, una vez más, dos personajes femeninos al borde de una situación límite. Si en *La Romana* se trata de una madre que empuja a su hija a la prostitución, en *La campesina* se trata de dos refugiadas que tratan de sobrevivir en un país sin cabeza, y por tanto sin ley, ocupado por uno de los ejércitos más cruentos de este siglo, con el agravante de que se encuentra en el justo momento de darse cuenta que está perdiendo la guerra.

Cuando Cesira y Rosetta llegan a su tierra natal, se dan cuenta de que la situación allí no es nada halagüeña. A medida que los aliados avanzan lentamente, la línea del frente se ha ido desplazando hacia el norte, por lo que, ante tal perspectiva, todos los pueblos han ido quedando desiertos ya que la gente ha huido hacia el norte o a las montañas. En esta coyuntura, Cesira y Rosetta no tienen más remedio que subir también al monte, pagando alojamiento y comida a precio de oro a los campesinos del lugar. Las condiciones en que les toca vivir son sin duda penosas, agravadas por la llegada del mal tiempo. La llegada de las lluvias estanca el avance aliado, y lo que en principio iba a ser una estancia de pocas semanas, se convierte en una estancia que durará meses. A medida que la situación se va alargando, los campesinos se dan cuenta de que tienen el bien más valioso, mucho más que lo que el dinero pueda valer, la comida, aprovechándose en muchos casos de la situación. Los refugiados se encuentran con que su dinero cada vez vale menos y además ya no todo el mundo está dispuesto a vender (“ya se sabe, el dinero no se come”).

Escondidas en el monte, viviendo en una cabaña usada como telar, Cesira y Rosetta conocen lo mejor y lo peor de la guerra. Entre lo mejor, destacar el personaje de Michele, un joven licenciado, huido al monte tras el armisticio, cuando los alemanes tomaron el control y trataron de reclutar por la fuerza al ejército rendido.

Como en otras novelas de Moravia, el argumento no es lo importante, sino que es la evolución psicológica de los personajes a medida que los hechos se van sucediendo. El cuadro pintado por Moravia no puede ser más dramático. En él sale a relucir lo mejor y lo peor del espíritu humano. Es una de las facetas de la guerra: su capacidad de mostrar a la gente como realmente es. De nuevo, el perfil psicológico del personaje principal es trazado con una perfección absoluta, aflorando todas las contradicciones que nos acosan cuando nos vemos sometidos a una situación límite, en la cual está en juego nuestra propia supervivencia. Como dice Cesira, en estado de guerra, la gente hace cosas que no se les pasarían por la cabeza en circunstancias normales. Muchos lo hacen justificándose por lo que están padeciendo, pero muchos también lo hacen aprovechándose del caos generado, siempre con la misma infame excusa en la boca: “Es la guerra, y ya se sabe lo que pasa en las guerras”. Así se van planteando multitud de dilemas éticos a los que, por suerte, muy probablemente ninguno de nosotros se ha tenido que enfrentar hasta la fecha. Pero según vas leyendo, llega el momento en que te haces la inevitable pregunta: ¿qué haríamos yo y mi supuesta integridad en una situación como esa? El endurecimiento del alma humana está omnipresente a lo largo del libro. Moravia no duda en mezclar diferentes personalidades, trazando su evolución a resultas de sus vivencias personales: la visión pragmática y resuelta de Cesira, una mujer de armas tomar, la candidez y la bondad de Rosetta, a quien su madre considera prácticamente una santa, o el radicalismo de Michele, quien tras aparecer como un revolucionario de salón, poco a poco va sorprendiendo al lector por su entereza e integridad.

Para finalizar, una impresión de Michele tras la muerte de Tommasino, estraperlista hasta el mismo día de su muerte: “Lo siento porque era buena persona. Pero ha muerto como mañana podría morir mucha gente como él: corriendo detrás del dinero y haciéndose la ilusión de que sólo existe el dinero, y luego de improviso, quedándose helada de miedo al ver lo que hay detrás del dinero”.

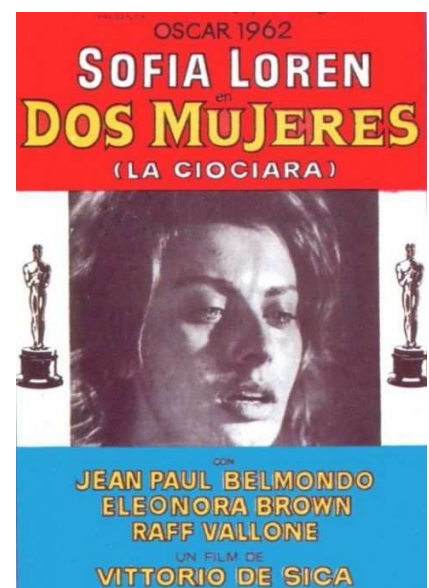
Dos mujeres (*La ciociara*)**Ficha técnica****Título original:** La ciociara**Director:** Vittorio de Sica**Guión:** Cesare Zavattini y Vittorio De Sica
(Novela: Alberto Moravia)**Música:** Armando Trovajoli (AKA Armando Trovaioli)**Fotografía:** Gábor Pogány**Reparto:** Sophia Loren, Jean Paul Belmondo, Raf Vallone, Eleanora Brown**Productor:** Carlo Ponti.**Nacionalidad:** Italia**Año:** 1961**Duración:** 100 minutos.**Premios:** Oscar a la mejor actriz (Sophia Loren), en 1961. El mismo año recibe el premio a la mejor actriz del Festival de Cannes.**Sinopsis**

Año 1943. Italia durante los nueve meses de ocupación alemana. Cesira (Sophia Loren) es una campesina que, tras casarse, se va a vivir a Roma, pero se ve obligada a huir de la capital por el avance

de la guerra. Preocupada por la su pequeña hija Rosetta, de trece años, la mujer decide refugiarse en casa de unos parientes en los montes de Ciociaria, donde a su llegada es acogida con entusiasmo y calor humano. La vida discurre serena lejos del frente, casi ignorando el conflicto que está destruyendo el país. La bella Cesira encuentra el cariño de Michele (Jean Paul Belmondo), un joven intelectual que quiere ser partisano y que, enamorado de ella, intenta persuadirle para que se una a la idea de un mundo nuevo, iluminado por un sentido más elevado de la justicia.

Armando Trovajoli La Ciociara Soundtrack Album Track Listing

- | | |
|--------------------------------------|----------------------------|
| 1. Two Women | 16. Somewhere A Dream |
| 2. A Mother's Love | 17. First Kiss & First Lie |
| 3. A Night Full Of Stars | 18. Good—Bye & Good Luck |
| 4. Country Air | 19. Tenderness |
| 5. Innocence | 20. Somewhere A Dream |
| 6. Nightmare | (Instrumental) |
| 7. A Warning | 21. Shadows |
| 8. Waiting For Dawn | 22. Cesira's Dream |
| 9. Christmas Greetings | 23. After The Violence |
| 10. A Word Of Love (Instrumental) | 24. Bastards |
| 11. The Endless Road | 25. Where Can Rosetta Be |
| 12. Clock Curiosity | 26. So Much Pain |
| 13. In The Mind | 27. Two Women Alone |
| 14. I'll Take You | 28. Ma Dio Addò Sta |
| 15. A Word Of Love (English Version) | |



CAPÍTULO PRIMERO

Ah, los buenos tiempos de cuando me casé y dejé mi pueblo para venir a Roma. Ya sabéis la canción:

*Ovando la ciociara si malita
a chi tocca lo spago e a chi la ciocia¹*

Pero yo se lo di todo a mi marido, cordón y zapato, porque era mi marido y también porque me llevaba a Roma y estaba contenta de ir y no sabía que, precisamente en Roma, me esperaba la desgracia. Tenía la cara redonda, los ojos negros, grandes y penetrantes, y el pelo, negro también, me crecía casi sobre los ojos, recogido en dos trenzas muy tupidas que parecían cuerdas. Tenía la boca roja como el coral y, cuando me reía, enseñaba dos hileras de dientes blancos, regulares y apretados. Era fuerte, entonces, y sobre el rodete, en equilibrio sobre la cabeza, era capaz de llevar hasta medio quintal. Mi padre y mi madre eran labradores, ya se sabe, pero me habían hecho un ajuar como a una señora, treinta de todo: treinta sábanas, treinta fundas de almohada, treinta pañuelos, treinta camisas, treinta bragas. Todo género fino, de lino recio hilado y tejido a mano por la misma mamá, en su telar, y algunas sábanas también tenían la parte que se ve toda bordada con muchos bordados muy bonitos. También tenía corales, de esos que valen más, de color rojo oscuro, un collar de corales, zarcillos de oro y de corales, un anillo de oro con un coral, y hasta el hermoso broche también de oro y de corales. Además de los corales, tenía algunos objetos de oro, de familia, y un medallón para prender sobre el pecho, con un camafeo muy hermoso, en el cual se veía a un pastorcillo con sus ovejas.

Mi marido tenía una tiendecilla de comestibles, en Trastevere, en el callejón del Cinque, y alquiló un pisito arriba de la tienda, de suerte que, asomándose a la ventana del dormitorio, podía tocar con los dedos el letrero color sangre de buey que ponía «pan y pasta». El pisito tenía dos ventanas que daban al patio y otras dos a la calle. Eran cuatro piezas en total, pequeñas y bajas, pero yo las amueblé bien. Unos cuantos muebles los compramos en Campo di Fiori y los demás los teníamos de familia. El dormitorio era nuevo, con la cama de matrimonio de metal pintado a imitación de madera y los testers adornados con ramilletes y guirnaldas; en el salón, puse un bonito sofá con molduras y forrado con tela floreada, dos silloncitos con la misma tela y las mismas molduras, una mesa redonda para comer y un aparador para la vajilla, de porcelana fina, con los bordes dorados y un dibujo de fruta y flores en el fondo. Mi marido bajaba por la mañana temprano a la tienda y yo hacía la limpieza. Fregaba, barría, bruñía, quitaba el polvo, aseaba todos los rincones, todos los objetos: después de la limpieza, la casa era verdaderamente un espejo y, por las ventanas con visillos blancos, entraba una luz tranquila y suave y yo contemplaba las estancias y, al verlas tan ordenadas, limpias y relucientes, con todas las cosas en su sitio, sentía no sé qué alegría en el corazón. Ah, qué hermoso es tener casa propia, donde no entra nadie y nadie conoce, y pasarse la vida limpiándola y ordenándola. Terminada la limpieza, me vestía, me peinaba con esmero, cogía la cesta y me iba al mercado a hacer la compra. El mercado estaba a pocos pasos de casa y yo daba vueltas entre los puestos, durante más de una hora, no para comprar, pues gran parte de los víveres los teníamos en la tienda, sino para mirar. Recorría los puestos y lo miraba todo, fruta, verduras, carne, pescado, huevos; sabía cómo iba el asunto y me gustaba calcular los precios y las ganancias, valorar la calidad, descubrir los enredos y los trucos de los vendedores. También me gustaba discutir, sopesar el género y, luego, volver a discutir de nuevo para, al final, no llevarme nada.

¹ Cuando la campesina se casa,
a quién toca el cordón y a quién el zapato.

Alguno de aquellos vendedores también me cortejaba, y me daba a entender que me daría el género gratis si le hacía caso; pero yo le respondía de tal modo que en seguida comprendía que no había nada que hacer con una como yo. Siempre he sido vehemente y cuesta poco hacer que se me suba la sangre ala cabeza. Entonces, me pongo furiosa y es una suerte que las mujeres no lleven en el bolso una navaja como los hombres, pues, si no, sería capaz hasta de matar. Un día, a uno de los vendedores que me molestaba más que los otros y porfiaba en hacerme proposiciones y quería regalarme el género por fuerza, le perseguí con un alfiler y, afortunadamente, intervinieron los guardias, que si no se lo plantaba en la espalda.

En fin, volvía a casa contenta y, después de haber puesto agua a hervir para el caldo, con los condimentos, algún hueso y algún trocito de carne, bajaba en seguida a la tienda. También allí era feliz. Vendíamos un poco de todo, pasta, pan, arroz, legumbres secas, vino, aceite, conservas, y yo estaba detrás del mostrador como una reina, con los brazos desnudos hasta el codo y mi medallón con el camafeo prendido al pecho: tomaba el género, lo pesaba, hacia la cuenta rápidamente con el lápiz y un trozo de papel de estraza, envolvía, entregaba. Mi marido, en cambio, era más premioso. Hablando de mi marido, olvidaba decir que era ya casi viejo cuando me casé con él y hubo quien dijo que me casé por interés y, a decir verdad, nunca estuve enamorada de él, pero tan cierto como hay Dios que siempre le he sido fiel, aunque él, en cambio, no lo fuese conmigo. Era un hombre que tenía sus manías, pobrecito, la principal que gustaba a las mujeres, cuando, en cambio, no era verdad. Era gordo, pero no de una gordura sana, de ojos negros inyectados de sangre, la cara amarilla y como manchada de hebras de tabaco. Era bilioso, taciturno, grosero y cuidado con contradecirle. Se ausentaba continuamente de la tienda y yo sabía que iba a reunirse con alguna mujer, pero juraría que las mujeres sólo le hacían caso cuando les daba dinero. Con dinero, ya se sabe, se consigue hasta que una casadita se levante las faldas. Yo comprendía en seguida cuándo le iba bien el amor, porque entonces estaba casi alegre y hasta amable. Cuando, en cambio, no había mujeres, se ponía sombrío, me contestaba mal y, alguna vez, hasta me pegaba. Pero, una vez, le dije:

—Tú vete con las furcias cuando te parezca, pero no me toques, porque, de lo contrario, te dejo y me vuelvo a casa.

Yo, en cambio, no quería amantes, aunque muchos, como ya he dicho, me iban detrás; toda mi pasión la ponía en la casa, en la tienda y, cuando me nació la niña, en mi hija. El amor no me importaba nada e incluso, quizá, como solamente había conocido a mi marido, tan viejo y feo, casi me daba asco. Tan sólo quería estar tranquila y que no me faltase de nada. Por lo demás, una mujer debe permanecer fiel al marido pase lo que pase, aunque el marido, como en este caso, no le sea fiel a ella.

Mi marido, con los años, ya no encontraba mujeres que le hiciesen caso, ni siquiera por dinero, y se había vuelto en verdad insoportable. Llevaba ya mucho tiempo sin hacer el amor con él cuando, de pronto, quizá porque no tenía mujeres, volvió a encapricharse de mí y quería obligarme a hacer el amor de nuevo, pero no como marido y mujer, así, sencillamente, sino como lo hacen las furcias con sus amantes, por ejemplo, agarrándome del pelo e intentando hacérmelo meter en la boca, que es una cosa que nunca me gustó y nunca quise hacer, ni siquiera cuando vine a Roma por primera vez, de recién casada, y era tan feliz que casi me hacía la ilusión de estar enamorada de él. Le dije que no quería hacer más el amor con él, ni a la manera de las esposas ni a la de las furcias; y él, la primera vez, me pegó hasta hacerme sangrar por la nariz; luego, al ver que estaba decidida de veras, dejó de ir detrás de mí, pero empezó a odiarme y a molestarme de todas las maneras posibles. Yo aguantaba, pero en el fondo le odiaba también y no podía ni verle. Llegué a decírselo al cura en confesión: «Un día eso acabará mal», y el cura, como buen cura, me aconsejó que tuviese paciencia y dedicase mis sufrimientos a la Virgen. Entretanto, había tomado en casa a una chica para que me ayudase, una tal Birce, que tenía quince años. Y sus padres me la habían confiado porque era casi una niña; él se puso a cortejarla, y cuando veía que yo estaba ocupada con los clientes, dejaba la tienda, subía las escaleras de dos en dos, iba a la cocina y se echaba encima de ella como un lobo. Aquella vez, me rebelé y le dije que dejase en paz a la Birce; luego, como él porfiaba en

atormentarla, la despedí. Por lo que él se puso a odiarme más que nunca y fue entonces cuando empezó a llamarme revoltosa:

—¿Ha vuelto la revoltosa? ¿Dónde está la revoltosa?

En suma era una pesada cruz y, cuando enfermó seriamente, debo confesarlo, casi sentí alivio. Pero le cuidé con amor, como se debe cuidar al marido cuando está enfermo; y todo el mundo sabe que ya no me ocupaba de la tienda y que siempre estaba a su lado y que hasta llegué a perder el sueño. Murió, por fin; y, entonces, me sentí de nuevo casi feliz. Tenía la tienda, tenía el piso, tenía a mi hija que era un ángel y, en verdad, no deseaba nada más de la vida.

Aquéllos fueron los años más felices de mi vida: 1940, 1941, 1942, 1943. Es cierto que había la guerra, pero yo, de la guerra, no sabía nada, ya que como sólo tenía a mi hija, nada me importaba de aquélla. Podían matarse como quisiesen, con aviones, con carros blindados, con bombas, que a mí me bastaba la tienda y el piso para ser feliz, como, en efecto, lo era. Por lo demás, poco sabía de la guerra, pues, aunque sepa contar y hasta poner la firma en una tarjeta postal, a decir verdad no sé leer bien y los periódicos los leía tan sólo por los sucesos, es más, me los hacía leer por Rosetta. Alemanes, ingleses, americanos, rusos, para mí, como dice el proverbio, eso que mata mata, es de la misma raza. A los militares que venían a la tienda y decían: venceremos aquí, iremos allá, seremos eso, haremos lo otro, yo les respondía: para mí todo va bien mientras la tienda vaya bien. Y la tienda iba bien, de veras, aunque hubiese aquel inconveniente de las cartillas de racionamiento y Rosetta y yo estuviésemos todo el día con las tijeras en la mano como si fuésemos modistas y no comerciantes. La tienda iba bien porque yo era valiente y en el peso siempre lograba ganar un poco y, además, también porque, como existía el racionamiento, las dos hacíamos un poco de estraperlo. De vez en cuando, Rosetta y yo cerrábamos la tienda y nos íbamos a mi pueblo, o bien a cualquier otra localidad más próxima. Nos íbamos con dos grandes maletas de fibra, vacías; y las traíamos de nuevo llenas de todo un poco: harina, jamón, huevos, patatas. Me había puesto de acuerdo con la Policía de Abastos, porque ellos también pasaban hambre, y, así, vendía más bajo mano que abiertamente. Uno de la Policía, sin embargo, se puso entre ceja y ceja la idea de aprovecharse de mí. Vino y dijo que si no hacía el amor con él, me denunciaría. Yo le dije con mucha calma:

—Está bien, pasa más tarde por mi casa.

Él se puso muy encarnado, como si le hubiese dado un ataque, y se fue sin decir nada. A la hora fijada, acudió, le hice pasar a la cocina, abrí un cajón, cogí un cuchillo y, de improviso, se lo apunté al cuello:

—Tú denúnciame, pero antes te degüello.

Se asustó y dijo atropelladamente que yo estaba loca, que lo había dicho en broma. Y añadió:

—Pero, ¿tú no eres como las demás mujeres? ¿No te gustan los hombres?

Le respondí:

—Ésas son cosas que debes ir a decirlas a las otras... Yo soy viuda, tengo la tienda y sólo pienso en la tienda... para mí, el amor no existe, recuérdalo para tu gobierno.

De momento no se lo creyó y continuó cortejándome durante un tiempo, aunque con mucho respeto. Sin embargo, yo había dicho la verdad. El amor, después del nacimiento de Rosetta, no había vuelto a interesarme, y quizá tampoco antes. Soy así, nunca he podido sufrir que alguien me ponga las manos encima; y si mis padres no me hubiesen arreglado en su tiempo el matrimonio, creo que aún hoy sería como mi madre me trajo al mundo.

Pero al parecer, engaño, porque gusto a los hombres y, aunque soy un poco bajita y con los años haya echado carnes, tengo la cara tersa, sin una arruga, los ojos negros y los dientes blancos. En aquel período que, como he dicho, fue el más feliz de mi vida, fueron incontables los hombres que me pidieron en matrimonio. Pero yo sabía que apuntaban a la tienda y al piso, hasta los que pretendían quererme de veras. Quizá ni siquiera ellos sabían que, más que yo, les atraía la tienda y el piso y se engañaban sobre sus intenciones; pero yo juzgaba por mí misma y pensaba: «Me daría a cualquier hombre por la tienda y el piso... ¿Por qué ellos habrían de ser diferentes de mí? Todos somos de la misma madera.» Y si al menos hubiesen sido no digo ricos, pero por lo menos acomodados...; pero no, eran desesperados que, se veía a la legua, necesitaban situarse. A uno de

Nápoles, un agente de seguridad pública que se hacía más el enamorado que los otros y trataba de atraparme con adulaciones, cubriéndome de obsequios y llamándome incluso, a la manera napolitana, «doña Cesira», se lo dije francamente:

—Vamos a ver, si no tuviese la tienda y el piso, ¿vendrías a decírmelas, esas cosas?

Aqué!, al menos, fue sincero. Respondió, riendo:

—Pero si el piso y la tienda los tienes tú.

Sin embargo, en verdad, si fue sincero es porque yo ya le había quitado toda esperanza.

Mientras tanto, la guerra continuaba, pero yo no me preocupaba de ella, y cuando en la radio, después de las cancioncillas, leían el parte, le decía a Rosetta:

—Cierra, cierra esa radio..., que se maten esos hijos de zorra, que se degüellen entre sí mientras quieran, pero yo no quiero oírles. ¿Qué nos importa a nosotros su guerra? Ellos se la hacen entre sí sin pedir el parecer de la pobre gente que debe ir a ella y, entonces, nosotros, que somos la pobre gente, tenemos derecho a no preocuparnos.

Pero, por otra parte, debo decir que la guerra me favorecía: cada vez hacía más estraperlo y más caro, y en la tienda cada vez vendía menos a los precios establecidos por el Gobierno. Cuando comenzaron a bombardear Nápoles y las otras ciudades, la gente venía a decirme:

—Huyamos, aquí nos matarán a todos. .

Y yo respondía:

—A Roma no vendrán, porque en Roma está el Papa... Además, si me voy, ¿quién se encargará de la tienda?

Hasta mis padres me escribieron desde el pueblo invitándome a ir a su casa, pero rehusé. Rosetta y yo cada vez íbamos más a menudo al campo con las maletas, y traíamos a Roma todo lo que encontrábamos: las aldeas estaban abarrotadas de víveres, pero los campesinos no querían venderlos al Gobierno porque el Gobierno no les pagaba bastante, y esperaban a los estraperlistas porque se los pagábamos a precio de mercado. Además de en las maletas, mucho género nos lo poníamos encima; recuerdo que, una vez volví a Roma con unos cuantos kilos de salchichas atadas en torno al talle, bajo la falda, hasta el punto que parecía estar encinta. Y Rosetta se metía los huevos en el seno y, luego, cuando se los sacaba; estaban calientes como si acabasen de salir entonces de la gallina. Aquellos viajes, sin embargo, eran largos y peligrosos; y, una vez, en la provincia de Frosinone, un avión ametralló al tren, y éste se paró en pleno campo y yo le dije a Rosetta que se apease y se guareciese en la zanja, pero yo no me apeé, porque las maletas estaban llenas de género y en el compartimiento había unos sujetos poco tranquilizadores y una maleta se roba en seguida. Por lo que me tumbé en el suelo, entre los asientos, con los almohadones de las literas sobre el cuerpo y la cabeza, y Rosetta bajó con los demás y se guareció en la zanja. El avión, tras habernos ametrallado la primera vez, dio una vuelta en el cielo y volvió a la carga, volando bajo sobre el tren parado, con un terrible estruendo del motor y el tableteo seco, como de granizo, de las ametralladoras. Pasó, se alejó y, luego, hubo silencio y, por fin, todos volvieron a sus compartimientos y el tren arrancó de nuevo. Aquella vez, hasta me mostraron las balas: tenían un dedo de largas y unos decían que eran los americanos y otros los alemanes. Yo, sin embargo, le dije a Rosetta:

—Tú debes hacerte el ajuar y la dote. Los soldados vuelven de la guerra, ¿no? Sin embargo, en la guerra les pegan tiros constantemente y se las ingenian para matarlos de todas maneras. Pues bien, también nosotras volveremos de estas excursiones que hacemos.

Rosetta no decía nada, o bien decía que ella iría a donde fuese yo. Tenía un carácter dulce, diferente del mío, y Dios sabe que si alguna vez hubo un ángel en la tierra era precisamente ella.

Yo le decía siempre a Rosetta:

—Ruega a Dios que la guerra dure todavía un par de años... Entonces, tú no tan sólo tendrás la dote y el ajuar, sino que te harás rica.

Pero ella no contestaba, o bien suspiraba y, al final, supe que tenía al novio en la guerra y siempre tenía miedo de que se lo matasen. Se escribían, él ahora estaba en Yugoslavia, y yo me informé y me enteré de que era un buen chico de Pontecorvo, y que sus padres tenían un poco de tierra, que él estudiaba teneduría de libros y había interrumpido los estudios por la guerra, pero que

contaba con reanudarlos una vez terminada ésta. Entonces, le dije a Rosetta:

—Lo importante es que vuelva de la guerra... Luego, del resto me encargaré yo.

Rosetta se me echó al cuello, feliz. Y yo, entonces, podía decirlo de veras: me encargaré yo. Tenía el piso, tenía la tienda, tenía dinero arrinconado y las guerras, ya se sabe, un día u otro han de terminar y todo vuelve a su sitio. Rosetta, incluso, me dio a leer la última carta de su novio y recuerdo, sobre todo, una frase: «Aquí llevamos una vida verdaderamente dura. Estos esclavos no quieren dejarse dominar y siempre estamos en estado de alarma.» Yo no sabía nada de Yugoslavia; pero, de todos modos, le dije a Rosetta:

—Pero, ¿qué hemos ido a hacer nosotros en ese país? ¿No podíamos quedarnos en casa? Ellos no quieren dejarse dominar y tienen razón, te lo digo yo...

En 1943 hice un negocio importante: varios jamones, una docena, que debía llevar de Sermoneta a Roma. Encontré el modo de ponerme de acuerdo con un camionero que transportaba cemento a Roma, puse los jamones bajo los sacos de cemento y, así, los jamones llegaron sanos y salvos. Con ellos gané bastante, porque todo el mundo quería. Quizá fue el asunto de los jamones lo que me impidió darme cuenta de lo que estaba sucediendo. Al regreso de Sermoneta, me dijeron que Mussolini había huido y que la guerra estaba a punto de terminar. Respondí:

—Para mí, Mussolini o Badoglio u otro, poco importa, con tal de que el negocio vaya bien.

Mussolini, por lo demás, nunca me había importado nada, me era antipático con aquellos ojazos y aquella boca prepotente que nunca callaba, y siempre he pensado que las cosas comenzaron a andar mal desde el día que se juntó con la Petacci, porque, ya se sabe, el amor hace perder la cabeza a los ancianos y Mussolini ya era abuelo cuando conoció a aquella chica. La única ventaja de aquella noche del 25 de julio fue que saquearon un almacén de Intendencia, en Vía Garibaldi, y yo fui con todos los demás y me traje a casa, en equilibrio sobre la cabeza, un queso de Parma. Pero había de todos los bienes de Dios y se lo llevaron todo. Un vecino mío se llevó a casa, en un carretón, la estufa de mayólica que había en la oficina del administrador.

Durante aquel verano, se hicieron muchos negocios, la gente tenía miedo y acaparaba víveres en casa, nunca le parecían bastantes. Había más víveres en los sótanos y en las despensas que en las tiendas. Recuerdo que, un día, llevé un jamón a casa de una señora, por la parte de Vía Véneto. Vivía en un hermoso palacio, vino a abrirme un criado de librea y yo llevaba el jamón en la maleta de fibra de costumbre, y la señora, muy guapa y perfumada, con tantas joyas encima que parecía la Virgen, vino a mi encuentro en la antesala, y detrás de ella estaba su marido, un tío bajito y gordo, y la señora casi me abrazaba de gratitud, diciéndome:

—Querida..., oh, querida..., venga por aquí..., siéntese..., venga, venga.

Yo la seguí por el pasillo y la señora abrió la puerta de la despensa y, entonces, vi de veras todos los bienes de Dios. Había más comida allí dentro que en una *pizzicheria*. Era un tabuco sin ventana con muchos estantes en torno, y en los estantes estaban dispuestas aquí una ringlera de latas grandes, de esas de a kilo, de sardinas en aceite, allá conservas finas, americanas e inglesas y, además paquetes de pasta, y sacos de harina y de alubias y tarros de confitura y, por lo menos, una docena de jamones y de salchichones. Yo le dije a la señora:

—Señora, usted tiene aquí comida para diez años.

Pero ella respondió:

—Nunca se sabe.

Dejé el jamón al lado de los otros, el marido me pagó en el acto y, mientras se sacaba el dinero de la cartera, las manos le temblaban de alegría y no hacía más que repetir:

—En cuanto haya algo bueno, acuérdesse de nosotros... Estamos dispuestos a pagar el veinte y hasta el treinta por ciento más que los otros.

En suma, todos querían comida y pagaban sin rechistar cualquier precio, y así fue como no pensé en hacer provisiones, porque me había acostumbrado a considerar el dinero como lo más valioso cuando, en cambio, el dinero no puede comerse y, al llegar la carestía, tenía lo que se dice nada. En la tienda, los estantes estaban vacíos, no había quedado más que algún cartucho de pasta y unas pocas latas de sardinas de mala calidad. Tenía, eso sí, el dinero, y no lo tenía ya en el Banco, sino en

casa, por precaución, porque decían que el Gobierno quería cerrar los Bancos y apoderarse de los ahorros de la pobre gente; pero ahora, el dinero ya no lo quería nadie y, por otra parte, me daba pena, tras haber hecho el dinero vendiendo de estraperlo, gastarlo en el mercado negro con aquellos precios que andaban por las nubes. Mientras tanto, habían vuelto los alemanes y los fascistas y, una mañana, al pasar por la plaza Colonna, vi el banderín negro de los fascistas que colgaba del balcón del palacio de Mussolini y toda la plaza estaba llena de hombres en camisa negra, armados hasta los dientes, y todos los que habían hecho aquel alboroto de la noche del 25 de julio, ahora huían arrimados a las paredes, como los ratones cuando llega el gato. Le dije a Rosetta:

—Esperemos que ahora, ganen pronto la guerra y se pueda comer de nuevo.

Era el mes de diciembre y, una mañana, me dijeron que se distribuían huevos en Vía delle Vite. Fui, y, en efecto, había dos camiones abarrotados de huevos. Pero no repartían nada y había un alemán en calzoncillos y camiseta, con el fusil ametrallador en bandolera, que vigilaba la descarga de los huevos. La gente se había reagrupado en torno y contemplaba la descarga de los huevos sin decir nada, pero con los ojos desorbitados, como verdaderos hambrientos que eran. Se veía que el alemán tenía miedo de que le agrediesen, porque no hacía más que mirar en torno con la mano en el fusil ametrallador, haciendo saltitos de costado como una rana a orillas de un pantano. Era joven, gordo y blanco, muy enrojecido por el sol, con quemaduras en los muslos y los brazos, como después de pasar días en el mar. La gente, al ver que no distribuían los huevos, se puso a murmurar, primero quedamente y luego cada vez más alto, y el alemán, que se notaba a la legua que tenía miedo, levantó el fusil y lo apuntó contra la multitud, diciendo:

—Fuera, fuera, fuera.

Entonces, perdí la cabeza, porque aquella mañana tampoco había comido nada y tenía hambre, y le grité:

—Tú danos los huevos y nosotros nos iremos.

Él repitió: «Fuera, fuera», apuntándome con el fusil y, entonces, hice un ademán como para decir que tenía hambre, llevándome la mano a la boca. Pero él no se dio por enterado y, de repente, me plantó el cañón del fusil sobre el estómago, apretando, por lo que me hizo daño y, entonces me dio rabia y grité:

—Habéis hecho mal en echar, a Mussolini... Se estaba mejor con él... Desde que estáis vosotros, ya no se come.

No sé por qué, al oír estas palabras la gente se echó a reír y muchos me gritaron: «Revoltosa», precisamente como mi marido, y uno me dijo:

—¿No leéis los periódicos en Sgurgola?

Contesté, encolerizada:

—Soy de Vallecorsa, no de Sgurgola; además, no te conozco y no hablo contigo.

Pero los demás seguían riéndose y hasta el alemán casi se reía.

Mientras tanto, descargaban los huevos, blancos y hermosos, en cajas abiertas, y los llevaban al almacén. Entonces, grité:

—Ah, fritz, queremos los huevos, ¿no lo comprendes?, queremos los huevos.

Del gentío salió un guardia y me ordenó:

—Anda, vete, será mejor que te vayas.

Le contesté:

—¿Has comido tú? Yo, no.

Entonces, él me dio una bofetada y, de un empujón, me metió de nuevo entre el gentío. Yo le habría matado, palabra, y me debatía diciéndole todo lo que pensaba; pero en torno de mí empujaban para que me alejase y, al final, tuve que irme, y en el follón perdí hasta el pañuelo. Me fui a casa y le dije a Rosetta:

—Aquí, si no nos vamos a tiempo, acabaremos muriéndonos de hambre.

Entonces, ella rompió a llorar y dijo:

—Mamá, tengo mucho miedo.

Yo me quedé asombrada, porque hasta entonces Rosetta nunca había dicho nada, nunca se había

quejado, por el contrario, su actitud tranquila más de una vez me había dado ánimos. Le dije:

—Boba, ¿por qué tienes miedo?

Y ella respondió:

—Dicen que vendrán con aviones y nos matarán a todos... Dicen que tienen un plan y destruirán todas las vías férreas y los trenes y, luego, cuando Roma esté verdaderamente aislada y no quede nada que comer y nadie pueda huir al campo, nos matarán a todos con bombardeos. Oh, mamá, tengo mucho miedo..., y Gino ya no me escribe desde hace más de un mes y ya no sé nada de él.

Yo traté de consolarla, diciéndole las cosas de costumbre que ya entonces sabía que no eran verdad: que en Roma estaba el Papa, que los alemanes ganarían pronto la guerra, que no se debía tener miedo. Pero ella sollozaba fuertemente y, por fin, tuve que tomarla en brazos y acunarla como cuando tenía dos años. Mientras la acariciaba y ella seguía sollozando y repitiendo: «Tengo miedo, mamá», pensé que, en verdad, no se parecía en nada a mí, que no tengo miedo de nada ni de nadie. Por lo demás, tampoco físicamente Rosetta se parecía a mí: tenía una cara como de ovejita, de ojos grandes, expresión dulce y casi acongojada, una nariz delgada que le bajaba un poco sobre la boca, una boca bella y carnosa que, sin embargo, sobresalía de la barbilla encogida, precisamente como la de las ovejas. Y los cabellos recordaban el pelaje de los corderos, de un rubio oscuro, muy tupidos y rizados, y tenía la piel blanca, delicada, pecosa, en tanto que yo tengo el pelo negro y la tez oscura, como tostada por el sol. Por fin, para calmarla, le dije:

—Todo el mundo dice que la llegada de los ingleses es cuestión de días, y que cuando lleguen ya no habrá carestía... Mientras tanto, ¿sabes lo que haremos?, irnos a casa de los abuelos, al pueblo, y allí esperaremos a que acabe la guerra. Ellos tienen comida, tienen alubias, tienen huevos, tienen cerdos. Además, en el campo siempre se encuentra algo. Entonces, ella preguntó:

—¿Y el piso?

—Hija mía, también he pensado en eso —contesté—. Se lo alquilaremos a Giovanni, es un decir, pero... cuando volvamos, él nos lo devolverá tal como estaba... La tienda, en cambio, la cerraré, porque aparte de que no queda nada dentro, durante una temporada no habrá nada que vender.

Conviene saber que el tal Giovanni era un comerciante en carbón y leña que había sido amigo de mi marido. Era un hombretón alto y gordo, calvo, de cara colorada, bigote hirsuto y mirada dulce. Cuando mi marido vivía aún, él le acompañaba a la taberna, por la noche, con otros tenderos del barrio. Siempre vestía unos trajes holgados y sueltos, apretaba medio cigarro apagado y frío entre los labios, bajo el bigote, y siempre le vi con un bloc y un lápiz en la mano: no hacía más que echar cuentas y tomar notas y apuntes. Tenía los modales como la mirada, suaves, afectuosos, familiares y, cuando me veía, cuando Rosetta era pequeña todavía, siempre me preguntaba:

—¿Cómo está la muñeca? ¿Qué hace la muñeca?

Diré una cosa, aunque, sin embargo, no estoy muy segura de ella, porque ciertas cosas, cuando ocurren, luego uno duda de que hayan ocurrido, sobre todo si la persona que las ha hecho, como fue el caso, no vuelve a hablar de ellas y se comporta como si no hubiesen ocurrido nunca. Giovanni, pues, cuando mi marido vivía aún subió un día a casa, cuando yo estaba cocinando, con no sé qué pretexto y se sentó en la cocina mientras yo estaba junto a los fogones, y se puso a hablar del tiempo y, al final, acabó hablando de mi marido. Yo creía que eran amigos, por lo que imaginad mi sorpresa cuando, de pronto, oí que decía:

—Pero, dime, Cesira, ¿de qué te sirve ese carcamal?

Dijo exactamente esto: «carcamal», y casi no di crédito a mis oídos y me volví para mirarle: estaba sentado, suave, tranquilo, con el cigarro apagado en la comisura de los labios. Luego, añadió:

—No se tiene en pie y un día de éstos se muere, y, además, a copia de andar con furcias, un día te pegará una enfermedad fea.

—Pero, ¿quién le ve y quién le oye, a mi marido? Cuando vuelve a casa por la noche, se mete en la cama y yo me vuelvo del otro lado y buenas noches.

Entonces, dijo él, o me parece que lo dijo:

—Pero, tú todavía eres joven. ¿Acaso quieres llevar vida de monja? Eres joven y necesitas un hombre que te quiera.

—¿A ti que te importa? —le pregunté—. No tengo necesidad de hombres y, aunque la tuviese, ¿tú que hablas?

Él, se levantó entonces, según me parece recordar, se acercó a mí, me cogió por la barbilla y dijo:

—Con las mujeres siempre hay que hablar claro... Estoy yo, ¿no? ¿Nunca has pensado en mí?

A partir de este momento, son tantos los años que han pasado desde aquel día, que mis recuerdos se confunden. Sin embargo, estoy casi segura de que él me propuso hacer el amor; y también estoy casi segura de que cuando le respondí: «¿No te da vergüenza? Vincenzo es amigo tuyo», respondió:

—¿Amigo de qué? Yo no soy amigo de nadie.

Y, luego, podría jurarlo, me dijo que si le llevaba al dormitorio y me abría de piernas, él me daría dinero. Y sacó la cartera y allí, sobre la mesa de la cocina, empezó a dejar uno encima de otro muchos billetes, mirándome fijamente, y repitió:

—¿Pongo más, o bastan?

Hasta que, me parece que sin encolerizarme, le dije que se fuese. Y él recogió los billetes y se fue. Todo esto, seguramente, ocurrió, porque no podría habérmelo inventado, pero, a la mañana siguiente, él no dijo palabra, ni tampoco los días siguientes, nunca más. Y su comportamiento volvió a ser el de siempre, sencillo, afectuoso, dulce, por lo que empecé a preguntarme si por casualidad no habría soñado que él llamó carcamal a mi marido, que me propuso ir a la cama con él y puso el dinero sobre la mesa de la cocina. Con los años, el sentimiento de que aquello no había ocurrido se hizo más fuerte y, a veces, pensaba que lo había soñado de veras. Pero siempre, no sé por qué, sabía que Giovanni era el único hombre que me quería de verdad, por mí y no por mis bienes; y que, en un caso de apuro, era el único al cual podía dirigirme.

Con que me fui a ver a Giovanni y lo encontré en su sótano oscuro, atestado de leña y sacos de cisco, única mercancía que se encontraba en Roma aquel verano. Le dije lo que quería y él me escuchó en silencio, entornando los ojos sobre el cigarro medio apagado. Por fin, dijo:

—Está bien... Te vigilaré la tienda y el piso todo el tiempo que estés fuera... Son quebraderos de cabeza, sobre todo en tiempos como estos... No sé por qué lo hago... Digamos que lo hago por el difunto.

Estas palabras me dejaron pasmada, porque me parecía oír aún su voz diciendo: «¿De qué te sirve ese carcamal?», y una vez más casi no di crédito a mis oídos. De pronto, se me escapó decir: «Espero que también lo harás por mí», aunque no sé por qué lo dije, tal vez porque estaba convencida de que él me quería y, en aquel momento difícil, me habría gustado que hubiese dicho que lo hacía por mí. Me miró un momento. Luego, se quitó el cigarro de la boca y lo dejó en el borde de la mesa. Después, fue a la puerta del sótano, subió los peldaños y la atrancó, por lo que, de repente, nos quedamos a oscuras. Yo ya había comprendido, no respiraba, el corazón me palpitaba fuertemente y no puedo decir que la cosa me disgustase: me sentía turbada. Imagino que fueron las circunstancias, Roma trastornada, la carestía, el miedo, la desesperación de dejar la tienda y el piso, y el sentimiento de no tener un hombre en mi vida, como todas las demás mujeres que, en una situación semejante, me ayudase y me diese ánimos. El hecho es que, por primera vez en mi vida, mientras él, en la oscuridad, venía a mi encuentro, sentí como si el cuerpo se me derritiese, se aflojase, se hiciese flexible; cuando estuvo junto a mí, siempre a oscuras, y me tomó en sus brazos, mi primer impulso fue apretarme a él y buscar su boca con la mía, que jadeaba fuertemente. Por lo que él me derribó sobre unos sacos de carbón de leña y yo me entregué a él, y, mientras me entregaba, sentí que era la primera vez que me entregaba de veras a un hombre; y, a pesar de que aquellos sacos estaban duros y él era pesado, experimenté una sensación como de ligereza y de alivio; y cuando hubimos terminado y se apartó de mí, me quedé un buen rato tendida sobre los sacos, atondada y feliz, y casi me parecía haber vuelto a ser joven, a los tiempos en que vine a Roma con mi marido y soñaba experimentar un sentimiento parecido que, en cambio, no había experimentado, y me vino el asco de los hombres y del amor. En fin, luego me preguntó en la oscuridad si tenía ganas de hablar de nuestro asunto y yo me levanté, dije que sí, y entonces encendió una bombilla muy amarillenta y le vi, sentado a la mesa, como antes, como si no hubiese

pasado nada, con el cigarro bajo los bigotes, la mirada dulce, entornada. Me acerqué a él y le dije:

—Júrame que nunca dirás a nadie lo que ha ocurrido hoy, júralo. Sonrió y respondió:

—No sé nada... ¿Qué dices? No te comprendo... Has venido para ese asunto de la casa y de la tienda, ¿verdad?

Una vez más; experimenté aquella sensación que ya he dicho, de haber soñado; y si no hubiese tenido aún las ropas desordenadas y las marcas del carbón un poco en todas partes, por haberme vuelto y revuelto sobre aquellos sacos, es bien cierto que habría podido pensar que no había pasado nada. Balbucí, desconcertada:

—Claro, tienes razón: he venido por la casa y por la tienda.

Entonces, cogió un papel, escribió una declaración en la que yo decía que le alquilaba casa y tienda por un año y me la hizo firmar. Metió el papel en el cajón, fue a abrir la puerta y dijo:

—Estamos de acuerdo... Hoy vendré para la entrega y, mañana por la mañana, a recogeros a las dos para acompañaros a la estación.

Estaba junto a la puerta, pasé delante de él para salir y, entonces, cuando pasaba, me dio un palmada en el trasero, sonriendo como diciendo: «También estamos de acuerdo en eso.» Pensé, para mis adentros, que ya no tenía derecho a protestar, que ya no era una mujer honrada, y pensé también que aquello era a causa de la guerra y de la carestía, que una mujer honrada llega un momento en que se siente dar un manotazo en el trasero y ya no puede protestar porque, precisamente, ya no es honrada.

Volví a casa y me puse a hacer en seguida los preparativos para el viaje. Me disgustaba y me oprimía el corazón dejar aquella casa donde había pasado los últimos veinte años, sin alejarme nunca de ella, salvo para los viajes del estraperlo. Estaba convencida, es verdad, de que los ingleses no tardarían en venir, tal vez dentro de una semana o dos, y, en efecto, me preparé para una ausencia de un mes a lo sumo; pero, al mismo tiempo, tenía no sé qué presentimiento no tan sólo de una ausencia más larga, sino también de algo triste que me esperaba en el futuro. Nunca me había preocupado de política y no sabía nada de los fascistas, de los ingleses, de los rusos y de los americanos: sin embargo, a copia de oír hablar de ello a mi alrededor, no digo que hubiese comprendido algo, porque, la verdad sea dicha, no había comprendido nada, pero sí había comprendido que no había nada de bueno en el aire para la pobre gente como nosotros. Era como en el campo, cuando el cielo se pone oscuro y amenaza tormenta y las hojas de los árboles se vuelven todas hacia el mismo lado, las ovejas se apiñan y, aunque sea verano, de no se sabe dónde, viene un viento frío que sopla a ras del suelo: tenía miedo, pero no sabía de qué, y se me encogía el corazón al pensar que dejaba mi casa y mi tienda como si hubiese sabido con certeza que no las volvería a ver nunca más. Sin embargo, le dije a Rosetta:

—Procura no llevarte tanta ropa, sólo estaremos fuera dos semanas y todavía hace calor.

En efecto, estábamos a mediados de setiembre y hacía mucho calor, más que los otros años.

Por lo que llenamos dos maletas de fibra pequeñas, y en ellas casi sólo pusimos vestidos ligeros, aparte de un par de jerseys por si acaso hiciese frío. Para consolarme de la marcha, ahora no paraba de describir a Rosetta el recibimiento que nos harían mis padres en el pueblo:

—Verás como nos harán comer hasta reventar... Engordaremos y descansaremos... En el campo todas esas cosas que hacen la vida difícil en Roma, no existen... Estaremos bien, dormiremos bien y sobre todo, comeremos bien... Ya verás: tienen un cerdo, tienen harina, tienen fruta, tienen vino, estaremos como los Papas.

Pero, a Rosetta, aquella perspectiva no parecía bastarle para alegrarla, ella pensaba en el novio que estaba en Yugoslavia y hacía un mes que no daba noticias suyas; yo sabía que ella, todas las mañanas, se levantaba temprano e iba a la iglesia para rezar por él, para que no se lo matasen y volviese y pudiesen casarse. Para hacerle comprender que la comprendía le dije entonces abrazándola y besándola:

—Tesoro mío, tranquilízate, que la Virgen te ve y te oye y no permitirá que te pase nada malo.

Entretanto, seguía con los preparativos y, ahora, pasado el momento de aprensión, no veía la hora de irme. Quizá porque en los últimos tiempos, entre las alarmas aéreas, la falta de comida, la

idea de marcharme y muchas cosas más, la vida, para mí, ya no era vida, incluso ni tenía ganas de arreglar la casa, yo que solía arrodillarme para fregar los suelos y jadeaba a fuerza de fregarlos hasta dejarlos como un espejo. Me parecía, en suma, que la vida se había desquiciado, como una caja que cae de un carretón y se descoyunta, desparramándose todo el género por el suelo. Y si pensaba en lo que ocurrió con Giovanni y en cómo me dio el manotazo en el trasero, me sentía también desquiciada, como la vida, capaz de hacer cualquier cosa, hasta de robar, hasta de matar, porque había perdido el respeto de mí misma y ya no era la de antes. Me consolaba pensando en Rosetta quien, al menos, tenía a su madre para protegerla. Ella, al menos, sería lo que yo no era ya. Ah, en verdad, la vida está hecha de costumbres, y hasta la honestidad es una costumbre; y, una vez cambiadas las costumbres, la vida se vuelve un infierno y nosotros, unos diablos desencadenados, sin respeto ya para nosotros mismos ni para los demás.

Rosetta por otra parte, estaba preocupada también por su gato, un hermoso ejemplar que encontró en la calle, cuando era pequeñito, y crió con migas de pan, que por la noche dormía con ella y de día la seguía de una habitación a otra como un perrito. Le dije que lo confiase a la portera del edificio contiguo y me dijo que así lo haría. Ahora, ella estaba sentada en su habitación, junto a la cama donde estaba la maleta, cerrada ya, con el gato sobre las rodillas, y lo acariciaba despacito y el gato, pobrecillo, que no sabía que el ama se disponía a abandonarlo, ronroneaba con los ojos entornados. Me dio pena, porque comprendía que ella sufría y le dije:

—Hija... deja que pase este mal momento y, luego, verás como todo irá bien... Terminará la guerra, volverá la abundancia, te casarás, estarás con tu marido y serás feliz.

Precisamente en aquel momento, como para responderme, tocaron las sirenas, aquel maldito ruido que me parecía que llevaba la mala suerte y que cada vez me causaba zozobra. Entonces, me entró no sé qué rabia, abrí la ventana que daba al patio, levanté el puño hacia el cielo y grité:

—Así mueras de mala suerte con quien te manda y quien te ha hecho venir.

Rosetta, que no se había movido, dijo:

—Mamá, ¿por qué te enfadas tanto? Tú misma has dicho que todo volverá a su sitio.

Entonces, por amor de aquel ángel, me calmé, aunque me costó lo mío, y respondí:

—Sí, pero mientras tanto, nosotros tenemos que marcharnos de casa y quién sabe lo que podrá pasar aún.

Aquel día, sufrí las penas del infierno. No me parecía ser ya la misma: ahora, pensaba de nuevo en lo que me había ocurrido con Giovanni y, al recordar que me había entregado a él como una furcia callejera, vestida, sobre los fardos de carbón, me hubiese mordido las manos de rabia; miraba la casa que había sido mi casa durante veinte años y, ahora, debía dejarla y me sentía desesperada. En la cocina, la lumbre estaba apagada, en la habitación donde dormía en la cama de matrimonio con Rosetta, las sábanas estaban revueltas, en desorden, y no me sentía con fuerzas para hacer la cama, donde sabía que pronto no dormiría ya, ni de encender los fogones que, desde el día siguiente, ya no serían mis fogones y en los que ya no guisaría. Comimos, sin poner mantel en la mesa, pan y sardinas; de vez en cuando, miraba a Rosetta, tan triste, y entonces el bocado se me atragantaba, porque me daba pena y tenía miedo por ella y pensaba que no había tenido suerte en nacer y vivir en tiempos como aquéllos. Hacia las dos, nos echamos en la cama, sobre las mantas deshechas, y dormimos un poco; o, mejor dicho, durmió Rosetta, muy apretada a mí, que, en cambio, seguí con los ojos abiertos, pensando constantemente en Giovanni, en los sacos de carbón y en la nalgada que me había dado y en la casa y en la tienda que iba a dejar. Por fin llamaron a la puerta, aparté de mí suavemente a Rosetta, que dormía, y fui a la puerta. Era Giovanni, sonriente, con el cigarro en la boca. No le dejé decir siquiera una palabra.

—Oye —le dije, furiosa—, lo pasado está pasado, yo no soy ya lo que era antes, conforme, y tú tienes razón de tratarme como a una arrastrada... Pero si me das otra nalgada como esta mañana, como hay Dios que te mato... Luego, iré a la cárcel, pero en estos tiempos puede que en la cárcel se esté bien y yo iré de buena gana.

Enarcó levemente las cejas, sorprendido, pero no dijo nada. Pasó al recibidor, diciendo a flor de labios:

—Entonces, ¿hacemos esa entrega?

Fui al dormitorio y cogí un papel en el que había hecho anotar a Rosetta todo lo que había en el piso y en la tienda. Había hecho anotar hasta los más pequeños objetos, no tanto porque no me fiase de Giovanni, sino porque conviene no fiarse de nadie. Por lo que, antes de empezar el inventario, le dije a Giovanni, muy seria:

—Fíjate en que todo lo hemos sudado y ganado mi marido y yo en veinte años de trabajo... Anda con cuidado, procura que vuelva a encontrarlo todo, acuérdate de que un clavo es un clavo y aquí no tiene que faltar ningún clavo cuando regrese.

Sonrió y dijo:

—Tranquilízate, encontrarás todos tus clavos.

Empecé por el dormitorio. Había hecho dos copias de la lista, una la tenía él, otra, Rosetta, y yo le indicaba los objetos uno tras de otro. Le enseñé la cama, doble, de hierro pintado a imitación de madera, muy bonita, con todo el veteado y nudos de la madera que parecía de nogal. Levanté la manta y le hice ver que había dos colchones, uno de crin y otro de lana. Abrí el armario y le enumeré las mantas, las sábanas y toda la lencería. Le abrí las mesitas de noche y le mostré los orinales de porcelana con flores rojas y azules. Luego, hice la relación de los muebles: una cómoda con la cubierta de mármol blanco, un espejo oval de marco dorado, cuatro sillas, una cama, dos mesitas de noche, un armario de luna de dos hojas. Conté todas las chucherías y objetos de adorno: una campana de cristal con un ramo de flores de cera dentro que parecían de verdad, regalo de bodas de mi comadre, una bombonera de porcelana para los confites, dos estatuillas que representaban una pastorcita y un pastorcito, un acerico de terciopelo azul, una cajita de Sorrento que, al abrirla, tocaba una aria y en la tapa tenía una taracea con el Vesubio, dos jarrones de mesa con sus respectivos vasos, de cristal tallado y macizos, un florero de porcelana colorada, en forma de tulipán, con tres plumas de pavo real, muy bonitas, en vez de flores, dos litografías enmarcadas, una de la Virgen con el Niño y otra con una escena de teatro de un moro y una mujer rubia que era de una ópera llamada *Otelo* y el moro era precisamente Otelo. Del dormitorio, le llevé al comedor, que también me servía de salón y hasta tenía la máquina de coser. Allí, le hice palpar la mesa redonda, de nogal oscuro, con el centro bordado, un florero igual al del dormitorio, las cuatro sillas de terciopelo verde; luego, abrí el aparador y le conté pieza por pieza toda la vajilla de porcelana con flores y guirnaldas, tan bonita, completa para seis, en la que había comido más o menos dos veces en toda mi vida. Le advertí al respecto:

—Fíjate que esa vajilla es para mí como las niñas de mis ojos... Como la rompas, vas va ver.

Sonriendo, contestó:

—Puedes estar tranquila.

Continuando la enumeración, le mostré todos los demás objetos: las dos estampas con flores, la máquina de coser, la radio, el diván de reps con sus dos silloncitos, la licorera de cristal rosa y azul con los seis vasitos, algunas bomboneras y otras cajitas, un bonito abanico que había clavado en la pared, todo pintado a colores con una vista de Venecia. Luego, pasamos a la cocina, donde le enumeré pieza por pieza toda la batería de cocina, de aluminio y de cobre, los cubiertos, de acero inoxidable, y le hice notar que no faltaba nada, ni el hornillo, ni el colador, ni el armario para las escobas, ni el cubo de la basura de zinc. En suma, se lo enseñé todo y, después, bajamos a la tienda. El inventario de la tienda fue más breve porque, fuera de la estantería, del mostrador y de alguna silla, no había quedado nada, todo había sido vendido, limpiado y cepillado en aquellos últimos meses de carestía. Por fin, volvimos arriba, al piso, y dije, descorazonada:

—¿Para qué sirve este inventario? Presiento que no volveré más aquí. Giovanni, que se había sentado y estaba fumando, meneó la cabeza y respondió:

—Dentro de quince días llegarán los ingleses, hasta los fascistas lo admiten... Tú te vas de veraneo por dos semanas, volverás y celebraremos una buena fiesta por tu regreso... ¿Por qué dices eso?

Giovanni, a aquellas palabras, añadió' muchas más para consolarnos a Rosetta y a mí, y casi lo consiguió; por lo que, cuando se fue, estábamos muy animadas y él, aquella vez, aunque

estuviésemos solos en el recibidor, no repitió lo de la nalgada, sino que se conformó con hacerme una caricia en la mejilla, como ya me hacía a menudo cuando aún vivía mi marido, y se lo agradecí y casi casi me pareció de veras que no hubiera ocurrido nada entre los dos y que yo seguía siendo la de siempre.

El resto del día lo pasé terminando los preparativos. En primer lugar, hice un buen paquete de comida para el viaje: puse un salchichón, unas cuantas latas de sardinas, una lata de atún y un poco de pan. Para mis padres hice un paquete aparte: para mi padre metí un traje de mi marido, casi nuevo, que él se había hecho poco antes de morir, y me pidió que se lo pusiese cuando hubiese muerto, pero yo, a última hora, pensé que era una lástima, un traje tan bonito de lana azul, por lo que le amortajé con una sábana vieja y salvé el traje. Mi padre tenía casi la misma talla que mi marido y, con el traje, puse también los zapatos, éstos usados, pero en buen estado. A mi madre decidí llevarle un chal y una saya... Al paquete añadí todo el género que me quedaba, o sea, un par de salchichones, unas cuantas latas y unos kilos de azúcar y de café. Todo ello lo metí en otra maleta, de modo que, ahora, teníamos tres maletas, además de un saco donde había puesto dos almohadas por si nos veíamos obligadas a dormir en el tren. Todos me decían que los trenes tardaban hasta dos días para llegar a Nápoles y nosotros íbamos a mitad de camino entre Roma y Nápoles, por lo que pensé que las precauciones siempre son pocas.

Por la noche, nos sentamos a la mesa y, esta vez, hice un poco de cena para no ponernos demasiado tristes; pero apenas habíamos empezado cuando sonó la alarma y vi que Rosetta se había puesto pálida de miedo, casi temblaba, y comprendí que, tras haber resistido tanto tiempo, ahora ya no podía más, tenía los nervios rotos, por lo que me resigné a dejar la cena y a bajar al sótano, precaución que, en el fondo, no servía de nada, porque, si hubiese caído una bomba, aquella casa nuestra, tan vieja, se habría derrumbado y nosotras nos habríamos quedado debajo. Así que bajamos al refugio, donde estaban todos los inquilinos de la casa, y pasamos tres cuartos de hora sentadas en los bancos, a oscuras. Todos hablaban de la llegada de los ingleses como de una cosa de pocos días: habían desembarcado en Salerno, que está cerca de Nápoles, y de Nápoles a Roma quizá tardarían una semana, aunque fuesen despacio, pues, ahora ya, alemanes y fascistas huían como liebres, y no se pararían hasta llegar a los Alpes. Pero algunos decían que, en Roma, los alemanes presentarían batalla, porque Mussolini tenía interés por Roma y, a él, nada le importaba reducirla a ruinas con tal de que los ingleses no entrasen en ella. Yo escuchaba aquellas cosas y pensaba que hacíamos bien en marcharnos; Rosetta se apretaba a mí y yo comprendía que estaba espantada y que no se sosegaría hasta que nos hubiésemos marchado de Roma. De pronto, alguien dijo:

—¿Sabes lo que dicen? Que lanzarán paracaidistas y entrarán en las casas y nos las harán pasar moradas.

—¿Qué quieres decir?

—Pues... que nos lo quitarán todo, y luego, a las mujeres... Entonces, dije:

—Me gustaría ver quién se atreverá a tocarme.

De la oscuridad, una voz que era la de un tal Proietti, panadero, hombre estúpido si los hay y muy mal hablado, a quien nunca pude sufrir, dijo, soltando una carcajada:

—A ti tal vez no te tocarán, porque eres demasiado vieja... Pero a tu hija, sí.

—Cuidado con lo que dices —contesté—. Tengo treinta y cinco años porque me casé a los dieciséis y muchos hay que quisieran casarse conmigo... Si no he vuelto a casarme es porque no he querido.

—Sí —respondió él—, la zorra y las uvas.

Entonces, enfadada de veras, dije:

—Será mejor que vigiles a esa zorra de tu mujer... Ella los cuernos te los pone ya ahora que no hay paracaidistas... Figúrate cuando estén aquí. Yo creía que a su mujer la tenía en el pueblo, eran de Sutri y la había visto marcharse algunos días antes; en cambio, mira qué casualidad, también estaba en el refugio y no la había visto a causa de la oscuridad. Pero en seguida la oí chillar:

—La zorra lo serás tú, borracha asquerosa, cobarde, desgraciada. Y luego oí que agarraba del pelo a Rosetta creyendo que era yo y Rosetta chillaba y ella le pegaba. Entonces, siempre a oscuras,

me arrojé sobre ella, por lo que rodamos por el suelo, nos dimos de bofetadas y nos tiramos de los cabellos mientras todos gritaban y Rosetta lloraba, pedía socorro y me llamaba. Total, que tuvieron que separarnos, siempre en la oscuridad, y creo que hasta los que trataban de apaciguarnos recibieron algún bofetón, porque, de repente, mientras nos separaban, tocaron las sirenas anunciando el fin de la alarma, entonces alguien encendió la luz y nos encontramos una frente a la otra, desgreñadas y jadeantes, agarradas por los brazos, y de los que nos sujetaban unos tenían la cara arañada, y otros el pelo desgreñado. Rosetta, en un rincón, sollozaba. Aquella noche, después de la bronca, nos acostamos temprano, sin terminar siquiera la cena, que se quedó en la mesa, donde a la mañana siguiente estaba. En la cama, Rosetta se acurrucó junto a mí, como hacía cuando era pequeña y como llevaba ya mucho tiempo sin hacer. Le pregunté:

—Pero, bueno, ¿todavía tienes miedo?

—No, no tengo miedo —respondió—, pero, ¿es verdad, mamá, que los paracaidistas hacen esas cosas a las mujeres?

—No le hagas caso a ese bobo... No sabe lo que se dice.

—Pero, ¿es verdad? —insistió ella.

—No, no es verdad... Además, nosotras nos vamos mañana y nos vamos al campo. Allí, no pasará nada en absoluto, tranquilízate. Calló un momento y, luego, dijo:

—Pero, para que podamos volver a casa, ¿quién tiene que ganar, los alemanes o los ingleses?

La pregunta me desconcertó, porque, como he dicho ya, no leía los periódicos y, por añadidura, nunca me había interesado saber cómo iba la guerra. Dijo:

—No sé lo que habrán convenido... Sólo sé que todos son unos hijos de zorra, ingleses y alemanes... y que sus guerras las hacen sin preguntarnos nada a nosotros, pobrecitos..., pero, ¿sabes lo que te digo?, que a nosotras nos conviene que alguien gane de veras, así la guerra terminará... Alemanes o ingleses, no importa, con tal de que alguien sea el más fuerte.

Pero ella insistió:

—Todo el mundo dice que los alemanes son malos..., pero, ¿qué han hecho, mamá?

Entonces respondí:

—Pues que en vez de quedarse en su país han venido aquí, a fastidiarnos a nosotros... Por eso, la gente les tiene ojeriza.

—Pero, donde ahora vamos —preguntó ella—, ¿hay alemanes o ingleses? Yo ya no sabía qué contestar y dije:

—Allí no hay ni alemanes ni ingleses... Hay campos, vacas, labradores y se está bien... y, ahora, duerme.

No dijo nada más y me pareció que, por fin, se dormiría.

¡Qué noche más mala! Yo me despertaba a cada momento y creo que Rosetta tampoco pegó ojo en toda la noche, aunque, para no inquietarme, quizá fingiese dormir. A veces, me parecía despertar y, en cambio, dormía y soñaba que me despertaba, otras veces, creía dormir y, en cambio, estaba despierta, pero el cansancio y el nerviosismo me producían la ilusión de que dormía. Jesús en el huerto, la noche antes de que Judas fuese a prenderle, no sufrió tanto como yo aquella noche. Se me encogía el corazón ante la idea de dejar la casa donde había vivido tantos años y pensaba que, durante el viaje, podían ametrallar el tren, o bien que ya no había trenes, pues decían que, de la noche a la mañana, Roma podía quedar aislada. Pensaba también en Rosetta y pensaba que era una verdadera desgracia que mi marido hubiese sido el hombre que había sido y que hubiese muerto, porque dos mujeres solas en el mundo, sin un hombre que las guíe y que las proteja, son, en cierto sentido, como dos ciegas que caminan sin ver y sin comprender dónde están.

Una vez, no sé a qué hora sería, oí tiros en la calle. Yo ya estaba acostumbrada, todas las noches había tiros, parecía que se estuviese en un barracón de tiro al blanco, pero Rosetta se despertó y preguntó: «¿Qué pasa, mamá?» Yo respondí: «Nada, nada..., son esos hijos de zorra que se divierten pegando tiros... Ojalá se matasen unos a otros.» Otra vez, pasó un convoy de camiones, precisamente delante de casa, y toda la casa re—temblaba y nunca acababa de pasar y, cuando parecía que ya había terminado, pasó otro camión haciendo un estruendo indecible. Rosetta me

abrazaba, con la cabeza reclinada sobre mi pecho, y, de pronto, quizá porque su cabeza estaba sobre mi pecho, me acordé de cuando era pequeña y yo le daba de mamar y tenía el pecho hinchado de leche, como siempre lo tenemos nosotras las campesinas, que somos consideradas como las mejores nodrizas del Lacio, y ella chupaba toda aquella leche y cada día se ponía más hermosa y era una flor tal de belleza que la gente se paraba a mirarla en la calle, y de pronto me dije que habría sido mucho mejor que no hubiese nacido nunca, si luego había de vivir en un mundo como éste, en medio de aflicciones, peligros y miedo. Pero, luego, me dije que ésas son ideas que nos asaltan de noche y que era pecado pensar esas cosas, y en la oscuridad me hice la señal de la cruz y me encomendé a Jesús y a la Virgen. Oí cantar un gallo en el piso de una familia que tenía todo un gallinero en el retrete y, entonces, pensé que pronto sería de día y creo que me quedé dormida.

Me despertó bruscamente el timbre de la puerta que sonaba y sonaba como si hiciese rato que estuviese llamando. Me levanté a oscuras, fui al recibidor y abrí. Era Giovanni, quien entró diciendo:

—Vaya sueño... Llevo una hora llamando.

Yo estaba en camisa, y todavía tengo el pecho erguido, no uso sostenes y, entonces, aún lo tenía más hermoso, con las tetas llanas y firmes y los pezones vueltos hacia arriba, como si quisiesen hacerse notar a la fuerza bajo la tela de la camisa, y en seguida vi que él me miraba los pechos y que los ojos se le encendían bajo las cejas como dos ascuas bajo la ceniza. Comprendí que iba a palmarme las tetas y le dije en seguida, echándome atrás:

—No, Giovanni, no... Para mí no existes ya y debes olvidar lo que pasó... Si no estuvieses casado, me casaría contigo... Pero estás casado y, entre nosotros, no tiene que haber nada nunca más.

No dijo que sí ni que no, pero se veía que hacía esfuerzos por controlarse. Al final, lo consiguió y dijo con voz normal:

—Tienes razón... Pero esperemos que la asquerosa de mi mujer se muera durante esta guerra... Así, cuando vuelvas, seré viudo y podremos casarnos... Muere mucha gente bajo las bombas, ¿por qué no habría de morir ella?

Y yo, una vez más, me quedé desconcertada y asombrada de oír que decía aquellas cosas y casi no daba crédito a mis oídos, como cuando dijo que mi marido era un carcamal y eso que, hasta entonces, había sido amigo suyo y, por decirlo así, eran inseparables. En efecto, conocía a la mujer de Giovanni y siempre creí que la quería, o por lo menos que le tenía afecto, al cabo de tantos años de matrimonio y después de haber tenido tres hijos, pero, en cambio, ahí estaba, hablando de ella con odio y esperanzado de que se muriese, y el modo como lo decía daba a entender que la odiaba quién sabe desde cuánto tiempo, y ahora no sentía por ella sino odio, supuesto que hubiese tenido cualquier otro sentimiento en el pasado. Digo la verdad, casi me dio espanto pensar que un hombre pudiese ser amigo y marido durante tantos años y luego decir así, con tanta frialdad y tanta maldad, carcamal y asquerosa, del amigo y de la esposa. Pero de todo eso no dije nada a Giovanni, quien, mientras tanto, había pasado a la cocina y le oía bromear con Rosetta, quien, entretanto, se había levantado, a su vez.

—Verás como volveréis las dos más gordas y esa será la única consecuencia de la guerra para vosotras... Allí, en el campo, hay queso, hay huevos, hay corderos. Comeréis y estaréis bien.

Todo estaba ya listo y llevé las tres maletas y el saco con los paquetes a la puerta; Giovanni cogió dos maletas, yo, el saco y Rosetta, la maleta más pequeña. Ellos echaron a andar escaleras abajo, yo fingí rezagarme para cerrar la puerta y, tan pronto como los dos hubieron desaparecido por la esquina de la escalera, entré en el piso, fui al dormitorio, levanté una loseta del pavimento y cogí el dinero que tenía escondido allí. Para aquellos tiempos era una cantidad fuerte, toda en billetes de a mil, y no había querido sacarla en presencia de Rosetta porque, con el dinero, nunca se sabe, y un inocente siempre puede cometer alguna imprudencia y decir lo que no debe decir, y en asuntos de dinero no hay que fiarse de nadie. En la puerta, me levanté la saya y metí el dinero en un bolsillo que había cosido adrede. Luego, me reuní con Giovanni y Rosetta, ya en la calle.

A la puerta, estaba un coche, porque Giovanni no había querido utilizar el camión del carbón por

miedo de que pudiesen requisarlo. Giovanni nos ayudó a subir y, luego, subió él. El coche arrancó y yo no pude evitar el mirar hacia atrás, hacia la encrucijada y hacia mi casa y mi tienda, porque tenía el mal presentimiento de que no volvería a verlas más. No era de día aún, pero ya no era de noche, el aire era gris y, en aquel aire gris, vi mi casa que hacía esquina con la encrucijada, con todas las ventanas cerradas y, en la planta baja, la tienda con los cierres echados. Enfrente, había otra casa que también hacía esquina y, en el segundo piso, tenía una hornacina redonda con la imagen de la Virgen bajo cristal, rodeada de espadas de oro y una lamparilla constantemente encendida. Pensé que aquella lamparilla que ardía hasta en tiempo de guerra, hasta en tiempo de carestía, era un poco como mi esperanza de volver y me sentí un poco aliviada: aquella esperanza seguiría enfervorizándose cuando estuviese lejos. En aquella luz gris se veía toda la encrucijada, como un escenario de teatro vacío, después de que los actores se han ido. Y se veía que eran casas de gente pobre, casuchas, en suma, un poco inclinadas como si se apoyasen unas en otras, un poco desconchadas, sobre todo en las plantas bajas, por culpa de los carros y los coches, y precisamente al lado de mi tienda estaba la carbonería de Giovanni, en torno de cuya puerta todo era negro como la boca de un horno y, a aquellas horas, lo negro se veía más y, no sé por qué, me pareció triste. Y no pude por menos que acordarme de que durante el día, en los buenos tiempos, la encrucijada estaba llena de gente, con las mujeres sentadas ante los portales en sillas de paja, los gatos correteaban por el empedrado y la chiquillería jugaba a la comba o a la piola y los mozalbetes que trabajaban en los talleres o bien entraban en la taberna, que siempre estaba llena, y pensando en eso me dio un vuelco el corazón, me di cuenta de que aquellas casuchas y aquella encrucijada me eran entrañables, quizá porque había pasado allí toda la vida y, cuando las vi por primera vez, todavía era jovencita y, ahora, era una mujer hecha, con una hija ya mayor. Dije a Rosetta:

—¿No miras nuestra casa? ¿No miras la tienda?

Y ella contestó:

—Mamá, tranquilízate, tú misma has dicho que volveremos dentro de un par de semanas.

Suspiré y no dije nada. El coche se dirigió hacia el Tíber, yo me volví y no miré más hacia la encrucijada.

Todas las calles estaban desiertas, con la atmósfera gris al fondo de las calles que parecía el vaho de la colada cuando la ropa está muy sucia.

En el suelo, el rocío hacía rebrillar el adoquinado que parecía de hierro. No pasaba bicho viviente, tan sólo perros: vi cinco o seis, feos, hambrientos y sucios, que olisqueaban en los rincones y luego meaban en las paredes de las que colgaban carteles en colores, medio arrancados, que incitaban a la guerra. Cruzamos el Tíber por el puente Garibaldi, recorrimos la Vía Arenula, pasamos por la de Argentina y la plaza de Venezia. En el balcón del palacio de Mussolini ondeaba la misma bandera negra que vi dos días antes en la plaza Colonna y dos fascistas armados hacían guardia a ambos lados de la puerta. La plaza estaba desierta, parecía mayor que de costumbre. De momento, no vi el *fascio* de oro en la bandera negra, que me pareció exactamente una bandera de luto, tanto más por cuanto no hacía viento y pendía lacia, parecía en verdad una colgadura de esas que se ponen en los portales cuando hay un muerto en el edificio. Luego, vi el *fascio* dorado entre los pliegues y comprendí que era la bandera de Mussolini. Pregunté a Giovanni:

—Pero, bueno, ¿ha vuelto Mussolini?

Fumaba su medio cigarro y contestó con énfasis:

—Ha vuelto y esperamos que se quede para siempre.

Me quedé boquiabierta, porque sabía que él estaba en contra de Mussolini; pero ya me sorprendía siempre, y no podía prever nunca lo que le pasaba por la cabeza. Luego, me dio un codazo en las costillas y vi que guiñaba en dirección del cochero, como diciendo que aquellas palabras las había dicho por miedo del cochero. Me pareció exagerado, porque el cochero era un buen viejecito, con una melena blanca que le asomaba por debajo de la gorra y parecía mismamente mi abuelo, y a buen seguro que no era un espía; pero no dije nada.

Echamos por Vía Nazionale, la atmósfera se hacía ya menos gris y, sobre la Torre de Nerón, se veía un gajo rosado de sol. Pero cuando llegamos a la estación y entramos, dentro era como si fuese

de noche, con todas las luces encendidas y la atmósfera oscura. La estación estaba llena de gente, en su mayoría pobre gente como nosotras, con sus hatillos, pero también había muchos soldados alemanes, cargados de armas y de macutos, apiñados en los rincones más oscuros. Giovanni fue a sacar los billetes y nos dejó allí con las maletas, en la mitad de la estación. Mientras aguardábamos, he aquí que, de repente, con gran estrépito, justo bajo la marquesina, llegaron una decena de motoristas, todos vestidos de negro, como diablos del infierno. Después de la bandera negra de la plaza Venezia, aquellos motoristas vestidos también de negro me impacientaron hasta el punto de que pensé: «Pero, ¿por qué de negro? ¿Para qué todo ese negro? Desgraciados, hijos de zorra, con su maldito negro han terminado de veras por aojarnos.» Los motoristas pararon las motocicletas, las adosaron a las columnas de la entrada y se situaron junto a las puertas, con la cara oculta en los cascos de cuero negro y las manos sobre las pistolas que llevaban al cinto. De pronto, se me cortó la respiración de miedo y tuve palpitaciones, porque pensé que aquellos motoristas negros venían para acordonar la estación y detenernos a todos, como solían hacer; luego, se llevaban a la gente en sus camiones y no volvía a saberse más de ella. Por lo que miré en torno de mí en busca de una salida para escapar. Pero, luego vi que a la entrada, por el lado de los trenes, llegaba un grupo de personas mientras otras decían: «despejen, despejen», y comprendí que aquellos motoristas estaban allí, porque llegaba algún personaje importante. No le vi, porque el gentío me lo impedía, pero al poco rato oí de nuevo el estrépito de las malditas motocicletas y comprendí que se habían ido detrás del coche de aquel personaje.

Giovanni vino a recogernos con los billetes en la mano, y nos dijo que eran billetes hasta Fondi: de allí, después, por las montañas, podríamos llegar al pueblo. Del vestíbulo de la estación fuimos hacia el tren, bajo el gran cobertizo. Allí, hacía sol y los rayos se alargaban sobre los andenes y parecían los rayos de sol que se ven en las naves de los hospitales y en los patios de las cárceles. No se veía bicho viviente y el tren, larguísimo, parecía vacío bajo la marquesina. Pero cuando subimos y empezamos a recorrer los pasillos, vi que estaba atestado de soldados alemanes, todos armados, con las mochilas al hombro, el casco calado sobre los ojos y el fusil entre las piernas. Había no sé cuantos, pasábamos de un compartimiento a otro y siempre veíamos a ocho soldados alemanes, con todo el arsenal encima, tan quietos y callados que parecía como si hubiesen recibido la orden de no moverse y no hablar. Por fin, en un compartimiento de tercera, encontramos a los italianos. Estaban hacinados en los pasillos y los compartimientos, como animales que se llevan al matadero y no importa que estén incómodos, pues dentro de poco habrán de morir; como los alemanes, tampoco ellos decían nada ni se movían; pero se comprendía que su silencio y su inmovilidad eran debidos al cansancio y a la desesperación, en tanto que los alemanes se veía que estaban dispuestos a saltar del tren y hacer en seguida la guerra. Dije a Rosetta:

—Ya verás como este viaje lo haremos de pie.

En efecto, tras haber dado muchas vueltas, con aquel sol que entraba a través de los cristales sucios del tren y ya caldeaba los vagones, dejamos nuestras maletas en el pasillo, frente al retrete, y nos acurrucamos como pudimos. Giovanni, que nos había seguido en el tren, dijo entonces:

—Bueno, os dejo, ya veréis como el tren sale dentro de poco. Pero un tío, vestido de negro, sentado también sobre una maleta, le replicó, sombrío, sin levantar los ojos:

—Dentro de poco, y un cuerno... Nosotros llevamos tres horas esperando.

En fin, Giovanni se despidió, besó a Rosetta en ambas mejillas y a mí en la comisura de la boca. Quizá quería besarme en los labios, pero volví la cara a tiempo. Giovanni se fue y nos quedamos sentadas en las maletas, yo más alta y Rosetta más baja, con la cabeza reclinada sobre mis rodillas. Al cabo de media hora de estar así, encogidas, sin hablar, Rosetta preguntó:

—Mamá, ¿cuándo salimos?

Y contesté:

—Hija mía, lo sé igual que tú.

Estuve así quieta, con Rosetta agachada a mis pies, no sé cuánto tiempo. La gente, en el pasillo, dormitaba y suspiraba. El sol comenzaba a pegar fuerte y fuera, de los andenes, no llegaba ningún ruido. Los alemanes también callaban, como si ni siquiera estuviesen allí. Luego, de repente, en el

compartimiento más próximo, los alemanes se pusieron a cantar. No se puede decir que cantasen mal, las voces eran graves y roncadas, aunque afinadas, pero a mí, que tantas veces había oído cantar a nuestros soldados, alegremente, como hacen cuando van en tren y viajan en grupo, me dio tristeza, porque cantaban en su lengua algo que parecía muy triste. Cantaban despacio y parecía, en verdad, que no tuviesen muchas ganas de ir a hacer la guerra, porque su canto era de veras triste. Dije al hombre vestido de negro que estaba a mi lado:

—Tampoco a ellos les gusta la guerra... Al fin y al cabo, también son hombres... Fíjese con qué tristeza cantan.

Pero él, enfurruñado, me contestó:

—No sabes de lo que va... Es su himno... Es como para nosotros la *Marcha Real*.

Y, luego, después de un silencio, añadió:

—La verdadera tristeza la tenemos los italianos.

Por fin el tren arrancó, sin un pitido, sin una campanada, sin un ruido, como por casualidad. Hubiese querido encomendarme una vez más a la Virgen para que nos protegiese a Rosetta y a mí de todos los peligros que íbamos a afrontar. Pero me había entrado un sueño tan fuerte que no tuve siquiera fuerzas para hacerlo. Tan sólo pensé: «Esos hijos de zorra...», y no sabía si pensaba en los alemanes o en los ingleses o en los fascistas o en los italianos. Un poco en todos, quizá. Después, me quedé dormida.

CAPÍTULO II

Desperté al cabo de una hora, tal vez, y el tren estaba parado, en un gran silencio. Dentro del vagón, ahora, no podía casi respirarse por el calor; Rosetta estaba de pie y asomada a la ventanilla, mirando no sé qué. Muchos más estaban asomados también en fila, a lo largo del vagón. Me levanté trabajosamente porque me sentía atontada y sudorosa y me asomé yo también. Hacía sol, el cielo era azul, el campo verdeaba, las colinas estaban cubiertas de viñedos; y, en lo alto de una de las colinas, justo frente al tren, había una casita blanca en llamas. De las ventanas salían rojas lenguas de fuego y nubes de humo negro, y aquellas llamas y aquel humo eran lo único que se movía alrededor, porque todo en el campo estaba inmóvil y tranquilo, un día verdaderamente perfecto, y no se veía a nadie. Luego, en el vagón, todos gritaron:

—Ahí va, ahí va.

Miré al cielo y vi un insecto negro a la altura del horizonte que casi en seguida tomó forma de avión y desapareció. Después, de repente, lo oí sobre la cabeza sobrevolar el tren, con un terrible estruendo de chatarra enloquecida, y en medio del estruendo se oía como un martilleo de máquina de coser. El estrépito duró un instante, luego se atenuó e inmediatamente después hubo una explosión muy fuerte y muy próxima y todo el mundo se tiró al suelo en el vagón, salvo yo, a quien no me dio tiempo y ni siquiera pensé en ello. Por lo que vi la casita incendiada desaparecer en una gran nube gris que en seguida empezó a extenderse sobre la colina, bajando a bufidos hacia el tren; ahora, había silencio de nuevo, la gente se ponía en pie casi incrédula de seguir con vida y, luego, todos volvieron a asomarse y a mirar. El aire, ahora, estaba lleno de un polvillo que hacía toser; después, la nube se desflecó lentamente y todos pudimos ver que la casita blanca ya no estaba. Él tren, al cabo de algunos minutos, reanudó la marcha.

Aquello fue lo más importante que ocurrió durante el viaje. Hubo muchas paradas, siempre en pleno campo, a veces de media hora o una hora, por lo que el tren, para hacer un viaje que en tiempos normales habría durado más o menos dos horas, tardó casi seis. Rosetta, que tanto miedo había pasado en Roma durante el bombardeo, esta vez, después de la voladura de la casita blanca, cuando el tren arrancó, dijo:

—En el campo me da menos miedo que en Roma. Aquí hace sol, se está al aire libre. En Roma tenía mucho miedo de que la casa me cayese encima. Aquí, si muriese, al menos vería el sol.

Entonces, uno de los que viajaban con nosotras en el pasillo, dijo:

—Yo, de muertos, he visto al sol, en Nápoles. Había dos hileras en los andenes, después del bombardeo. Parecían montones de ropa sucia. El sol lo vieron perfectamente antes de morir.

Y otro comentó burlonamente:

—¿Cómo dicen en Nápoles, en la canción? *¿O sole mio?*

Pero nadie tenía verdaderas ganas de hablar y mucho menos de bromear; así que estuvimos callados durante todo el viaje.

Nosotras teníamos que apearnos en Fondi y, una vez pasada Terracina, le dije a Rosetta que se preparase. Mis padres vivían en la montaña, en un pueblecito por la parte de Vallecorsa, donde tenían una casita y un poco de tierra, y desde Fondi, por la carretera principal, en coche, era un trayecto de una hora. Pero cuando, como Dios quiso, llegamos a la altura de Monte San Biagio, que es un pueblo encaramado en una colina que domina el valle de Fondi, vi que todo el mundo se apeaba. En cuanto a los alemanes, ya habían bajado en Terracina; y en el tren sólo quedaban los italianos. Se apearon todos y nosotras dos nos quedamos en el compartimiento vacío, y yo, de pronto me sentí mejor, porque estábamos solas y hacía muy buen día y pronto llegaríamos a Fondi, desde donde iríamos a casa de mis padres. El tren estaba parado, pero no me sorprendió, pues se había parado muchas veces; por lo que le dije a Rosetta:

—Verás como en el campo te sentirás revivir: comerás, dormirás, y todo irá bien.

Seguí hablando de lo que haríamos en el campo y, mientras tanto, el tren no se movía. Serían la una o las dos, hacía mucho calor y dije:

—Vamos a comer.

Bajé la maletita donde había metido las provisiones, la abrí e hice dos bocadillos de pan y salchichón. Traía también una botellita de vino y le di un vaso a Rosetta y yo me bebí otro. Comíamos, el calor apretaba, había un gran silencio y a través de las ventanillas tan sólo se veían los plátanos que rodeaban la explanada de la estación, blancos de polvo, abrasados, con las cigarras que cantaban en el follaje como si todavía se estuviese en pleno agosto. Era el campo, el verdadero campo, donde nací y viví hasta los dieciséis años, el campo de mi terruño, con el olor a polvo calentado por el sol, a estiércol reseco y a hierba quemada.

—Ah, qué bien me encuentro —no pude por menos que exclamar estirando las piernas sobre el asiento de enfrente—, ¿no oyes qué silencio? Estoy contenta en verdad de haberme ido de Roma.

En aquel momento, la puerta del compartimiento se abrió y alguien se asomó.

Era un ferroviario, flaco y moreno, con la gorra ladeada, la chaqueta desabrochada, la barba crecida. Se asomó y dijo:

—Buen provecho.

Pero con expresión seria, casi airada. Pensé que tenía hambre, como tantos en aquellos tiempos, y le dije, indicándole el papel de estraza sobre el que estaban las rodajas de salchichón:

—¿Usted gusta?

Pero él replicó, más iracundo aún:

—¡Ni gusto ni nada! Tenéis que apearos.

—Vamos a Fondi —dije, y le enseñé los billetes.

Ni siquiera los miró. Contestó:

—Pero, ¿no se han dado cuenta de que todos han bajado aquí? El tren termina aquí.

—¿No va a Fondi?

—Ni Fondi ni nada: la vía está cortada.

Al cabo de un momento, un poco más amable, añadió:

—A pie podéis llegar a Fondi en media hora. Pero tenéis que apearos, porque dentro de poco el tren sale para Roma.

Y se fue dando un portazo.

Nos quedamos de un aire, mirándonos fijamente, con los bocadillos mordisqueados en la mano. Luego, le dije a Rosetta:

—Esto empieza mal.

Rosetta, como si hubiese adivinado mis pensamientos, contestó:

—Nada de eso, mamá. Bajemos, ya encontraremos un carro, o un coche.

Yo no la escuchaba ya. Bajé las maletas, abrí la portezuela y me apeé del tren.

Bajo la marquesina de la estación no había nadie; cruzamos la sala de espera: nadie; desembocamos en la explanada: nadie. De la explanada salía una carretera recta, muy de campiña, blanca, harinosa, deslumbrante de sol, entre setos velados de polvo y los escasos árboles, también polvorientos. En un extremo de la explanada había una fuentequilla; el calor y la ansiedad me habían dejado la boca seca y fui a beber: no manaba agua. Rosetta, que se había quedado al lado de las maletas, me miraba con cara de espanto:

—Mamá, ¿qué vamos a hacer?

Yo conocía bien aquellos parajes y sabía que la carretera llevaba directamente a Fondi:

—Hija, ¿qué quieres hacer? Hay que ponerse en camino.

—¿Y las maletas?

—Las llevaremos nosotras.

No dijo nada, pero miró las maletas consternada: no comprendía cómo podríamos llevarlas. Abrió una, saqué dos toallas, e hice dos rodetes, uno para mí y otro para ella. De chica estaba acostumbrada a llevar carga sobre la cabeza, había llegado a llevar cincuenta kilos.

Mientras hacía los rodetes dije:

—Ahora, mamá te enseñará cómo hay que hacerlo.

Rosetta, reanimada, sonrió.

Me puse el rodete en la cabeza, bien calado, y le dije a Rosetta que hiciese lo mismo. Luego, me quité los zapatos y las medias y lo mismo hice hacer a Rosetta. Después, coloqué sobre mi rodete la maleta más grande y la mediana y el paquete de provisiones, por orden de tamaños, y ajusté sobre el rodete de Rosetta la maleta más pequeña. Le expliqué que debía caminar con el cuello erguido, sosteniendo con la mano, por un lado el borde de la maleta. Vi que había comprendido y se encaminaba ya con la maleta sobre la cabeza, y pensé:

«Ha nacido en Roma, pero también es campesina. Al fin y al cabo, eso se lleva en la sangre.» Así, con las maletas sobre la cabeza, descalzas, andando por el borde de la carretera donde crecía un poco de hierba, nos encaminamos hacia Fondi.

Anduvimos un buen rato. La carretera estaba desierta y en los campos tampoco se veía alma viviente. A una persona de la ciudad, que no conociese aquello, podía parecerle una campiña normal; pero yo, que había sido labradora antes que ciudadana, podía ver que era una campiña abandonada. Se notaba el abandono en todas partes: las viñas hubiesen debido estar vendimiadas y, en cambio, los racimos de uva pendían entre los pámpanos amarillentos, demasiado dorados, algunos pardos y podridos, medio comidos por las avispas y los lagartos. El maíz se desplomaba a uno y otro lado, en desorden, con muchos hierbajos, y las panochas estaban maduras, casi rojas. En torno a las higueras, el suelo estaba lleno de higos, caídos de las ramas por excesiva madurez, chafados y abiertos, picoteados por los pájaros. No se veía ningún labrador y pensé que todos habrían huido. Sin embargo, hacía un buen día, caluroso y despejado, propiamente de campo. Así es la guerra, pensé: todo parece normal y, en cambio, por dentro, la carcoma de la guerra ha trabajado y los hombres tienen miedo y huyen, mientras el campo continúa, indiferente, produciendo fruta, trigo, hierba y plantas como si no pasase nada.

Llegamos a las puertas de Fondi con las piernas blancas de polvo hasta las rodillas, la garganta seca, cansadas y taciturnas. Le dije a Rosetta:

—Ahora, iremos a una taberna, beberemos y comeremos algo y descansaremos. Luego, veremos si encontramos un coche o un carro que nos lleve a casa de los abuelos.

¡Pues ni taberna, ni automóvil, ni carro, ni nada! Al entrar en Fondi, notamos en seguida que la ciudad estaba desierta y abandonada. No pasaba ni un perro, todas las tiendas tenían los cierres echados con algún trozo de papel blanco pegado aquí y allá explicando que los dueños se habían marchado; las casas tenían las puertas atrancadas, las ventanas estaban cerradas y las gateras, tapiadas. Parecía que anduviéramos por una ciudad cuyos habitantes hubiesen muerto a resultas de una epidemia. ¡Y pensar que en Fondi, en aquella estación, la gente solía estar en la calle, mujeres, hombres, niños, entre los gatos, los perros, los asnos, los caballos y hasta las gallinas, y que todo el mundo iba a sus quehaceres o disfrutaba del buen tiempo paseando o sentada en el café, o ante las casas! Algunas callejuelas laterales nos dieron impresión de vida porque la fuerte luz del sol caía sobre el empedrado y las fachadas; pero, luego, fijándose bien, se percibían las mismas ventanas con los postigos cerrados, las mismas puertas atrancadas, y aquel sol que se extendía sobre los guijarros casi daba miedo; como daban miedo el silencio y en el silencio el ruido de nuestros pasos. De vez en cuando, me paraba, llamaba a una puerta, gritaba pero nadie abría, nadie asomaba a contestarme. Por fin, dimos con la hostería del «Gallo», con el rótulo de madera en el que estaba pintado un gallo todo descolorido y desconchado. La puerta estaba cerrada, una vieja puerta pintada de verde, con una cerradura a la antigua, de ojo grande; miré por ella y vi, al fondo de la oscuridad del local, la ventana que daba al jardín, bajo la parra verde, llena de luz, de la que pendían muchos racimos negros: podía verse también una mesa iluminada por el sol, pero nada más. Tampoco contestó nadie, el hostelero había huido junto con todos los demás.

Así era el campo: peor que Roma. Y, reflexionando en la ilusión que me había hecho de encontrar en el campo lo que faltaba en Roma, me volví hacia Rosetta y dije:

—¿Sabes lo que te digo? Que ahora descansaremos un momento y, luego volveremos a la estación y tomaremos otra vez el tren para Roma.

Así lo hubiese hecho. Pero vi que Rosetta ponía cara de espanto, seguramente pensando en los bombardeos, y me apresuré a decir:

—Pero, antes de renunciar, quiero hacer una última tentativa. Esto es Fondi. Probemos el campo. Tal vez encontremos a algún campesino que nos deje dormir una noche o dos en su casa. Después, ya veremos.

Así que descansamos un momento tras una tapia, sin hablar, porque en aquel desierto nuestras voces casi nos daban miedo, y después nos pusimos otra vez las maletas sobre los rodets y salimos de la ciudad por la parte opuesta a la que entramos. Caminamos quizá media hora por la carretera principal, bajo el fuerte sol, en el polvo blanco y harinoso de siempre, y después, en cuanto aparecieron los primeros naranjales a ambos lados de la carretera, eché por el primer sendero que discurría entre naranjos, pensando: «A alguna parte llevará, en el campo los senderos siempre llevan a alguna parte.» Los naranjos eran muy tupidos, de follaje limpio y sin polvo, y los sotos eran umbríos; después de la carretera principal, soleada y polvorienta, esto nos reanimó. De pronto, Rosetta, mientras seguíamos aquel sendero que discurría entre naranjos, preguntó:

—Mamá, ¿cuándo recogen las naranjas?

Contesté, sin pensarlo mucho:

—Empiezan a recogerlas en noviembre. Ya verás qué dulces son.

Inmediatamente después, me mordí la lengua, porque apenas estábamos a finales de setiembre y había dicho que estaríamos fuera de Roma no más de diez días, aunque en el fondo supiese que no era verdad, y ahora me había delatado. Pero ella, por fortuna, no prestó atención y continuamos avanzando por el sendero.

Por fin, al fondo de la vereda, surgió el calvero, y en el centro del calvero una casita que en tiempos debió de estar pintada de rosa y, ahora, por la humedad y los años, aparecía toda ennegrecida y desconchada. Una escalera exterior llevaba al segundo piso, donde había una azotea con una cimbra de la que colgaban muchas ristras de pimientos, de tomates y de cebollas. Frente a la casa, en la era, había gran cantidad de higos esparcidos puestos a secar al sol. Una casa de labriegos, habitada. El campesino, en efecto, salió en seguida, aun antes de que le llamásemos; comprendí que estaba escondido en algún sitio para ver quién llegaba. Era un viejo tan flaco que daba miedo, con una cabeza pequeña y descarnada, de nariz larga, picuda, ojos hundidos, frente estrecha y calva que parecía la de un milano. Dijo:

—¿Quién sois, qué queréis?

Y empuñaba una hoz, como para defenderse. Sin embargo, no me arredré, sobre todo porque iba con Rosetta y no tiene idea de la fuerza que da la presencia de una persona que es más débil que nosotros y necesita de nuestra protección. Le contesté que no queríamos nada, que éramos de Lenola, lo cual, en el fondo, era verdad, porque yo nací en una localidad poco distante de Lenola; que aquel día habíamos andado tanto que ya no nos aguantábamos y que si él nos cedía una habitación para la noche, le pagaría bien, como en el hotel. Me escuchaba, quieto en la mitad de la era, con las piernas separadas. Con sus pantalones hechos andrajos, su chaleco lleno de remiendos y su hoz parecía mismamente un espantapájaros; y creo que tan sólo captó que le pagaría bien, porque, como descubrí después, era medio bobo y, el interés aparte, no comprendía nada. Pero también el interés debía ser para él una cosa difícil de entender, porque tardó no sé cuánto tiempo en entender lo que le decía, y mientras tanto repetía:

—No tenemos habitaciones, y luego tú pagas, pero, ¿con qué pagas? No quería sacar el dinero que llevaba en la bolsa, bajo la saya, pues nunca se sabe: en tiempo de guerra todo el mundo puede volverse ladrón y asesino, y él, de ladrón y asesino ya tenía la pinta, por lo que me desgañité diciéndole que estuviese tranquilo que le pagaría. Pero él no comprendía. Y ya Rosetta me tiraba de la manga diciéndome en voz baja que era mejor que nos marcháramos cuando, por fortuna, se presentó su mujer, una mujeruca bajita y flaca, mucho más joven que él, de rostro atormentado y exaltado, de ojos brillantes. Al contrario del marido, en seguida comprendió y casi nos echó los brazos al cuello, repitiendo:

—Naturalmente, una habitación, ¿cómo no? Nosotros dormiremos en la azotea o en el henil y te

daremos nuestra habitación. También hay comida, comerás con nosotros, cosas sencillas, claro, cosas de campo, comerás con nosotros.

El marido se había apartado y nos miraba, sombrío; parecía un pavo enfermo, cuando revuelven los ojos y están débiles y no quieres comer. Ella me cogió del brazo, repitiendo:

—Ven, te enseñaré la habitación. Ven, te daré mi cama, mi marido y yo dormiremos en la azotea.

Y nos hizo subir por la escalera exterior hasta el segundo piso.

Así empezó la estancia en casa de Concetta, que así se llamaba la mujer. Su marido, que se llamaba Vincenzo y era unos veinte años más viejo que ella, era *parsenale*, que quiere decir aparcero, de un tal Festa, comerciante, quien, como muchos otros, había huido de la ciudad y ahora vivía en una casita en la cima de uno de los montes que rodeaban el valle. Tenían dos hijos, Rosario y Giuseppe, ambos morenos, de rostro macizo y brutal, ojos pequeños y frente estrecha, que no decían nunca nada y se dejaban ver raramente: se escondían porque, cuando vino el armisticio los dos estaban bajo las armas y desertaron, no volvieron a presentarse y, ahora, temían ser detenidos por las patrullas de fascistas que andaban por ahí para requisar hombres que mandar a trabajar en Alemania. Se escondían en los naranjales, acudían a las horas de comer, lo hacían rápidamente, casi sin hablar y, luego, desaparecían: no sé dónde irían a meterse. Aunque eran amables con nosotras, sin embargo me resultaban antipáticos, sin saber por qué, y a menudo me decía que era injusta con ellos; después, de un buen día, comprendí que el instinto no me había engañado y que, en verdad, eran dos malas personas como sospeché desde un principio. Hay que tener en cuenta que a poca distancia de la casa, en los naranjales, había un gran barracón pintado de verde, con el techo de chapa. Concetta me dijo que en el barracón guardaban las naranjas a medida que las recogían y puede que fuese verdad, pero entonces no recogían las naranjas, estaban todas aún en los árboles y, sin embargo, noté que tanto los dos hijos como Vincenzo y Concetta a menudo se afanaban junto al barracón. No soy curiosa, pero al encontrarme sola con mi hija en casa de gente que no conocía y de la cual, la verdad sea dicha, no me fiaba, me entró la curiosidad, por así decirlo, por necesidad. Así que una tarde, cuando toda la familia se había ido a la barraca, fui también yo, escondiéndome detrás de los naranjos. La barraca estaba en otro calvero más pequeño y parecía una ruina: toda descolorida, con el techo hundido y las tablas que parecían estar ensambladas de milagro. En el centro del calvero estaba la carreta de Vincenzo, enganchada a un mulo y, sobre la carreta, amontonadas, vi no sé cuántas cosas: somiers, colchones, sillas, mesitas de noche, fardos. La puerta de la barraca que era bastante grande, de dos hojas, estaba abierta de par en par y los dos hijos de Concetta desataban las cuerdas que mantenían sujetos todos aquellos trastos. Vincenzo estaba apartado, medio atontado como casi siempre, sentado en un tronco, fumando en pipa; pero Concetta estaba dentro de la barraca, no la vi, pero oí su voz: «Vamos, rápido, daos prisa, que ya es tarde.» Aquellos dos hijos que siempre vi callados y mohínos, como asustados, ahora parecían transformados: ágiles, diligentes, activos, enérgicos. Se me ocurrió pensar que a la gente es menester verla cuando hace las cosas que le interesan, los labriegos en el campo, los obreros en la fábrica, los comerciantes en la tienda y, en suma, digámoslo también, los ladrones junto al producto de sus robos. Porque todo aquello, somiers, sillas, mesitas de noche, colchones, era robado, en seguida lo sospeché, pero aquella misma noche me lo confirmó Concetta cuando, armándome de valor, le pregunté, así de pronto, de quién eran todos aquellos enseres que descargaron en la barraca durante el día. Los hijos, como de costumbre, no estaban, se habían largado ya; Concetta quedó como desconcertada durante un instante: pero en seguida se rehizo y dijo con aquella alegría suya, entusiasta y exaltada:

—Ah, nos has visto, hiciste mal en no acercarte, podías habernos ayudado. Que nosotros no tenemos nada que ocultar, nada en absoluto. Aquéllos son enseres de una casa de Fondi. El dueño, pobrecito, ha huido al campo y quién sabe cuándo volverá. Mejor que dejarlos en la casa para que los destruya el próximo bombardeo, hemos preferido llevárnoslos nosotros. Así, al menos, sirven a alguien. Estamos en guerra, hay que espabilarse, y todo lo que se deja, se pierde, comadre mía. Además, cuando haya terminado la guerra, el dueño se hará indemnizar por el Gobierno, seguro, y

comprará cosas mejores que antes.

Digo la verdad, aquello me sentó muy mal, hasta me espanté y creo que me puse pálida, porque Rosetta levantó los ojos hacia mí, diciendo:

—Pero, ¿qué te pasa, mamá?

Yo estaba espantada porque, siendo comerciante, tenía muy arraigado el sentido de la propiedad y siempre había sido honrada y había siempre pensado que lo mío es mío y lo tuyo es tuyo, no tiene que haber confusiones, y cuando las hay todo se va al traste. Y he aquí que había ido a parar en una casa de ladrones y, lo que es peor, de unos ladrones que no tenían miedo porque en aquella comarca ya no había ni leyes ni carabineros y no tan sólo no tenían miedo, sino que casi se jactaban de robar. Sin embargo, no dije nada; pero Concetta debió notar que algo pensaba, porque añadió:

—Entendámonos: eso lo cogemos porque, como si dijésemos, no es de nadie. Pero somos gente honrada, Cesira, y en seguida te lo demuestro. Golpea ahí.

Se levantó y dio con los nudillos en la pared de la cocina, a la izquierda del fogón. Me levanté yo también, golpeé y noté que sonaba a hueco. Pregunté:

—¿Qué hay detrás de esta pared?

Y Concetta, con entusiasmo, respondió:

—Hay lo de Festa, un tesoro, el ajuar de su hija, todos sus enseres; sábanas, mantas, lencerías, cubiertos de plata, vajilla, objetos de valor.

Me quedé de piedra porque no me lo esperaba. Luego, Concetta, siempre con aquel extraño entusiasmo que ponía en todo lo que hacía y decía, me explicó que Vincenzo y Filippo Festa eran, como suele decirse, san Juan, o sea, que Festa había llevado en brazos, con ocasión del bautizo, al hijo de Vincenzo y Vincenzo a la hija de Festa; por lo que, ligados por san Juan, eran como si dijésemos parientes. Y Festa confiaba en san Juan, y antes de refugiarse en las montañas, tapió todas sus cosas en la cocina de Vincenzo y le hizo jurar que se las devolvería intactas cuando se terminase la guerra y Vincenzo juró.

—Las cosas de Festa son sagradas para nosotros —concluyó diciendo Concetta con énfasis, como si hubiese hablado del Santísimo—. Me haría matar antes que tocarlas. Hace un mes que están ahí y ahí estarán mientras dure la guerra.

Yo me quedé dudosa; y tampoco me convencí cuando Vincenzo, que hasta entonces había estado siempre callado, se quitó la pipa de la boca y dijo con voz cavernosa:

—Propiamente eso: sagradas. Alemanes e italianos habrán de pasar por encima de mi cadáver antes de permitir que las toquen.

Concetta, tras las palabras de su marido, me miró con ojos brillantes y exaltados, como diciendo: «¿Lo ves, qué te parece? ¿Somos o no somos gente honrada?» Pero yo estaba como helada, y recordando haber visto a los dos hijos atareados en descargar los trastos del carro, dije para mis adentros: «A la larga, ladrones una vez, ladrones siempre.»

El asunto aquel de la ladronería fue el principal motivo que empezó a hacerme pensar en dejar la casa de Concetta e irme a otro sitio. Tenía aquel dinero escondido en la bolsa, bajo la saya, que era mucho dinero, nosotras dos éramos dos mujeres solas, no teníamos a nadie que nos defendiese, ya no había leyes ni carabineros y poco costaba engañar a dos pobres mujeres como nosotras y quitarles todo cuanto tenían. Es verdad que nunca mostré la bolsa a Concetta; pero, de vez en cuando, pagaba alguna pequeña cantidad por la comida y la habitación, había dicho que estaba dispuesta a pagar y, con seguridad, ellos debían pensar que en algún sitio debía guardar mi dinero. Robaban cosas abandonadas, pero mañana podían robar también mi dinero y quizás hasta asesinarnos, quién sabe. Los dos hijos tenían cara de bandolero, el marido parecía bobo, Concetta siempre estaba como exaltada. En verdad, no podía saberse lo que podía pasar. Y aquella casa, aunque estuviese a poca distancia de Fondi, estaba como sepultada entre los naranjales, escondida y solitaria, y allí se podía incluso degollar a un cristiano sin que nadie se enterase. Era, ciertamente, un buen escondite; pero uno de esos escondites, donde pueden pasar cosas peores que al aire libre, bajo los aviones. Aquella misma noche, en la habitación, cuando estuvimos acostadas, se lo dije a Rosetta:

—Ésa es una familia de delincuentes. Tal vez no nos hagan ningún daño, pero también podrían matarnos a las dos y enterrarnos como si fuésemos estiércol bajo los naranjos.

Hablé para desahogar la inquietud; pero hice mal, porque Rosetta, que no había vuelto a recobrarse de los sustos de los bombardeos de Roma, de pronto se echó a llorar, apretándose a mí y murmurando:

—Mamá, tengo mucho miedo, ¿por qué no nos vamos de aquí en seguida?

Entonces, añadí que todo eran fantasías mías: que todo dependía de la guerra; que, en resumidas cuentas, Vincenzo, Concetta y los hijos seguramente eran buenas personas. Ella no pareció muy convencida; y, al final, dijo:

—Pero yo me iría igualmente; además, aquí se está muy mal.

Y le prometí que nos marcharíamos cuanto antes, porque, en aquello, tenía toda la razón: se estaba malísimamente.

Se estaba mal y, ahora, al recordarlo, puedo decir que, en todo aquel tiempo de la guerra que pasamos fuera de casa, nunca estuve tan mal como en casa de Concetta. Nos cedió su dormitorio, que ella ocupaba con su marido desde el día que se casaron; pero debo decir que a pesar de ser campesina como ella, en mi vida había visto una dejadez parecida. La habitación apestaba tanto, aunque las ventanas estuviesen siempre abiertas de par en par, que faltaba el aire y nos asfixiábamos. ¿A qué apestaba la habitación? A cerrado, a suciedad rancia de años, a chinches, a orina. Buscando la causa del hedor, abrí las dos mesitas de noche: había dos orinales muy altos, muy estrechos, sin asa, parecidos a dos tubos, de porcelana blanca con flores rosa; aquellos orinales no habían sido lavados nunca y por dentro tenían todos los colores y buena parte del hedor venía de allí. Los puse fuera de la puerta y Concetta por poco me pega, diciendo encolerizada que aquellos orinales los tenía de su madre, eran de familia y que no comprendía por qué no los quería en la habitación. Además, la primera noche que dormimos en aquella cama de matrimonio, con el colchón agujereado, lleno de jorobas y pelotillas, que crujía y pinchaba, cuya tela era tan delgada que parecía que se fuese a romper cada vez que nos movíamos, tuve una constante comezón, igual que Rosetta, que no encontraba sosiego y no hacía más que cambiar de postura y no dormía. Por último, encendí la vela y, con la palmatoria en la mano, examiné la cama: a la luz de la llamita, vi no una o dos, sino grupos enteros de chinches rojas, oscuras, gordas, hinchadas de nuestra sangre que habían chupado durante horas, que huían en todas direcciones, y digo la verdad, nunca había visto tantas a la vez. En Roma, quizás un par de veces llegué a descubrir una o dos, y en seguida hice rehacer el colchón y no volvieron a verse más. Pero aquí las había a miles, se ve que estaban agazapadas no sólo en el colchón, sino en la madera de la cama y, en suma, en toda la habitación. A la mañana siguiente, Rosetta y yo nos levantamos y fuimos a mirarnos en la luna del armario: teníamos el cuerpo cubierto de ampollas rojizas, las chinches nos habían picado en todas partes, parecía queuviésemos alguna enfermedad asquerosa de la piel. Llamé a Concetta, le indiqué a Rosetta, que estaba en la cama llorando, y le dije que era una vergüenza hacernos dormir con chinches, y ella, exaltada como de costumbre, respondió:

—Tienes razón es una vergüenza, es una indecencia, ya sé que hay chinches, es un asco. Pero nosotros somos unos pobrecitos campesinos y tú una señora de ciudad: para nosotros los chinches y para ti las sábanas de seda.

Me daba la razón con entusiasmo, pero de un modo extraño, como si se mofase de mí; y, en efecto, tras haberme dado la razón, terminó de manera inesperada, diciendo que también las chinches eran animalitos de Dios y que, cuando Dios las había hecho, señal de que servían para algo. Total, dijo que en adelante dormiríamos en la cabaña donde guardaban el heno para el mulo. El heno pinchaba y tal vez también había algún insecto allí, pero eran insectos limpios, de esos que se pasean sobre el cuerpo y quizá cosquillean, pero no chupan la sangre. Pero me di cuenta de que así no podíamos seguir mucho tiempo.

En aquella casa, todo era asqueroso. Aparte de la yacija estaba también el asunto de la comida. Concetta era desaseada, sucia, descuidada, siempre andaba apresurada, y su cocina era un lugar oscuro, donde sartenes y platos tenían mugre acumulada durante años, nunca había agua y no se

lavaba nada y se guisaba con prisas y salía como salía. Concetta hacía cada día la misma comida, lo que en Ciociaria se llama *minestrina*: muchas rebanadas de hogaza casera, una encima de otra, hasta llenar una *spasetta* que es un cuenco de barro; y, después, sobre el pan, el contenido de un puchero de sopa de habichuelas. Ese plato se come frío, cuando la sopa de habichuelas ha impregnado bien todo el pan transformándolo en papilla. La *minestrina* nunca me ha parecido buena: pero en casa de Concetta, un poco por la suciedad, pues siempre se encontraba dentro alguna mosca o algún bicho, un poco porque ella ni siquiera sabía hacer bien ese yantar tan sencillo, me revolvía el estómago. Además, la comían a la manera de los campesinos, sin plato, metiendo todos la cuchara en la cazuela y llevándosela a la boca para luego volver a sumergirla en aquella pasta. ¿Lo creeréis? Un día le hice una observación a propósito, precisamente, de la cantidad de moscas que encontraba muertas entre el pan y las habichuelas, y ella, como una auténtica ignorante, respondió:

—Come, come. ¿Qué es una mosca, después de todo? Carne es, ni más ni menos que la ternera.

Por fin, viendo que Rosetta ya no podía más con aquellas porquerías, me acostumbré a ir de vez en cuando con Concetta fuera de la huerta, a la carretera principal. Allí estaba el mercado, entonces; ya no en la ciudad, donde, entre las alarmas aéreas y los fascistas con sus requisas ya no había ninguna seguridad. En la carretera se encontraban campesinas que vendían huevos del día, fruta, algún trocito de carne y, a veces, un poco de pescado. Todo era rabiosamente caro y, cuando alguien discutía y trataba de regatear, respondían:

—Está bien, tú te comes el dinero y yo me comeré los huevos. Total, ellas también sabían que había carestía, que el dinero, en tiempos de carestía, no sirve de nada y me desplumaban. Pero siempre compraba algo; de modo que terminé dando de comer también a la familia de Concetta y el dinero se iba como agua, lo cual era un motivo más de inquietud.

Pensábamos irnos, pero ¿dónde? Un día dije a Concetta que ahora ya, como los ingleses no llegaban, nos convendría, por algún carro o aunque fuese a pie, ir al pueblo de mis padres, y esperar allí el fin de la guerra. Ella aprobó en seguida mi idea con entusiasmo:

—Haces bien. Sólo en casa se está cómodo. ¿Quién puede ocupar el puesto de la mamá? Haces bien, aquí nada te gusta, hay chinches, la *minestrina* es mala, pero en casa de tus padres las mismas chinches y la misma *minestrina* te parecerán un paraíso. ¿Cómo no? Mañana, Rosario os llevará en la carreta, daréis un buen paseo.

Contentas y confiadas, esperamos el día siguiente, pues Rosario tenía que regresar de no sé dónde. Volvió, pero en vez de la carreta y el mulo, nos trajo un montón de malas noticias: los alemanes requisaban a los hombres, los fascistas detenían a quien se arriesgaba a ir por las carreteras, los ingleses arrojaban bombas, los americanos se lanzaban en paracaídas; y había hambre, carestía y revolución; y, a no tardar, ingleses y alemanes librarían batalla precisamente en la zona donde estaba el pueblo de mis padres; mientras tanto, eso lo supieron en el puesto de mando alemán, el pueblo había sido desalojado y todos sus habitantes llevados a un campo de concentración cerca de Frosinone. Dijo también que, de todas formas, las carreteras no eran seguras a causa de los aviones, que volaban bajo y ametrallaban a la gente y no paraban de ametrallar hasta que la veían muerta; que los caminos de montaña tampoco eran seguros, pues estaban llenos de desertores y de bandidos que te mataban por una moneda; y que, en resumidas cuentas, a nosotras dos nos convenía esperar a los ingleses allí, en Fondi, que era cuestión de días, porque el Ejército aliado avanzaba y llegaría antes de una semana. En conclusión, dijo una cantidad de cosas falsas y de cosas ciertas, mezcladas, sin embargo, de manera que las ciertas hacían parecer ciertas también a las falsas. Era verdad que había bombardeos y ametrallamientos, pero no era verdad que iba a librarse una batalla en la zona donde estaba el pueblo de mis padres y que el pueblo hubiese sido evacuado. Pero nosotras estábamos asustadas, solas y sin otras informaciones que las suyas; y no nos apercibíamos de que nos daba todas aquellas malas noticias para retenernos en su casa y seguir sacándonos dinero. Por otra parte, los tiempos eran malos de verdad, yo tenía una hija y no podía tomar la responsabilidad de ponerme en camino, aunque sólo hubiese una probabilidad entre cien de encontrar los peligros que él nos había anunciado. Por lo que decidí aplazar hasta otro momento el

viaje a mi pueblo y esperar en Fondi la llegada de los aliados.

Pero, de todos modos, se imponía que dejásemos cuanto antes la casa de Concetta, también porque, en aquel aislamiento, entre los naranjales, como he dicho ya, podía ocurrir cualquier cosa; los hijos de Concetta, con el tiempo, cada vez me daban más miedo. He dicho que eran taciturnos; pero cuando hablaban mostraban un carácter que, en verdad, no me gustaba nada. Eran capaces de decir, así, en broma:

—En Albania, durante un traslado, nos pegaron tiros y tuvimos dos heridos. Como represalia, ¿sabes qué hicimos? Como todos los hombres habían huido, detuvimos a las mujeres, las más atractivas, y nos las cepillamos a todas... Algunas lo hicieron de buena gana, marranas que sólo esperaban aquella ocasión para ponerle los cuernos al marido, otras lo hicieron a la fuerza... Fuimos tantos los que nos las cepillamos, que después no se tenían en pie y parecían propiamente como muertas.

Yo me quedaba de piedra ante aquellos relatos; pero Concetta se reía con ellos y repetía:

—Ah, son jóvenes. A los jóvenes, ya se sabe, les gustan las chicas; tienen la sangre ardiente, los jóvenes.

Peor que yo se quedaba, empero Rosetta, a quien veía palidecer y casi temblar. Hasta que un día les dije:

—Basta ya, que aquí está mi hija, no se habla de este modo delante de una chica soltera.

Hubiese preferido que protestasen, incluso me injuriasen; en cambio, no dijeron nada, se limitaron a mirar a Rosetta de arriba abajo con aquellos sus ojos de carbón, brillantes, que daban miedo, mientras la madre repetía:

—Jóvenes, ya se sabe, jóvenes de sangre ardiente. Pero tú, Cesira, no debes temer por tu hija. Mis hijos no tocarían a tu hija ni por un millón. Sois huéspedes, el huésped es sagrado. Tu hija está tan segura aquí como en una iglesia.

A mí, en cambio, entre el silencio de los hijos y la exaltación de la madre, el miedo me atormentaba cada vez más. Entretanto, me procuré, por un campesino, una navaja de bolsillo y la llevaba en la bolsa junto con el dinero. Nunca se sabe: si hubiesen intentado algo, antes habrían debido enfrentarse conmigo y yo era muy capaz de cortarles el cuello.

Pero lo que nos convenció definitivamente de marcharnos fue un hecho que ocurrió un par de semanas después de nuestra llegada. Una mañana, estábamos Rosetta y yo sentadas en la era, ocupadas en desgranar mazorcas de maíz, sólo por hacer algo, cuando he aquí que por el sendero desembocan dos hombres. En seguida comprendí quiénes eran, no tan sólo por los mosquetones que llevaban en bandolera y por las camisas negras que asomaban bajo las chaquetas, sino también por el hecho de que Rosario, uno de los hijos de Concetta, que estaba un poco más allá comiendo pan y cebolla, en cuanto les vio, desapareció corriendo entre los naranjos. Dije quedamente a Rosetta:

—Son fascistas, no digas nada, déjame a mí.

Yo, a los fascistas nuevos, los de después del 25 de julio, les conocía bien por haberles tratado en Roma: maleantes de los peores, vagabundos a quienes interesaba lucir la camisa negra ahora que la gente honrada ya no la quería; pero siempre machotes, como hay tantos en Trastévere y en Ponti. A aquellos dos, en cambio, en seguida les juzgué como dos desechos físicos, dos saldos, dos desgraciados que tenían más miedo de sus fusiles que la gente a la que querían asustar, precisamente, con los fusiles. Uno era una especie de tagarnina, calvo y de cara encogida como una castaña pilonga, con unos hombros estrechos que daban pena, ojos hundidos, nariz achatada y barba crecida; el otro era casi un enano, pero con cabezota de profesor, gafudo, serio, gordo, Concetta, que bajó inmediatamente, saludó al primero con un apodo que era toda una descripción:

—¿Qué buscas Scimmiozzo¹ por estos pagos?

Scimmiozzo, el calvo y flaco, respondió fanfarronamente, columpiándose sobre las piernas y golpeando la culata del fusil:

—Comadre Concetta, comadre Concetta, vamos a ver si nos entendemos. Ya sabe lo que

¹ Hombre muy feo. Mico. N. del T.

buscamos. Lo sabe usted muy bien.

—Palabra de honor que no te entiendo. ¿Quieres vino? ¿Quieres pan? Pan tenemos poco, pero podemos darte una frasca de vino y también podemos darte algún higo seco. Cosas del campo, ya se sabe.

—Comadre Concetta, es usted astuta, pero esta vez ha topado con alguien más astuto que usted.

—Scimmiozzo, ¿pero qué dices? ¿Astuta yo?

—Sí, astuta tú, astuto tu marido y más astutos que vosotros vuestros dos hijos juntos.

—¿Mis dos hijos? ¿Y quién les ha visto nunca a mis dos hijos? Hace mucho que no les veo. Están en Albania, mis dos hijos. Pobres hijos míos, están en Albania luchando por el rey y por Mussolini, que Dios guarde muchos años.

—Ni rey ni nada, estamos con República, Concetta.

—Pues, entonces, viva la República.

—Y tus hijos no están en Albania, están aquí.

—¿Aquí? Ojalá fuese verdad.

—Sí, están aquí y no más tarde que ayer fueron vistos haciendo estraperlo por la parte de Coccoruzzo.

—Pero, ¿qué dices, Scimmiozzo? ¿Mis hijos aquí? Te lo he dicho, ojalá fuese verdad, les abrazaría, sabría que están fuera de peligro, yo que me consumo llorando cada noche y tengo más dolores que la Virgen de los siete dolores.

—Basta ya, dinos dónde están y acaba de una vez.

—¿Yo qué sé? Puedo darte vino, puedo darte higos secos, también puedo darte un poco de harina de maíz, aunque me queda poca, pero mis hijos, ¿cómo puedo dártelos, si no están aquí?

—Bueno, mientras tanto, vamos a ver ese vino.

Conque se sentaron en dos sillas, en la era. Y Concetta, muy entusiasta, como de costumbre, fue a buscar una frasca de vino y dos vasos y trajo también una cestita llena de higos secos. Scimmiozzo, que estaba a horcajadas sobre la silla, bebió el vino y, luego, dijo:

—Tus hijos son desertores. ¿Sabes lo que dice el decreto sobre los desertores? Si les atrapamos, debemos fusilarlos. Ésta es la ley. Y ella, muy contenta, respondió:

—Tenéis razón: a los desertores hay que fusilarlos..., bribones... Hay que fusilarlos a todos. Pero mis hijos no son desertores, Scimmiozzo.

—¿Entonces qué son?

—Son soldados. Luchan por Mussolini, que Dios guarde cien años.

—Sí, haciendo estraperlo, ¿eh?

—¿Quieres más vino?

Total, que ella, cuando no podía contestar de otro modo, le invitaba a vino; y ellos dos, que habían venido sobre todo por el vino, aceptaban y bebían.

Yo y Rosetta estábamos apartadas, sentadas en los peldaños de la escalera. Scimmiozzo, mientras bebía, no hacía más que mirar a Rosetta; y no la miraba como un policía que, tal vez, quiere averiguar si hay alguien que no tiene los papeles en regla; le miraba las piernas y el pecho, precisamente como el hombre a quien una mujer que le gusta le ha encendido la sangre. Por fin, preguntó a Concetta:

—¿Quiénes son, esas dos?

Contesté yo por Concetta, apresuradamente, porque no quería que los fascistas supiesen que éramos de Roma.

—Somos dos primas de Concetta, venimos de Vallecorsa. Y Concetta, entusiasta, remachó:

—Seguro, son dos primas mías, Cesira es hija de un tío mío, son de mi sangre, han venido a quedarse con nosotros. Ya sabe, la sangre no es agua.

Pero Scimmiozzo no pareció convencido. Se notaba que era más inteligente de lo que parecía:

—No sabía que tuvieses parientes en Vallecorsa. Siempre me habías dicho que eras de Minturno. ¿Y cómo se llama esa guapa chica?

—Se llama Rosetta —dije.

Él apuró el vaso, luego se levantó y se acercó a nosotros: —Rosetta, me gustas. Precisamente, en el local, necesitamos una chacha que nos haga un poco de cocina y nos arregle las camas. Rosetta, ¿quieres venir con nosotros?

Al decir eso, alargó una mano y cogió a Rosetta de la barbilla. Inmediatamente, le di un manotazo en la mano y dije:

—Las manos quietas.

Me miró con los ojos muy abiertos, fingiendo sorpresa:

—Vaya, ¿qué te pasa?

—Me pasa que a mi hija no la tocas tú.

Y él, descaradamente, se descolgó el fusil del hombro y, apuntándome, soltó:

—¿Sabes con quién estás hablando? Manos arriba.

Entonces, yo, con mucha calma, como si en vez de apuntarme con el fusil lo hubiese hecho con el cazo para revolver la polenta, desvié el cañón, pero sólo un poco, y dije con desprecio:

—Ni manos arriba ni nada. ¿Crees asustarme con tu fusil? ¿Sabes para qué te sirve el fusil? Para tomar vino y comer higos secos de gorra, para eso te sirve. Hasta un ciego vería que eres un muerto de hambre.

Sorprendiéndonos a todos, él se calmó de repente y dijo, riendo, al otro:

—Por lo menos, por lo menos merecería que la fusilasen. ¿Qué te parece?

Pero el otro se encogió de hombros y farfulló algo así como:

—Son mujeres, no te confundas.

Y, entonces, Scimmiozzo bajó el fusil y dijo con énfasis:

—Por esta vez, estás perdonada, pero sabe que has rozado la muerte: quien toque a la milicia recibirá plomo.

Aquella era una frase escrita en las paredes de Roma y también en Fondi y él la había aprendido de las paredes, el desventurado. Al cabo de un momento, añadió:

—Pero queda convenido que nos mandarás a tu hija al local, como chacha, a Coccoruzzo.

—Como no sueñes con ella... —respondí—, yo no te mandaré nada en absoluto.

Y él, volviéndose hacia Concetta, prosiguió diciendo:

—Hagamos un trueque, Concetta: nosotros dejamos de buscar a tus hijos, que están aquí y tú lo sabes, y si les buscamos en serio, les detendremos, seguro. A cambio, tú nos mandas a la primita. ¿De acuerdo, verdad?

Aquella desgraciada de Concetta, tanto más entusiasta cuanto más criminales e imposibles eran las cosas que se le proponían, contestó, ni qué decir tiene, con énfasis:

—Claro que sí, mañana por la mañana Rosetta estará en el local. La acompañaré yo, a Rosetta, podéis estar tranquilos. Rosetta irá a hacer—ros de cocinera, de chacha, de todo lo que queráis. Claro que sí, mañana por la mañana os la llevaré.

Yo, esta vez, aunque la sangre me rebuliese, por prudencia, no dije nada. Aquellos dos desgraciados se quedaron todavía un poco, bebieron otro par de vasos de vino y luego, uno con la frasca y el otro con el cesto de higos secos, se fueron por el mismo sendero por el que habían venido.

Tan pronto hubieron desaparecido, dije en seguida a Concetta:

—Oye, ¿estás loca?, a mi hija, aunque me maten, no la mando a hacer de criada con los fascistas.

No lo dije con mucha energía porque, en el fondo, confiaba en que Concetta había aceptado por la forma, para no llevar la contraria a los dos fascistas y que se fuesen contentos. Pero me quedé asombrada al ver que ella, en cambio, no estaba indignada en absoluto, como creí:

—Bueno, al fin y al cabo, a Rosetta no se la comerían. Y los fascistas, comadre mía, tienen de todo: tienen vino, tienen flores, tienen carne, tienen habichuelas. En su local, todos los días comen tallarines y ternera. Rosetta estaría allí como una reina.

—Pero, ¿qué dices? ¡Estás loca!

—Yo no digo nada, digo tan sólo que estamos en guerra y lo importante, en guerra, es no provocar al más fuerte. Hoy, los más fuertes son los fascistas y hay que estar con los fascistas.

Mañana, quizá sean los ingleses y, entonces, estaremos con los ingleses.

—Pero, ¿no comprendes que a Rosetta la quieren quién sabe para qué? ¿No viste cómo aquel desgraciado le miraba siempre el pecho?

—¡Vete a saber! Además, un hombre u otro, eso ha de ocurrir de todos modos. ¿Quién sabe? Estamos en guerra y ya se sabe que en tiempo de guerra las mujeres no deben hilar delgado ni pretender respeto como en tiempo de paz. Pero, además, perro que ladra no muerde, comadre. A Scimmiozzo le conozco: él, más que nada, sólo piensa en llenarse la andorga.

Total, estaba más claro que el agua que ella se había tomado en serio la propuesta de Scimmiozzo: tú me das a Rosetta y yo dejo en paz a tus hijos. Yo no digo que, desde su punto de vista, hiciese mal: si Rosetta fuese a servir de criada o de algo peor con los fascistas, aquellos dos maleantes de hijos suyos podrían dormir tranquilos en su casa y nadie les buscaría ya. Pero la libertad de sus hijos quería pagarla con mi hija; y yo, que también era madre, comprendí que por amor de sus propios hijos era muy capaz de llamar el día siguiente a los fascistas y entregarles a Rosetta, por lo que no era caso de protestar siquiera, sino, sencillamente, de huir. Conque cambié de tono y dije con calma:

—Bueno, lo pensaré. Es verdad que con los fascistas Rosetta estará, como dices tú, como una reina, pero tampoco quisiera...

—Cuentos, comadre. Hay que ir con el más fuerte. Estamos en guerra.

—Bueno, esta noche decidiremos.

—Piénsalo, piénsalo. No hay prisa. Yo, a los fascistas, les conozco, diré que Rosetta irá con ellos dentro de un par de días. Aguardaremos. Pero tú, mientras tanto, hazte cuenta de que ya no te faltará nada. Tienen de todo, los fascistas, tienen aceite, tienen vino, tienen cerdo, tienen harina... En su local no se hace más que beber y comer. Engordaréis, estaréis bien.

—Seguro, seguro.

—Ha sido la Providencia, Cesira, la que ha enviado a esos fascistas, porque yo, la verdad sea dicha, ya no me sentía con fuerzas para daros alojamiento. Es verdad que pagas, pero hay carestía y, en tiempos de carestía, cuentan más las provisiones que el dinero. Además, mis hijos ya no podían llevar esa vida, siempre huyendo, como gitanos. Ahora podrán estar tranquilos, dormir en paz y trabajar. Sí, ha sido en verdad la Providencia la que nos ha enviado a esos fascistas.

En resumidas cuentas, parecía decidida a sacrificar a Rosetta. Y yo, por mi parte, estaba decidida a irme aquella misma noche. Comimos, como de costumbre, los cuatro, nosotras dos, Concetta y Vincenzo, porque los hijos estaban en Fondi; y, en cuanto volvimos a la cabaña del heno, le dije en seguida a Rosetta:

—No vayas a creer que estoy de acuerdo con Concetta. He fingido porque con gente como ésa nunca se sabe. Ahora, hacemos las maletas y, a las primeras luces del alba, nos vamos.

—Pero, ¿a dónde vamos, mamá? —preguntó ella con voz llorosa.

—Nos vamos de esta casa de delincuentes. Nos vamos. Iremos a donde podamos.

—¿Pero, a dónde?

Yo había pensado ya muchas veces en aquella fuga y tenía mis ideas. Dije:

—A casa de los abuelos no es posible ir porque el pueblo ha sido evacuado y quién sabe dónde habrán ido a parar. Primero, iremos a casa de Tommasino: es un buen hombre y le pediremos consejo. Varias veces me ha dicho que su hermano está en la montaña y bien, con toda la familia. Podrá darme alguna indicación. No tengas miedo, está mamá que te quiere mucho y tenemos dinero, que es el mejor amigo y el único de fiar. Bien encontraremos un lugar a donde ir.

Total, que la tranquilicé; un poco porque ella también conocía a Tommasino, el hermanastro de Festa, propietario de la finca que cultivaba Vincenzo. Aquel Tommasino era un comerciante que, pese a morir de miedo, no pudo decidirse a reunirse en la montaña con sus parientes y todo por mor del estraperlo, porque traficaba y vendía un poco de todo. Habitaba en la casita del llano, junto a la falda de la montaña; y ganaba mucho, aunque con peligro de la vida, continuando con sus tráfico bajo los bombardeos y ametrallamientos, entre los abusos de poder de los fascistas y las requisas de los alemanes. Pero ya se sabe que por el dinero los hombres viles se tornan valientes.

Tommasino era uno de éstos.

Conque, a la luz de una vela, metimos de nuevo en la maleta lo poco que habíamos sacado de ella, desde nuestra llegada; y luego, vestidas como estábamos, nos tumbamos en el heno y dormimos quizá cuatro horas. Rosetta, la verdad, de buena gana habría dormido más, era joven y tenía el sueño pesado, de suerte que, aunque viniese la banda del pueblo a tocar junto a sus oídos, no la despertaría. Pero yo, menos joven que ella, tenía el sueño ligero y, desde que andábamos huyendo, con las preocupaciones y el nerviosismo, dormía poco. Por lo que cuando empezaron a cantar los gallos, de noche todavía, pero próxima ya el alba y los gallos lo saben, primero muy bajo, en el fondo de la llanura, luego más cercanos y por fin al lado mismo, en el gallinero de Vincenzo, me levanté del heno y empecé a zarandear a Rosetta. Digo empecé porque ella no quería despertarse, pese a repetir, en su duermevela, con voz plañidera: «¿Qué pasa, qué pasa?», como si se hubiese olvidado de que estábamos en Fondi, en casa de Concetta, y hubiese creído que todavía estuviésemos en Roma, en nuestra casa, donde nunca nos levantábamos antes de las siete. Por fin, se despertó del todo, quejándose sin embargo; y yo le dije:

—¿Acaso preferirías dormir hasta mediodía y ser despertada por un hombre con camisa negra?

Antes de salir de la cabaña, me asomé un poco a la puerta y miré hacia la era: en el suelo se vislumbraban, desparramados, los higos puestos a secar, una silla en la que Concetta había dejado olvidado un cestito lleno de maíz y la pared rosa desconchada y ahumada de la casa, pero no había nadie. Entonces, puse las maletas sobre mi rodete y el de Rosetta, como hicimos cuando llegamos a la estación de Monte San Biagio, luego salimos de la cabaña y, rápidamente, ganamos el sendero del naranjal.

Sabía a dónde iba y, una vez fuera de los naranjales, en la carretera general, tomé la dirección de las montañas que se encuentran al norte de la llanura de Fondi. Apenas amanecía y me acordé de aquel otro amanecer en que huí de Roma, y pensé: «Quién sabe cuántas albas como ésta veré aún, antes de volver a casa.» El aire era gris y traidor sobre toda la campiña; el cielo era de un blanco incierto, con alguna estrella amarilla aquí y allá, como si no fuese a despuntar el día, sino una segunda noche, menos oscura que la primera; el rocío bañaba los árboles, tristes e inmóviles, y mis pies descalzos sentían el frío de los guijos de la carretera. Había un silencio aterido, pero que ya no era nocturno, poblado de secos crujidos, aleteos y pisadas: poco a poco, el campo despertaba. Yo caminaba delante de Rosetta y contemplaba las montañas que se alzaban en torno hacia el cielo; montañas desnudas, peladas, con apenas alguna mancha parda aquí y allá, que parecían desiertas. Pero yo soy montañesa y sabía que, una vez arriba en aquellas montañas, encontraríamos sembrados, bosques, matorrales, cabañas, casitas, campesinos y gente huida. Pensaba que en aquellas montañas iban a pasar muchas cosas y me auguraba que serían cosas buenas, al lado de buenas personas, no de delincuentes como Concetta y su familia. Y, sobre todo, que tuviésemos que quedarnos poco tiempo, que los ingleses no tardasen en llegar y que yo pudiese volver a Roma, al piso y a la tienda. Mientras tanto, el sol había salido, pero sólo un vislumbre, detrás del borde de los montes; las cimas y el cielo, en torno, comenzaban a teñirse de rosa. Ya no había estrellas en el cielo, que se había vuelto azul pálido; luego, el sol brilló de golpe, claro como el oro, al fondo de los olivares, entre las ramas grises; sus rayos se alargaron sobre la carretera y, aunque todavía fuesen inciertos, en seguida me pareció que el guijo, bajo mis pies, ya no era tan frío. Contenta por aquel sol, le dije a Rosetta:

—¿Quién diría que hay guerra? En el campo nunca se pensaría que hay guerra.

Rosetta no tuvo tiempo siquiera de contestarme, porque un avión apareció por la parte del mar a una velocidad increíble: primero oí el ruido de sus motores que iba aumentando y, luego, vi que se nos echaba encima, desde el cielo, en picado. Apenas si me dio tiempo a agarrar de un brazo a Rosetta y saltar con ella de la cuneta a un maizal donde caímos de bruces entre las panochas; después el avión, volando bajo sobre la carretera y como recorriéndola, pasó con un estruendo enloquecedor, rabioso y malvado, como si precisamente se las hubiese con nosotras, llegó hasta el lejano recodo de la carretera, dio la vuelta, se elevó de golpe como encabritado por encima de una hilera de chopos y, luego, se alejó volando a lo largo de los montes, a media ladera, y parecía una

mosca que se apartase del sol. Yo estaba de bruces, abrazada a Rosetta, pero miraba a la carretera donde se había quedado la maleta pequeña que Rosetta dejó caer cuando la agarré del brazo. Entonces vi, en el momento en que el avión pasaba sobre la carretera, como muchas nubecitas de polvo que se elevaban del guijo, huyendo en dirección de los montes, junto con el avión. Cuando el estrépito se hubo apagado del todo, salí del sembrado, fui a ver y noté que la maleta estaba agujereada en varios sitios y que en la carretera había muchos proyectiles de cobre, largos como mi dedo meñique. Así que no cabía duda: aquel avión nos había apuntado a nosotras, puesto que en la carretera sólo estábamos nosotras. Pensé: «Así te mueras tú», y me entró un odio feroz contra la guerra. Aquel aviador no nos conocía, quizás era un buen chico de la edad de Rosetta y tan sólo porque se estaba en guerra había intentado matarnos, así, como para pasar el rato, como un cazador que yendo de paseo con el perro por el monte tira a bulto sobre un árbol pensando: «Algo mataré, aunque sea un gorrión.» Sí, éramos verdaderamente dos gorriones, nosotras, tomadas como blanco por un cazador desocupado que, luego, si los pájaros caen muertos, los deja donde están porque no le sirven de nada.

—Mamá —dijo Rosetta al cabo de un rato, mientras caminábamos—, decías que en el campo no había la guerra y, en cambio, ése ha intentado matarnos.

—Hija mía, me había equivocado —respondí—. La guerra está en todas partes, tanto en el campo como en la ciudad.

CAPÍTULO III

Después de casi media hora de camino, llegamos a un cruce: a la derecha, había un puente que cruzaba un torrente y, al otro lado del puente, una casita blanca donde, como yo sabía, vivía Tommasino. Asomándome al puente vi a una mujer que, de rodillas sobre los pedruscos del arenal, lavaba ropa en un remanso de la corriente.

Le grité:

—¿Vive ahí Tommasino?

Ella terminó de escurrir una prenda ya lavada y, luego, respondió:

—Sí, aquí vive. Pero ahora no está. Esta mañana temprano se ha ido a Fondi.

—¿Y volverá?

—Volverá, sí.

Así que no cabía otra cosa que esperar y eso fue lo que hicimos, sentadas en un banco de piedra que había a la entrada del puente. Estuvimos un rato calladas, al sol que cada vez calentaba más y era más luminoso. Por fin, Rosetta preguntó:

—¿Crees que Annina me devolverá a *Pallino* sano y salvo, cuando vuelva a Roma?

Y yo, que estaba sumida en pensamientos muy distintos, de momento no comprendí. Luego, recordé que Annina era la portera del edificio contiguo al nuestro, en Roma, y *Pallino* el gato de Rosetta al que ella tenía mucho cariño y que, precisamente antes de irnos, había confiado a Annina. La tranquilicé diciendo que con toda seguridad encontraría a *Pallino* más hermoso y más gordo, aunque sólo fuese porque Annina era hermana de un carnicero y, pese a la carestía, a ellos nunca les faltaría carne. Pareció consolada por mis palabras y calló de nuevo, entornando los ojos al sol. He referido esa pregunta de Rosetta en aquel momento crítico, para hacer comprender que, a pesar de tener ya más de dieciocho años, todavía era una chiquilla por el carácter. Y eso se veía en una preocupación semejante, cuando aún no sabíamos dónde dormiríamos aquella noche ni si comeríamos.

Por fin, por el recodo de la carretera, apareció un hombre que andaba comiendo una naranja. En seguida reconocí a Tommasino, que parecía mismamente un judío del *ghetto* con su cara alargada, la barba de una semana, la nariz ganchuda, los ojos saltones y el andar arrastrado, con los pies hacia fuera. También me había reconocido él, pues era cliente suya y, en aquellas dos semanas, le había comprado muchas cosas; pero, receloso, no contestó a mi saludo y siguió adelante comiendo la naranja y mirando al suelo. Cuando estuvo cerca de nosotras, en seguida le dije:

—Tommasino, nos hemos ido de casa de Concetta. Ahora, tú debes ayudarnos porque no sabemos a donde ir.

Entonces, él se apoyó en el pretil del puente, mordió otra naranja que se había sacado del bolsillo, me escupió la cáscara en la cara y, luego, dijo:

—Hay un dicho. En estos tiempos, cada cual para sí y Dios para todos. ¿Cómo quieres que te ayude?

Dije:

—¿Conoces a algún campesino de la montaña que pueda hospedarnos hasta que vengán los ingleses?

Y él contestó:

—No conozco a ninguno y todas las casas están ocupadas, que yo sepa. Pero si vas a la montaña, algo encontrarás: una cabaña, un pajar.

—No, así, sola, no voy. Tú tienes a tu hermano en la montaña y conoces a los campesinos. Deberías darme alguna indicación.

Y él, escupiéndome otra corteza en la cara, contestó:

—Yo, en tu lugar, ¿sabes qué haría?

—¿Qué harías?

—Me volvería a Roma. Esto es lo que haría.

Comprendí que se hacía el sordo porque creía que éramos dos pobrecitas y yo sabía que él sólo pensaba en el dinero y que mientras no hubiese dinero de por medio no hacía nada por nadie. Nunca le había dicho que llevaba conmigo una fuerte cantidad de dinero, pero ahora comprendía que había llegado el momento de que lo supiese. De él podía fiarme por que era igual que yo: tendero, con un establecimiento de comestibles en Fondi, y ahora hacía estraperlo exactamente como lo había hecho yo y, en resumidas cuentas, como suele decirse, los perros no se muerden entre sí. Por lo que, sin porfiar más, dije:

—Yo a Roma no voy, por los bombardeos y la carestía y porque ya no hay trenes y mi hija, aquí, Rosetta, aún está bajo la impresión de las bombas. He decidido ir a la montaña y encontrar un alojamiento. Pagaré. Además, quiero hacerme también con algunas provisiones: aceite, habichuelas, naranjas, queso, harina, total, un poco de todo. Lo pagaré todo al contado porque de dinero tengo, casi cien mil liras. ¿Que tú no quieres ayudarme? Está bien, me dirigiré a cualquier otro, no eres ni mucho menos el único, aquí en Fondi, está Esposito, está Scalise, hay muchos. Vámonos, Rosetta.

Había hablado resueltamente; luego, me puse de nuevo la maleta sobre el rodete, Rosetta hizo otro tanto y nos encaminamos por la carretera en dirección de Monte San Biagio. Al oírme decir que tenía cien mil liras, Tommasino se quedó con los ojos desencajados y estuvo un momento con los dientes clavados en la naranja que estaba pelando. Después, tiró la naranja y corrió detrás de mí. A causa de la maleta que llevaba en equilibrio sobre la cabeza no pude volver ésta hacia él, pero oía su voz ronca y jadeante que suplicaba:

—Un momento, párate, ¡qué demonios! ¿Qué te ha dado? Párate, hablaremos, discutiremos.

Total, que me detuve y, tras haberme hecho un poco de rogar, me avine a volver atrás y a entrar con él en la casa. Nos hizo pasar a una pequeña estancia blanca y desnuda, en la planta baja, donde no había más que un somier con el colchón y las sábanas deshechas. Nos sentamos los tres en la cama y él dijo con tono casi amable:

—Bueno, vamos a hacer la lista de las provisiones que necesitas. Sin embargo, no te prometo nada, porque éste es un mal momento y los aldeanos se han vuelto astutos. Así que por los precios debes remitirte a mí y no discutir: no estamos en Roma en tiempo de paz, estamos en Fondi en tiempo de guerra. En cuanto a la casita en la montaña, no sé. Había muchas, antes de los bombardeos, pero después las han alquilado todas. Sin embargo, como esta mañana tengo que ir a casa de mi hermano, vosotras dos subiréis conmigo y algo se remediará, especialmente si estás dispuesta a pagar en seguida. En cuanto a las provisiones, en cambio, tienes que darme una semana de tiempo. Mientras se encuentre alojamiento allá arriba, mi hermano o cualquier otro refugiado podrán prestarte o venderte algo.

Estas palabras las dijo en tono práctico y razonable, se sacó del bolsillo una agenda muy pringosa y rota, buscó una hoja en blanco, cogió un lápiz tinta, mojó la punta en la boca y prosiguió diciendo:

—Vamos a ver: ¿cuánta harina te hace falta?

Conque le dicté la lista, detalladamente, tanto de harina de trigo, tanto de harina de maíz, tanto de aceite, tanto de habichuelas, tanto de queso de oveja, tanto de manteca de cerdo, tanto de salchichón, tanto de naranjas y así sucesivamente. Lo anotó todo, se metió la agenda en el bolsillo y salió de la habitación, a donde volvió poco después con una hogaza y medio salchichón:

—Ahí va un adelanto del suministro... Ahora, coméis y os quedáis aquí, esperándome... Dentro de una hora subiremos a la montaña... Mientras tanto, sin embargo, será mejor que me pagues la hogaza y el salchichón... Así no habrá líos.

Entonces, saqué un billete de mil y se lo di, y él, tras haberlo mirado al trasluz, me dio la vuelta en muchos billetes más pequeños, tan rotos y cochambrosos como nunca había visto. Son los billetes que se encuentran en el campo, donde hay poco dinero y el poco que hay circula siempre por los mismos bolsillos y no se renueva nunca, porque los campesinos no gustan de llevarlo al

Banco y lo tienen escondido en casa. Le devolví algunos de aquellos billetes porque, la verdad, estaban demasiado sucios y me los cambió, observando:

—Si tuvieses una carretada de estos billetes, en seguida te los aceptaría yo.

En fin, Tommasino nos dejó advirtiéndome que volvería pronto y nosotras comimos pan y salchichón sentadas en la cama, sin hablar, tranquilas ahora ya, sin embargo, porque sabíamos que pronto tendríamos casa y provisiones. En un momento determinado, no sé por qué, acaso siguiendo el hilo de mis pensamientos, dije tan sólo:

—¿Ves, Rosetta, lo que significa el dinero?

Y ella respondió:

—La Virgen nos ha ayudado, mamá, lo sé, y siempre nos ayudará.

No me atreví a contradecirla, porque la sabía muy religiosa y rezaba siempre por la mañana al levantarse y por la noche al acostarse y era yo misma quien le había dado aquella educación, según se acostumbra en nuestros pueblos; pero no pude menos que pensar que, si era verdad, las ayudas de la Virgen eran un poco extrañas: el dinero había convencido a Tommasino para ayudarnos, pero aquel dinero lo había ganado yo haciendo estraperlo gracias a la guerra y a la carestía, y tal vez tanto la guerra como la carestía las había querido la Virgen, pero ¿por qué? ¿Para castigarnos por nuestros pecados?

Después de haber comido el pan y el salchichón, nos tumbamos sobre aquellas sábanas mugrientas de Tommasino y dormimos quizá media hora, porque nos habíamos levantado con el día y el sueño nos ganaba, nublándonos la mente, como el vino cuando se bebe en ayunas. Estábamos durmiendo todavía cuando Tommasino volvió y se acercó dando palmadas y diciendo muy alegre:

—Despierta, que nos vamos, despierta.

Estaba contento, se veía que saboreaba de antemano la ganancia que tenía intención de hacer con nosotras. Nos levantamos y le seguimos fuera de la casa. En la explanada, frente al puente, había un borrico gris, bastante pequeño, de esos que llaman sardos, cargado, pobre animal, de gran cantidad de paquetes sobre los cuales Tommasino había atado ya nuestras maletas. Conque nos fuimos, Tommasino llevando el borriquito del ronzal, con una vara en la mano, todo vestido de ciudad, con sombrero negro, chaqueta negra y pantalones negros a rayas, pero sin corbata y calzado con botas de soldado, de cuero amarillo, llenas de barro, y nosotras dos detrás.

Primero bordeamos por el llano la falda de una montaña y, después, por un camino de herradura que salía de la carretera principal y trepaba al sesgo, lleno de pedruscos, polvo y baches, entre dos setos de espinos, y empezamos a subir y no tardamos en encontrarnos en un valle angosto y empinado, entre dos montes, que cada vez se estrechaba más en forma de embudo a medida que se elevaba y, por fin, como podíamos ver, no era más que un desfiladero bajo el cielo, entre dos cumbres pedregosas. ¿Lo creeréis? En cuanto puse los pies sobre los primeros pedruscos del camino de herradura, entre los excrementos secados de los animales, el polvo y los baches, experimenté como una sensación de gozo. Soy campesina de montaña, había recorrido muchos caminos de herradura como aquél, arriba y abajo, hasta los dieciséis años, y al encontrarlo de nuevo bajo mis pies me parecía encontrar de nuevo por fin algo familiar, como si, faltando mis padres, al menos hubiese vuelto a encontrar los lugares donde ellos me habían criado. Hasta ahora, pensé, hemos estado en el llano, y la gente del llano es falsa, ladrona, sucia y traidora; pero ahora, con este entrañable camino de herradura lleno de pedruscos y de excrementos de borrico, polvoriento y escarpado, ahora vuelvo a encontrar la montaña y a mi gente. No dije nada de todo eso a Tommasino porque, en primer lugar, no me habría comprendido y, luego, porque él era precisamente del llano, con su cara de judío y su manía de hacer dinero. Pero en voz baja, cuando pasábamos ante un hermoso seto bajo el cual crecían muchos ciclaminos, dije a Rosetta:

—Coge esos ciclaminos, haz un ramillete y pónelo en la cabeza, hacen muy bonito.

Y es que de pronto me había acordado de que también yo lo hacía de muchacha: cogía los ciclaminos que nosotros, los *ciociari*, llamamos, no sé por qué, *scocciapignate*¹ y hacía un ramillete

¹ Rompeollas.

que me ponía en el pelo, sobre la oreja, y luego me parecía ser el doble de guapa. Así que Rosetta siguió mi consejo y aprovechando un momento en que nos paramos para descansar, cogió un ramillete para ella y otro para mí y nos lo pusimos en el pelo. Dije riendo a Tommasino, que nos miraba estupefacto:

—Nos ponemos guapas para la nueva casa donde vamos a entrar.

Pero él ni siquiera se sonrió: siempre estaba, con los ojos absortos en el vacío, haciendo cálculos mentales sobre lo que quería vender o comprar, sobre las ganancias y sobre las pérdidas. Era un estraperlista de una pieza y del llano, por añadidura.

El camino de herradura pasaba primero junto a un grupo de casas, a la entrada del valle, y luego seguía por la derecha, a lo largo de la ladera del monte, entre matorrales. Subía en zigzag, despacito, casi llano, con algún repecho de vez en cuando, y yo notaba que no sentía ningún esfuerzo porque tenía las piernas avezadas a trepar desde que nací, por decirlo así, y que, inmediatamente, como por instinto, recuperaron la andadura de montaña, lenta y regular, por lo que no jadeé ni siquiera en las cuestas mientras que, en cambio, Rosetta, que era romana, y Tommasino, que era de llanura, tenían que pararse de vez en cuando para recobrar el aliento. Entretanto, a medida que el camino de herradura subía, se revelaba la naturaleza del valle o, mejor dicho, de la grieta, pues no podía llamarse valle con lo angosto que era: una inmensa escalinata cuyos peldaños más anchos estaban en el punto más bajo y los más estrechos en la cima. Aquellos peldaños eran los cultivos escalonados que nosotros los *ciociari* llamamos *macere*², que consisten en muchas fajas largas y estrechas de terreno fértil, sostenidas cada una de ellas por un murete de piedra seca. En esas fajas crece un poco de todo: trigo, patatas, maíz, hortalizas, lino; además de árboles frutales que se ven esparcidos aquí y allá entre los cultivos. Yo conocía bien las *macere*; de chiquilla, había trabajado como una bestia llevando sobre la cabeza espuertas de piedras para levantar los muretes de sostén y, además, me acostumbré a subir y bajar los vericuetos escarpados y los peldaños que comunican una *macera* con la otra. Cuestan un trabajo enorme, esas *macere*, porque el labrador, para hacerlas, tiene que roturar la ladera del monte, extirpando la maleza, arrancando uno a uno los pedruscos y subiendo, a fuerza de brazo, no sólo las piedras de los muretes, sino también la tierra. Una vez hechas, empero, le aseguran la vida, dándole todo cuanto necesita, de modo que, por así decirlo, ya no tiene por qué comprar nada.

Seguimos por el camino de herradura durante no sé cuánto tiempo: vagabundo, se encaramaba un buen trecho en la montaña, a la izquierda del valle, y luego pasaba al otro lado y empezaba a subir por la montaña de la derecha. Ahora, podíamos ver todo el valle, en subida, hasta el cielo: allí donde terminaba la gigantesca escalinata de las *macere*, comenzaba la faja oscura de los chaparrales; luego, los chaparrales se aclaraban y se descubrían muchos árboles esparcidos en una pendiente desnuda; por último, hasta los árboles se acababan y no se veía más que guijo blanco hasta el cielo azul. Precisamente bajo la cúspide asomaba un penacho de verdor; y entre el verdor se vislumbraban algunas rocas rojas. Tommasino nos dijo que entre aquellas rocas estaba la entrada de una caverna profunda donde hacía muchos años se escondió el famoso pastor de Fondi que había quemado viva en una cabaña a su prometida y luego se fue al otro lado de la montaña y se casó, tuvo hijos y nietos y, por último, cuando le descubrieron, era ya un buen viejo, padre, suegro y abuelo, de barba blanca, querido y respetado por todos. Tommasino añadió que al otro lado de aquella cúspide estaban los montes de la Ciociaria, uno de los cuales era el Monte delle Fate³; y entonces recordé que el nombre de aquel monte, cuando era niña, siempre me hacía soñar y con frecuencia preguntaba a mi madre si era verdad que en aquel monte había hadas y ella siempre me contestó que no había hadas y que el monte se llamaba así sin motivo; pero nunca lo creí; y todavía ahora que ya era mayor y con una hija casadera, casi tuve la tentación de preguntar a Tommasino por qué el monte se llamaba así y si de verdad hubo un tiempo en que las hadas moraban en el monte.

² Bancales.

³ Monte de las Hadas.

Por fin, en un recodo del camino, en medio de la escalinata de *macere*, vimos un buey uncido a un arado y un labriego que lo empujaba por uno de aquellos campecillos largos y estrechos. En seguida, Tommasino se llevó la mano a la boca y gritó:

—¡Hola, Paride!

El campesino siguió todavía adelante con el arado, luego se detuvo y, sin prisa, vino a nuestro encuentro.

Era un hombre no muy alto, pero bien proporcionado, como lo son en Ciociaria, de cabeza redonda, frente estrecha, nariz ganchuda, pequeña y recorva, mandíbula poderosa y la boca semejante a una hendedura, que parecía no haber sonreído nunca. Tommasino le dijo, señalándonos:

—Paride, éstas son dos señoras de Roma y andan buscando una casita por estas montañas..., hasta que vengan los ingleses, naturalmente, es cuestión de días.

Paride se quitó el sombrero negro y nos miró fijamente, sin expresión, como miran, deslumbrados y aturcidos, los labriegos que han estado solos durante horas, mano a mano con el buey, el arado y el surco; luego, despacio y a regañadientes, dijo que ya no quedaban casas, las pocas que había estaban todas alquiladas y, en suma, que él no veía dónde podríamos alojarnos. Rosetta puso en seguida una cara triste y desconsolada; pero yo conservé la calma porque llevaba el dinero en el bolsillo y sabía que con dinero al final todo se arregla. Y, en efecto, apenas Tommasino le hubo dicho casi con rudeza: «Oye, Paride, vamos a ver si nos entendemos, las señoras pagan..., no quieren nada de nadie... Pagan al contado», Paride se rascó la cabeza y luego, con la mirada baja, admitió que había una especie de cuadra o tabuco adosado a su propia casa, donde él guardaba el telar para tejer y donde nosotras, si en verdad se trataba de pocos días, podíamos acomodarnos. Tommasino le dijo en seguida:

—Ves como había casa..., hombre. Un poco de memoria... Bueno, Paride, tú sigue trabajando..., yo me encargo de presentar las señoras a tu mujer.

Paride, tras farfullar unas pocas palabras más, volvió a su arado y nosotros reanudamos la marcha, cuesta arriba.

Ahora ya nos faltaba poco. Y, en efecto, apenas al cabo de un cuarto de hora, percibimos tres casitas dispuestas en semicírculo sobre el rellano de una *macera*. Eran casitas pequeñas, de dos piezas a lo sumo, adosadas a la ladera; y los campesinos se las construyen, por así decirlo, solos, a menudo sin siquiera la ayuda de un maestro de obras. Los labradores en esas casitas sólo duermen. El resto del día se lo pasan trabajando en los campos, o bien, cuando llueve o es hora de comer, se van a las cabañas, que aún son más fáciles de edificar que las casitas y se pueden levantar en una sola noche, con el murete de piedra seca y la techumbre de paja. En efecto, había muchas cabañas desparramadas aquí y allá, en torno a las casitas, formando con éstas una especie de minúscula aldea. Algunas humeaban, señal de que se estaba cocinando en ellas, otras parecían pajares o sitios donde encerrar el ganado por la noche. Entre las casitas y las cabañas, por el angosto espacio de la *macera*, iba y venía gente.

Cuando, por fin, llegamos a la meseta, entre las casas y las cabañas, vimos que aquella gente que iba y venía estaba preparando una gran mesa colocada al aire libre, casi al borde de la *macera*, a la sombra de una higuera. Habían puesto ya el mantel platos y vasos, ahora se atareaban en traer grandes tocones que debían servir de asiento. Uno de los presentes, tan pronto nos vio, fue en seguida al encuentro de Tommasino gritándole:

—Has llegado a tiempo para sentarte a la mesa.

Era Filippo, el hermano de Tommasino, y nunca he visto a dos personas tan diferentes. Éste era tan reservado, silencioso, hermético y casi sombrío, siempre ocupado en calcular las ganancias mordiéndose las uñas y mirando al suelo, como expansivo y cordial era Filippo. Tendero como Tommasino, sólo que Tommasino tenía un establecimiento de comestibles y él, en cambio, un comercio de esos donde se vende un poco de todo. Era un hombre bajito, de cuello corto, y su cabeza, colocada casi sin cuello sobre unos hombros muy anchos, parecía una olla boca abajo, con la parte más estrecha arriba y la nariz en forma, precisamente, de asa. Tenía las piernas cortas, el tórax ancho y hasta un poco de tripa, de modo que los pantalones sujetos con el cinto bajo la tripa

parecían tener que caérsele a cada movimiento que hacía.

Filippo, cuando supo que éramos refugiados y que viviríamos allí con ellos, que teníamos dinero y que éramos comerciantes (todas estas cosas se las dijo Tommasino, sombrío y reticente, como si hablase consigo mismo), por poco se nos echa al cuello:

—Ahora os sentáis a la mesa con nosotros... Tenemos *pettola* y *fásuli* —que en Fondi quiere decir pasta y habichuelas— y coméis con nosotros y, mientras no lleguen vuestras provisiones, coméis de las nuestras...

Además, que luego vendrán los ingleses y traerán de todo, habrá abundancia y lo que importa ahora es comer y estar alegres.

Iba y venía, engreído, en torno a la mesa, y nos presentó a su hija, una morenita dulce y un poco triste, y al hijo, joven, bajito, pero de espaldas anchas y un poco encorvadas, de modo que casi se pensaba que era jorobado, y en cambio no lo era, muy moreno, con gruesas gafas de miope; era médico, al menos eso dijo su padre:

—Os presento a mi hijo Michele..., es médico.

Y luego nos presentó también a su esposa, una mujer de cara asustada, muy blanca, ojos oscuros y húmedos y pecho enorme: padecía de asma y también, a mi juicio, de miedo. Parecía enferma. Filippo, como ya he dicho, tan pronto supo que yo tenía la tienda en Roma, se volvió en seguida cordial, es más, fraterno, y tras haberme preguntado si tenía dinero y enterado de que lo tenía, me confió que él también llevaba una fuerte cantidad en el bolsillo de los pantalones, que bastaría aunque, pongamos por caso, los ingleses tardasen un año en llegar. Me hablaba en tono confidencial, como de tú a tú, en suma, como de comerciante a comerciante; y yo me sentí de nuevo tranquilizada. No sabía aún, como tampoco lo sabía él, que aquella fuerte cantidad de dinero, al prolongarse la guerra, poco a poco iría perdiendo valor y, al final, el dinero que podía mantener a la familia durante un año no bastaría para que viviese un mes. Filippo dijo también:

—Nosotros estaremos aquí hasta que vengan los ingleses. Por ahora, comemos, bebemos y no nos preocupamos de nada más... Cuando lleguen los ingleses, volverá la abundancia y nosotros reanudaremos el negocio como si no hubiese pasado nada.

Objeté, por decir algo, que podía ocurrir que los ingleses no llegasen nunca y que los alemanes ganasen la guerra. Y él contestó:

—¿A nosotros qué más nos da? Alemanes o ingleses es lo mismo, con tal que uno sea vencedor de veras... A nosotros tan sólo nos importa el negocio.

Dijo estas palabras en voz alta, con mucha seguridad; y entonces, su hijo, que estaba solo al borde de la *macera*, contemplando el panorama de Fondi, se volvió como una víbora y dijo:

—A ti quizá no te importe..., pero yo, si ganan los alemanes, me mato. Lo dijo con un tono tan serio y convencido, que me asombré, y pregunté:

—Pero, ¿qué te han hecho los alemanes?

Me miró de soslayo y, luego, dijo:

—A mí personalmente, nada... Pero, vamos a ver, si alguien te dijese: mira, te meto en casa esta serpiente venenosa, trátala con cariño, ¿tú que dirías?

Me quedé estupefacta y respondí:

—Bueno, una serpiente en casa no la querría.

—¿Y por qué? La serpiente no te habría hecho ningún daño hasta entonces, ¿verdad?

—Claro, pero ya se sabe que las serpientes venenosas, tarde o temprano, acaban mordiendo.

—Bueno, pues es lo mismo. Aunque no me hayan hecho nada personalmente, sé que los alemanes, o, mejor dicho, los nazis, un día u otro acabarán por morder, como las serpientes.

Pero en aquel momento, Filippo, que nos había estado escuchando casi con impaciencia, se puso a gritar:

—A la mesa, a la mesa, basta de alemanes, basta de ingleses..., a la mesa, que ya está servida la sopa.

Y su hijo, pensando quizá que yo era una campesina y no valía la pena malgastar saliva conmigo, se encaminó, como los demás, hacia la mesa. ¡Qué comilona! La recordaré mientras viva, un poco

por la extrañeza del lugar y un poco también por la abundancia. La extrañeza: una mesa larga y estrecha, en la *macera* larga y estrecha; bajo nosotros, la escalinata gigantesca de las macere descendiendo hasta el valle de Fondi; alrededor de nosotros, la montaña; y encima de nosotros, el cielo azul iluminado por el sol de setiembre, suave y cálido. Y, sobre la mesa, la abundancia: platos de salchichón y jamón, quesos de montaña, hogazas hechas en casa, recién sacadas del horno, crujientes, huevos duros y mantequilla, y la sopa de pasta y habichuelas en unos platos hondos colmados hasta el borde que, sucesivamente, la hija, la madre y la mujer de Filippo traían a la mesa saliendo una después de otra de la cabaña donde guisaban. Había también vino, en frascas, y hasta había una botella de coñac. En suma, que nadie hubiese podido pensar que en el valle había carestía y un huevo costaba ocho liras y en Roma la gente se moría de hambre. Filippo iba y venía en torno a la mesa frotándose las manos, con la cara brillante de satisfacción. Repetía:

—Comamos y bebamos..., puesto que luego vendrán los ingleses y, con ellos, volverá la abundancia.

Dónde pescó aquella idea de que los ingleses traerían la abundancia, yo no sabría decirlo. Pero allí todos lo creían y no paraban de decírselo unos a otros. Creo que aquella convicción les vino de la radio, donde, según me decían, había un inglés que hablaba el italiano como un italiano, que hacía propaganda repitiendo, precisamente, cada día, que una vez hubiesen llegado los ingleses, todos nadaríamos en la abundancia.

En fin, una vez servida la sopa, nos sentamos a la mesa. ¿Cuántos éramos? Estaba Filippo con su mujer y los dos hijos; estaba Paride, con su mujer Luisa, una rubia bajita de pelo rizado y ojos azules, de expresión socarrona, y su hijito Donato; estaba Tommasino con su esposa, una mujer larga y flaca, bigotuda y ceñuda, y su hija, que también tenía la cara equina de la madre, pero dulce, con ojos negros y bondadosos; había cuatro o cinco hombres, mal trajeados y con la barba crecida y que siempre rodeaban a Filippo como a su jefe reconocido. Todos habían sido invitados por Filippo para celebrar el aniversario de su boda. Pero esto lo supe más tarde; de momento, tuve la impresión de que Filippo poseía provisiones suficientes como para poder derrocharlas invitando todos los días a los habitantes de la localidad.

Comimos, sin exageración, al menos durante tres horas. En primer lugar comimos la sopa de pasta y habichuelas. La pasta era ligera, toda de huevo, amarilla como el oro, y las habichuelas eran de la mejor calidad, blancas, tiernas y gordas, que se deshacían en la boca como mantequilla. De sopa, cada uno comió dos platos y hasta tres, colmados hasta el borde, de tan buena como era. Luego, tocó el turno a los entremeses: jamón serrano, un poco salado, pero estimulante, salchichón hecho en casa, huevos duros, encurtidos. Después de los entremeses, las mujeres se precipitaron hacia la cabaña que estaba a pocos pasos y volvieron trayendo cada una una fuente llena de grandes trozos, cortados de cualquier manera, de carne asada, carne de ternera de primera, tierna y blanca; habían sacrificado un ternero el día antes y Filippo compró varios kilos. Después de la ternera, le tocó el turno al cordero en picadillo, tierno y delicado, con una salsa blanca agrisada muy buena; luego, comimos queso de oveja, duro como piedra, picante, hecho a posta para beber vino con él; y, después del queso, la fruta, o sea, naranjas, higos, uva, fruta seca. Hubo también dulces, ya lo creo, hechos al horno, con mazapán, espolvoreados de azúcar y de vainilla; y, al final, con el coñac, nos comimos también alguna galleta de un gran bote que la hija de Filippo trajo de su casa. ¿Cuánto bebimos? Yo digo que, al menos, un litro por cabeza, pero hubo quien bebió más de un litro y quien menos de un cuartillo, como por ejemplo Rosetta, que nunca bebía. La alegría que reinaba en aquella mesa no se puede describir: todos comían y bebían y no hacían más que hablar de comida y de bebida, o sea, de lo que estaban comiendo y bebiendo o que hubiesen querido comer y beber o que en otros tiempos habían comido y bebido. Para aquella gente de Fondi, como, por lo demás, también en mi pueblo, comer y beber era tan importante como en Roma tener coche y apartamento en Parioli; entre ellos, quien come y bebe poco es un menesteroso, por lo que quien quiere ser considerado como un señor procura comer y beber todo lo que puede, sabedor de que es la única manera de ser admirados y considerados. Yo me sentaba al lado de la esposa de Filippo, aquella mujer tan blanca, de pecho enorme, de quien dije que parecía enferma. No estaba alegre, la

pobrecita, porque se veía que no se encontraba bien; sin embargo, se jactó conmigo de la comida que solían tener en casa:

—Nunca menos de cuarenta huevos del día y de seis jamones y de otros tantos salchichones y quesos... Nunca menos de una docena de almohadas... De tocino, comíamos tanto que un día hice un eructo y un pedazo de tocino que ya me había llegado al estómago volvió a subir y se salió de la boca como si hubiese sido una segunda lengua, blanca, sin embargo.

Repito aquellas palabras porque las dijo así, sencillamente para impresionarme. Gente, en suma, campesina también, que aún no sabía que los verdaderos señores, los de la ciudad, comen poco, hasta poquísimo, especialmente las mujeres, y en cambio su riqueza la ponen en la casa, en joyas y ropas. Ellos, en cambio, vestían como andrajosos; pero estaban tan orgullosos de sus huevos y de su tocino como las señoras de Roma de sus vestidos de seda.

Filippo bebía más que nadie, un poco porque, como nos anunció de repente, era el aniversario de su matrimonio; un poco porque tenía ese pequeño vicio y, más de una vez, después, le vi con los ojos brillantes y la nariz colorada, a todas horas, incluso a las nueve de la mañana. Por lo que, quizá porque estaba embriagado, a mitad de la comida, se abandonó a las confidencias:

—Os digo esto —comenzó de repente, con el vaso en la mano—, la guerra es mala tan sólo para los tontos, para los otros, no. ¿Sabéis que me gustaría escribir en mi tienda, sobre la caja?: «Aquí nadie es tonto.» Lo dicen en Nápoles, pero también lo decimos nosotros, y es la pura verdad. Yo no soy tonto y nunca lo seré, porque en este mundo hay dos categorías de personas: los tontos y los listos; y nadie que yo sepa querrá nunca pertenecer a la primera categoría. Todo consiste en saber, ciertas cosas, todo consiste en tener los ojos muy abiertos. Los tontos son aquellos que creen en lo que escriben los periódicos y pagan los impuestos y van a la guerra y hasta dejan el pellejo en ella. Los listos, je, je, los listos son lo contrario, ahí está todo. Y, en estos tiempos, quien es tonto se pierde y quien es listo se salva, y quien es tonto no tiene otro remedio que ser más tonto que nunca y quien es listo debe de ser, en cambio, listísimo. Ah, ya conocéis el proverbio: más vale un asno vivo que un doctor muerto; y este otro también: vale más el huevo hoy que la gallina mañana, y además este otro: prometer y mantener es de hombre vil. Diré más: de ahora en adelante, en este mundo ya no habrá sitio para los tontos, nadie podrá nunca más permitirse el lujo de ser tonto, ni siquiera un solo día. De ahora en adelante, habrá que ser listos, muy listos, listísimos, porque éstos son tiempos muy peligrosos y si a éstos les dais un dedo, os cogen el brazo, fijaos en lo que le ha pasado a ese pobre de Mussolini que creía precisamente hacer una guerrita de un dedo con Francia y le ha tocado poner todo el brazo contra el mundo entero y ahora ya no tiene nada y le toca hacer el tonto por fuerza, él que siempre quiso hacerse el listo. Hacedme caso, los Gobiernos van y vienen y hacen la guerra con la piel de la pobre gente y, luego, hacen la paz y después hacen lo que les parece, pero lo único que cuenta y no cambia nunca es el negocio. Vengan los alemanes, vengan los ingleses, vengan los rusos, lo que para nosotros los comerciantes debe contar sobre todo sigue siendo el negocio, y si el negocio va bien, todo va bien.

Aquel discursito debió de costarle un esfuerzo extraordinario, porque al final le sudaba la frente y las sienes y, tras haber apurado de un solo trago su vaso, se enjugó la cara con el pañuelo. Los refugiados que, como he dicho, componían su pandilla, en seguida le aprobaron clamorosamente, tanto más por cuanto estaban comiendo a su costa y querían agradecérselo, como mangantes muertos de hambre y aduladores que eran.

—Viva Filippo y viva el comercio —gritó uno.

Otro observó, burlonamente:

—Tú bien puedes decirlo que el comercio no cambia: han sucedido muchísimas cosas, pero el comercio continúa, y tú siempre haces buenos negocios, ¿verdad, Filippo?

Un tercero, un poco perplejo y sabihondo, dijo:

—Que vengan los alemanes o los ingleses, de acuerdo; pero no digas que vengan los rusos, Filippo.

—¿Por qué? —preguntó él, que por haber bebido demasiado me parece que ya atinaba poco.

—Porque los rusos no dejarán hacer comercio, Filippo, ¿no lo sabes? Los rusos, sobre todo, se

meten con los comerciantes.

—Cornudos —dijo Filippo en voz baja.

Y se sirvió vino de la frasca, contemplándolo amorosamente a medida que llenaba el vaso. Por último, otro gritó:

—Filippo, eres grande, tienes razón, aquí nadie es tonto, esto es seguro, has dicho la pura verdad.

Entonces, mientras todos reían por aquella frase tan sincera, he aquí que, de pronto, se levantó el hijo de Filippo y dijo con expresión sombría:

—Aquí nadie es tonto, excepto yo. Yo soy tonto.

Hubo un silencio, tras aquella salida, y todos nos mirábamos a la cara, estupefactos. Al cabo de un momento, el hijo continuó diciendo:

—Y como los tontos no están a gusto en compañía de los listos, me voy a estirar las piernas.

Dicho lo cual, mientras algunos le gritaban, solícitos: «Vamos, hombre, ¿por qué te has ofendido?, nadie ha pensado nunca que seas tonto», él apartó su silla y se alejó despacio por la *macera*.

Todos se volvieron a mirarle mientras se alejaba; pero Filippo estaba demasiado borracho para tomárselo a mal. Levantó el vaso en dirección a su hijo y dijo:

—A tu salud... Un tonto, al menos, por familia hace falta, no es dañino. Todos se pusieron a reír viendo al padre, que se creía listo, beber a la salud del hijo, que se proclamaba tonto; y aún rieron más cuando Filippo, alzando la voz, gritó:

—Tú puedes hacer de tonto porque en casa estoy yo que hago de listo. Alguien observó:

—Es muy verdad: Filippo trabaja y gana el dinero mientras su hijo se pasa el tiempo leyendo y dándose importancia.

Pero Filippo que, en el fondo, parecía orgulloso de aquel hijo suyo tan diferente a él y tan instruido, añadió, al cabo de un momento, apartando la punta de la nariz del vaso:

—Entendámonos: mi hijo, lo que es, es un idealista... Pero en estos tiempos, ¿qué es un idealista? Un tonto. Quizá no por culpa suya, quizá por fuerza, pero un tonto.

Mientras tanto, había caído la tarde, el sol se había ocultado detrás de las montañas y, por fin, unos tras de otros, todos se levantaron de la mesa: los hombres se fueron a jugar a las cartas en la casita de Filippo, los labradores volvieron al trabajo y las mujeres empezamos a recoger la mesa. Lavamos la vajilla en una tinaja llena de agua, junto al pozo, y luego hicimos una pila que llevé al aposento que Filippo y su familia ocupaban en la casita del centro. Era una casita de dos pisos, y al segundo piso se llegaba por una escalera exterior desde la *macera*. Me quedé sorprendida cuando entré: Filippo y sus amigos estaban sentados en el suelo, en la mitad de la estancia, con los sombreros puestos y las cartas en la mano: jugaban al *scopone*. En torno del aposento no había muebles, sólo colchones enrollados y arrimados en los ángulos y muchos sacos. Había no sé cuántos sacos, y debo reconocer que, al menos en lo referente a provisiones, Filippo había aplicado sus ideas y obrado como un listo y no como tonto. Había sacos de harina de trigo, blancos, había sacos de harina de maíz, amarillos, había talegos que parecían contener habichuelas, garbanzos, lentejas, almortas. Había también muchas la—tas, sobre todo de tomate, en conserva; en la ventana, colgaban un par de jamones; y sobre los sacos se veían algunos quesos de Sorrento. También vi numerosas jarras tapadas con papel, llenas de manteca de cerdo; garrafas de aceite, un par de damajuanas de vino; y, colgando del techo, algunas ristras de salchichas caseras. En suma, allí dentro había la base para comer, porque cuando se tiene harina y grasa y tomate, por mal que vaya siempre se puede hacer un plato de macarrones a la italiana. Como he dicho, Filippo y su pandilla jugaban al *scopone* en mitad de la estancia; en cambio, la mujer y la hija de Filippo estaban tumbadas juntas en un colchón, apelonadas una contra otra, medio desnudas, embrutecidas por el calor y la digestión. Filippo, al verme entrar, dijo sin levantar los ojos de los naipes:

—Ya ves, Cesira, lo bien que nos hemos acomodado aquí... Dile a Paride que te enseñe tu cuartito... En él estaréis como los ángeles. Yo no dije nada, dejé los platos en el suelo y salí en busca de Paride para arreglar el asunto del alojamiento.

Le encontré partiendo leña junto a la cabaña y le dije que estaba lista: que me enseñase el

cuartito que me había prometido. Él tenía el pie calzado con albarca sobre un tronco y empuñaba un hacha, escuchándome desde debajo del sombrero negro. Luego, dijo:

—Bueno, Tommasino habla como si fuese el dueño, pero el verdadero dueño soy yo... Antes te dije que sí, pero ahora, reflexionando, temo que ese cuartito no pueda dártelo... Allí trabaja todo el día Luisa en el telar... ¿Qué haréis vosotras mientras ella trabaje? No vais a estar, ni mucho menos, por los campos.

Comprendí que todavía no se fiaba, como buen campesino que era; entonces, me saqué del bolsillo un billete de quinientas liras y se lo tendí, diciendo:

—¿Tienes miedo de que no te pagemos? Ahí tienes quinientas liras, te las dejo en depósito; después, cuando me vaya, haremos la cuenta. Se calló y tomó el dinero; pero lo tomó de una manera particular que quiero describir porque tiene su importancia para comprender la mentalidad del labriego montañés. Tomó, pues, el billete, se lo llevó a la altura del vientre con ambas manos y lo miró largo rato, con cierta recelosa y cohibida admiración, como si hubiese sido un objeto extraño, volviéndolo de uno y otro lado. Más adelante, le vi hacer aquel gesto todas las veces que tocaba dinero y entonces comprendí que ellos nunca ven dinero porque todo lo que necesitan se lo hacen en casa, incluida la ropa; y el poco dinero de que disponen lo sacan de la venta de la fajina que llevan al valle, a la ciudad, en invierno; por lo que el dinero, para ellos, es una cosa rara y preciosa; más que dinero es casi casi un dios. Y, en efecto, esos montañeses junto a los cuales pasé tanto tiempo no son nada religiosos y tampoco supersticiosos, para ellos lo más importante es precisamente el dinero, un poco porque no lo tienen y nunca lo ven, un poco porque del dinero, para ellos al menos, viene todo lo bueno, en todo caso es así como piensan, y yo, como comerciante, no podría en verdad echárselo en cara.

Total, que Paride, tras haber mirado y vuelto a mirar mi billete, dijo:

—Bueno, si no te molesta el ruido del telar, puedes quedarte con el cuarto.

Y, entonces, le seguí hasta su casa, que estaba situada a la izquierda de la localidad, adosada como todas las otras al muro de contención de la *macera*. Al lado de la casita, que tenía dos pisos, había una pequeña construcción, arrimada a la pared rocosa del monte, con un techo de tejas, una puertecita y un ventanuco sin cristales. Entramos y vimos que, como él me había advertido, la mitad del cuartito estaba ocupado por el telar, precisamente uno de esos antiguos de madera. En la otra mitad había un catre, dos caballetes de hierro con tablas y, encima, un jergón de hojas de maíz. En aquel cuartito se estaba a duras penas de pie bajo el techo inclinado, el fondo era de roca pelada, las paredes estaban llenas de telarañas y de manchas de humedad. Bajé la mirada: el suelo no estaba enladrillado, sino que era de tierra apisonada, como una cuadra. Paride, rascándose la cabeza, dijo:

—Ésta es la habitación... Vosotras veréis si podéis acomodaros aquí. Rosetta, que nos había seguido, dijo con tono un poco asustado:

—Mamá, ¿ahí tendremos que dormir?

Pero la reprendí, contestando:

—Cuando no hay pan, buenas son tortas.

Y luego, volviéndome hacia Paride, le pregunté:

—Pero no tenemos sábanas, ¿nos daréis?

Entonces comenzó una discusión, él no quería proporcionarnos sábanas diciendo que pertenecían al ajuar de su mujer. Luego, al final, acordamos que le pagaría un plus por el alquiler de las sábanas. Mantas, sin embargo, no tenía: pero nos prometió, a guisa de manta, su capa negra, desde luego pagando un alquiler. Y así fue con todo el resto: la palangana de cobre en la que poner agua para lavarnos, las toallas, los cacharros de cocina, hasta una silla que nos permitiría al menos, sentarnos en ella por turno: todo ello le fue arrancado con uñas y dientes y todo fue conseguido después que le hube prometido pagar una cantidad por el alquiler de cada objeto. Por último, pregunté dónde podríamos cocinar y él respondió que podíamos cocinar en la cabaña, donde también cocinaban ellos. Entonces dije:

—Bueno, veamos esa cabaña, así me haré una idea.

La idea me la hice en seguida yendo con él a la cabaña, que estaba situada un poco más abajo, en

la *macera* contigua. Era una cabaña con el basamento de piedra seca y encima, sobre las paredes, como una barca volcada, el techo de paja. Conocía aquellas cabañas; en mi pueblo es donde se guardan los aperos y los animales; cabañas semejantes pueden construirse en un día trabajando con ahínco: primero se hace la pared colocando y engastando una en otra, sin argamasa, grandes piedras apenas desbastadas. Luego, en los dos extremos del recinto, que tiene forma oval, se plantan dos ramas horcadas. Sobre las horcas se pone horizontalmente una rama larga. Por último, a capas superpuestas, se añade la paja, a ambos lados, en haces atados con juncos, hasta que tenga un espesor suficiente. No hay ventanas; la puerta se hace con dos piedras verticales para la jamba y una horizontal para el arquitrabe, y siempre es una puerta baja que obliga a agacharse para entrar en la cabaña. La cabaña de Paride era en todo igual a las de mi pueblo; junto a la puerta colgaba, de un clavo, un cubo lleno de agua con un cazo. Antes de entrar, Paride cogió el cazo, bebió, luego me lo tendió y bebí a mi vez. Entramos en la cabaña. Durante un momento, no vi nada porque no había ventanas, como he dicho, y Paride había cerrado la puertecita tras de sí. Luego, encendió un candil de aceite y, entonces, empecé a ver. El suelo parecía de tierra apisonada, en el centro había un fuego moribundo con un trébede de hierro y, sobre éste, un caldero negro. Levanté la mirada: arriba, en la oscuridad, colgaban ristras de salchichas y de morcillas puestas a ahumar, además de numerosas cenefas de hollín, negras y ligeras, que hacían pensar en los adornos del árbol de Navidad, pero de un árbol de Navidad puesto de luto. En torno al fuego, había muchos leños dispuestos en círculo y, sentada en uno de aquellos leños, me asombró ver a una anciana, una anciana de veras, con la cara que parecía la luna menguante, toda nariz, y flacucha, que hilaba con el huso, sola en la oscuridad. Era la madre de Paride y me acogió con estas palabras:

—Siéntate, me han dicho que eres una señora de Roma... Ah, esto no es un salón de Roma, sino una cabaña..., pero ahora tienes que conformarte... Ven acá, siéntate.

Yo, la verdad sea dicha, no tenía ganas de sentarme en uno de aquellos leños tan estrechos y casi casi hubiese querido preguntar dónde estaban las sillas; pero me contuve a tiempo. Luego, descubrí que en las cabañas nunca hay sillas; las tienen en las casas, considerándolas un lujo que sólo se permitían en las fiestas y en ocasiones solemnes como bodas, funerales y otras parecidas; y, por no estropearlas, las cuelgan del techo, como si fuesen jamones. En efecto, en la casita de Paride, un día que entré, me di con la frente contra una silla y, para mis adentros, dije que, en verdad, había ido a parar a un sitio bastante rústico.

En fin, la cabaña, ahora, estaba iluminada por completo y pude ver que era propiamente un lugar para animales: frío y oscuro, con el suelo fangoso y las piedras del muro y la paja interior del techo ennegrecidas y rezumantes de hollín. La atmósfera estaba cargada de humo de aquel fuego moribundo, quizá porque la leña era verde; y el humo, por falta de ventanas, se estancaba dentro, saliendo apenas, con dificultad, por el techo, de modo que Rosetta y yo pronto comenzamos a toser y a lagrimear. Al mismo tiempo, descubrí, acurrucado y casi oculto por la larga saya de la anciana, un feo perro bastardo y un viejo gato pelado que, parece imposible, también lloraban, pobrecitos, como si hubiesen sido dos cristianos, por culpa de aquel humo tan acre y punzante; pero lloraban sin moverse, con los ojos muy abiertos, señal de que estaban avezados a ello. Nunca me ha gustado la suciedad y, en efecto, mi casa de Roma era modesta, pero en tocante a limpieza, un espejo. Por eso, al ver aquella cabaña, el corazón se me encogió como un puño, pensando que, en adelante, Rosetta y yo deberíamos cocinar, comer y hasta vivir allí dentro, cabalmente como dos cabras o dos ovejas. Dije, como pensando en voz alta:

—Suerte que se trata tan sólo de pocos días, hasta que lleguen los ingleses.

Y Paride preguntó:

—¿Por qué, no te gusta la cabaña?

—En mi pueblo guardamos el ganado en las cabañas —dije.

Paride era un tipo curioso, como descubrí más adelante, insensible y sin amor propio, por decirlo así. Respondió, esbozando una sonrisa extraña:

—Aquí, en cambio, están los cristianos.

La vieja, con su voz estridente de cigarra, dijo:

—No te gusta la cabaña, ¿eh? Pero siempre es mejor que estar en un prado. ¿Sabes cuántos de esos pobres soldados que están en Rusia firmarían por volver a vivir toda su vida en una cabaña como ésta? Pero, en cambio, no volverán y los matarán a todos y ni siquiera les darán una sepultura de cristianos, porque en Rusia ya no conocen ni a Cristo ni a la Virgen.

Me quedé sorprendida al oír aquellos augurios tan negros; Paride esbozó una sonrisa y dijo:

—Mi madre todo lo ve feo porque es vieja y está sola todo el día y, además, también es sorda. — Luego, levantando la voz, añadió—: Pero, ¿quién te dice que no volverán? Volverán, seguro, ahora ya es cuestión de días. La vieja murmuró:

—No sólo no volverán, sino que a nosotros, aquí, nos matarán también, con los aviones.

De nuevo, Paride sonrió, como si la cosa fuese cómica; pero yo, asustada por tanto pesimismo, dije:

—Bueno, ya nos veremos más tarde... Hasta luego.

Y ella, con su acostumbrada voz de mal agüero, dijo:

—Nos volveremos a ver, no temas, tanto más cuanto que a Roma no volverás tan pronto como piensas y, quizá quizá, no volverás nunca. Ante aquella salida, Paride se echó a reír francamente; pero para mis adentros me dije que aquello tenía poca gracia y no pude por menos que hacer mentalmente el conjuro contra el aojo.

Aquella tarde, la dediqué a limpiar el cuartito donde teníamos la cama y donde no sabía que deberíamos vivir tanto tiempo. Barrí el suelo, rascando y quitando de la tierra apisonada la mugre de años, di a Paride, para que las pusiese en otro sitio, no sé cuántas azadas y palas que estaban apiladas en los rincones y quité las telarañas de las paredes. Luego, coloqué la cama a un lado, arrimada a la pared de roca, ajusté las tablas sobre los caballetes, sacudí el jergón de hojas de maíz, lo cubrí con las sábanas, muy buenas, todas de lino recio tejido a mano, limpias de colada, y encima puse como manta la capa de Paride. La mujer de Paride, Luisa, la rubita aquella que he descrito ya, de cara socarrona, de ojos azules y pelo rizado, estaba, mientras tanto, al fondo de la estancia, ante el telar que manejaba arriba y abajo con los brazos, que los tenía fuertes y musculosos, sin pausa, con un estruendo indecible, tanto que le dije:

—Pero, bueno, ¿vas a estar siempre aquí dentro metiendo ese ruido? Ella respondió, riendo:

—Quién sabe cuánto estaré... Tengo que tejer la tela para hacer pantalones a Paride y a los chicos.

—Pobres de nosotras, nos harás volver sordas —dije.

—Yo no me he vuelto sorda... Ya verás como acabarás acostumbrándote.

Total, que ella estuvo allí casi un par de horas, sin dejar de manejar el telar, arriba y abajo, con aquel ruido de maderos golpeados, seco y sonoro, y nosotras dos, tras haber arreglado la estancia, nos sentamos, Rosetta en la silla que alquilé a Paride y yo, en la cama; y así estuvimos mirando a Luisa que tejía, como dos bobas, boquiabiertas, sin hacer nada. Luisa no hablaba mucho, pero contestó de buen talante a nuestras preguntas. De este modo, nos enteramos de que, de los muchos hombres que estaban en aquella localidad antes de la guerra, Paride era el único que no había sido movilizado, por mor que le faltaban dos dedos de la mano derecha. Todos los demás estaban bajo las armas, y casi todos en Rusia.

—Salvo yo —dijo Luisa con una sonrisa ambigua, en tono casi complacido—, todas las demás mujeres de aquí es como si fuesen ya viudas. Me asombré y, pensando que Luisa era tan pesimista como su suegra, dije:

—¿Por qué habrían de morir precisamente todos? Yo, por el contrario, digo que volverán.

Pero Luisa meneó la cabeza, sonriendo:

—No me has comprendido. Yo confío poco en que vuelvan, no porque les maten, sino porque a las mujeres rusas les gustan nuestros hombres. El forastero gusta, ya se sabe. Es muy posible que, una vez terminada la guerra, esas mujeres les obliguen a quedarse y, entonces, cualquiera vuelve a verlos.

En resumidas cuentas, ella entendía la guerra como un asunto de hembras y varones; y se veía que estaba muy contenta de haber conservado a su varón gracias a aquellos dos dedos de menos,

mientras que las otras, por culpa de las hembras rusas, perderían a los suyos. Hablamos, asimismo, de los Festa y me dijo que Filippo había logrado hacer que no mandasen a su hijo al frente gracias a recomendaciones y favores; en tanto que los campesinos que no tenían ni dinero ni apoyos tenían que ir a la guerra y, a veces, dejaban la piel en ella. Entonces, recordé las palabras de Filippo sobre el mundo que, según él, se dividía en tontos y listos; y comprendí que también en aquel caso él se había comportado como listo.

A Dios gracias, vino la noche y Luisa dejó de hacer aquel estruendo con el telar y se fue a preparar la cena. Nosotras dos estábamos tan cansadas que durante una hora nos quedamos donde estábamos, sin movernos ni hablar, yo sentada en la cama y Rosetta en la silla, al lado de la cabecera. La lámpara de aceite alumbraba débilmente y, a su luz, el cuartito parecía cabalmente una pequeña caverna: yo miraba a Rosetta, Rosetta me miraba a mí y cada vez nuestras miradas expresaban una cosa diferente y no nos hablábamos porque nos comprendíamos muy bien con los ojos y sabíamos que las palabras habrían resultado superfluas y no hubiesen añadido nada a lo que nos decíamos con los ojos. Los de Rosetta decían: «Mamá, ¿qué vamos a hacer? Tengo miedo. ¿Dónde hemos venido a parar?», y así sucesivamente; los míos respondían: «Tesoro mío, tranquilízate que tu mamá está contigo, no debes de tener miedo», y otras cosas por el estilo. Así, a la chita callando, cruzábamos muchísimas reflexiones y, por último, como punto final de aquella desesperada conversación, Rosetta acercó su silla a la cama y reclinó la cabeza en mi regazo, abrazándose a mis rodillas; y yo, siempre en silencio, me puse a acariciarle el pelo, despacito. Así estuvimos quizá media hora; luego, la puerta se abrió, alguien la empujaba, y después, muy abajo, asomó la cabeza de un chiquillo, el hijo de Paride, Donato.

—Papá dice si queréis venir a comer con nosotros.

No teníamos demasiado apetito porque habíamos comido mucho en la mesa de Filippo, por la mañana; pero, de todos modos, acepté la invitación porque, sintiéndome cansada y acobardada, no me gustaba la idea de terminar la velada sin cena, sola con Rosetta, en aquel cuartucho tan triste.

Por lo que seguimos a Donato, que iba delante, casi corriendo, como si en la oscuridad viese como los gatos; y llegamos a la cabaña, una *macera* más abajo. Encontramos a Paride rodeado por cuatro mujeres: su madre, su mujer, su hermana y su cuñada. Estas dos últimas tenían cada una tres chiquillos, pero sus maridos no estaban porque eran soldados y los habían mandado a Rusia. La hermana de Paride, que se llamaba Giacinta, era también morena, de ojos profundos, demoníacos, y cara ancha y apesadumbrada; parecía una obsesa y hablaba con aspereza, siempre para reprender a sus tres chiquillos que se le pegaban a la falda como perritos en torno a una perra y, no hacían más que gimotear; alguna vez, ni siquiera les hablaba, sino que se limitaba a pegarles en silencio, duramente, con el puño cerrado en la cabeza. La cuñada de Paride se llamaba Anita y era mujer de un hermano de Paride quien, en tiempo de paz, vivía por la parte de Cisterna; era una mujer morena y pálida, flaca, de nariz aguileña, ojos serenos, expresión sosegada y reflexiva. Al contrario de Giacinta, que casi daba miedo, Anita causaba una impresión de tranquilidad y de dulzura. También tenía a los hijos alrededor, pero no agarrados a sus ropas, sino sentados educadamente en las banquetas, y aguardando en silencio y sin impaciencia a que les diesen de comer. Cuando entramos, Paride nos dijo con aquella extraña sonrisa suya, entre cohibida y socarrona:

—Hemos pensado que os encontrabais solas por lo que, si gustáis... —Al cabo de un momento, añadió—: Mientras no lleguen vuestras provisiones, podréis comer con nosotros; después, haremos cuentas. En suma, nos hacía comprender que no nos daba de comer gratis, pero se lo agradecí igualmente, porque sabía que ellos eran pobres y había carestía y ya era mucho que se aviniesen a darnos de comer a cambio de dinero, pero en tiempos de carestía quien tiene un poco de víveres se los guarda para sí y no los comparte con los demás ni siquiera por dinero. Total, que nos sentamos y, luego, Paride encendió una lámpara de acetileno y una hermosa luz blanca nos alumbró a todos, sentados en las banquetas y los troncos, en torno al trébede sobre el cual hervía un puchero. Éramos todos mujeres y niños, salvo Paride, el único hombre; y Anita, su cuñada, no sin melancolía, porque, como ya he dicho, tenía al marido en Rusia, bromeó sobre ello, diciendo:

—Estarás contento, Paride, con tantas mujeres sólo para ti: feliz entre las mujeres.

Paride contestó, medio sonriendo:

—Afortunadamente, durará poco.

Pero la anciana madre pesimista en seguida le replicó, vivamente:

—¿Poco? Acabaremos primero nosotros que la guerra.

Mientras tanto, Luisa había puesto sobre una mesita vacilante una sopera de barro, cogió una hogaza y, arrimándosela al pecho, con mucha destreza, con un afilado cuchillo se puso a cortar delgadas rebanadas hasta que la sopera estuvo colmada de pan hasta el borde. Entonces, quitó el puchero de la lumbre y vertió su contenido sobre todas aquellas rebanadas de pan superpuestas: era, en suma, la habitual *minestrina* que ya habíamos comido en casa de Concetta, o sea, una papilla de pan y sopa de habichuelas.

Mientras aguardábamos que el pan se embebiese bien, Luisa puso en el suelo, en mitad de la cabaña, un gran barreño que llenó con el agua de un cubo que había estado calentándose sobre las cenizas, junto al trébede. Luego, todos ellos se pusieron a quitarse las albarcas, sin apresurarse y con cierta gravedad, como un ritual que se repitiese cada noche y siempre del mismo modo. De momento, no comprendí, pero luego, cuando vi que Paride, el primero, metía el pie descalzo, todo negro de tierra entre los dedos y en torno al talón, en el agua del barreño, caí en la cuenta: nosotros, en la ciudad, antes de comer nos lavamos las manos; ellos, en cambio, pobrecitos, que habían caminado todo el día por el fango de los campos, se lavaban los pies. Sin embargo, se los lavaban todos en el mismo barreño, sin renovar el agua, conque podéis imaginar cómo se puso aquel agua después que hubieron pasado por ella los pies de todos, chiquillos incluidos: de color chocolate. Sólo nosotras dos no nos lavamos; y uno de los chiquillos preguntó, ingenuamente:

—¿Por qué no os laváis vosotras dos?

A lo cual la anciana madre, que tampoco se había lavado, respondió, sombría:

—Son dos señoras de Roma. No trabajan la tierra como nosotros.

Mientras tanto, la *minestrina* ya estaba a punto; Luisa se llevó el barreño lleno de agua sucia y puso en el centro la mesita con la sopera. Empezamos a comer todos a la vez, sirviéndonos cada uno directamente con la cuchara sopera. Creo que Rosetta y yo no comimos más de dos o tres cucharadas por cabeza; pero los demás la atacaron con tanta furia, especialmente los niños, que la sopera no tardó en quedar vacía y, por las caras un poco decepcionadas y aún ávidas, comprendí que muchos se habían quedado con apetito. Paride distribuyó también un puñado de higos secos a cada uno; luego, de un agujero de la pared de la cabaña sacó una frasca de vino y escanció un vaso a todos, hasta a los niños, siempre con el mismo vaso. Bebieron todos; y, cada vez, Paride limpiaba el borde del vaso con la manga, escanciaba escrupulosamente y alargaba el vaso, diciendo en voz baja el nombre de la persona a la cual lo tendía: parecía que estuviésemos en una iglesia. El vino era áspero, casi vinagre, vino de montaña, en suma, pero vino de uva, de eso podía estarse seguro. Una vez terminada la cena que había sido efectuada en silencio, las mujeres volvieron al huso y a la rueca y Paride, a la luz del acetileno, se puso a repasar el deber de aritmética de su hijo Donato. Paride era analfabeto, pero sabía un poco de cuentas y quería que su hijo aprendiese también a hacerlas. Sin embargo, se me antoja que su hijo, un chiquillo de cabeza gorda y cara de simple, sin expresión, era bastante tonto, porque Paride, tras haber intentado y vuelto a intentar hacerle comprender no sé qué problema, se encolerizó y le dio un fuerte puñetazo en la cabeza diciendo:

—Eres un cagajón.

El puñetazo retumbó como si la cabeza hubiese sido de leño; pero el chiquillo pareció no darse cuenta siquiera y se puso, muy calladito, a jugar en el suelo con el gato. Más tarde, le pregunté a Paride por qué tenía tanto empeño en que su hijo, que al igual que él no sabía leer ni escribir, aprendiese aritmética; y comprendí que, para él, los números, las letras no, eran importantes, porque con aquéllos se podía, al menos, contar dinero, en tanto que, por el contrario, éstas no servían, según él de nada en absoluto.

He querido describir aquella primera velada que pasamos con los Morrone (así se apellidaba la familia), en primer lugar porque una vez descrita la primera, he descrito todas las que vinieron después, pues todas fueron iguales; y, además, porque aquel mismo día, por la mañana, comí con

los refugiados y, por la noche, con los campesinos, así que estuve en condiciones de notar las diferencias. Digo la verdad: los refugiados eran más ricos, al menos algunos de ellos; con ellos se comía mejor; sabían leer y escribir no llevaban albarcas y sus esposas vestían como las mujeres de la ciudad. No obstante, desde aquel primer día y después cada vez más, siempre preferí los campesinos a los refugiados. Aquella preferencia quizá provenía del hecho de que yo, antes que tendera, había sido campesina, pero sobre todo, a mi parecer, de la extraña sensación que experimentaba ante los refugiados, especialmente si los comparaba con los campesinos: como de gente a la cual la instrucción sólo había servido para hacerla peor. Un poco como les ocurre a ciertos muchachos díscolos que, tan pronto van a la escuela y aprenden a escribir, lo primero que hacen es llenar las paredes de palabrotas. En suma, yo digo que no debería bastar con instruir a la gente, sino que sería menester enseñarle también a hacer buen uso de la instrucción.

Al final, todos nos caíamos de sueño; y algunos de los chiquillos se habían adormecido; entonces Paride se levantó anunciando que ellos se iban a la cama. Por lo que salimos todos de la cabaña y nos despedimos dándonos las buenas noches y, luego Rosetta y yo nos quedamos solas, en el borde de la *macera*, absortas, mirando en la oscuridad hacia el punto donde sabíamos que estaba Fondi. No se veía ninguna luz; todo estaba oscuro y sosegado; las únicas cosas vivas eran las estrellas que brillaban con fuerza y parecían hacer guiños en el cielo negro como si hubiesen sido muchos ojos de oro que nos miraban y lo sabían todo de nosotras, en tanto que nosotras no sabíamos nada de ellas. Rosetta me dijo quedamente:

—¡Qué noche más hermosa, mamá!

Y yo le pregunté si estaba contenta de haber venido allí y ella contestó que siempre estaba contenta, a mi lado. Seguimos un rato más contemplando la noche y, luego, ella me tiró de la manga y me susurró que quería rezar para dar las gracias a la Virgen porque nos había permitido llegar hasta allí, sanas y salvas. Lo dijo en voz baja, como si hubiese temido que la oyesen, y yo me asombré un poco y pregunté:

—¿Aquí?

Ella asintió con la cabeza y, luego, se dejó caer lentamente de rodillas sobre el borde de la *macera*, en la hierba, arrastrándome consigo. No me disgustó aquella iniciativa suya, pues Rosetta, con sus palabras, había interpretado mi sentimiento, en aquella noche tan silenciosa y tranquila, después de tantas preocupaciones y fatigas: un sentimiento como de gratitud hacia alguien o algo que nos había asistido y protegido. Por lo que la obedecí de buena gana y junté las manos con ella y, moviendo rápidamente los labios, recé la oración que suele decirse antes de irse a la cama. Hacía tiempo que no rezaba, no lo había hecho desde que me dejé poseer por Giovanni y sabía que no había rezado desde aquel día porque consideraba que estaba en pecado y, por otra parte, sin saber por qué, no me sentía inclinada a reconocerlo. Así que, en primer lugar, pedí perdón a Jesús por lo que había hecho con Giovanni y me juré no volver a hacerlo nunca más. Después, quizá por la sugestión de aquella noche tan vasta y oscura donde había tantas vidas y tantas cosas y no se veía nada, recé por todos, por mí y por Rosetta, y luego por la familia Festa y por la de Paride y, luego por la gente que en aquel momento estaba desperdigada por las montañas, por los ingleses que vendrían a liberarnos y por nosotros italianos que sufríamos y también por los alemanes y los fascistas que nos hacían sufrir, pero que también eran cristianos. Lo confieso: a medida que, casi contra mi voluntad, se alargaba mi oración, me sentía conmovida y tenía los ojos llenos de lágrimas y, aunque pensase que aquello era un poco efecto del cansancio, me decía que aquel sentimiento era bueno y estaba bien que lo experimentase. Rosetta rezaba también con la cabeza inclinada y, luego, de repente, me asió de un brazo, exclamando:

—Mira, mira.

Entonces, miré y vi, en lo hondo de la noche, elevarse una franja luminosa que, al llegar a gran altura, se transformó en una flor verde que luego descendió, despacito, iluminando un momento los montes que circundaban el valle, los bosques, y hasta, me pareció, las casa de Fondi. Después, me enteré de que aquellas luces verdes tan bonitas eran cohetes y de noche servían para iluminar el frente y escoger los lugares a donde dirigir los proyectiles de los cañones y las bombas de los

aviones. Pero, de momento, me pareció un buen augurio, casi una señal con la cual la Virgen me daba a entender que había oído favorablemente mi plegaria.

He querido explicar aquella plegaria sobre todo para dar una idea del carácter de Rosetta, que hasta ahora no he descrito. Puesto que, después, a causa de la guerra, su carácter cambió de la noche a la mañana. Ahora quiero decir cómo era Rosetta entonces, cuando llegamos a aquella montaña o, al menos, como me parecía a mí y hasta entonces había parecido ser. Las madres, ya se sabe, no siempre conocen a los hijos pero, en suma, ésta es la idea que me había hecho de Rosetta, y aún ahora que ella, como he dicho, ha cambiado del blanco al negro, pienso que esta idea, a fin de cuentas, no era equivocada. Así, pues, yo había criado a Rosetta con gran cuidado, propiamente como una hija de señores, procurando siempre que no conociese las cosas feas que hay en el mundo y, dentro de lo posible, manteniéndola alejada de esas cosas. No soy lo que se dice una mujer muy religiosa, aunque sea practicante: en mí, la religión tiene altibajos, y hay veces, como por ejemplo aquella noche, en la macera, en que me parece creer de veras y otras, en cambio, como en los días que hubimos de huir de Roma, que no creo en absoluto. En cualesquiera de los casos, la religión no me hace perder de vista la realidad, que es lo que es, y por mucho que los curas se afanen en explicarla y justificarla, a menudo contradice punto por punto sus afirmaciones. Pero, para Rosetta, las cosas iban de otro modo. No sé si por el hecho de que la puse a media pensión en un colegio de monjas hasta los doce años o porque su carácter la inclinaba a ello, Rosetta era profundamente religiosa, de una pieza, sin vacilaciones y sin dudas, tan segura y convencida que, ¿cómo le diría?, ni siquiera hablaba de religión y, quizá quizá, tampoco pensaba en ella: para ella, la religión era como el aire que se respira, que entra y sale de los pulmones sin que nos fijemos ni nos demos cuenta siquiera. Es difícil para mí explicar ahora, con tantas cosas como han cambiado, lo que era Rosetta en la época de nuestra huida de Roma. Me limitaré a decir que, de vez en cuando, me ocurría pensar que ella era perfecta. Era, en efecto, una de esas personas a las cuales, aunque seamos malévolos, no logramos atribuir ningún defecto. Rosetta era buena, franca, sincera y desinteresada. Yo tengo mis cambios de humor, hasta puedo encolerizarme, chillar y, a veces, si soy capaz de liarme a bofetadas, porque pierdo la cabeza. Pero Rosetta nunca me contestó mal, nunca me guardó rencor, nunca se mostró sino como una hija perfecta. Su perfección, empero, no consistía tan sólo en no tener defectos: consistía, además, en el hecho de que hacía y decía siempre lo justo, aquello que, entre mil cosas, debía hacerse o decirse. Muchas veces, casi me asustaba y pensaba: tengo una santa por hija. Y, en verdad, cabía pensar que era una santa, porque comportarse tan bien y de manera tan perfecta sin tener experiencia alguna de la vida y siendo en el fondo una chiquilla, es propio de santos. Ella no había hecho nada en la vida aparte de vivir conmigo y, tras la educación recibida de las monjas, ayudarme en las faenas caseras y, algunas veces también, en la tienda; sin embargo, se comportaba como si hubiese hecho de todo y todo lo conociese. Ahora pienso, sin embargo, que aquella perfección que me parecía casi increíble provenía precisamente de la inexperiencia y de la educación que le habían dado las monjas. Inexperiencia y religión, fundidas, formaban aquella perfección que yo creía sólida como una torre y, en cambio, era frágil como un castillo de naipes. Total, que no me daba cuenta de que la verdadera santidad es conocimiento y experiencia, aunque sea de un género particular, y no puede ser falta de experiencia e ignorancia, como era, en cambio, el caso de Rosetta. Pero, ¿qué culpa tenía yo? La había criado con amor; y como todas las madres de este mundo, había cuidado de que no supiese nada de las cosas feas de la vida, porque pensaba que, una vez se hubiese casado y marchado de casa, ya las conocería incluso demasiado pronto. No había contado, en cambio, con la guerra, que nos obliga a conocer esas cosas aunque no queramos y nos obliga a experimentarlas antes de tiempo, de manera innatural y cruel.

En resumidas cuentas: la perfección de Rosetta era la que hacía falta para la paz, con la tienda que funcionaba bien, yo que cuidaba de amasar dinero para su dote y un buen chico que la quisiese, se casase con ella y le hiciese hijos, de modo que, tras haber sido una niña perfecta y una muchacha perfecta, habría sido también una esposa perfecta. Pero no era perfección lo que hace falta en la guerra, sino que, por el contrario, requiere otro género de cualidades, no sé cuáles, pero con seguridad no las de Rosetta.

En fin, que nos levantamos y nos fuimos por la *macera*, en la oscuridad, hacia nuestra estancia. Pasamos bajo la ventana de Paride y me di cuenta de que Paride y los suyos todavía no dormían, se movían y hablaban en voz baja, propiamente como las gallinas en el gallinero, que se agitan un poco antes de dormir. Llegamos a nuestro cuartito adosado a la casa y a la *macera*, con la puertecita de tablas, el techo inclinado y el ventanuco sin cristales. Empujé la puerta y nos encontramos en la oscuridad. Pero conmigo traía fósforos; así que lo primero que hice fue encender un cabo de vela; luego, con una tira de tela arrancada de un pañuelo, hice una mecha que puse en el candil de aceite. A aquella luz clara, pero triste, nos sentamos las dos en la cama; y yo dije a Rosetta:

—Nos quitaremos solamente la falda y la blusa. No tenemos más que sábanas y esa capa de Paride. Si nos desnudamos, me temo que más tarde tendríamos frío.

Eso hicimos; y, en refajos, una después de otra, nos metimos en la cama. Las sábanas eran de lino, tejido a mano, recio y fresco; pero lo único normal en aquella cama que no era verdaderamente una cama. En cuanto me movía, oía crujir las hojas de maíz y notaba que se separaban en dos montones, de modo que la espalda, a través de la delgada tela del jergón, tocaba las duras tablas del fondo. Nunca había dormido en una cama parecida, ni siquiera de niña; en mi pueblo teníamos camas normales, con somier y colchón. Llegó un momento en que, incluso, al moverme, no sólo las hojas se separaron debajo de mí, sino también las tablas, y me sentí caer en la hendedura hasta rozar el suelo con las posaderas. Entonces, a oscuras, me levanté, puse en su sitio tablas y jergón, luego me metí en la cama otra vez y me abracé a Rosetta, que me daba la espalda y estaba acurrucada sobre sí misma, junto a la pared.

Pero fue también una noche muy agitada. No sé a qué hora, quizá después de medianoche, desperté y oí como un pío, muy quedo, más leve aún que el de los pájaros. Venía de debajo de la cama, por lo que, al poco rato, desperté a Rosetta y le pregunté si ella lo oía también y ella me respondió que lo oía. Entonces, encendí la lámpara y miré debajo de la cama. La piada, como advertí inmediatamente, venía de una cajita que parecía contener tan sólo unos cuantos mazos de camomila y de menta. Pero, mirando mejor, entre la camomilla, descubrimos como un nido redondo de paja y de pelusilla y, dentro del nido, a ocho o diez ratoncillos recién nacidos, no mayores que mi dedo meñique, color rosa, lampiños, casi transparentes. Rosetta dijo en seguida que no debíamos tocarlos, era la primera noche que pasábamos allí y matarlos nos habría traído mala suerte. Así que nos metimos de nuevo en la cama y, bien o mal, volvimos a dormimos. Pero hete aquí que, menos de una hora después, en la oscuridad, algo blando y pesado se pasea sobre mi cara y mi pecho. Solté un chillido muy fuerte, asustada; Rosetta volvió a despertarse; encendimos la lámpara y, fíjate qué casualidad, después de los ratones, el gato. En efecto, un hermoso gatito negro, de ojos verdes, flaco, pero joven y lustroso, estaba sentado al fondo de la cama, mirándonos fijamente, pronto para saltar y largarse por el ventanuco por el que había entrado. Rosetta, empero, lo llamó a su manera, tenía pasión por los gatos y sabía tratarlos; y el gato, en seguida, se acercó confiado; total que, al poco rato, estaba también bajo las sábanas, ronroneando. Aquel gato durmió con nosotras durante todo el tiempo que estuvimos en Sant'Eufemia; y se llamaba *Gigi*. Tenía sus costumbres o sea, que acudía cada noche después de las doce, y se quedaba hasta el alba. Era bueno y le tenía afecto a Rosetta; pero, ay, si, mientras dormía entre Rosetta y yo una de nosotras se atrevía a hacer un movimiento, en seguida se oía gruñir a *Gigi*, como para decirnos: «Pero, bueno, ¿es que no se puede dormir aquí?»

Aquella misma noche, aparte de por los ratones y el gato, me desperté muchas más veces, y siempre me costaba reconocer el sitio donde me encontraba. En uno de aquellos desvelos, oí un avión que volaba bajo, muy despacio, con un ruido regular, grave y suave, como si el motor hubiese hendido agua y no aire, y aquel rumor parecía hablarme y decirme cosas que me tranquilizaban. Después, me explicaron que aquellos aviones se llamaban cigüeñas e iban de reconocimiento y que por eso volaban despacio; al final, me acostumbré a ellos, hasta el punto que algunas veces me quedaba despierta aposta para oírlos; y cuando no los oía, casi tenía la desilusión. Aquellas cigüeñas eran aviones ingleses, y yo sabía que los ingleses, al final, llegarían para devolvernos la libertad y permitirnos volver a casa.

CAPÍTULO IV

Y así empezó la vida en Sant'Eufemia, que así se llamaba la localidad. Empezó como si de momento hubiese de durar tan sólo un par de semanas; en realidad, había de prolongarse nueve meses. Por la mañana, seguíamos en la cama hasta que nos cansábamos, pues no teníamos nada que hacer; pero también hay que decir que estábamos agotadas por las privaciones y las angustias de Roma, y, durante la primera semana, a veces dormíamos hasta doce o catorce horas seguidas. Nos íbamos a la cama temprano, nos despertábamos durante la noche y, luego, nos dormíamos otra vez y despertábamos de nuevo al amanecer y el sueño volvía a ganarnos y, luego, venía el día y, entonces, bastaba que nos volviésemos de cara a la roca de la *macera*, de espaldas a la luz que venía del ventanuco, para sumirnos en el sueño y dormir hasta avanzada la mañana. Nunca he dormido tanto en mi vida. Era un dormir sano, denso y pleno, saboreado como el pan casero, sin sueños y sin inquietudes, un dormir de veras sosegador, de modo que cada día que pasaba recobrábamos las fuerzas que habíamos perdido en Roma y durante la estancia en la casa de Concetta. Aquel sueño tan profundo y pesado nos sentaba bien de veras y, en efecto, al cabo de una semana, las dos estábamos transformadas. Ambas teníamos los ojos frescos y sin ojeras, las mejillas, firmes y rollizas, la cara, tersa, la cabeza clara. En aquel sueño me parecía que la tierra donde había nacido me había acogido de nuevo en su seno y me comunicaba su fuerza, un poco como sucede a las plantas desarraigadas que, cuando se replantan, no tardan en recobrar su perdido vigor y empiezan a echar de nuevo hojas y flores. Ah, sí, somos plantas, no hombres, o, mejor dicho, más plantas que hombres y toda nuestra fuerza viene de la tierra donde hemos nacido, y si la abandonamos ya no somos plantas ni hombres, sino harapos ligeros que la vida puede zarandear de un lado a otro, según el viento de las circunstancias.

Dormíamos tanto y tan a gusto que, allí arriba, todas las aristas de la vida nos parecían leves y las afrontábamos con alegría, casi no las notábamos; era un poco como un mulo bien alimentado y descansado que arrastra un carro cuesta arriba de un tirón y que, cuando llega a lo alto del puerto, todavía tiene fuerzas para emprender un trote regular. Sin embargo, como ya he dicho, la vida allá arriba era dura, nos dimos cuenta inmediatamente de ello. La mañana empezaba ya con la limpieza: había que saltar de la cama poniendo cuidado en no ensuciarse los pies, por lo que coloqué algunas piedras planas para no ensuciarnoslos de barro los días de lluvia, cuando el suelo estaba todo encharcado. Después, había que sacar agua del pozo que estaba frente a nuestra casucha. Mientras duró el otoño, no resultó difícil; pero con el invierno, como aquella localidad estaba casi a mil metros, el agua del pozo se helaba y, cada mañana, cuando bajaba el cubo, se me quedaban las manos ateridas, y, además, el agua, una vez sacada, estaba tan fría que cortaba el resuello. Soy friolera, por lo cual, las más de las veces, me limitaba a lavarme las manos y cara; pero Rosetta, que prefería el frío a la suciedad, se desnudaba, y de pie en mitad de la estancia se echaba sobre la cabeza el cubo entero de agua helada. Era tan robusta y estaba tan sana mi Rosetta, que el agua le resbalaba sobre el cuerpo como si tuviese la piel untada de aceite, y luego sólo le quedaban algunas gotas en los pechos en los hombros, en el vientre y en el trasero. Después del aseo, salíamos y comenzábamos las tareas de la cocina. También para la cocina, mientras duraron el otoño y el buen tiempo, las cosas anduvieron bastante bien; las dificultades empezaron de veras con el invierno. Bajo la lluvia, era menester que fuésemos al monte con las podaderas a cortar una buena cantidad de cañas y arbustos. Luego, íbamos a la cabaña y empezaba el fastidio de la lumbre. La leña verde y mojada no se encendía, las cañas hacían un humo negro y espeso. Teníamos que agacharnos, con las mejillas pegadas al barro del suelo, y soplar hasta que el fuego prendía. Acabábamos poniéndonos totalmente llenas de barro, con los ojos inundados en lágrimas que abrasaban, agotadas y con los nervios rotos, todo ello para calentar un puchero de habichuelas y hacer un huevo al plato. Comíamos como comían los campesinos, o sea, una vez, muy ligeramente, sobre las once, y luego,

por segunda vez, la verdadera comida, sobre las siete. Por la mañana, comíamos un poco de polenta aliñada con jugo de salchicha o, si no, nos contentábamos con una cebolla y un cacho de pan o, sin más, con un puñado de algarrobas; por la tarde, comíamos la *minestrina* que ya he descrito y algún trozo de carne, casi siempre cabra, en las tres variedades de cabra hembra, cabrito y chivo. Después de haber comido, por la mañana, no había nada más que hacer sino aguardar el yantar de la tarde. Si hacía buen tiempo, íbamos a dar un paseo: bordeábamos la montaña, caminando siempre por la misma *macera*, por fin llegábamos al monte bajo y, una vez allí, escogíamos un sitio bueno y umbroso, bajo el árbol, y allí nos tumbábamos en la hierba, frente al panorama, y allí nos quedábamos toda la tarde. Pero con el mal tiempo, que aquel invierno duró meses enteros, nos quedábamos en el cuartucho, yo sentada en la cama y Rosetta en la silla, sin hacer nada, mientras Luisa, como de costumbre, tejía en el telar con aquel estrépito enloquecedor del que ya he hablado. Las horas que pasé durante el mal tiempo en el cuartucho las recordaré mientras viva. La lluvia no paraba de caer, recia y regular, y yo la oía murmurar sobre las tejas del techado y gorgotear bajando por el canalón antes de meterse en el pozo; en el cuartito, por ahorrar el aceite del que andábamos escasas, estábamos casi a oscuras, con sólo la luz velada por la lluvia del ventanuco, o, mejor dicho, de la gatera, tan pequeña era; nosotras callábamos porque ya no teníamos valor para hablar de los temas habituales que, además, solamente eran dos: la carestía y la llegada de los ingleses. Por lo cual las horas transcurrían agotadoras; yo había perdido la noción del tiempo y no sabía siquiera qué mes ni qué día era, y me parecía que me había vuelto estúpida porque no usaba ya la cabeza, dado que no había nada en qué pensar; algunas veces, creía volverme loca; de no haber sido por Rosetta, a quien como madre debía dar ejemplo, no sé lo que hubiese hecho: habría salido precipitadamente dando alaridos, o bien la hubiera emprendido a bofetadas con Luisa, que parecía querer enloquecernos aposta con el estrépito del telar y en cuya cara siempre había una especie de sonrisa socarrona, como para decirnos: «Ésta es la vida que solemos llevar los campesinos... Ahora, la lleváis también vosotras, señoras de Roma... ¿Qué os parece? ¿Os gusta?»

Otra cosa que casi me volvió loca durante todo aquel período era la angostura del lugar donde vivíamos, sobre todo comparado con la vastedad del panorama de Fondi. Desde Sant'Eufemia veíamos perfectamente todo el valle de Fondi cuajado de naranjales oscuros y de casas blancas y, además, a la derecha, por la parte de Sperlonga, la faja del mar, y sabíamos que en aquel mar estaba la isla de Ponza que, en efecto, con tiempo despejado, a veces se veía, y además sabíamos que en Ponza estaban los ingleses, o sea, la libertad. Pero, mientras tanto, pese a aquella vastedad del paisaje, seguíamos viviendo y moviéndonos y esperando en la *macera* larga y estrecha, que era tan angosta que si se daban cuatro pasos al frente se corría el peligro de caer en otra *macera* igual, pero más baja. En suma, que allí estábamos como aves encaramadas en una rama durante una inundación, que aguardan el momento favorable para levantar el vuelo hacia lugares secos. Pero aquel momento no llegaba nunca.

Después de aquella primera invitación el día de nuestra llegada, los Festa volvieron a invitarnos alguna vez, pero cada una de ellas más fríamente, y por último dejaron de invitarnos en absoluto, porque, como dijo Filippo, él tenía familia y en cosas de comer ante todo tenía que pensar en la familia. Por fortuna, pocos días después de nuestra llegada, acudió Tommasino desde el valle tirando del ronzal a su borrico cargado, es el caso de decirlo, como un burro, con muchos paquetes y maletas. Eran nuestras provisiones, que él había juntado aquí y allá por el valle de Fondi, conforme a la lista que habíamos hecho juntos; y quien no se ha encontrado en circunstancias semejantes, con dinero que prácticamente no valía nada, extraño entre extraños, en la cumbre de una montaña, y no ha experimentado lo que significa la falta de comida en tiempo de guerra, nunca podrá comprender el gozo con que recibimos a Tommasino. Son cosas difíciles de explicar: la gente suele vivir en la ciudad, donde las tiendas están abarrotadas y no hacen provisión porque sabe que para cualquier necesidad están las tiendas, precisamente, bien provistas de todo. Por lo cual se hace la ilusión de que ese asunto de las tiendas abarrotadas es casi un hecho natural, como los cambios de estación, la lluvia, el sol, la noche y el día. Cuentos: la manduca puede faltar de repente, como faltó, en efecto, aquel año, y entonces todos los millones del mundo no bastan para comprar un

cacho de pan, y sin pan uno se muere.

Tommasino, pues, llegó muy jadeante tirando al borrico, que casi casi no podía más, del ronزال, y me dijo:

—Comadre, aquí tenéis comida para seis meses lo menos.

Y luego me lo entregó todo, controlándolo en un pedazo de papel de estraza donde yo había escrito la lista. Recuerdo lo que figuraba en ella y lo reproduzco aquí para dar una idea de lo que era la vida de la gente en el otoño de 1943. Nuestra vida, la mía y la de Rosetta, dependía, pues, de un saco de harina de maíz para hacer la polenta, de una talega de unos veinte kilos de habichuelas de la peor calidad, de esas que tienen ojos, de algunos kilos de garbanzos, de almortas y de lentejas, de cincuenta kilos de naranjas, de una jarra de manteca de cerdo de dos kilos de peso y de un par de kilos de salchichas. Tommasino, además, subió también un saquito de fruta seca, higos, nueces y almendras, y una buena cantidad de Algarrobas que solían darse a los caballos, pero, que ahora ya eran un manjar también para nosotros. Metimos todo aquel género en el cuartucho, la mayor parte bajo la cama, y luego hice las cuentas con Tommasino y descubrí que los precios, en una sola semana, habían subido ya casi en un treinta por ciento. Alguien pensará que quien los hizo subir era Tommasino el cual, como suele decirse, por dinero hubiese hasta falsificado papeles; pero yo soy comerciante, y cuando él me dijo que los precios habían subido, le creí en seguida, porque sabía por experiencia que no podía ser sino verdad y que si las cosas seguían yendo como iban, o sea, con los ingleses parados en el Garellano y los alemanes que lo confiscaban todo y aterrizaraban a la gente y le impedían trabajar, los precios subirían más y se pondrían por las nubes. Es lo que pasa en tiempos de carestía: cada día hay productos que escasean más, cada día, en el mercado, disminuye el número de personas que tienen suficiente dinero para comprar y, al final, puede incluso ocurrir que nadie tenga ya nada que vender y nadie compre ya nada y que todos, con dinero o sin dinero, se mueran de hambre. Por lo tanto, creí a Tommasino cuando me dijo que los precios habían subido y pagué sin rechistar, y además porque pensaba que un hombre como aquél, suficientemente codicioso para arrostrar los peligros de la guerra con tal de ganar dinero, en tiempos como aquéllos era un tesoro y convenía tenerle contento. Pagué y, además, al pagar, le enseñé el fajo de billetes de mil que guardaba en la bolsa, bajo la saya: él, cuando vio el dinero, le clavó los ojos como un milano sobre una gallina, y en seguida dijo que nosotros dos estábamos hechos para entendernos y que cuando lo quisiera me encontraría género, siempre, empero, al precio corriente, ni un céntimo menos ni un céntimo más. En aquella ocasión experimenté también, una vez más, la consideración que da el dinero, o sea, en mi caso, las provisiones. Los Festa, aquellos últimos días, viendo que nuestras provisiones no llegaban y que nosotras, para comer, recurriamos a Paride, quien, aunque fuese a regañadientes, nos permitía comer con su familia, pagando desde luego, evitaban estar con nosotras y, cuando llegaba la hora de comer, se largaban a la chita callando, como avergonzados. Pero tan pronto llegó Tommasino con su borrico, había que ver cómo cambió su actitud, de la noche a la mañana. Sonrisas, saludos, caricias, conversaciones e incluso, ahora que ya no lo necesitábamos, invitaciones para comer. Hasta acudieron a contemplar nuestras provisiones y, en aquella ocasión, Filippo me dijo, sinceramente complacido porque me tenía simpatía, quizá no tanta como para darme cosas de comer; pero suficiente para alegrarse de que yo las tuviese:

—Tú y yo, Cesira, somos aquí los únicos que podemos mirar con tranquilidad el porvenir, porque somos los únicos que tenemos dinero. Su hijo Michele, al oír aquellas palabras, se ensombreció más de lo que acostumbraba y, luego, dijo entre dientes.

—¿Estás seguro de ello?

El padre se echó a reír y le dio una palmada en el hombro.

—¿Seguro? Es de lo único que estoy seguro... Sabe que el dinero es el mejor amigo, el más fiel y más constante que puede tener un hombre. Yo le escuchaba y no dije nada. Pero pensaba que no era tan cierto: aquel mismo día, el amigo tan de fiar me había gastado la broma de disminuir en un treinta por ciento su valor adquisitivo. Y hoy, que cien liras apenas bastan para comprar un poco de pan, cuando antes de la guerra se podía vivir medio mes con ellas, puedo decir que no existen amigos de fiar en tiempos de guerra, ni hombres ni dinero ni nada. La guerra lo trastorna todo y,

junto con las cosas que se ven, destruye otras muchas que no se ven, pero que existen.

A partir del día en que llegaron las provisiones, comenzó nuestra vida normal en Sant'Eufemia. Dormíamos, nos vestíamos, recogíamos maleza y leña para la lumbre, la encendíamos en la cabaña, luego paseábamos un rato charlando de todo un poco con los demás refugiados, comíamos, paseábamos de nuevo, hacíamos la cocina y comíamos por segunda vez y, por último para ahorrar el aceite de la lámpara, nos íbamos a la cama con las gallinas. El tiempo era bueno, suave y tranquilo, sin viento y sin nubes, un otoño magnífico en verdad, con todos los bosques en torno, por las montañas, salpicados de rojo y de amarillo, y todo el mundo decía que para los aliados era el tiempo ideal para hacer una ofensiva rápida y arrolladora y llegar, por lo menos, hasta Roma, y nadie comprendía que no lo hiciesen y se entretuviesen por la parte de Nápoles o poco más arriba. Ésta era, por lo demás, la conversación corriente, allá en Sant'Eufemia, es más, la única conversación. Se hablaba siempre de los aliados, de cuándo llegaban, de por qué no llegaban, de cómo era posible y de qué modo. Sobre todo, hablaban de ellos los refugiados porque anhelaban regresar cuanto antes a Fondi y reanudar la vida de costumbre; los campesinos, en cambio, hablaban menos de ello, un poco porque, en el fondo, la guerra les resultaba un buen negocio, al alquilar sus casas y sacar otros pequeños beneficios de los refugiados; y otro poco porque seguían viviendo igual que en tiempo de paz y la llegada de los aliados poco o nada haría cambiar sus vidas.

¡Lo que llegué a hablar de los aliados, arriba y abajo de las *macere*, a la intemperie, contemplando el panorama de Fondi y el mar azul, tan lejano, o bien por la tarde, en la cabaña de Paride, casi a oscuras, con el humo que nos hacía llorar, junto a la lumbre medio apagada, o bien de noche, en la cama, abrazada a Rosetta, antes de dormir! Hablé tanto y tanto que, poco a poco, los aliados se habían convertido en algo así como los santos locales que conceden mercedes y traen la lluvia y el buen tiempo y uno ora les reza y ora les insulta y siempre se espera alguna cosa de ellos. Todos esperaban cosas extraordinarias de los aliados, precisamente como de los santos; y todos estaban seguros de que con su llegada la vida no sólo volvería a la normalidad, sino que sería hasta mejor de lo normal. Había que oír, sobre todo, a Filippo. El Ejército aliado creo que se lo imaginaba como una columna interminable de camiones abarrotados de todos los bienes de Dios, con soldados encaramados encima que se encargaban de distribuir gratis todo aquello a los italianos. ¡Y pensar que era un hombre maduro, un comerciante que pretendía formar parte de la categoría de los listos y que, según él, los aliados serían tan tontos como para favorecernos a nosotros, los italianos, que les habíamos hecho la guerra y habíamos matado hijos suyos y les habíamos hecho gastar su dinero!

Noticias seguras sobre la llegada de aquellos benditos aliados las teníamos, empero, harto escasas, por no decir ninguna. Ora llegaba a Sant'Eufemia Tommasino, subiendo del valle, y dado que él sólo se interesaba por el mercado negro y el dinero era difícil sacarle otra cosa que frases incoherentes; ora subía algún labriego y, como labriego, decía cosas sin consistencia. A veces, acudían ciertos jovenzuelos de Pontecorvo con la mochila al hombro, para vender sal o tabaco, que eran las dos cosas que más escaseaban. El tabaco lo vendían en hojas, húmedo y amargo, y los refugiados lo troceaban y se liaban cigarrillos con papel de periódico; la sal era de pésima calidad, de esa que se da al ganado. Aquellos jovenzuelos también traían noticias, pero las más de las veces eran noticias fantásticas que uno creía de momento y luego, cuando se fijaba más en ellas, resultaban parecidas a su sal, que pesaba el doble a causa del agua que contenía: también sus noticias tenían tanta mezcla de fantasía que pesaban como si hubiesen sido verdad; luego, al sol del examen, la fantasía se evaporaba y uno se daba cuenta que, de verdad, había bien poca. Contaban pues, que había una gran batalla en curso, unos decían que al norte de Nápoles, por la parte de Caserta, otros que hacia Cassino, y había quien la situaba muy cerca, en Itri. Todo mentiras. En realidad, a aquellos jovenzuelos, les interesaba ante todo vender la sal y el tabaco; y en cuanto a las noticias, procuraban decir cosas que pudiesen agradar a quienes les interrogaban.

El único acontecimiento de aquellos primeros días que nos recordó que estábamos en guerra fueron no sé qué explosiones por la parte de la marina, o sea, donde se encontraba Sperlonga. Aquellas explosiones se oían distintamente y, después, una mujer que subió a traer naranjas nos dijo que los alemanes estaban volando los diques de los pantanos y los canales de desagüe para retrasar

el avance de los ingleses, de modo que muy pronto todo quedaría anegado y mucha gente que había trabajado toda la vida para cultivar un pequeño campo, quedaría arruinada porque el agua, ya se sabe, el agua echa a perder los sembrados y hacen falta años para retirarla y hacer cultivable de nuevo la tierra. Aquellas explosiones se sucedían como los disparos de morterete en una fiesta de pueblo; y me causaban un efecto extraño, porque tenían algo, precisamente, de festivo y, en cambio, yo sabía que significaban miseria y desesperación para quienes habitaban allá abajo, en las tierras ganadas a los pantanos. Hacía un día muy hermoso, sereno, calmo, con el cielo sin una nube y toda la llanura verde y próspera de Fondi extendida hasta la franja vaporosa del mar, muy hermoso de ver, de tan azul y risueño que era. Y una vez más, oyendo aquellas lejanas explosiones y contemplando aquel paisaje, pensé que los hombres van por un lado y la naturaleza por otro, y cuando la naturaleza se desata con una tempestad con truenos, rayos y lluvia, a menudo los hombres son felices en sus casas; mientras que, en cambio, cuando la naturaleza sonríe y parece que quiera prometer eterna felicidad, en cambio ocurre que los hombres se desesperan y desean morir.

Así pasaron unos cuantos días más y las noticias de la guerra seguían siendo inciertas y quienes llegaban a Sant'Eufemia desde el valle siempre decían que un gran ejército inglés había emprendido el camino de Roma. Pero es menester decir que aquel gran ejército debía avanzar a paso de tortuga, pues aun yendo a pie y parándose de vez en cuando para descansar, los ingleses ya hubiesen debido llegar y, en cambio, no se les veía el pelo. Yo, mientras tanto, harta ya de hablar de los ingleses y de cuándo llegarían y de la abundancia que traerían, trataba de ocuparme en algo, por ejemplo, haciendo labores de punto. Compré cierta cantidad de lana a Paride y me puse a hacer un jersey porque, sospechando ahora ya que deberíamos quedarnos allí quién sabe cuánto tiempo, pensaba que vendrían los fríos y nosotras dos no teníamos nada que ponernos encima. La lana era gorda y oscura, olía a establo, y era de las pocas ovejas que poseía Paride; todos los años las esquilaban y, luego, hilaban la lana en la rueca y con el huso, según la antigua usanza, y se hacían medias y camisetas. Por lo demás, allí todo iba del mismo modo, como en los tiempos de Maricastaña. La familia de Paride tenía todo lo necesario no sólo para comer, sino también para vestirse, a saber, lino, lana y cuero, por suerte para ellos porque, como ya he dicho, de dinero no tenían en absoluto o casi, y de no haber sido así, hubiesen debido andar por ahí desnudos. Cultivaban, pues, lino, tenían ovejas para la lana y utilizaban el cuero de las vacas, cuando las sacrificaban, para hacerse abarcas y chalecos. La lana y el lino, tras haberlos hilado del modo que he dicho, los tejían en el telar de nuestra estancia, ora Luisa, ora la hermana, o bien la cuñada de Paride; pero debo decir que ninguna de las tres valía gran cosa y que, pese a todo aquel trabajo de huso, de rueca y de telar, el resultado era muy malo. El tejido que fabricaban de aquel modo y luego teñían malamente de azul con ciertos malos colorantes caseros y que después cortaban para hacer pantalones y chaquetas (nunca he visto ropa peor cortada, como con hacha), al cabo de una semana ya se rompía en las rodilleras o los codos y las mujeres ya recosían los remiendos sobre los agujeros, de suerte que a los quince días apenas de haber estrenado los trajes nuevos la familia ya andaba por ahí toda remendada, como pordioseros. Total, se hacían todo por sí mismos es cierto, sin comprar nada, pero todo lo hacían mal y a pegotones. Michele, el hijo de Filippo, a quien comuniqué mis observaciones, me respondió, serio, meneando la cabeza:

—¿Quién fabrica todavía a mano, ahora, cuando hay máquinas? Tan sólo miserables como éstos, tan sólo los campesinos de un país atrasado y mísero como Italia.

No se crea, sin embargo, que en las palabras de Michele hubiese desprecio para los campesinos, al contrario. Sólo que él se expresaba siempre de aquel modo, con suma aspereza, brusco y perentorio; pero, al mismo tiempo, y eso era lo que mayor impresión me causaba, sin ninguna violencia en la voz, con tono tranquilo, como si hubiese dicho algo obvio e indiscutible de lo cual hacía tiempo que no se preocupaba y se limitaba a decirlo, como otro diría que el sol brilla en el cielo y que la lluvia cae.

Era un tipo curioso, Michele; y dado que, después nos hicimos amigos y yo llegué a encariñarme con él como con un hijo, quiero describirlo, aunque no sea más que para tenerle ante los ojos una última vez. No era muy alto, sino más bien bajito, pero ancho de espaldas y como un poco jorobado,

con la cabeza grande y la frente muy despejada. Usaba gafas y andaba tieso, altanero y soberbio, con el aire de quien no se deja intimidar ni avasallar por nadie. Era muy estudioso, y, según supe por su padre, precisamente aquel año había de doctorarse o se había doctorado, ya no me acuerdo. Total, que rondaba los veinticinco años, aunque por las gafas y también por su actitud tan seria aparentase, por lo menos, treinta. Pero su carácter, sobre todo, era insólito, diferente del de los otros refugiados y hasta del de las personas que hasta entonces yo había conocido. Como he dicho, se expresaba con una seguridad absoluta, como quien está convencido de ser el único que conoce y dice la verdad. De esa convicción derivaba, a mi juicio, aquel hecho curioso que he mencionado: pese a decir cosas ásperas o violentas, no se acaloraba en absoluto, al contrario, las decía con un tono sosegado y razonable y, por decirlo así, casi involuntario y sin relieve, como si se hubiese tratado de algo antiguo sobre lo cual, ahora, ya todo el mundo estaba de acuerdo hacía mucho tiempo. Sin embargo, eso no era cierto en absoluto, al menos por mi parte; porque cuando le oía hablar, por ejemplo, del fascismo y de los fascistas, yo siempre experimentaba una sensación de estupor. Durante veinte años, en efecto, o sea, desde que tenía uso de razón, yo sólo había oído hablar bien del Gobierno; y aunque, de vez en cuando, hubiese puesto reparos a alguna cosa que afectaba sobre todo a mi negocio, y también porque nunca me había ocupado de política, en el fondo pensaba que si los periódicos aprobaban siempre al Gobierno, sus buenas razones debían tener y no nos correspondía a nosotros, pobrecitos e ignorantes, juzgar de cosas que no comprendíamos ni conocíamos. Mas he aquí que Michele lo negaba todo; y donde los periódicos siempre habían dicho blanco, él decía negro; y nada había sido bueno durante aquellos veinte años; y todo lo que se había hecho en Italia durante aquellos veinte años era equivocado. Según Michele, en suma, Mussolini y sus ministros y todos los peces gordos y todos aquellos que contaban un poco, eran unos bandidos, eso decía exactamente: bandidos. Yo me quedaba boquiabierto ante aquellas afirmaciones, hechas con tanta seguridad, tanta indolencia y tanta calma. Yo siempre oí decir que Mussolini, por lo menos, era un genio; que sus ministros, sin exageración, eran grandes hombres; que los secretarios federales, aun queriendo ser modestos, eran personas inteligentes y honradas; y que todos los peces pequeños, siempre quedándonos cortos, era gente de la que uno podía fiarse con los ojos cerrados; y hete aquí que Michele me lo ponía todo patas arriba de una vez, y les llamaba a todos, sin excepción, bandidos. Entretanto, sin embargo, me preguntaba cómo era posible que él hubiese llegado a pensar de tal manera; pues no parecía que fuesen cosas que él hubiese empezado a pensar, como tantos en Italia, cuando la guerra se puso mal; como ya he insinuado, hubiérase dicho que aquello él lo pensaba naturalmente desde que nació, como otros niños, naturalmente, dan su nombre a las plantas, a los animales, a las personas. Pero lo que ocurría era que él tenía una desconfianza antigua, inquebrantable, endurecida en todos y en todo. Y eso me parecía tanto más sorprendente por cuanto sólo tenía veinticinco años, de modo que, por así decirlo, nunca había conocido nada más que el fascismo y había sido criado y educado por los fascistas, por lo que, en buena lógica, si la educación cuenta algo, hubiese debido ser también fascista o, por lo menos, como tantos había ahora, uno de esos que criticaban al fascismo, si, pero en voz baja y sin seguridad. Pero no. Michele, con toda su educación fascista, estaba desenfrenado en verdad contra el fascismo. Y yo no podía menos que pensar que en aquella educación había algo que no funcionaba bien, pues, de otro modo, Michele no se habría expresado de aquel modo.

En este punto, alguien pensará que Michele, por decirlo así, hubiese tenido ya quién sabe cuántas experiencias: ya se sabe, cuando uno tiene una mala experiencia, y esto puede suceder hasta con los mejores Gobiernos, se es propenso a generalizar, a verlo todo negro, todo feo, todo erróneo. En cambio, no, frecuentando a Michele me convencí poco a poco de que había tenido muy pocas experiencias y éstas aun insignificantes, comunes a todos los jóvenes de su condición y de su edad. Se había criado en Fondi con la familia; y en Fondi había hecho los primeros estudios y, como todos los demás chicos de su edad, había sido suficientemente *balilla* y vanguardista. Luego, se había matriculado en la Universidad de Roma, y en Roma estudió y vivió algunos años, en casa de un tío suyo que era magistrado. Eso era todo. Nunca había estado en el extranjero; de Italia, además de Fondi y Roma, apenas conocía las ciudades principales. Total, que no le había pasado nunca

nada extraordinario, o si le había pasado, siempre se trataba de cosas que le pasaban por la cabeza, no en la vida. Por ejemplo, en cuestión de mujeres, a mi juicio, nunca había tenido la experiencia del amor que a muchos, a falta de otra, les abre los ojos sobre lo que es la vida. Él mismo nos dijo varias veces que nunca había estado enamorado, que nunca había tenido novia, que nunca había cortejado a una mujer. Todo lo más, por lo que pude comprender, había tenido tratos con alguna furcia, como hacen todos los muchachos como él, que no tienen ni dinero ni relaciones. Por lo cual llegué a la conclusión de que aquellas convicciones tan arraigadas se las había hecho, por así decirlo, casi sin darse cuenta, quizá tan sólo por espíritu de contradicción. Durante veinte años, los fascistas se habían desahogado proclamando que Mussolini era un genio y sus ministros unos grandes hombres; y él, tan pronto empezó a razonar, así, naturalmente, como una planta que alarga las ramas hacia donde da el sol, había pensado precisamente lo contrario de lo que proclamaban los fascistas. Son cosas misteriosas, lo sé, y yo soy una pobrecita ignorante y no pretendo comprenderlas y explicarlas; pero, a menudo, he observado que los niños hacen precisamente lo contrario de lo que les mandan hacer o que hacen sus padres, no porque comprendan de verdad que sus padres obran mal; sino por la única y buenísima razón de que ellos son niños y sus padres son padres y porque ellos quieren también vivir su vida, a su modo, ya que sus padres han tenido la suya. Así pienso que era Michele. Había sido educado por los fascistas para que se convirtiese en un fascista; pero precisamente por el mero hecho de que él era avisado y quería tener una vida a su modo, se había vuelto antifascista.

Michele, en aquellos primeros tiempos, empezó a pasar con nosotras casi todo el día. No sé que le atraía de nosotras, porque éramos dos mujeres sencillas, no muy diferentes de su madre y de su hermana; por otra parte, como diré más adelante, ni siquiera sentía por Rosetta una atracción particular. Probablemente nos prefería a su familia y a los otros refugiados porque éramos de Roma, no hablábamos en dialecto y no conversábamos como los otros sobre las cosas de Fondi que a él, como dijo varias veces, no le interesaban en absoluto y hasta le fastidiaban. Total, que él venía por la mañana temprano, cuando acabábamos de levantarnos y sólo nos dejaba a las horas de comer, por lo que estaba con nosotras, prácticamente, todo el día. Me parece verle todavía asomarse al cuartito donde nosotras estábamos sin hacer nada, yo sentada en la cama y Rosetta en la silla y decir con voz alegre.

—¿Qué os parece si fuésemos a pasear un rato?

Nosotras aceptábamos, aunque aquellos paseos fuesen siempre los mismos; o nos encaminábamos por la macera, bordeando las montañas y, siempre andando en llano, a media montaña, podíamos incluso ir a parar a otro valle contiguo, completamente similar al de Sant'Eufemia; o bien subíamos hasta el puerto, a través de pedregales y encinares; o bien bajábamos por uno u otro lado hacia el valle. Casi siempre escogíamos el camino llano, para no cansarnos demasiado y, siguiendo la *macera*, íbamos a parar a una especie de espolón del monte de la izquierda que se asomaba a pico sobre el valle. Allí había un gran algarrobo, los matorrales eran verdes y soleados y, en el suelo, un musgo muelle nos servía de almohada. Nos sentábamos, casi a la cima del espolón, no lejos de una roca azul desde la cual podía contemplarse todo el panorama de Fondi, abajo y allí permanecíamos algunas horas. ¿Qué hacíamos? Pues, ahora que lo pienso, no sabría decirlo. Rosetta recorría algunas veces el monte bajo, con Michele, y cogían los ciclaminos que en aquella estación crecían tupidos, hermosos y grandes, con las corolas de un rosa encendido erguidas entre las hojas oscuras, dondequiera hubiese un poco de musgo. Ella hacía un gran ramillete y me lo traía y yo, después, lo ponía en un vaso sobre la mesa de nuestro cuarto. O bien nos quedábamos sentadas y no hacíamos nada contemplábamos el cielo, el mar, el valle, las montañas. De aquellas paseatas, la verdad sea dicha, no recuerdo nada porque no nos pasaba nada, salvo, por supuesto, las palabras de Michele. Estas las recuerdo, como me acuerdo de él, porque eran palabras nuevas para mí y también porque él era un tipo nuevo, que nunca encontré antes de entonces.

Éramos dos mujeres ignorantes y él era un hombre que había leído muchos libros y sabía muchas cosas. Pero yo tenía una experiencia de la vida que él no tenía; y ahora pienso que con todos los

libros que había leído y las cosas que sabía, en el fondo era un ingenuo que no sabía nada de la vida. Recuerdo, por ejemplo, las palabras que me dijo uno de los primeros días.

—Tú —nos tuteaba a las dos y nosotras le tuteábamos a él—, tú, Cesira, es verdad, eres comerciante y no piensas más que en tu tienda, pero el comercio no te ha echado a perder. Por suerte tuya, has seguido siendo la que eras de niña.

—¿Qué? —pregunté.

—Una campesina.

—No me haces ningún cumplido... Los campesinos no conocen nada fuera de la tierra, no saben nada, viven como los animales. Se echó a reír y respondió:

—No era ningún cumplido... muchos años atrás... Pero hoy es un cumplido... Hoy, los que leen y escriben y viven en la ciudad y son señores son los verdaderos ignorantes, los verdaderos incultos, los verdaderos inciviles... Con ellos no hay nada que hacer... Con vosotros, campesinos, en cambio se puede empezar de nuevo desde el principio.

No comprendí bien lo que quería decir e insistí:

—Pero, ¿qué significa volver a empezar desde el principio?

—Pues hacer hombres nuevos —contestó.

—Se ve que no conoces a los campesinos, amigo mío... —exclamé—. Con los campesinos no hay nada que hacer... ¿Qué crees que son, los campesinos? Son los hombres más viejos que existen. Nada de hombres nuevos. Ellos eran campesinos antes que todos, antes de que hubiese gente en la ciudad. Son campesinos y seguirán siendo siempre campesinos.

Meneó la cabeza con indulgencia y no dijo nada. Y yo tuve la impresión de que él a los campesinos los veía como no eran y jamás serían; más bien como él quería verlos, por razones suyas, que como eran de veras en realidad.

Hablaba bien tan sólo de los campesinos y de los obreros; pero, a mi juicio, no conocía ni a aquéllos ni a éstos. Un día se lo dije:

—Tú, Michele, hablas de los obreros, pero no los conoces.

—¿Los conoces tú? —me preguntó.

—Claro que los conozco. A mi tienda acuden muchos... Viven allí, al lado.

—¿Qué clase de obreros?

—Pues, artesanos, fontaneros, albañiles, electricistas, carpinteros, toda gente que trabaja, de todo un poco.

—Y, según tú, ¿cómo son los obreros? —preguntó él entonces, con una especie de aire burlón, como disponiéndose a escuchar estupideces. Le respondí:

—Amigo mío, no sé cómo son... Para mí esas diferencias no existen... Son hombres como todos los demás... Los hay buenos y los hay malos... Algunos son gandules y otros, trabajadores... Algunos quieren mucho a su mujer y otros van detrás de las furcias... Algunos beben y otros juegan... Total, que hay de todo como en todas partes, como entre los señores y los campesinos y los empleados y todos los demás.

Entonces, él dijo:

—Quizá tengas razón... Tú los ves como hombres semejantes a todos los demás y tienes razón al verlos así... Si todos los vieses como los ves tú, o sea, como hombres como todos los demás y les tratasen en consecuencia, ciertas cosas no pasarían y quizá no estaríamos aquí, en Sant 'E ufemia.

—¿Cómo les ven los otros? —pregunté.

—Les ven no como hombres como todos los demás, sino tan sólo como obreros.

—¿Y tú cómo les ves?

—Como obreros también.

—Entonces —dije—, tú también tienes la culpa de que estemos aquí... Desde luego, repito lo que has dicho, aunque no te comprenda: también tú les consideras obreros y no como hombres semejantes a los demás.

—Claro, también yo les considero como obreros... Pero es menester ver por qué... A algunos les conviene considerarlos como obreros y no como hombres para explotarlos mejor... A mí me

conviene para defenderlos.

—Total —dije de pronto—, que tú eres un subversivo.

Se quedó desconcertado y preguntó:

—¿A qué viene eso?

—He oído decirlo por una brigada de carabineros que frecuentaba la tienda... Todos esos subversivos, decía, hacen agitación entre los obreros.

Michele dijo, tras un momento de silencio:

—Pongamos que soy un subversivo.

—Pero, ¿tú has hecho agitación alguna vez entre los obreros? —insistí. Se encogió de hombros y admitió, por último, a regañadientes, que no la había hecho. Entonces, dije:

—¿Ves cómo no conoces a los obreros?

Esa vez no contestó nada.

Pero a pesar de aquellos difíciles discursos suyos que no siempre comprendíamos, Rosetta y yo preferíamos siempre su compañía a la de los otros hombres que estaban allí. En resumidas cuentas, él era más educado y, además, el único que no pensaba en el interés y en el dinero, lo cual le hacía menos aburrido que a los demás, porque el interés y el dinero son sin duda importantes, pero oír hablar de ellos todo el tiempo acaba por causar como una sensación de opresión. Filippo y los otros refugiados sólo hablaban de intereses, es decir, de género que vender o comprar y del coste y de la ganancia y de cómo iban las cosas antes de la guerra y de cómo irían después. Cuando no hablaban de intereses, jugaban a cartas: reunidos en el cuartito de Filippo, sentados en el suelo a la moruna, con la espalda adosada a los sacos de harina o de habichuelas, el sombrero negro calado y el cigarro en la boca, en una atmósfera cargada de sudor y de humo, se pasaban horas y horas con los naipes en la mano, con unos alaridos y unas vociferaciones que parecía que estuviesen degollándose. Alrededor de los cuatro que jugaban siempre había, por lo menos, otros cuatro que miraban, como ocurre en las tabernas del pueblo. Yo, que nunca he podido sufrir el juego, no comprendía cómo podían pasarse el día entero jugando, con aquellos naipes mugrientos y abarquillados en los que ya no se veían las figuras, de tan deteriorados como estaban. Pero era peor cuando, en vez de hablar de intereses o de juego, los compañeros de Filippo discurrían acerca de todo, es decir, conversaban. Soy una ignorante y sólo entiendo de comercio y de tierra, pero, en fin, constantemente tenía la sensación de que aquellos hombres con toda la barba, adultos y crecitos, cuando se salían del campo de sus intereses decían enormes estupideces. Lo notaba tanto más por cuanto podía compararlos con Michele, que no era un ignorante como ellos y las cosas que decía, pese a que con frecuencia no las comprendía, sin embargo sentía que eran justas. Aquellos hombres, repito, razonaban como estúpidos o, peor, como bestias, si es que las bestias pueden razonar: y cuando no decían paladinamente tonterías, decían cosas que ofendían por su crudeza y brutalidad. Recuerdo, por ejemplo, a un tal Antonio que era panadero, hombre diminuto y muy moreno, tuerto de un ojo que parecía más pequeño y que siempre parpadeaba como si tuviese una broza dentro. Un día, no sé cómo, cuatro o cinco refugiados entre los cuales se encontraba Antonio estaban hablando, sentados en los pedruscos de la *macera*, de la guerra y de lo que pasa en las guerras; Rosetta y yo escuchábamos. Aquel Antonio había estado en la guerra de Libia cuando tenía veinte años y le gustaba hablar de ella porque aquella guerra había sido importante para él y porque, entre otras cosas, perdió el ojo entonces. Así que, no sé cómo, le oímos decir, Rosetta y yo, en un momento determinado:

—Habían matado a tres de los nuestros..., pero matado es decir poco..., les habían sacado los ojos, cortado la lengua, arrancado las uñas... Entonces, decidimos hacer un escarmiento... Por la mañana temprano, fuimos a una de las aldeas y les matamos a todos, hombres, mujeres y niños... A las niñas, hijas de zorra, les ensartamos el coño con la bayoneta y las arrojamos al motón... Así les quitamos las ganas de cometer otras atrocidades.

Alguien, entonces, tosió un poco porque estábamos nosotras delante y Antonio quizá no se había fijado, pues nos encontrábamos de pie detrás de un árbol. Oí a Antonio disculparse diciendo:

—Bueno, en la guerra pasa eso y más.

Corrí detrás de Rosetta, que se había alejado apresuradamente. Caminaba con la cabeza baja y, por fin, se detuvo y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas y el semblante demudado. Le pregunté qué le pasaba y ella respondió:

—¿Has oído lo que ha dicho Antonio?

No encontré nada mejor que repetir a mi vez:

—En la guerra, desgraciadamente, pasa eso y más, hija mía. Ella calló un momento y, luego, dijo como hablando consigo misma:

—Yo, sin embargo, siempre preferiría estar entre los muertos que entre los que matan.

Después de aquel día, cada vez nos apartamos más del grupo de refugiados, porque Rosetta no quería de ninguna manera estar al lado de Antonio y hablarle.

Sin embargo, también con Michele, Rosetta estaba de acuerdo hasta cierto punto; sobre el capítulo de la religión, en cambio, no estaba de acuerdo en absoluto. Michele tenía dos enemigos: los fascistas, como he dicho ya e, inmediatamente después, los curas; y no se entendía bien si odiaba más a unos que a los otros y, a menudo, él, en broma, decía que fascistas y curas eran iguales, con la única diferencia que los fascistas habían transformado la sotana, recortándola, en una camisa negra, en tanto que los curas la llevaban entera, hasta los pies. A mí, sus furores contra la religión, o mejor dicho, contra los curas, no me daban ni frío ni calor: siempre he pensado que en esas cosas cada cual se corta el traje a su medida; soy religiosa, sí, pero no hasta el punto de querer imponer mi religión a los otros. Además, me daba cuenta de que Michele, con todo y su aspereza, en el fondo no tenía maldad; a veces, se me ocurría pensar que hablaba mal de los curas no tanto porque les odiase en cuanto a curas, sino porque le desagradaba que no fuesen verdaderos sacerdotes y no se comportasen siempre como sacerdotes. Total, que quizá también era religioso; pero de una religiosidad desilusionada; a menudo, son precisamente las personas como Michele, que hubiesen podido ser más religiosas que otras, las que atacan, a causa de la decepción, con mayor severidad a los curas. Pero Rosetta era, en cambio, diferente de mí; ella creía en la religión y hubiese querido que los demás también fuesen creyentes; y no podía soportar que se hablase mal de los curas, aunque fuese, como en el caso de Michele, de buena fe y sin verdadera maldad. Así, ya desde el principio, cuando él se salió con su primer arrebato contra los curas, le advirtió en redondo:

—Si quieres seguir viéndonos, debes dejar de hablar así.

Yo me figuraba que él insistiría o le daría una rabieta, como a veces le ocurría cuando se le llevaba la contraria. En cambio, ante mi asombro, no protestó, no dijo nada: se limitó a observar al cabo de un momento:

—Hace unos años, yo también era como tú... Es más, pensaba seriamente en hacerme cura... Después, sin embargo, me pasó.

Me quedé estupefacta ante aquella confesión tan inesperada: nunca hubiese pensado que él había podido abrigar una intención parecida.

—¿En serio que querías ser sacerdote? —pregunté.

—Seguro... Puedes preguntárselo a mi padre, si no lo crees.

—¿Y por qué renunciaste, luego?

—Pues porque era un chiquillo, me di cuenta de que no tenía vocación. O, mejor dicho —añadió sonriendo—, me di cuenta de que la tenía y de que, precisamente por eso, no debía hacerme cura.

Rosetta, esa vez no dijo nada y no se volvió a hablar más del asunto.

Entretanto, sin embargo, las cosas cambiaban lentamente, y no para mejorar. Después de tantos rumores contradictorios, llegó, por fin, una noticia precisa: una división alemana estaba acampada en la llanura de Fondi; y, mientras tanto, el frente se había estabilizado en el río Garellano. Eso quería decir que los ingleses ya no avanzaban y que los alemanes, por su lado, se disponían a pasar el invierno con nosotros. Quienes subían del valle nos decían que los alemanes estaban en todas partes, la mayoría escondidos en los naranjales, con sus carros armados y sus tiendas salpicadas de manchas verdes, azules y amarillas, camufladas, como decían. Pero seguían siendo rumores; nadie había visto nunca a los alemanes, quiero decir ninguno de los que estaban allí, porque hasta entonces ningún alemán había subido hasta Sant'Eufemia. Luego, ocurrió algo que nos puso en

contacto con los alemanes y nos hizo comprender qué clase de gente era. Lo cuento porque a partir de entonces puede decirse que las cosas cambiaron; y, en cierto modo, fue entonces cuando la guerra llegó allá arriba por primera vez, para no irse nunca más.

Entre los refugiados que jugaban a cartas con Filippo, había un sastre llamado Severino, el más joven de todos, un hombre bajito y enjuto, de cara amarilla y bigotito negro y un ojo que siempre parecía hacer guiños, lo cual le venía de su oficio, porque mientras cosía, acurrucado sobre una silla, en su obrador, tenía siempre un ojo entornado y el otro no. Severino había huido de Fondi como todos los otros, a los primeros bombardeos, y se alojaba en una casa poco distante de las nuestras, con su niña y su mujer, bajita y modesta como él. Severino era el más inquieto de todos los que estaban allí porque, durante la guerra, había invertido todo su dinero en determinada cantidad de tejidos ingleses e italianos y los había escondido en lugar seguro, pero no tan seguro para que él no se preocupase constantemente por el destino de su pequeño patrimonio. Severino, sin embargo, pasaba de la ansiedad a la esperanza, si en vez de pensar en el presente, con los alemanes y los fascistas y la guerra y los bombardeos, pensaba en el futuro. A quienquiera que le escuchase, Severino exponía un plan que, según él, tan pronto terminase la guerra, le haría rico. El plan consistía en explotar el tiempo, quizá seis meses, quizás un año, que mediaría entre el fin de la guerra y la vuelta a la normalidad. Durante aquellos seis meses, aquel año, faltaría de todo, porque no habría transportes, intercambios ni comercios, e Italia estaría ocupada por los militares y el negocio sería difícil por no decir imposible. Entonces, durante aquellos seis meses o aquel año, Severino cargaría sus telas en un camión, correría a Roma y allí, pieza por pieza, con los precios por las nubes a causa de la carestía, se haría rico vendiendo al por menor los tejidos que había comprado al por mayor. Era un plan atinado, como se vio después, y demostraba que Severino, quizás el único entre todos los que estaban allí, había comprendido bien el mecanismo de los precios destinados a subir a medida que faltaba género y que alemanes, aliados e italianos imprimían billetes de Banco sin resguardo. Era un plan atinado, repito, pero, por desgracia, los planes atinados son siempre los que no prosperan, sobre todo en tiempo de guerra.

En fin, una mañana de aquéllas, un chiquillo que había sido aprendiz de Severino llegó muy jadeante de la llanura, el cual, aun antes de llegar a la *macera*, desde abajo, gritó al sastre, quien, muy nervioso, ya le esperaba en el borde del murete:

—Severino, te lo han robado todo... Han encontrado el escondite y te han robado las telas.

Yo estaba cerca de Severino y ante aquellas palabras le vi tambalearse como si alguien, a traición, le hubiese dado con un palo en la cabeza. El chico, mientras tanto, había llegado a la *macera*. Severino le agarró por los hombros, y con la respiración anhelante y los ojos desorbitados balbució:

—No puede ser... ¿Qué dices? ¿Las telas? ¿Mis telas? ¿Robadas? No puede ser... ¿Quién las ha robado?

—¡Yo qué sé! —respondía el chico.

Todos los refugiados habían acudido y le rodeaban, mientras él hacía gestos de loco y revolvía los ojos y se daba palmadas en la frente y se mesaba los cabellos. Filippo intentó calmarle diciendo:

—No te asustes... Tal vez se trate sólo de un rumor.

—Ni rumor ni nada —replicó el chico ingenuamente—, lo he visto con mis propios ojos, la pared derribada y el escondrijo vacío.

Severino, al oír esto, hizo un gesto de desesperación y alzó las manos como si amenazase al cielo; después, echó a correr sendero abajo y desapareció. Todos nos quedamos muy afectados por aquel suceso: quería decir que la guerra continuaba y hasta empeoraba, que ya no había conciencia y que si, ahora, robaban, pronto quizá matarían. Alguien le dijo a Filippo, que de todos era quien más se agitaba comentando el suceso y censuraba a Severino por no haber tornado bastantes precauciones:

—Tú que has depositado tus enseres en casa del aparcero, vigila que no te pase lo mismo.

Recordé las palabras de Concetta y de Vincenzo y pensé que aquel refugiado tenía razón: aquella pared podía ser derribada también en cualquier momento. Pero Filippo meneó la cabeza con

seguridad, confiado:

—Soy san Juan con el aparcero... Bauticé a su hijo y él bautizó a mi hija... ¿No sabes que san Juan no quiere engaños?

Entonces pensé, al oír aquellas palabras de Filippo, que ya se puede ser listo, como creía serlo él, pero que siempre hay un momento en nuestra vida en que somos tontos; pues me parecía que creer en san Juan en el caso de Concetta y de Vincenzo era cabalmente una tontería, tal vez simpática, pero a pesar de todo una tontería. No dije nada, empero, para no ponerle receloso. Tanto más cuanto que alguien lo había intentado ya sin resultado.

Aquella misma tarde, Severino volvió del valle, cubierto de polvo hasta las cejas, triste y descompuesto. Dijo que había ido a la ciudad y que había encontrado la pared derrumbada y el escondrijo vacío; dijo que se lo habían llevado todo y que estaba arruinado; dijo que podían haber sido tanto los alemanes como los italianos, pero él creía que habían sido los italianos, es más, por lo que pudo comprender interrogando a las pocas personas que quedaban en la ciudad, los fascistas. Después de haber dicho esas cosas, se quedó silencioso, encogido en una silla frente a la puerta de la casa de Filippo, más amarillo y sombrío que de costumbre, abrazado al respaldo y mirando con su ojo normal hacia Fondi, donde le habían robado el género, mientras que con el otro ojo, como solía, parecía hacer un guiño de inteligencia, y aquello quizás era lo más triste, porque el ojo se guiña por alegría y él, en cambio, poco faltaba para que se matase de desesperación. De vez en cuando, meneaba la cabeza y repetía en voz baja:

—Mis telas... Ya no tengo nada... Se me lo han llevado todo. Y, luego, se pasaba la mano por la frente, como si acabase de entenderlo. Por último dijo:

—Me he vuelto viejo en un solo día.

Y se fue hacia su casita, sin aceptar la invitación de quedarse a cenar con Filippo, quien trataba de consolarle y calmarle.

El día siguiente se vio que seguía pensando en sus telas y meditaba sobre el modo de recuperarlas. Estaba seguro de que se las habían robado gente del pueblo; estaba casi seguro de que habían sido los fascistas o, mejor dicho, los que ahora se llamaban fascistas y que antes de la caída del fascismo eran conocidos en el valle como vagabundos y menesterosos. Aquellos vagabundos, apenas volvió el fascismo, se alistaron inmediatamente en la milicia con el único propósito de comer y pasarlo bien a costa de la población que, por causa de la guerra y de la huida de todas las autoridades, había quedado completamente abandonada a merced de ellos. Ahora, Severino estaba muy decidido a recobrar sus telas y se iba todos los días al valle y volvía al anochecer, cansado, lleno de polvo y con las manos vacías, pero más decidido que nunca. Aquella decisión se veía hasta en su actitud: siempre callado, con los ojos brillantes, como absorto, con un nervio que no paraba de saltarle bajo la piel tirante de la mandíbula. Cuando alguien le preguntaba qué iba a hacer todos los días en Fondi, se limitaba a responder: «Voy de caza», dando a significar con ello que iba a la caza de sus telas y de quienes se las habían robado. Poco a poco, por las conversaciones que Severino sostenía con Filippo, logré comprender que aquellos fascistas que, según él, le habían robado las telas, se habían atrincherado en un caserío situado en la localidad llamada del Uomo Morto. Eran una docena y habían transportado a aquella casa gran cantidad de víveres extorsionados a los campesinos, y allí comían y bebían y se lo pasaban en grande, servidos en todo punto por algunas pelanduscas suyas que antes habían sido sirvientas y obreras. Por la noche, aquellos fascistas salían de la casa e iban a la ciudad, donde visitaban una por una las casas abandonadas por los refugiados, robaban todo lo que quedaba en ellas y golpeaban uno tras otro muros y pavimentos para ver si había algún escondrijo. Aquellos fascistas iban armados de metralletas, bombas y puñales y se sentían seguros, porque en todo el valle, como ya he dicho, ya no había ni carabineros, que hacía tiempo que o habían huido o habían sido detenidos por los alemanes, ni Policía ni autoridad alguna. Se había quedado, es cierto, un guardia municipal. Pero era un pobre hombre cargado de familia, que iba de un caserío a otro andrajoso y hambriento, encareciendo a los campesinos a que, por el amor de Dios, le diesen un cacho de pan y un huevo. Ya no había ley, en suma, y la Policía militar alemana, que se distinguía de los demás soldados porque llevaban en el pecho una especie de collar,

eran los únicos que hacían respetar la ley; pero era la ley de ellos, no la nuestra, de nosotros los italianos, y era ley, por así decirlo, para nosotros, una ley que parecía haber sido hecha para requisar hombres, robar víveres y cometer toda suerte de desmanes. Para daros una idea de lo que sucedía en aquellos tiempos, basta decir que un campesino de una localidad no muy distante de Sant'Eufemia, una mañana, por no sé qué motivo, acuchilló a su sobrino, un muchacho de dieciocho años, y luego le dejó morir desangrado en la viña. Aquello ocurrió a las diez de la mañana. A las cinco del mismo día, el asesino fue al matadero clandestino a comprar medio kilo de carne. El delito era conocido ya, todo el mundo lo sabía, pero nadie se atrevió a decirle nada: era asunto suyo y, además, todos tenían un poco de miedo. Tan sólo una mujer observó:

—Pero, ¿qué tienes en el corazón? Has matado a tu sobrino y vienes tan tranquilo a comprar carne.

Y él respondió:

—Toca a quien toca... Nadie me detendrá porque hoy no existe ley y cada cual se la hace como le parece.

Y tenía razón, porque no le detuvieron y él sepultó a su sobrino bajo una higuera y continuó yendo por ahí sin ser molestado.

Severino, pues, se metió en la cabeza el tomarse la justicia por su mano, en vista de que ya no había justicia pública. No sé lo que combinaría en sus excursiones a Fondi; mas he aquí que, una mañana, llega un niño campesino con un palmo de lengua fuera por el esfuerzo de subir corriendo la cuesta y grita que Severino se venía arriba con los alemanes, que tenía a los alemanes de su parte y que los alemanes le harían recuperar las telas porque se había puesto de acuerdo con ellos. Todos los refugiados salieron de las casitas, nosotras dos también, y seríamos una veintena los que estábamos en aquella *macera*, vigilando el sendero por el que había de aparecer Severino con los alemanes. Entretanto, todos decían que Severino había sido inteligente y sensato, que entonces era verdad que la autoridad, ahora, estaba en manos de los alemanes, que los alemanes no eran vagabundos y delincuentes como los fascistas, y que no sólo le harían recuperar las telas, sino que también castigarían a los fascistas. Filippo era el que más se manifestaba a favor de los alemanes:

—Son gente seria que todo lo hace en serio, la guerra, la paz y el negocio... Severino ha hecho bien en recurrir a ellos... Los alemanes no son como nosotros los italianos, anárquicos e indisciplinados... Tienen disciplina y, en tiempo de guerra, robar es un acto contrario a la disciplina. Estoy seguro de que harán recuperar la tela a Severino y castigarán a esos delincuentes de fascistas... Inteligente de Severino, que ha ido derecho al punto esencial de la cuestión: ¿quién tiene la autoridad hoy en Italia? Los alemanes. Entonces, es menester dirigirse a los alemanes. Filippo pensaba en voz alta, pavoneándose y alisándose el bigote. Era claro que pensaba en sus enseres escondidos en casa del aparcero; y que estaba contento de que Severino recuperase sus telas y de que los ladrones fuesen castigados, porque él también tenía bienes escondidos y, a su vez, temía ser despojado.

Mientras tanto, mirábamos hacia el sendero y, por fin, apareció Severino, pero en vez de los alemanes que habíamos imaginado que acudirían con él con una patrulla armada, sólo había un alemán, soldado raso por añadidura, ni siquiera de la Policía militar. Cuando llegaron a la *macera*, Severino, orgulloso y contento, nos lo presentó llamándole Hans, que, en total, en alemán quiere decir Giovanni; y todos le rodearon con las manos tendidas, pero Hans no estrechó manos, se limitó a saludar militarmente, con un taconazo, llevándose la mano al gorro, como para poner una distancia entre él y los refugiados. Aquel Hans era un hombre bajito, rubiales, de caderas como las de una mujer, cara blanca y un poco hinchada. Tenía dos o tres grandes cicatrices que le cruzaban la mejilla y a alguien que le preguntó dónde se las hicieron, le respondió lacónicamente: «Stalingrado.» Por culpa de aquellas heridas, su rostro, fofo y no del todo redondo, sino como magullado, parecía propiamente uno de esos melocotones o manzanas caídos del árbol al suelo que, al caer, se quedan chafados y luego, cuando vas a partarlos, ves que por dentro están medio podridos. Tenía los ojos azules, pero no bonitos, sino de un azul desvaído, inexpresivo, demasiado claro, como de vidrio. Severino, mientras tanto, muy orgulloso, nos explicaba que había trabado

amistad con Hans porque, por casualidad, Hans, en su país, en tiempo de paz, también era sastre. Así que, entre sastres, se habían comprendido bien. Él le contó lo del hurto y Hans le prometió hacerle recuperar las telas, precisamente porque era sastre y porque podía comprender mejor que cualquier otro la preocupación de Severino. Total, que no era uno de la Policía, no había muchos alemanes, sino uno solo, y además no era una cosa oficial, sino privada, entre amigos del mismo oficio, sastres ambos. Pero el alemán llevaba uniforme, con la metralleta en bandolera, y se comportaba como soldado alemán que era; por lo cual todos rivalizaron en darle coba. Quien le preguntaba cuánto duraría la guerra, quien le pedía noticias de Rusia donde él había estado, quien quería saber si los ingleses presentarían batalla, quien se informaba de si, en cambio, los que presentarían batalla serían los alemanes. Hans, a medida que la gente le hacía preguntas, se hinchaba de importancia, como un globo flojo cuando se sopla dentro. Dijo que la guerra ya no duraría mucho porque los alemanes poseían armas secretas, dijo que los rusos se batían bien, pero que los alemanes se batían mejor, dijo que los alemanes pronto presentarían batalla a los ingleses y les rechazarían hasta el mar. Total, que infundía respeto; y Filippo, al final, quiso invitarle a almorzar con Severino en su casita.

Yo también asistí al almuerzo. Ya había comido, pero tenía curiosidad por ver a aquel alemán, el primero que había puesto los pies allá arriba. Fui cuando ya estaban en la fruta. Se encontraba presente toda la familia de Filippo, salvo Michele, porque odiaba a los alemanes y poco antes, mientras Hans hablaba dándose importancia de la gran victoria que pronto lograrían los alemanes sobre los ingleses, le miraba sombrío y amenazador, como si hubiese querido echarse encima de él y liarse a puñetazos. Ahora, gracias también al vino que había bebido, el alemán se había entregado a las confidencias. No paraba de darle palmadas en el hombro a Severino, repitiendo que ambos eran sastres e íntimos amigos y que él haría que Severino recuperase las telas. Luego, se sacó del bolsillo la cartera y de la cartera una fotografía en la que se veía una mujer alta y gorda, dos veces como él, con semblante bonachón, y dijo que era su esposa. Luego, nos pusimos de nuevo a hablar de la guerra y Hans volvió a decir:

—Nosotros hacer ofensiva y arrojar al mar ingleses.

Filippo, que se esforzaba en darle coba y granjearse su simpatía, abundó entonces:

—Cómo no, seguro... Les arrojaremos al mar a todos..., como asesinos que son.

Pero el alemán respondió:

—No, asesinos no, al contrario, valientes soldados.

Y Filippo añadió en seguida:

—Son valientes soldados, cierto, ya sabemos que son valientes soldados.

Pero el alemán dijo:

—Tú admirar soldados ingleses... Tú traidor.

Y Filippo, asustado, rectificó:

—Pero, ¿quién les admira? Si acabo de decir que son unos asesinos... Pero el alemán no estaba contento:

—Asesinos no, valientes soldados... Pero los traidores como tú, que admiran a los ingleses, *kaput*.

E hizo el ademán de cortar el cuello. Total, que no le sentaba bien nada y nunca estaba contento y todos nos asustamos porque, de repente, pareció volverse malvado. Luego, le dijo a Severino:

—¿Tú por qué no en el frente? Nosotros alemanes luchamos y vosotros italianos estar aquí... Tú al frente

Severino se asustó y contestó:

—He sido declarado inútil..., enfermo de pecho.

Y se golpeó el pecho y era verdad, había estado muy enfermo y hasta se decía que sólo tenía un pulmón.

El alemán, sin embargo, malévolamente, le asió de un brazo, diciendo:

—Entonces, tú venir en seguida conmigo, al frente.

E hizo ademán de levantarse y llevárselo consigo. Severino se había puesto pálido y hacía

esfuerzos por sonreír sin conseguirlo y todos estaban consternados y a mí me entró un miedo tal que el corazón me saltaba en el pecho. El alemán tiraba del brazo a Severino y él trataba de resistir agarrándose a Filippo, quien también parecía espantado. Luego, de repente, el alemán soltó la carcajada y dijo:

—Tú recuperar telas y hacerte rico... Yo ir al frente a hacer la guerra y morir.

Y, sin dejar de reír, se puso de nuevo a darle palmadas en el hombro. A mí toda la escena me había causado un efecto extraño: como si me encontrase no delante de un hombre, sino de una fiera que ora ronronea y ora enseña los dientes y no se sabe qué intenciones tiene y no se sabe cómo tratarla. Me parecía que Severino se hacía ilusiones como éstos, precisamente, que dicen: «Ese animal me conoce..., a mí nunca me morderá.» Y, como se verá, no me equivocaba.

Después de aquella escena, el alemán se volvió amable, bebió más vino y dio unas palmadas en el hombro a Severino, no sé cuantas veces, de manera que a Severino se le pasó el miedo y un momento en que el alemán estaba distraído, le dijo a Filippo:

—Hoy mismo recuperaré mis telas..., ya lo verás.

En efecto, al cabo de un rato, el alemán se levantó de la mesa y se ciñó el cinto que se había quitado al sentarse, haciéndonos notar, jocosamente, que debido a la gran comilona, había tenido que ceñírse un agujero menos que antes. Luego, le dijo a Severino:

—Nosotros ir abajo, después tú volver aquí con tus telas. Severino se levantó, el alemán saludó militarmente dando un taconazo y luego se fue, muy tieso, con Severino, bajando por el sendero que, a través de las *macere*, llevaba al valle. Filippo, que había salido con los otros para verles marchar, dijo al final, expresando el sentir de todos:

—Severino se fía de ese alemán... Pero yo, en su lugar, no me fiaría mucho.

Esperamos a Severino toda la tarde y parte de la noche, pero él no regresó. El día siguiente, fuimos a la casita que habitaba Severino con su familia y encontramos a la mujer que lloraba en la oscuridad, con la niña en el regazo. Con ella estaba una vieja campesina que hilaba lana con huso y rueca y, de vez en cuando, repetía, estirando el hilo:

—No llores, esposa... Severino volverá y lo arreglará todo. Pero la mujer meneaba la cabeza y respondía:

—Presiento que no volverá nunca más... Lo presentí una hora después, apenas se fue.

Tratamos de consolarla, pero ella no hacía más que llorar y decía que toda la culpa era suya porque Severino había hecho todo aquello por ella y por la niña para que estuviesen bien y se hiciesen ricas y ella, en cambio, hubiese debido retenerle e impedir que comprase aquellas malditas telas. No podía decirse nada, por desgracia, porque Severino no volvía y eso era un hecho consumado y todas las buenas palabras del mundo no valen nada frente a un hecho consumado. Sin embargo, estuvimos con ella, todo el día, ora diciendo una cosa, ora otra, haciendo, en suma, todas las suposiciones posibles sobre aquella desaparición de Severino; pero ella seguía llorando y repitiendo que él no volvería nunca más. El día siguiente, que era el segundo de la desaparición de Severino, fuimos a la casita, pero ya no la encontramos ni a ella ni a la niña: al amanecer, había tomado en brazos a la niña y bajó al valle para averiguar qué había sucedido.

Después, durante algunos días, no supimos ya nada ni de Severino ni de su mujer. Por fin, Filippo, que a su manera quería mucho a Severino, decidió averiguar lo ocurrido y mandó llamar a Nicola, un viejo labrador que ya no trabajaba en los campos y solía pasarse el día con los niños, de arriba abajo por la *macera*. Le dijo que quería que fuese a informarse sobre Severino y le dijo también que debía personarse en la localidad del Uomo Morto, donde, los fascistas, que habían robado las telas estaban atrincherados. El viejo, al principio, no quería ir; pero, luego, Filippo le prometió trescientas liras y el viejo, que por dinero se habría metido hasta en un horno encendido, se fue sin más a preparar su asno. Dijo que volvería el día siguiente, que dormiría en casa de unos parientes suyos, campesinos como él, y puso en la alforja una hogaza y un poco de queso. Le despedimos cuando se marchó, cabalgando muy tieso, con el sombrero negro calado, la pipa en la boca y las piernas estiradas, una aquí y la otra allá, con las albarcas y las calzas blancas. Filippo le recomendó que de entre aquellos fascistas se dirigiese a un tal Tonto, que era el menos malo de

todos, y el viejo dijo que así lo haría y se fue.

Transcurrió aquel día y transcurrió la mitad del día siguiente y luego, al anochecer, he aquí que en la *macera* aparece el borrico llevado del ronzal por el viejo y montado precisamente por Tonto. Llegaron a donde nosotros estábamos y Tonto descabalgó: era un hombre de cara morena y flaca, barba crecida, ojos melancólicos y hundidos, y la nariz tan larga que se le juntaba con la boca. Todos le rodearon. Tonto parecía cohibido y callaba. El viejo Nicola sujetó el asno del ronzal y dijo:

—El alemán se ha quedado con las telas y ha mandado a Severino a trabajar en las fortificaciones, al frente, eso es lo que ha pasado. Tras haber farfullado estas palabras, se alejó para dar de comer a su animal.

Nos quedamos todos aterrorizados. Tonto estaba apartado, sin saber qué decir; y Filippo, encolerizado, le dijo:

—¿Y tú qué has venido a hacer aquí?

Tonto se acercó y, muy humildemente, dijo:

—Filippo, no debéis juzgarme mal... He venido para haceros un favor. Para explicaros lo ocurrido, a fin de que no creáis que hemos sido nosotros.

Todos le miraban con antipatía, pero todos querían saber lo ocurrido y, por fin, Filippo, aunque a regañadientes, le invitó a beber un poco de vino en su casita. Tonto aceptó, echó a andar hacia la casita y todos nosotros le seguimos, como en procesión. En la estancia, Tonto se sentó sobre un saco de habichuelas y Filippo le sirvió vino, permaneciendo de pie delante de él, y todos nosotros nos agrupamos junto al umbral, de pie también. Tonto bebió con calma y luego, dijo:

—Es inútil negarlo: las telas nos las llevamos nosotros... En estos tiempos, Filippo, cada cual para sí y Dios para todos... Severino creía haber escondido bien las telas y, en cambio, éramos muchos los que sabíamos dónde estaban, y entonces pensamos: si no somos nosotros, serán los alemanes, un chivatazo se da pronto, vale más que nos las llevemos nosotros. Además, ¿qué se le va a hacer, Filippo? —juntó las manos y nos miró—, también nosotros tenemos familia y, en estos tiempos, todos hemos de pensar ante todo en la familia y después en lo demás. No digo que hayamos obrado bien, digo que lo hemos hecho por necesidad. Usted, Filippo, es comerciante, Severino es sastre y nosotros..., nosotros nos las apañamos como podemos... Pero Severino hizo mal recurriendo a los alemanes, que nada tenían que ver en el asunto. Qué demonios, Filippo, si Severino no se hubiese portado mal, tal vez podíamos haber llegado a un acuerdo vendiendo las telas y partiendo las ganancias... O bien le habríamos hecho un regalo... Total, que entre paisanos nos hubiésemos puesto de acuerdo... En cambio, Severino se ha portado mal y ha pasado lo que ha pasado. Vino aquel desgraciado de alemán, Severino nos dijo un montón de palabras feas y, luego, el alemán nos apuntó con la metralleta, dijo que debía practicar un registro y nosotros, que en cierto sentido dependemos de los alemanes, no pudimos oponernos. Así es que salieron las telas y el alemán las cargó en el camión con el cual había venido y se fue con Severino quien, al irse, gritó:

»—Por fin hay justicia en este mundo.

»Sí, menuda justicia. ¿Sabes lo que hizo el alemán? A los pocos kilómetros, encontró otro camión lleno de italianos requisados para ser mandados a trabajar en las fortificaciones del frente. Entonces, paró su camión y, con la ametralladora, hizo bajar a Severino y le hizo subir al camión de los requisados. Por lo cual Severino, en vez de recuperar las telas, ha sido mandado al frente; y el alemán, que también es sastre, no tardará en mandar las telas a Alemania, donde con ellas abrirá una sastrería a las costillas de Severino y de todos nosotros. Ahora, digo yo, Filippo: ¿por qué hacer intervenir a los alemanes? Entre dos litigantes, un tercero se aprovecha: esto es lo que ha pasado y juro que es la verdad.

Filippo y todos nosotros, tras las palabras de Tonto, nos quedamos callados; además porque, entre las muchas cosas que Tonto dijera, había el detalle de la redada de la cual, es cierto, habíamos oído hablar, pero nunca tan clara y tranquilamente, como de algo normal. Por fin, Filippo se armó de valor y preguntó qué eran aquellas requisas. Tonto respondió con indiferencia:

—Los alemanes andan por ahí en camión y se llevan consigo a todos los hombres útiles para

trabajar y los envían al frente por la parte de Cassino de Gaeta, para fortificar las líneas.

—¿Y cómo les tratan?

Tonto se encogió de hombros:

—Pues, mucho trabajo, barracones y poca comida. Ya se sabe cómo tratan los alemanes a los que no son alemanes.

Volvimos a quedarnos silenciosos; pero Filippo insistió:

—Pero se llevan a los hombres que están en el llano... A los refugiados en las montañas no se los llevan, ¿verdad?

Tonto volvió a encogerse de hombros:

—No os fiéis de los alemanes... Hacen como con las alcachofas: se comen las hojas una por una... Ahora, les toca a los del llano; después, les tocará a los que están en la montaña.

Ahora ya nadie pensaba en Severino, todos tenían miedo y cada cual pensaba en sí mismo. Filippo preguntó:

—Pero, ¿cómo sabes esas cosas?

Tonto contestó:

—Yo esas cosas las sé porque trato con los alemanes todos los días... Hacedme caso..., o ingresáis en la milicia como nosotros, o bien os aconsejo que os escondáis bien..., pero lo que se dice bien..., de lo contrario, los alemanes os cascarán a uno después de otro.

Luego, añadió algunas explicaciones: los alemanes, en primer lugar, rastreaban la llanura y se llevaban consigo a los hombres útiles para el trabajo; luego, pasaban a las montañas y operaban de la manera siguiente: por la mañana temprano, todavía entre dos luces, una compañía de soldados subía a la cima de una montaña y después, cuando llegaba el momento de la redada, hacia el mediodía, bajaba al valle desparramándose por toda la anchura del monte, de modo que todos los que estaban, pongamos por caso, a media ladera como nosotros, quedaban apresados como pececillos en una gran red.

—Se las saben todas —observó entonces alguien con voz empavorecida.

Tonto se había franqueado ya, volvía casi a su habitual petulancia. Intentó, incluso, el truco de la recomendación con Filippo, quien sabía que tenía más dinero que los demás.

—Pero si nosotros dos nos ponemos de acuerdo, puedo decirle unas buenas palabras para tu hijo al capitán alemán, a quien conozco bien.

Quizá Filippo, que estaba aterrado de veras, hubiese aceptado discutir el asunto con Tonto. Pero inesperadamente, Michele se acercó y dijo con dureza a Tonto:

—Pero, bueno, ¿qué aguardas para irte?

Todos enmudecieron, sorprendidos, pues Tonto iba armado de bombas y fusil y Michele, en cambio, estaba desarmado. Pero Tonto, no sé por qué, se quedó avasallado por aquel tono. Dijo, reacio:

—Bueno, si es así, apañaos vosotros... Yo me voy.

Luego, se levantó y salió de la casita. Todos le siguieron: y Michele, antes de que se perdiese de vista, le gritó desde lo alto de la *macera*:

—Y en vez de andar por ahí ofreciendo tus servicios, piensa en tus asuntos... Un día de éstos los alemanes te quitarán el fusil y te mandarán a trabajar como Severino.

Tonto se volvió y le hizo un conjuro con los dedos en forma de cuerno. No volvimos a verle nunca más.

Cuando Tonto se hubo marchado, nos encaminamos con Michele hacia nuestra casucha. Rosetta y yo comentábamos el suceso, compadeciendo al pobre Severino, que primero perdió sus telas y luego, además, la libertad. Michele que, muy sombrío, callaba con la cabeza gacha, de pronto se irguió y dijo:

—Le está bien empleado.

Yo protesté:

—Pero, ¿cómo puedes decir eso? El pobrecito está arruinado, y ahora hasta puede que se juegue el pellejo.

De momento no contestó, pero luego gritó:

—Hasta que no lo pierdan todo, no comprenderán nada... Deben perderlo todo y sufrir y llorar lágrimas de sangre... Sólo entonces serán prudentes.

—Pero Severino no lo hizo en absoluto por interés —objeté—. Lo hizo por la familia.

Se echó a reír, feamente en verdad:

—¡La familia! La gran justificación de todas las cobardías, en este país. Pues bien, tanto peor para la familia.

Michele, ahora que sale a colación, tenía de veras un carácter curioso. Dos días después de la desaparición de Severino, hablando de naderías con él, se nos ocurrió decir que ahora que era invierno y anochecía pronto, no se sabía en verdad qué hacer, Michele dijo entonces que, si queríamos, él se sentía capaz de leernos algo en voz alta. Aceptamos contentas, aunque no estuviésemos acostumbradas a los libros, como creo haber dado a entender ya: pero en aquella situación hasta los libros podían ser una distracción. Yo además, creyendo que quería leernos alguna novela, recuerdo que le dije:

—¿Qué será? ¿Una historia de amor?

Sonriendo contestó:

—Muy bien, has acertado, precisamente una historia de amor.

Quedó decidido, pues, que Michele nos leería en voz alta después de la cena, que siempre tenía lugar en la cabaña, a aquella hora, precisamente, de la noche en que no sabíamos qué hacer. Recuerdo muy bien aquella escena porque se me quedó grabada en la memoria, no sé porqué, quizá porque Michele, en aquella ocasión, reveló un aspecto de su carácter que yo no conocía. Me parece estar viendo a la familia de Paride y a nosotras dos sentadas en torno del fuego medio apagado, en troncos y banquetas, casi a oscuras, con un candil de aceite colgado detrás de Michele para que tuviese luz para leer. La cabaña era propiamente tenebrosa; del techo de ramas secas pendían negras cenefas de hollín que, al menor soplo, oscilaban, ligeras; al fondo de la cabaña, casi sumida en la oscuridad, estaba sentada la madre de Paride, quien parecía la bruja de Benevento, tan vieja y arrugada era, hilando siempre lana con el huso y la rueca. Rosetta y yo estábamos contentas de la lectura; pero Paride y su familia no tanto, porque tras haber trabajado todo el día, por la noche se caían de sueño y solían acostarse pronto. Los niños ya dormían, en el regazo de sus madres. Michele dijo antes de empezar, sacándose un librito de bolsillo:

—Cesira quería una historia de amor y voy a leer precisamente una historia de amor.

Una de las mujeres, más por cortesía que porque tuviese verdadera curiosidad, preguntó si se trataba de un hecho real o bien inventado; y él respondió que quizás había sido inventado; pero era como si hubiese sucedido realmente. Mientras tanto, había abierto el librito y se ajustaba las gafas sobre la nariz; por último, nos anunció que iba a leernos algunos episodios de la vida de Jesús, en el Evangelio. Nos sentó un poco mal a todos, porque habíamos esperado una verdadera novela; además, todo lo que es religión parece un poco aburrido, quizá porque las cosas de la religión las hacemos más bien por deber que por gusto. Paride, interpretando el sentir común, observó que todos nosotros conocíamos la vida de Jesús y que, por lo tanto, la lectura no nos revelaría ninguna novedad; Rosetta, en cambio, no dijo nada; más tarde, sin embargo, cuando estuvimos solas en nuestro cuartucho, observó:

—Si no cree en Jesús, ¿por qué no le deja en paz? —como sorprendida, pero sin hostilidad, porque Michele le era simpático, aunque, como todos allá arriba, no le comprendiese demasiado.

Michele, pues, se limitó a responder a las palabras de Paride, sonriendo: «¿Estás seguro de ello?», y luego anunció que leería el episodio de Lázaro, añadiendo: «¿Lo recordáis?» Ahora bien, todos habíamos oído hablar de Lázaro pero a la pregunta de Michele nos dimos cuenta de que verdaderamente no sabíamos quién fue ni qué hizo. Quizá Rosetta lo sabía, pero también esta vez se calló.

—¿Lo veis? —dijo Michele con un tono tranquilo de triunfo muy suyo en la voz—. Decíais conocer la vida de Jesús y resulta que ni siquiera sabéis quién era Lázaro... Y, sin embargo, ese episodio está pintado como tantos otros en los cuadros de la Pasión que hay en las iglesias..., hasta

en la iglesia de Fondi.

Paride, pensando quizá que en aquellas palabras había un reproche para él, observó:

—Pero, ¿no sabes que para ir a misa, abajo, en el valle, hay que perder una jornada? Nosotros tenemos que trabajar y no podemos perder ninguna jornada, aunque sea para ir a misa.

Michele no dijo nada y empezó a leer.

Como estoy segura de que el episodio de Lázaro es conocido por todos los que lean estos recuerdos míos, no lo transcribiré aquí, además porque Michele lo leyó sin añadirle nada; quienes no lo conozcan pueden leerlo en el Evangelio. Me limitaré a observar que a medida que Michele iba leyendo, alrededor suyo los rostros de los campesinos expresaban cada vez más, si no propiamente aburrimiento, por lo menos indiferencia y decepción. En efecto, habían esperado una historia de amor; y, en cambio, Michele les leía una historia de un milagro en el cual, por añadidura, al menos por lo que me pareció comprender, ellos no creían, como por lo demás tampoco lo creía el mismo Michele. Pero la diferencia entre Michele y ellos era que, mientras ellos se aburrían, tanto que dos de las mujeres se habían puesto a charlar entre sí, riendo quedamente, y la tercera no hacía más que bostezar y el propio Paride, que parecía el más atento de todos, mostraba, inclinándose hacia delante, un rostro totalmente obtuso e insensible, la diferencia, digo era, que Michele, a medida que leía, parecía, en cambio, conmoverse por aquel milagro en el que no creía. Hasta el punto de que, cuando llegó a la frase: *Y Jesús dijo: yo soy la resurrección y la vida*, se interrumpió un momento y todos pudimos ver que se había interrumpido porque ya no podía seguir adelante porque lloraba. Comprendí que lloraba a causa de lo que estaba leyendo y que, como quedó claro luego, aludía en cierto modo a nuestra situación presente; pero una de las mujeres, que se aburría, estaba tan lejos de pensar que fuese el episodio de Lázaro lo que le llenaba los ojos de lágrimas, que observó, solícita:

—¿Te molesta el humo, Michele? Aquí hay mucho humo... Ah, ya se sabe, estamos en una cabaña.

Para comprender esta frase es menester recordar, en efecto, que, como creo haber señalado, el humo del brasero no salía por la abertura de una chimenea que no existía, sino, muy despacio, a través de las ramas apretadas y secas del techo, y no antes de haber quedado estancado largo rato en la cabaña. Por eso, a menudo solía ocurrir que todos los que estaban en la cabaña llorasen y, con ellos, llorasen también los dos perros y la gata con sus gatitos. Aquella mujer quería disculparse del humo con Michele, por cortesía, pero él, de pronto, se secó las lágrimas y estalló, gritando de manera imprevista:

—Ni humo ni cabaña... No volveré a leerlos más porque no comprendéis... Es inútil tratar de hacer comprender a quien nunca podrá comprender. Entretanto, empero, acordaos de esto: cada uno de vosotros es Lázaro... y leyendo la historia de Lázaro he hablado de vosotros, de todos vosotros... De ti, Paride, de ti Luisa, de ti Cesira, de ti Rosetta y hasta de mí mismo y de mi padre y de ese bribón de Tonto y de Severino con sus telas y de los refugiados que están aquí y de los alemanes y de los fascistas que están en el valle, en suma, de todos... Todos estáis muertos, todos estamos muertos y creemos estar viviendo... Mientras creamos que vivimos porque tenemos nuestras aficiones, nuestros miedos, nuestros negociejos, nuestras familias, nuestros hijos, estaremos muertos... Tan sólo el día en que nos demos cuenta de que estamos muertos, pero bien muertos, putrefactos, descompuestos y de que apestamos a cadaverina a la legua, tan sólo entonces empezaremos a estar un poquitín vivos... Buenas noches.

Dichas estas palabras, se levantó derribando el candil de aceite que se apagó y salió de la cabaña dando un portazo. Nos quedamos todos a oscuras, estupefactos. Luego, por fin, Paride, a copia de moverse a tientas, logró dar con el candil y volver a encenderlo. Pero nadie tenía ganas de comentar aquel arrebató de Michele; sólo Paride, con el aire apurado y socarrón del campesino que cree sabérselas todas dijo:

—Ah, Michele tiene la palabra fácil... Es hijo de señores, no es campesino.

Creo que las mujeres también pensaban lo mismo: todo aquello eran cosas de señores que no labran la tierra y no se ganan la vida con el sudor de su frente. Total, que nos dimos las buenas noches y nos fuimos a la cama. Michele, el día siguiente, fingió no acordarse del alboroto, pero

tampoco volvió a proponernos leer en voz alta.

En aquella ocasión, sin embargo, confirmé la reflexión que me había hecho el día que Michele nos dijo que de chiquillo había pensado seriamente en hacerse cura. En realidad, como pensé, pese a todos sus discursos contra la religión, Michele se parecía más a los sacerdotes que a los hombres comunes, como Filippo y los demás refugiados. Aquel arrebató, por ejemplo, que tuvo al darse cuenta, mientras leía el episodio de Lázaro, de que los campesinos no lo comprendían, no lo escuchaban y se aburrían, igual hubiese podido tenerlo, cambiando un poco las palabras, cualquier cura rural durante el sermón dominical, al darse cuenta, mientras se afanaba desde el púlpito, de que los feligreses, sentados en la iglesia, estaban distraídos y no le prestaban atención. Era el arrebató, en suma, de un sacerdote que consideraba a todos los demás como pecadores a quienes instruir y hacer volver al buen camino, no de un hombre que se considera semejante a los demás hombres.

Para terminar acerca del carácter de Michele, quiero contar otro pequeño sucedido que confirma todo cuanto he dicho al respecto. Como he señalado ya, él nunca hablaba de mujeres y de amor y no parecía haber tenido experiencia alguna en ese terreno. Pero menos por falta de ocasión que, como se comprenderá por lo que voy a relatar, porque precisamente en ese capítulo era diferente de los jóvenes de su edad. El pequeño sucedido es el siguiente: Rosetta, cada mañana, había tomado la costumbre, nada más saltar de la cama, de quitarse toda la ropa y lavarse desnuda. O, mejor dicho, yo salía de la casita, metía el cubo en el fondo del pozo, lo subía lleno de agua y, luego, se lo alargaba; y ella se vertía la mitad en la cabeza, luego se enjabonaba todo el cuerpo y, después, se echaba encima la otra mitad. Era muy limpia, Rosetta; lo primero que quiso hacerme comprar a los campesinos, en cuanto llegamos a Sant'Eufemia, fue el jabón que ellos hacían en casa; continuó lavándose así incluso en pleno invierno, cuando hacía un frío verdaderamente de montaña, el agua del pozo estaba helada por la mañana, el cubo casi rebotaba sobre el hielo antes de romperlo y la cuerda me cortaba las manos, y cuando aquel chorro de agua me caía sobre la cabeza, las pocas veces que quise imitar a Rosetta, me cortaba el aliento y me dejaba un minuto con la boca abierta, casi desmayada. Así, pues, una mañana de aquéllas, Rosetta se había lavado según el acostumbrado sistema del cubo de agua sobre la cabeza y ya estaba frotándose enérgicamente con una toalla, de pie junto a la cama, sobre una tabla para no ensuciarse los pies con el barro del suelo. Rosetta tenía un cuerpo robusto que uno no se hubiese nunca imaginado viendo su cara dulce y delicada, de ojos grandes, nariz un poco larga y boca carnosa plegada sobre la barbilla que la hacía semejar un poco a una ovejita. Tenía el pecho no propiamente grande, pero sí desarrollado, de mujer formada que ya ha sido madre, hinchado y blanco como si hubiese estado lleno de leche, con los pezones oscuros vueltos hacia arriba como para buscar la boca de un bebé que ella hubiese traído al mundo. El vientre, en cambio, lo tenía de doncella, terso, llano, casi ahuecado, por lo que el vello, entre sus muslos fuertes y realzados, sobresalía, rizado y tupido, como un hermoso acerico. Por detrás, además, era verdaderamente hermosa, parecía una estatua, de esas de mármol blanco que se ven en los parques públicos de Roma: los hombros llenos y redondos, la espalda alargada y, bajo la espalda un lomo profundo, como de potranca, que daba arranque al culo blanco, redondo y musculoso, tan hermoso y terso que daba ganas de comérselo a besos, como cuando ella tenía dos años. En fin, siempre he pensado que un hombre que sea un hombre, al ver a mi Rosetta desnuda, de pie, frotándose con un trapo la espalda y que a cada estregón hacía temblar un poco su hermoso pecho firme y alto, ese hombre, digo, debería, por lo menos, turbarse y ponerse colorado o pálido, según el temperamento. Y esto porque se puede estar pensando en otras cosas, pero el momento en que una mujer se muestra desnuda, todos los pensamientos escapan volando como los gorriónitos de un árbol cuando se les dispara una perdigonada; y sólo queda la turbación del varón que se encuentra ante la mujer. Ahora bien, Michele, no sé cómo, una de aquellas mañanas, cuando Rosetta estaba, como he dicho, secándose desnuda en un rincón del cuartito, vino a vernos y empujó la puerta, sin llamar. Yo estaba junto al umbral y podía haberle advertido diciéndole:

—No, no entres, Rosetta está lavándose.

En cambio, lo confieso, casi no me desagradó que entrase así de improvisó, y es que una madre siempre está orgullosa de su hija y, en aquel momento, más fuerte que la sorpresa y quizá que la

reprobación, fue mi vanidad de madre. Pensé: «La verá desnuda... No hay ningún mal en eso, tanto más cuanto que no lo ha hecho a posta... Así verá lo guapa que es mi Rosetta.» Con esta idea en la cabeza, me quedé callada; y él, engañado por mi silencio, abrió la puerta de par en par, viniendo a encontrarse precisamente frente a Rosetta, quien trataba, pero en vano, de cubrirse con la toalla. Yo le observaba; y vi que se quedaba un momento inseguro y casi enojado viendo a Rosetta desnuda; luego, se volvió hacia mí y dijo atropelladamente que le disculpase, que quizás había venido demasiado temprano, pero que de todos modos quería decirnos la gran novedad que acababa de saber por un mozalbete de Pontecorvo que recorría la montaña para vender tabaco: los rusos habían lanzado una gran ofensiva contra los alemanes y éstos se retiraban por todo el frente. Luego, añadió que tenía cosas que hacer y que nos vería más tarde y se fue. Aquel mismo día, pude hablarle a solas y le dije, sonriendo:

—Tú, Michele, en verdad que no eres como los demás chicos de tu edad.

Se puso sombrío y preguntó:

—¿Por qué lo dices?

—Has tenido ante los ojos a una hermosa muchacha como Rosetta, desnuda, y no has pensado más que en los rusos y en los alemanes y en la guerra, y, por así decirlo, ni siquiera la has mirado.

Aquello le sentó mal, casi se encolerizó y dijo:

—¿Qué tonterías son éstas? Me asombra que tú, que eres su madre, hables de ese modo.

Entonces, le dije:

—Hasta el jorobado es guapo para su mamá, ¿no lo sabías, Michele? Además, ¿qué tiene eso que ver? Yo no te había dicho ni muchos menos que vinieses esta mañana y entrases sin llamar. Pero, una vez dentro, quizá me habría dado rabia que hubieses mirado a Rosetta con demasiada insistencia, pero, en el fondo, precisamente porque soy su madre, no me habría desagrado del todo. En cambio, nada: ni siquiera la has mirado.

Sonrió, de una manera forzada, sin embargo, y luego dijo:

—Esas cosas no existen para mí.

Y aquélla fue la primera y última vez que hablé con él de esas cosas.

CAPÍTULO V

Tras la visita de Tonto y sus amenazadoras previsiones de redadas, empezaron las lluvias. Durante todo el mes de octubre había hecho un tiempo buenísimo, con el cielo sereno y el aire fresco, limpio y sin viento. Con un tiempo así, en aquellas jornadas sin fin que estábamos viviendo, por lo menos había la distracción de dar algún paseo o bien, sencillamente, estar al aire libre contemplando el panorama de Fondi. Pero, una mañana de aquéllas, la atmósfera cambió de repente: cuando nos levantábamos, notamos que hacía calor y, al mirar, después, por la parte de la marina, vimos que estaba toda oscurecida por negros nubarrones suspendidos sobre el mar gris como sobre una olla en ebullición. No había pasado aún la mañana cuando aquellas nubes ya invadían todo el cielo, empujadas por un viento flojo, húmedo, que también venía del mar. Los refugiados, que entendían de eso porque habían nacido por aquellas partes, nos dijeron que aquellas nubes indicaban lluvia y que la lluvia duraría hasta que, al siroco que precisamente venía del mar, no se opusiese la tramontana que venía de las montañas. Y así fue, en efecto: hacia mediodía, comenzaron a caer las primeras gotas y nosotras nos guarecimos en la casita, esperando que terminase. Sí, sí, terminar: llovió todo aquel día y toda la noche y, luego, el día siguiente, la marina estaba más sucia que nunca, el cielo no era más que un solo ovillo de nubes oscuras, las montañas estaban encapuchadas de nubes y del valle subían, con las rachas de viento húmedo, más nubes hinchadas de lluvia. Tras una breve interrupción volvió a llover y, a partir de entonces, durante no sé cuántos días más, puede que durante un mes y pico, llovió continuamente, día y noche.

Para quien habita en la ciudad, la lluvia no significa nada. Si sale, camina por la acera o por el asfalto, bajo un paraguas; si está en casa, pisa pavimentos de madera o de mármol. Pero allá arriba, en Sant'Eufemia, en la *macera*, entre las cabañas, la lluvia era un verdadero castigo de Dios. Estábamos todo el día en la casita, en aquel cuartucho oscuro de techo inclinado, con la puerta abierta porque no había ventanas, y contemplábamos la lluvia que caía y formaba delante de la puerta como un velo húmedo y humeante. Yo me sentaba en la cama y Rosetta en la silla que logré obtener de Paride pagándole un tanto de alquiler. Contemplábamos la lluvia idiotizadas y no hablábamos; y si lo hacíamos era de la lluvia y de sus inconvenientes. Salir ni siquiera nos pasaba por la cabeza: dejábamos la casa solamente en caso de necesidad, es decir, para hacer leña o bien alejarnos para satisfacer las necesidades naturales. Y en este punto, aunque el tema no sea muy simpático, debo decir que quien no ha hecho esa vida y está en la ciudad, donde cada vivienda tiene su retrete y, a veces, hasta cuarto de baño, no puede saber lo que es vivir en un lugar donde no hay letrinas. Las dos, por lo menos dos o tres veces al día, debíamos ir a la *macera* y allí, detrás de un seto, levantarnos la falda y agachamos, propiamente como las bestias. Papel higiénico no había, naturalmente, como tampoco periódicos o cosas parecidas; por lo que habíamos tomado la costumbre de arrancar hojas de una higuera que había allí fuera, junto a la casita, y limpiarnos con ellas. Con la lluvia, naturalmente, todo eso se hizo mucho más difícil y más desagradable: andar por los campos hundiéndose hasta el tobillo en el fango y luego, bajo la lluvia que caía, levantarse la falda y sentir el agua que golpea, fría y molesta, sobre las posaderas desguarnecidas y, luego, restregarse con la hoja de higuera mojada y viscosa, son cosas que no desearía a nadie, ni siquiera a mi peor enemigo. Añadiré que la lluvia molestaba no sólo fuera de la casita, sino también dentro: en la casita, dado que no tenía pavimento, había tanto barro que, por la mañana, para salir de la cama teníamos que brincar de piedra en piedra, puestas adrede, como ranas, pues de lo contrario se caminaba con los pies en el fango hasta que se ponían de color chocolate. Total, que la lluvia penetraba por todas partes con una humedad indecible; e hiciéramos lo que hiciéramos, hasta el menor movimiento, descubríamos en seguida que estábamos salpicadas de fango, que teníamos fango en el refajo, en las piernas, en todas partes. Fango en la tierra y lluvia en el cielo; Paride y su

familia estaban acostumbrados a ello y se consolaban diciendo que aquella lluvia era una cosa normal y necesaria, que todos los años volvía y no había más remedio que esperar a que terminase. Pero para nosotras dos era un verdadero tormento, peor que cualquier otra cosa de las que habíamos experimentado hasta entonces.

El efecto peor de aquella lluvia fue que, por fin, nos enteramos de que los ingleses, a causa del mal tiempo, se habían detenido en el Garellano y ya no hablaban de avanzar. Naturalmente, apenas los ingleses renunciaron a avanzar, los alemanes, según nos enteramos, decidieron no seguir replegándose y atrincherarse donde estaban. No entiendo nada de guerras y de batallas; sé tan sólo que una de aquellas mañanas de lluvia, muy jadeante, llegó un campesino que traía una gran hoja de papel impreso: era un bando que los alemanes habían hecho fijar en todas las localidades habitadas. Michele lo leyó y nos explicó su contenido: el mando alemán había decidido hacer desalojar toda la zona entre el mar y la montaña, incluida la localidad donde nos encontrábamos y que, en efecto, figuraba en el bando. Para cada localidad estaba indicado el día que había de tener lugar la evacuación. La gente no debía llevarse consigo maletas o sacos, sino tan sólo un poco de comida. Debía, en suma, abandonar casas, cabañas, ganado, aperos, muebles y todos sus otros bienes, cargar con los hijos e irse, a través de las montañas, por aquellos caminos de herradura impracticables, bajo la lluvia, cada vez más atrás, hacia Roma. Naturalmente, aquellos desgraciados, hijos de zorra, de alemanes amenazaban con las habituales penas a quienes no obedecieran: detención, confiscación, deportación, fusilamiento. Nuestra comarca debía quedar completamente desalojada a los dos días. En cuatro días toda la zona tenía que quedar despejada a fin de que alemanes e ingleses pudiesen tener más sitio para matarse con toda comodidad.

Filippo y los demás refugiados, así como los campesinos, ya se habían acostumbrado a considerar a los alemanes como única autoridad existente en Italia; por lo cual su primera reacción fue menos de rebeldía que de entregarse a la desesperación: la autoridad alemana quería algo imposible, pero era la autoridad y no había otra: era menester, pues, obedecer o bien..., o bien no sabían tampoco qué podía hacerse. Los refugiados que ya habían abandonado sus casas de Fondi y sabían lo que significaba huir, ante la perspectiva de escapar de nuevo por los caminos de herradura, con aquel frío, con la lluvia que no paraba de caer desde por la mañana hasta la noche, con aquel barro que imposibilitaba andar no ya hasta Roma, sino tan sólo hasta el extremo de la *macera*, sin dirección, sin guía y sin un lugar preciso a donde ir, se entregaron abiertamente a la desesperación. Las mujeres lloraban, los hombres blasfemaban y decían palabrotas o bien estaban acobardados y callados. Los campesinos como Paride y las otras familias como la suya, gente toda ella que había penado durante toda su vida para construir con sus manos las *macere*, en cultivarlas, en levantar casitas y cabañas, más que desesperados estaban estupefactos: casi no lo creían. Alguno repetía una y otra vez:

—¿Y a dónde iremos?

Otro quería que volviesen a leerle el bando, palabra por palabra; quien decía, después de que se lo hubiesen leído de nuevo:

—Pero si no puede ser, es imposible.

Pobrecitos, no comprendían que para los alemanes lo imposible no existía, tanto más por cuanto se trataba de cosas que hacer a costa ajena. La cuñada de Paride, Anita, que tenía el marido en Rusia y tres hijos pequeños, expresó el sentir común declarando de pronto, sin énfasis, al contrario, con calma:

—Yo, antes que irme, mato primero a mis hijos y luego me mato a mí. Y comprendí que ella lo decía no por desesperación, sino porque se daba cuenta de que marcharse, con tres hijos pequeños, en pleno invierno, a través de caminos de herradura, significaba condenarles a muerte, y entonces era mejor matarles en seguida: se acababa antes. El único que no perdió la cabeza en aquella ocasión fue Michele; lo cual, creo, se debía al hecho de que él nunca había reconocido la autoridad de los alemanes, considerándolos, como decía a menudo, como bandidos, salteadores de caminos y maleantes que, provisionalmente, eran los más fuertes porque poseían las armas y se valían de ellas. Tras haber leído la proclama del mando alemán, se limitó a decir, con una carcajada sarcástica:

—Quien decía que ingleses y alemanes son lo mismo, que tanto valen unos como otros, que dé un paso al frente.

Nadie rehusó; y menos que ninguno Filippo, su padre, al que iban dirigidas aquellas palabras. Estábamos todos reunidos en la cabaña, en torno a la fogata, por la noche, y Paride dijo:

—Tú nos tomas el pelo, pero eso para nosotros significa la muerte...

Aquí tenemos las casas, aquí el ganado, aquí el sustento, aquí todo lo nuestro... Si nos marchamos, ¿qué será de todo eso?

Michele, como me parece haber dado a entender, era un tipo curioso, bueno, pero al mismo tiempo duro, generoso, si se quiere, pero también cruel. Se echó a reír de nuevo y dijo:

—Pues que lo perderéis todo y, además, quizá moriréis... ¿Qué tiene de extraño? Acaso no lo han perdido todo, no han muerto los polacos, los franceses, los checoslovacos y, en resumidas cuentas, todos aquellos que se han encontrado bajo la ocupación alemana... Ahora nos toca a los italianos... Mientras las cosas iban mal dadas para los demás, nadie encontraba nada que objetar... Ahora nos toca a nosotros, pero... hoy a mí, mañana a ti.

Todos quedaron consternados al oír aquellas palabras, y más que nadie Filippo, quien, se le notaba, tenía tanto canguelo que ya casi no entendía nada. Dijo:

—Tú siempre estás de broma..., pero éste no es el momento de bromear.

—Pero, ¿a ti que más te da? —respondió Michele—. ¿No habías dicho que para ti alemanes e ingleses eran lo mismo?

—Pero, en fin, ¿qué debemos hacer? —dijo Filippo.

Y por primera vez vi que toda su sabiduría basada en el «aquí nadie es tonto» no valía una higa, no sólo para nosotros, sino tampoco para él. Michele se encogió de hombros:

—¿No son los amos los alemanes? Ve donde están los alemanes y preguntáles a ellos lo que debes hacer. Ellos, sin embargo, te dirán que hagas lo que está escrito en ese papel.

Paride, entonces, tuvo una frase un poco como la de Anita refiriéndose a sus hijos:

—Yo cojo la escopeta y al primer alemán que vea, lo mato... Luego, me matarán a mí, qué se le va hacer... Pero, al menos, no me iré solo al otro mundo.

Michele se echó a reír y dijo:

—Bravo, ahora empiezas a razonar.

Nos quedamos todos inseguros, mientras Michele seguía riéndose burlonamente y los otros contemplaban atontados la lumbre que se iba apagando. Por fin, Michele se puso serio y dijo de pronto:

—¿Queréis saber lo que debéis hacer? —Todos le miraron, esperanzados, y Michele prosiguió, diciendo—: No tenéis que hacer nada, eso es todo. Haced como si no hubieseis visto nunca ese bando. Quedaos donde estáis, seguid haciendo la vida de costumbre, ignorad a los alemanes y sus proclamas y sus amenazas. Si quieren de veras desalojar la zona tienen que hacerlo no con trozos de papel, que no valen nada, sino con la fuerza. También los ingleses tienen fuerza; pero, por causa del mal tiempo, no pueden usar de ella y se han detenido. Como también los alemanes. Si vosotros no os movéis, se lo pensarán dos veces antes de mandar soldados aquí, por esos caminos de herradura. Y aunque viniesen, tendrían que sacaros en volandas. Hacedos el sordo, en suma. Luego, veremos. ¿No sabéis que alemanes y fascistas han hecho proclamas en todas partes, siempre con la pena de muerte para quien no obedeciera? Yo mismo estaba bajo las armas el 25 de julio y deserté. Luego, ellos hicieron una proclama ordenando que nos reintegrásemos a nuestras unidades. Yo, en vez de unirme a mi sección, me vine aquí. Haced, pues, lo que yo, y no os mováis.

Era la cosa más sencilla y más atinada que podía pensarse en aquella apurada situación; pero nadie había pensado en ella porque, como he dicho, todos consideraban a los alemanes como la autoridad y todos tenían necesidad de una autoridad, la que fuese, además de que cuando una cosa está impresa en un papel a todo el mundo le parece que es una cosa a la cual no se le pueden hacer objeciones. Total, que todos se fueron aquella noche a la cama casi tranquilizados, con más confianza de la que tenían cuando se levantaron por la mañana; y el día siguiente, como por milagro, nadie volvió a hablar de los alemanes y del bando de evacuación. Fue como si todos se

hubiesen dado la consigna de no hablar de aquello, de hacer como si no hubiese existido nunca. Pasaron algunos días y, luego, se vio que Michele había tenido razón, porque nadie se hizo ver ni en Sant'Eufemia ni, según nuestras noticias, en otras localidades; y es de creer que los alemanes cambiaron de propósito y renunciaron al desalojamiento, porque no volvió a hablarse nunca más de proclamas.

¿Cuántos días llovió? Yo digo que por lo menos cuarenta días, como cuando el Diluvio Universal. Ahora, además de llover, también hacía frío, porque ya estábamos en invierno, y aquel ventarrón que venía del mar, a rachas cargadas de humedad y de niebla también era helado, y el agua que las nubes volcaban cada día sobre la montaña iba mezclada con nieve y hielo y pinchaba la cara como si hubiese estado llena de alfileres. Para calentarnos en el cuartito, sólo teníamos un brasero lleno de cisco que nos poníamos pegado a las rodillas; las más de las veces, sin embargo, o estábamos en la cama, acurrucadas una junto a la otra, o bien en la cabaña, a oscuras, junto al fuego que siempre estaba encendido. Solía llover toda la mañana; luego, hacia mediodía, había como una escampada, pero insuficiente, con todos aquellos nubarrones desflecados y desgarrados que estaban suspendidos en el cielo como para recobrar alientos, y la marina más sucia y más neblinosa que nunca; después, por la tarde, empezaba a llover de nuevo y llovía hasta que se ponía el sol y, luego, durante toda la noche. Nosotras dos estábamos siempre con Michele y él hablaba y nosotras le escuchábamos. ¿De qué hablaba? De todo un poco, le gustaba hablar, tenía el tono del profesor o del predicador y, muchas veces, se lo dije:

—Lástima que no te hicieras cura de veras, Michele... Vaya sermones habrías hecho los domingos.

Con esto no quiero decir que fuese charlatán; siempre decía algo que interesaba en tanto que los charlatanes aburren y llega un momento en que ya no se les escucha; él, en cambio, se hacía escuchar siempre y, alguna vez, hasta dejaba mi labor de punto para oír mejor uno de aquellos razonamientos suyos. Cuando hablaba no se daba cuenta de nada, ni de que el tiempo pasaba ni de que la lámpara se apagaba, ni que Rosetta y yo queríamos estar solas por algún motivo particular. Proseguía, enfervorizado, monótono y lleno de buena fe, y cuando yo le interrumpía, diciendo: «Bueno, ahora hay que irse a dormir», o bien: «Bueno, es hora de comer», siempre se quedaba dolido, desconcertado y ponía una cara amarga, como si quisiese decir:

—Eso es lo que me pasa por hablar con mujeres tontas y casquivanas como éstas: gastar saliva en balde.

Durante aquellos cuarenta días de lluvia no sucedió nada notable de no ser un suceso que quiero relatar y que afectó a Filippo y a su aparcero Vincenzo. Una de aquellas mañanas que lloviznaba, como de costumbre, y el cielo era todo él una procesión de nubes oscuras que subían sin tregua de la olla de la marina, Rosetta y yo asistíamos al sacrificio de una cabra que Filippo había comprado a Paride y se proponía revender luego al por menor, tras haberse quedado con su parte. La cabra, blanquinegra, estaba atada a una estaca y los refugiados, a falta de otra ocupación mejor la contemplaban calculando su peso y la carne que se sacaría de ella, una vez desollada. Rosetta, mientras estábamos allí de pie bajo la lluvia fina, con los zapatos en el barro, me dijo en voz baja:

—Mamá, esa pobre cabra me da compasión... Ahora, está viva, pero dentro de poco la matarán... Si de mí dependiese, no la mataría.

—¿Y qué comerías entonces? —le dije yo.

—Pan y verdura —contestó—. ¿Qué necesidad hay de comer carne? También yo soy de carne y esta carne mía, después de todo, no es muy diferente de la carne de esa cabra... ¿Qué culpa tiene ella de ser un animal que no puede razonar y defenderse?

Refiero con detalle las palabras de Rosetta sobre todo para dar una idea de cómo razonaba y pensaba aún en aquel tiempo en plena guerra y con la carestía. Acaso parezcan un poco ingenuas y hasta necias, pero testimoniaban, como he señalado ya, aquella especie de perfección muy suya por la cual no se le podía atribuir ningún defecto, propiamente como a una santa y que, tal vez, provenía de la inexperiencia, pero, en suma, era sincera y de corazón bondadoso. Después, como ya he indicado, me di cuenta de que aquella perfección era frágil y casi artificial, como la de una flor crecida

en un invernadero, que cuando es trasladada al aire libre en seguida se marchita y muere; pero, en aquel momento, yo no podía por menos que enternecerme y pensar que tenía una hija buena y gentil y que no había hecho nada para merecérmela.

Entretanto, el matarife, un tal Ignazio, de quien podía creerse todo menos que fuese matarife, un tipo melancólico y desaliñado, con un mechón de pelo cano que le caía sobre la frente, patillas pobladas y ojos azules hundidos, se había quitado la chaqueta y estaba en chaleco. Sobre una mesita, al lado de la estaca donde estaba atada la cabra, le habían puesto un par de cuchillos y una palangana; igual que en los hospitales cuando se hace una operación. Ignazio cogió uno de los cuchillos, probó el filo en la palma de la mano, luego se acercó a la cabra y la agarró por los cuernos echándole la cabeza hacia atrás. La cabra revolvía los ojos, que parecía que iban a salirse de la cabeza, y, como si hubiera comprendido emitía un balido que era propiamente un lamento, como diciendo: «No me matéis, piedad.»

Pero Ignazio se mordió con los dientes el labio inferior y de un solo golpe le clavó el cuchillo en la garganta, hasta el mango, sin dejar de sujetarla por los cuernos. Filippo, que le hacía de ayudante, fue rápido en poner la palangana bajo la garganta de la cabra; de la herida manó, como de una fuente, sangre negra y espesa, caliente, que humeaba en el aire. La cabra se estremeció, luego entornó los ojos, que ya se le habían empañado, como si, a medida que la sangre se derramaba en la palangana, la vida se hubiese ido y con la vida también la mirada; por fin dobló las rodillas y se abandonó, hubiérase dicho que todavía confiada, entre las manos de quien la había degollado. Rosetta se había alejado bajo la lluvia que seguía cayendo y yo hubiese querido reunirme con ella, pero era menester que me quedase, porque la carne escaseaba y no quería dejarme perder aquella; además, Filippo me había prometido las tripas, que tan buenas son asadas a la parrilla, con un fuego de leña o de carbón de encina. Ignazio, mientras tanto, había agarrado a la cabra de las patas traseras y, arrastrándola por el barro, fue a colgarla de dos estacas, un poco más allá, con la cabeza abajo y las patas separadas. Todos nos reagrupamos para ver cómo trabajaba Ignazio.

Antes que nada asió una de las patas delanteras e hizo un corte en la pezuña, como quien hace un corte a una mano en la muñeca. Después, escogió una varita delgada, pero dura, y la introdujo entre la piel lanuda y la carne de la pezuña: el pellejo de la cabra está pegado a la carne apenas con filamentos y cuesta poco desprenderla, como un papel mal encolado. Una vez introducida la varita, la revolió para hacer un agujero, después la tiró, se puso la pezuña en la boca, como si se tratase de un silbato y sopló con fuerza hasta que se le hincharon las venas del cuello y se le pusieron moradas las mejillas. Soplando y soplando, la cabra empezó a inflarse a medida que el aliento de Ignazio penetraba y circulaba entre la piel y la carne. Ignazio siguió soplando hasta que la cabra se balanceó entre las dos estacas, hinchada como un odre, casi el doble de grande que antes. Entonces, él soltó la pezuña, se enjugó la boca sucia de sangre y, con el cuchillo, sajó el pellejo a todo lo largo del vientre, de la ingle hasta el cuello. Luego, con las manos, se puso a despegar la piel de la carne. Era, en verdad, una cosa extraña ver como el pellejo se desprendía fácilmente, igual que un guante de la mano, a medida que él estiraba y como con el cuchillo iba cortando los filamentos que todavía quedaban pegados. En fin, poco a poco, quitó toda la piel, que luego tiró al suelo, peluda y sanguinolenta, como si fuese un vestido usado; y, ahora, la cabra estaba desnuda, por así decirlo, toda roja, con alguna mancha blanca y azulencas aquí y allá. Seguía lloviznando, pero nadie se había movido; Ignazio agarró otra vez el cuchillo, abrió el vientre de la cabra, a todo lo largo, metió las manos dentro y me gritó de pronto:

—Cesira, pon el brazo.

Me acerqué y él sacó toda la masa de los intestinos, desenvolviéndolos uno por uno, con orden, como si hubiese sido una madeja. De vez en cuando, los cortaba y me los ponía en el brazo. Todavía estaban calientes y apestaban lo suyo y me ensuciaban de mierda. Ignazio repetía, mientras tanto, como para sus adentros:

—Esto es un manjar de reyes, es decir, tratándose de vosotras, mujeres, de reinas... Limpiadlos y asadlos a fuego lento.

En aquel momento, se oyó una voz:

—¡Filippo! ¡Filippo!

Nos volvimos todos; y hete aquí que se asoma a la *macera* primero la cabeza, luego los hombros y por último toda la persona de Vincenzo, el aparcero de Filippo, en cuya casa estuvimos antes de subir a Sant'Eufemia. Más parecido que nunca a un pajarraco desplumado, con su nariz ganchuda y sus ojos hundidos, jadeante, empapado de barro y de lluvia, aun antes de haber llegado a la *macera* se puso a gritar desde abajo:

—Filippo, Filippo, ha ocurrido una desgracia..., ha ocurrido una desgracia...

Filippo que, como todos nosotros, estaba contemplando a Ignazio, en seguida fue a su encuentro, con los ojos desorbitados:

—¿Qué ha pasado, habla, qué ha pasado?

Pero el otro, que era astuto, fingía estar sofocado por la subida y se oprimía el pecho con la mano, repitiendo con voz cavernosa: —Una gran desgracia.

Todos habíamos dejado plantado ya a Ignazio con su cabra y estábamos apiñados en torno de Filippo y su aparcero; mientras, la ventana de la casita de Filippo, que estaba un poco más arriba, se había abierto y dos mujeres estaban asomadas, la esposa y la hija de Filippo. El aparcero, por fin, dijo:

—Ha ocurrido que han venido los alemanes y los fascistas, han golpeado en las paredes, han encontrado el escondrijo y han echado abajo la tapia.

Filippo le interrumpió con un alarido:

—Y han robado mis cosas.

—Claro —dijo el otro, animado, no sé por qué, quizá porque ya había dado la noticia—, lo han robado todo, no han dejado nada, nada de nada.

Lo dijo en voz alta, de modo que la mujer y la hija de Filippo, asomadas a la ventana, lo oyeron; y, acto seguido, en efecto, empezaron a lamentarse a gritos, agitando los brazos y balanceándose en el alféizar de la ventana. Pero Filippo no perdió el tiempo en más explicaciones.

—No es verdad, no es verdad —se puso a vociferar—. ¡Tú eres quien me lo ha robado, tú eres el ladrón y el alemán y el fascista...! ¡Tú y esa bruja de tu mujer y esos delincuentes de tus hijos! Todo el mundo os conoce. Sois una banda de delincuentes, no respetáis siquiera el san Juan.

Gritaba como un obseso; de repente, atrapó de la mesita uno de los cuchillos de Ignazio, agarró a Vincenzo por el cuello e hizo ademán de clavárselo. Afortunadamente, los refugiados se le echaron encima con presteza y le sujetaron entre cuatro por los brazos, mientras él embestía con el pecho y la frente, soltando espumarajos, y gritaba:

—Dejadme, que lo mato, dejadme, quiero matarle.

Mientras tanto, las dos mujeres se agitaban en la ventana y chillaban:

—Estamos arruinadas. Estamos arruinadas.

Y la lluvia arreciaba, empapándonos a todos.

Pero Michele, que había estado contemplado la escena casi, hubiérase dicho, con satisfacción, como si se alegrase de que su hermana hubiese perdido el ajuar y su madre los enseres de la casa, se acercó de improviso a Vincenzo, quien seguía protestando: «Pero, ¿quién ha robado? Han sido los alemanes, han sido los fascistas, nosotros no tenemos nada que ver con eso», y, como si lo supiese ya, le metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un estuche y dijo tranquilamente:

—He aquí quien ha robado. Tú eres quien ha robado... Este anillo es de mi hermana.

Abrió el estuche y mostró una sortija que tenía un brillante que, según supe después, le había regalado Filippo a su hija el día de su cumpleaños. En cuanto Filippo vio el anillo, soltó un alarido y, desasiéndose de un tirón de los que le sujetaban, se abalanzó sobre Vincenzo, con el cuchillo en alto. Pero el aparcero fue más rápido que él; se escabulló a su vez de entre los muchos que le rodeaban y echó a correr *macera* abajo. Filippo, seguramente, hubiese querido perseguirle, pero en seguida comprendió que no podía: él era bajito y barrigón, el aparcero flaco y alto, con piernas de avestruz. Así que cogió una piedra del suelo y la arrojó a Vincenzo, gritando:

—Ladrón, ladrón.

Pero si él no se movió, los refugiados sí se movieron, no tanto porque les importasen los bienes

de Filippo, sino porque, cuando estalla una reyerta, todo el mundo se acalora y quisiera repartir leña. Así, pues, vi a dos o tres de aquellos jovenzuelos correr *macera* abajo, casi volando detrás del viejo Vincenzo, quien, a su vez, corría como una liebre. Por fin le alcanzaron, le agarraron por los brazos y le obligaron a volver atrás. Filippo, que había seguido tirando pedruscos como para matar a un hombre, ahora, agotado y jadeante, aguardaba al borde de la *macera* a que le trajesen el aparcero; y empuñaba el cuchillo de Ignazio, rojo aún de sangre de cabra. Entonces, Michele se acercó a su padre y le dijo:

—Te aconsejo que te metas en casa.

—Es que yo le mato.

—Tú te metes en casa.

—Pero yo quiero matarle, debo matarle.

—Dame el cuchillo y vuélvete a casa.

Con gran asombro de mi parte, ante la calma de su hijo, Filippo se calmó también: dejó el cuchillo encima de la mesa y se alejó hacia su casita, desde la cual, ahora, llegaban gritos y gemidos como desde un purgatorio. Por lo cual, en medio de la *macera*, no quedó, bajo la lluvia que seguía cayendo, mas que la pobre cabra descuartizada, colgada de las dos estacas.

Mientras tanto, Vincenzo y los mozalbetes que le habían alcanzado llegaron a la *macera*; y los campesinos y refugiados se agruparon en seguida alrededor de ellos, preguntando a Vincenzo qué había ocurrido, más bien con curiosidad, según noté, que con reprobación. Vincenzo no se hizo rogar:

—Yo no hubiese querido —dijo con su voz de ogro—, ninguno de nosotros hubiese querido..., demonios, el san Juan... él bautizó a mi hijo, yo bauticé a su hija... la sangre no es agua ¿verdad? Hubiese preferido, os lo juro, cortarme una mano antes que robar... Así me parta un rayo si esto no es verdad.

—Te creemos, Vincenzo, te creemos..., pero, entonces, ¿qué pasó que robaste?

—Una voz... Dentro de mí, durante días y días, oí una voz que repetía:

«Coge un martillo y rompe la pared..., coge un martillo y rompe la pared...», una voz que no me dejaba en paz noche y día.

—Entonces, Vincenzo, cogiste el martillo y rompiste la pared, ¿no es así?

—Verdaderamente así es.

Todos los refugiados y campesinos soltaron una gran carcajada y luego, tras unas cuantas preguntas más, le dejaron y volvieron junto a Ignazio y su cabra. Vincenzo, sin embargo, no se marchó en seguida. Empezó a dar vueltas por la localidad, de una cabaña a otra, de una casa a otra, y en todas partes pedía de beber; luego, repetía la historia de la voz y hacía reír a todo el mundo, pero, en cambio, él no se reía, estaba como atontado, parecía un pajarraco enfermo y no comprendía por qué se reía la gente. Por último, al anochecer, se fue muy mohíno, como si el robado hubiese sido él y no Filippo.

Michele, aquella misma noche, vino a la cabaña, donde yo estaba asando las tripas de la cabra, al lado de Paride y su familia, y dijo, a guisa de comentario:

—Mi padre no es malo... Pero por cuatro sábanas y un poco de oro estaba dispuesto a matar a un hombre... En cambio, todos nosotros, por una idea, no seríamos capaces de matar a una gallina.

Paride, contemplando el fuego, dijo despacio:

—Michele, ¿no sabes que para los hombres cuentan más los bienes que las ideas? Fíjate, por ejemplo, en el cura: si en confesión le dices que has robado, él, muy suavemente, te manda por penitencia que reces alguna oración a san José y, después, al final, te absuelve. Pero si vas a la parroquia y le robas a él, qué sé yo, un cubierto de plata, verás cómo chilla. En seguida, en vez de absolverte, mandará llamar al sargento de carabineros y te hará detener... A este paso, o sea, si un cura que es un cura se comporta de ese modo, figúrate nosotros, que no somos curas.

Aquello fue lo único notable que sucedió durante la lluvia. En cuanto al resto, lo de siempre: charlas sobre la guerra y el tiempo, sobre lo que haríamos cuando llegasen los ingleses y después; y, sobre todo, largos sueños, de doce, catorce horas, siempre durmiendo y despertando de vez en

cuando para luego, tras haber escuchado un poco el ruido de la lluvia que batía sobre las tejas y gorgoteaba por el canalón, ponernos a dormir de nuevo más profundamente que nunca, abrazadas una a otra, en aquella cama de tablas mal ajustadas con el jergón lleno de hojas de maíz que a menudo se abría bajo nosotras y amenazaba con hacernos caer al suelo. La familia de Filippo y, por lo general, todos los refugiados, sólo tenían una ocupación: comer. Puede decirse que no hacían más que banquetear de la mañana a la noche, nadando en la abundancia. Decían que era menester comer, porque era la única manera de ahuyentar la melancolía; decían que los víveres era mejor consumirlos porque, con la llegada de los ingleses, vendría la abundancia, los precios bajarían y aquella comida nadie la querría ya. Pero yo pensaba dentro de mí:

«Fiarse está bien, pero no fiarse es mejor.»

También estaba convencida de que vendrían los ingleses; pero, ¿cuándo? Bastaba que por motivos suyos tardasen un mes o dos más y todos nos moriríamos de hambre. Por lo cual, mientras todos los demás se daban atracones, yo, en nuestra casita, implanté el racionamiento. Comíamos una sola vez al día, sobre las siete: un puchero lleno de habichuelas y un poco de carne, las más de las veces de cabra, un pedazo de pan, siempre la misma cantidad, y unos cuantos higos secos. Algunas veces, hacía polenta; otras, en vez de las habichuelas, ponía garbanzos o almortas y, en vez de cabra, vaca. Por la mañana, en cambio, cortaba para Rosetta y para mí una rebanada de pan y con el pan comíamos una cebolla cruda. O bien no comíamos nada de pan y engullíamos unas cuantas algarrobas que suelen darse a los caballos, pero que, en tiempo de guerra, resultan buenas también para los cristianos. Rosetta, a menudo, se quejaba de tener hambre, claro, era joven, y entonces le aconsejaba que durmiese porque lo sabía bien, dormir es como comer: se gastan pocas energías y se acumulan fuerzas. Total, que me administraba como los campesinos, quienes, a diferencia de los refugiados, eran prudentes, hasta avaros, y pesaban la comida con la balanza de orfebre. Ellos, cierto es, estaban avezados a la carestía y sabían por instinto que, con alemanes o con ingleses, nunca tendrían bastante para saciar el hambre, porque carecían siempre de dinero y la cosecha nunca sería suficiente para compensar. Así, en cierto sentido, me sentía más campesina que refugiada; y no podía por menos que tener antipatía a los refugiados, en su mayoría comerciantes, que habían hecho el dinero a costillas ajenas y contaban, tan pronto llegasen los ingleses, con volver a hacerlo del mismo modo. Alguno dirá que, al fin y al cabo, también yo era tendera; es verdad, pero había nacido campesina y al contacto con los campesinos y con la tierra me sentía campesina de nuevo, como en los tiempos que, de muchacha, dejé el pueblo para ir a casarme a Roma.

En fin, así fuimos tirando casi cuarenta días; después, a fines de diciembre, una buena mañana, nos levantamos, como de costumbre, y vimos que el viento había cambiado. El cielo era de un azul duro, luminoso, profundo, rosado aún por la aurora, con muchas nubecitas rojas y grises que se iban, las últimas nubes después de tanta lluvia. Abajo, por la parte de Ponza, por primera vez después de tanto tiempo, se veía brillar el mar, de un azul oscuro, casi negro. La llanura de Fondi, ahora ya invernal, más gris que verde, humeaba en la niebla matutina, propiamente como cuando se espera una hermosa jornada de sol, seca y esplendorosa. Y de los montes soplaba la tramontana, gélida, seca, cortante, que hacía entrechocar y resonar las ramas desnudas del árbol que había junto a la casita. El barro, cuando salí de casa, estaba duro, costroso, punzante bajo los pies, y brillaba aquí y allá como si hubiese estado mezclado con esquivras de vidrio: durante la noche había helado. Aquel cambio de tiempo devolvió la confianza a los refugiados, que salieron de las casitas, en la mañana helada, y empezaron a abrazarse y felicitarse mutuamente: ahora, con el buen tiempo, los ingleses efectuarían un gran avance y todo terminaría.

Los ingleses llegaron, en efecto, puntualmente, pero no como se lo esperaban los refugiados. Sobre las once de aquella misma primera mañana de buen tiempo, estábamos todos en la *macera* tomando el sol, como lagartos ateridos, cuando, de pronto, oímos un fragor lejano que, a medida que se acercaba, se hacía cada vez más vasto y majestuoso y parecía llenar el cielo. Todos los refugiados, tras un momento de incertidumbre, comprendieron; y con ellos comprendí yo también, pues aquel fragor lo había oído varias veces en Roma, tanto de noche como de día:

—Los ingleses, los aviones, llegan aviones ingleses.

Y he aquí, en efecto, asomar por detrás de una montaña, en el cielo luminoso y límpido, un primer grupo de cuatro aviones. Eran blancos y hermosos, brillaban al sol, parecían, arriba en el cielo, esos alfileres de filigrana de plata que se hacen en Venecia. Inmediatamente después, aparecieron otros cuatro y, luego, cuatro más, doce en total. Volaban recto como si hubiesen seguido un hilo invisible; el fragor, ahora, llenaba el cielo; y, digo la verdad, aunque aquel fragor me recordase muchas horas malas pasadas en Roma, también me exalté un poco oyéndolo, porque en aquel fragor me parecía oír como una voz terrible, pero buena para nosotros italianos, que ordeñaba a fascistas y alemanes que se marchasen. Por lo cual también yo, con el corazón en suspenso y henchido de esperanza, les contemplé mientras se dirigían, rectos y seguros, hacia la ciudad de Fondi, que se extendía en el valle con sus casitas blancas recogidas entre los naranjales verde oscuro. Y, luego, he aquí que el cielo, en torno a los aviones, empezó a puntearse de nubecitas blancas y, en seguida después, se pusieron a retumbar los disparos secos y presurosos de los antiaéreos alemanes. Habían no sé cuántos cañones antiaéreos que disparaban desde todas las partes del valle. Había que oír a los refugiados:

—Pobrecitos, disparan... Pero disparan inútilmente... Sí, ya podéis disparar, que ni un rasguño les haréis.

En efecto, aquellos cañonazos no parecían alcanzar a los aviones que, mientras tanto, seguían avanzando por el cielo. Después, oímos un estallido más fuerte, más sobrecogedor, y vimos la nubecita blanca no ya en el aire, sino en el suelo, entre las casas y los huertos de Fondi. Los aviones empezaban a soltar sus bombas.

Lo que aconteció tras aquella primera explosión no se me borrará de la memoria, aunque sólo sea porque nunca vi a tanta gente pasar de la alegría al dolor en tan breve tiempo. Las bombas, ahora, caían tupidas, una después de otra, en la ciudad sobre la cual las nubes blancas se multiplicaban rápidamente, una junto a la otra y todos aquellos refugiados, que un momento antes estaban tan contentos, empezaron a dar alaridos allí, en la *macera*, llorando y lamentándose en voz alta, lo mismo que la hija de la mujer de Filippo cuando Vincenzo notificó que los alemanes habían robado el ajuar. Todos gritaban y corrían de un lado a otro y agitaban los brazos como si hubiesen querido detener a los aviones:

—La casa, mi casa, asesinos. Nos destruyen las casas, pobres de nosotros, las casas, las casas, las casas.

Y, mientras tanto, las bombas seguían cayendo como frutas maduras de un árbol cuando se lo sacude; y los antiaéreos no paraban de disparar, apretada y rabiosamente, con un estruendo que aturdí y que no tan sólo cubría el cielo, sino que hasta parecía hacer retemblar la tierra. Los aviones fueron hasta el extremo del valle, por la parte de la costa y, una vez allí, donde el mar rebrillaba al sol, viraron y volvieron atrás, soltando más bombas, mientras los refugiados, que habían callado unos momentos, creyendo que se iban, se ponían de nuevo a dar alaridos y a llorar más fuerte que antes. Pero justo cuando la escuadrilla, inflexible y segura, parecía que de veras iba a marcharse por donde había venido, he aquí que el segundo avión del último grupo lanzó una gran llamarada roja, semejante a un chal ondeante en el cielo azul. La defensa antiaérea había hecho blanco, el avión se rezagó y el chal de fuego ondeaba en torno del aparato blanco, cada vez más grande y cada vez más rojo. Había que oír a los refugiados, entonces:

—Valientes alemanes, zumbad a esos asesinos, derribadlos. Rosetta, de pronto, gritó:

—Mira, mamá, qué bonito, los paracaidistas.

En efecto, mientras el avión alcanzado se alejaba en llamas hacia la costa, vi abrirse en el cielo, una tras otra, las sombrillas blancas de los paracaídas; cada uno tenía una cosita negra que colgaba abajo y se movía según el viento: un aviador. Se abrieron así siete u ocho que descendían muy despacio, y los antiaéreos ya no disparaban; el avión tocado, tambaleándose y perdiendo altura, desapareció detrás de una colina y, poco después, se oyó una explosión muy fuerte y, luego ya, nada más. Volvía a reinar el silencio, con apenas un eco metálico en lontananza, por la parte donde había desaparecido la escuadrilla; sólo se oían los llantos y los gritos de los refugiados, allí en la *macera*; y los paracaídas argénteos seguían descendiendo lentamente; y todo el valle de Fondi estaba

cubierto de un humo gris enrojecido aquí y allá por las llamas de los incendios.

Así es que los ingleses vinieron, cierto, pero para destruir las casas de los refugiados y también en aquella ocasión la extraña dureza de corazón de Michele se confirmó de manera inesperada para mí. La misma noche, mientras hablábamos, en la cabaña, de los bombardeos, dijo de repente:

—¿Sabéis qué decían esos refugiados que ahora gimotean por sus casas, cuando los periódicos, mientras los llamados "picadores" nuestros habían, como se decía, «coventrizado» no sé qué ciudad enemiga? Decían, les he oído con estos oídos míos: bueno, si los bombardean, señal de que se lo merecen.

—¿Pero no te dan pena todos esos pobrecitos que ahora se han quedado sin casa y se ven obligados a huir por los campos, desnudos y ateridos como gitanos? —pregunté.

—Sí, me dan pena, pero no más que los otros que perdieron sus casas antes que ellos. Y te digo, Cesira: hoy para mí, mañana para ti. Ellos aplaudieron cuando les bombardeaban las casas a los ingleses, a los franceses, a los rusos y ahora son bombardeados a su vez. ¿No es esto justo? Tú Rosetta, que crees en Dios, ¿no ves en eso el dedo de Dios?

Rosetta no dijo nada, como solía hacer cuando él hablaba de religión, y la conversación terminó allí.

Total, que después de aquel primer bombardeo, todos los refugiados se fueron precipitadamente al valle para ver qué había sido de sus casas y casi todos volvieron con la buena noticia de que las casas, en su mayor parte, se habían salvado y que, en conclusión, las ruinas no eran tan terribles como había parecido a primera vista. Hubo, es verdad, un par de muertos: un mendigo viejo que dormía en una casa ya arruinada de las afueras; y, parece imposible, aquel fascista llamado *Scimmiozzo* que nos amenazó cuando nos alojábamos en casa de Concetta. *Scimmiozzo* murió exactamente como había vivido: aquella mañana, aprovechando el buen tiempo, había ido a Fondi y descerrajado la puerta metálica de una mercería. La bomba derrumbó la casa sobre su cabeza y le hallaron rodeado de cintas, con la mano agarrada todavía al género robado. Dije a Rosetta:

—Bueno, mientras muera gente como ésa, bendita sea la guerra. Pero ella me sorprendió con su cara bañada de lágrimas y al decirme:

—Mamá, no digas eso... También él era un pobrecito.

Y, por la noche, quiso rezar por él también, en sufragio de su alma más negra que la camisa negra que llevaba—cuando la bomba le mató. Olvidaba decir que, en aquellos días, hubo otro muerto: Tommasino, sé perfectamente cómo y por qué murió, pues estaba con él cuando le ocurrió lo que le causó la muerte. A pesar de la lluvia, el frío y el barro, él había seguido comerciando todo el tiempo. Compraba a los campesinos, a los alemanes y a los fascistas y revendía a los refugiados. La comida escaseaba ya, pero él se las espabilaba igualmente con sal, tabaco, naranjas, huevos. Había subido los precios, naturalmente, y me consta que ganaba mucho. Todo el día andaba recorriendo el valle, desdeñando el peligro, no porque fuese valiente, sino porque el dinero le importaba más que la piel; siempre con la barba crecida, siempre con los pantalones arremangados y rotos, siempre con los zapatos embarrados, parecía, en verdad, el judío errante. Hacía tiempo que a su familia la había alojado en casa de unos campesinos que estaba más arriba aún que la casita de Paride; a quien le preguntaba por qué no se reunía con su familia, le contestaba:

—Tengo el negocio, quiero hacer negocio hasta el último momento. Quería decir hasta el último momento de la guerra y no sabía, en cambio, que habría negociado hasta el último momento de su vida. En fin, un día, junté ocho huevos en una cestita y bajé con Rosetta con la intención de trocarlos por un pan de munición con los alemanes que acampaban en los naranjales, en el valle. Por casualidad, Tommasino estaba en Sant'Eufemia en visita de negocios y se brindó a acompañarnos. Era el quinto día de buen tiempo después del primer bombardeo, cuando bajamos. Tommasino, como de costumbre, iba delante, y bajaba por los pedruscos y baches del camino de herradura sin decir palabra, absorto en sus cálculos, y nosotras le seguíamos, sin hablarnos tampoco. El camino de herradura rodeaba en zigzag la ladera del monte de la izquierda y, luego, en un punto determinado, un peñasco que cortaba el paso discurría por una meseta para luego descender hacia el monte de la derecha. Aquella meseta era un lugar extraño: había muchas rocas peladas y erectas, de

forma curiosa, semejantes a panes de azúcar, de un color gris como la piel de los elefantes, todas horadadas de grutas grandes y pequeñas; y, entre las peñas, había muchas chumberas, con sus hojas verdes y carnosas que parecían golillas infladas y llenas de púas. El sendero serpenteaba entre las chumberas y las rocas, a lo largo de un arroyo que daba gozo de ver, con el agua clara como un cristal sobre un lecho de musgo verde. Ahora bien, cuando llegábamos a la meseta, y Tommasino nos precedía en unos treinta metros, oímos el fragor de una escuadrilla de aviones. No hicimos caso; ya se había vuelto una cosa normal y las más de las veces seguíamos adelante; las montañas podía estarse seguro de que no las bombardearían, porque no valía la pena malgastar bombas, que costaban dinero, en los pedruscos de las *macere*. Por eso, me limité a decirle a Rosetta, tranquilamente:

—Mira, la aviación.

En efecto, en el cielo luminoso, se veía la escuadrilla, blanca como plata, dispuesta en tres filas, y en cabeza un solo avión que parecía hacer de guía. Después, mientras estaba mirando, vi un banderín rojo descolgarse del avión que iba en cabeza y, no sé cómo, recordé que Michele me había dicho que aquélla era la señal para arrojar las bombas. Apenas tuve tiempo de pensarlo, cuando empezaron a llover bombas, o mejor dicho, no vimos a éstas, tan rápidamente caían, sino que oímos casi en seguida su estallido violentísimo y muy próximo, mientras todo el terreno en torno a nosotros se movía como si hubiese un terremoto. En realidad, no se movía el terreno, sino la gran cantidad de guijarros arrancados del suelo y, sobre todo, según advertí después, de esquirlas de hierro puntiagudas y retorcidas, todas tan largas por lo menos, como mi dedo meñique, que, con una sola que nos hubiese dado en el cuerpo, nos hubiese matado en el acto. Alrededor de nosotros, mientras tanto, se había levantado una polvareda acre que hacía toser y, en medio de aquella nube opaca de polvo, yo casi no veía ya nada y, presa de un miedo terrible. Llamaba a Rosetta. La polvareda se aclaró un poco, y, en el suelo había muchas de aquellas esquirlas de hierro y un estrago de higos chumbos reventados y chafados y luego, de pronto, oí la voz de Rosetta que me decía:

—Estoy aquí, mamá.

Nunca he creído en milagros, pero digo la verdad, al contemplar todas aquellas astillas metálicas que habían bailado en torno a nosotros en el momento de la explosión, pensé, mientras abrazaba feliz a mi Rosetta sana y salva, que había sido propiamente un milagro que no nos hubiesen matado. La abracé, la besé y le palpaba la cara y el cuerpo, como incrédula de que no estuviese herida luego, busqué a Tommasino, quien, como he dicho, iba unos treinta pasos delante de nosotras. No le vi, ni cerca ni lejos, en la meseta cuajada de higos chumbos triturados; pero oí su voz que se lamentaba:

—Dios mío, Virgen mía, Dios mío, Virgen mía...

Pensé que estaba herido y, entonces, tuve remordimientos por mi alegría de haber encontrado a Rosetta sana y salva. No me era muy simpático, pero también él era un cristiano, al fin y al cabo, y nos había ayudado, aunque fuese por interés. Por lo cual, segura de encontrarle tendido en el suelo y ensangrentado, me dirigí hacia el lugar de donde oía venir su voz. Era una pequeña gruta poco profunda, casi una cavidad en una de aquellas peñas, donde él estaba acurrucado como un caracol en la concha, con las manos a la cabeza y quejándose en voz alta. Sin embargo, en seguida noté que no tenía ni siquiera un rasguño, sólo miedo. Le dije:

—Tommasino, ya pasó... ¿Qué haces en este hoyo? Demos gracias a Dios, estamos todos sanos y salvos.

No me contestó, pero siguió murmurando:

—Dios mío, Virgen mía...

Insistí, sorprendida:

—Tommasino, muévete, vámonos o llegaremos tarde.

—Yo no me muevo de aquí.

—Pero bueno, ¿quieres quedarte aquí?

—Yo no voy allá abajo... Ahora mismo subo a la montaña, lo más arriba que pueda, y me meto en cualquier gruta profunda, bajo tierra, y no me muevo más... Para mí se acabó.

—Pero Tommasino, ¿y el negocio?

—Al diablo el negocio.

Al oírle mandar al diablo el negocio por el cual hasta entonces había arrojado tantos peligros, comprendí que hablaba en serio y que era inútil insistir. Sin embargo, dije:

—Pero al menos acompáñanos hoy... Además, puedes estar seguro de que los aviones no volverán.

—Id vosotras..., yo no me muevo de aquí.

Y, luego, se puso a temblar de nuevo y a encomendarse a la Virgen. Entonces, me despedí de él y proseguí por el camino de herradura en dirección al valle.

Fuimos al valle y allí, en la linde de los naranjales, encontramos un carro armado alemán completamente cubierto de ramas de naranjo y una tienda camuflada, o sea, pintada de azul, verde y marrón, y a seis o siete alemanes que hacían el rancho, mientras uno, sentado bajo un naranjo, tocaba el acordeón. Todos eran jóvenes, con las cabezas rapadas y las caras pálidas, hinchadas y cubiertas de chirlos y de cicatrices: habían estado en Rusia antes de venir a Fondi y allá, según nos dijeron, la guerra era cien veces peor que en Italia. Yo les conocía, por haber hecho ya aquel trueque del pan con los huevos otra vez. Desde lejos, levanté, mostrándola, la cestita de huevos; el del acordeón dejó de tocar inmediatamente, se metió en la tienda y volvió a salir con un chusco de a kilo. Nos acercamos; y él, sin mirarnos la cara, manteniendo el pan apartado como si temiese que se lo arrebatará, quitó las hojas que tapaban los huevos y los contó, en alemán, del primero al octavo. No conforme todavía, cogió uno, se lo llevó al oído y lo sacudió para ver si era del día. Entonces, le dije:

—Son de hoy, tranquilízate, no temas, hemos arriesgado la vida para traerlos aquí: hoy deberíais darnos dos panes en vez de uno. No lo comprendió y puso una expresión interrogativa. Entonces, le indiqué el cielo y, luego, hice un gesto como haciendo alusión a las bombas cuando caen, y dije: «Pum, pum», para describir la explosión. Comprendió por fin y dijo una frase en la que figuraba la palabra *kaput*, que ellos dicen siempre y que, como me explicó un día Michele, quería decir en italiano algo así como «muerto matado». Comprendí que hablaba del avión derribado y respondí:

—Por cada uno que derribéis, vendrán cien... En vuestro lugar, yo dejaría la guerra y me volvería a Alemania... Sería mejor para todos, para vosotros y para nosotros.

Esta vez no dijo nada porque tampoco había comprendido, pero me tendió el pan y se quedó con los huevos, haciendo un gesto como para decir: «Vuelve y repetiremos este trueque.» Conque nos despedimos de él y nos fuimos, por el camino de herradura, hacia Sant'Eufemia.

Tommasino, aquel mismo día, huyó montaña arriba, hacia la localidad que está encima de Sant'Eufemia, donde tenía la familia. A la mañana siguiente, mandó a un labriego con dos mulos a recoger en el valle todos sus enseres, incluidos colchones y somiers, e hizo que se lo subiesen todo a la montaña. Pero la casita donde estaba su familia no le pareció suficientemente segura; por lo que, algunos días después, se trasladó con mujer e hijos a una gruta que estaba bajo la cumbre del monte. Era una gruta espaciosa y profunda, cuya entrada no podía verse desde fuera porque estaba tapada por los árboles y los zarzales. Sobre la gruta se alzaba una peña enorme, gris, muy alta, en forma de pan de azúcar, que se veía muy bien incluso desde el valle, tan grande era; el techo de la gruta tendría un espesor de varias decenas de metros de roca maciza. Se metió, pues, con su familia en aquella gruta que, en tiempos pasados, fue un refugio para los salteadores de caminos. Tal vez creeréis que allí ya se sentía a resguardo de las bombas y que el miedo se la había pasado. Pero él había tenido un miedo tan grande que, por así decirlo, lo tenía metido en la sangre, como una fiebre; y ahora, con toda la gruta y el peñasco que la protegía, no hacía más que temblar todo el día, de la cabeza a los pies, apoyándose ora aquí ora allí, con la cabeza y los hombros envueltos en una manta. No hacía más que repetir: «Me encuentro mal, me encuentro mal», con voz débil y quejumbrosa, y ya no comía ni dormía, en fin, que desmejoraba a ojos vistas, derriéndose como una vela, cada día un poco más. Le visité uno de aquellos días y le encontré tan flaco y abatido que daba pena verle, tembloroso, apoyado en la entrada de la gruta, muy arrebujaado en su manta; y recuerdo que, al no darme cuenta de que estaba enfermo de veras, le tomé un poco el pelo diciéndole:

—Pero, Tommasino, ¿de qué tienes miedo? Esta gruta es a prueba de bomba. ¿De qué tienes miedo? ¿Quizá de que las bombas se paseen por este bosque como serpientes y, al final, se metan por la entrada de la gruta y vengan a buscarte en tu cama?

Me miraba como si no me comprendiese y repetía:

—Me encuentro mal, me encuentro mal.

Total, que al cabo de algunos días nos enteramos de que había muerto. Se había muerto de miedo, pues no había sido herido ni estaba enfermo: le había matado tan sólo la impresión de aquellas bombas. Yo no fui al entierro porque me daba tristeza y de cosas tristes había ya muchas. Fue su familia y Filippo con la suya; y al muerto no le metieron en un ataúd porque no había tablas ni carpintero, sino que le sujetaron entre dos troncos de árbol; y el sepulturero, un tipo larguirucho y rubio que también era refugiado y ahora hacía un poco de estraperlo recorriendo las montañas con su caballo negro, ató a Tommasino al lomo del caballo y, lentamente, por el camino de herradura, le llevó al cementerio de abajo. Luego, me dijeron que no habían logrado encontrar ningún cura porque todos habían huido, así que él, pobrecito, hubo de conformarse con las oraciones de los parientes; que el entierro fue interrumpido tres veces por las alarmas aéreas; que, sobre la tumba, a falta de otra cosa, pusieron una cruz hecha con dos tablitas arrancadas de una caja de municiones. Posteriormente, supe que Tommasino había dejado a su mujer mucho dinero, pero ninguna provisión: comerciando y negociando, lo había vendido todo, hasta el último kilo de harina, y los últimos cien gramos de sal; por lo cual la viuda se encontró con el dinero, pero sin nada que comer y, para ir tirando, se vio obligada a comprar por el doble lo que su marido había vendido por la mitad y creo que, al final de la guerra, de todo el dinero que Tommasino le había dejado, no le quedaba casi nada, también por la devaluación de la moneda. ¿Queréis saber lo que dijo Michele cuando murió su tío?

—Lo siento porque era una buena persona. Pero ha muerto como mañana podría morir mucha gente como él: corriendo detrás del dinero y haciéndose la ilusión de que sólo existe el dinero; y luego, de improviso, quedándose helada de miedo al ver lo que hay detrás del dinero.

CAPÍTULO VI

El buen tiempo, además de las bombas inglesas, trajo otro azote: las redadas de los alemanes. Tonto las había anunciado, pero, en el fondo, nadie creía en ellas y, ahora, en cambio, algunos campesinos que habían huido a la montaña nos informaron de que, en el valle, los alemanes habían hecho una redada, prendiendo a todos los hombres útiles para el trabajo, y que los metieron en camiones y los mandaron a trabajar quién sabe dónde, unos decían que en las fortificaciones del frente, otros que directamente a Alemania. Luego, llegó otra mala noticia: por la noche, los alemanes rodearon un valle próximo al nuestro, subieron a la cima del monte y, después, bajaron en orden disperso atrapando en aquella red, como pececitos, a los hombres, que luego se llevaron en camiones. Entre los refugiados hubo en seguida mucho miedo, porque entre ellos había, por lo menos, tres o cuatro jovenzuelos que, cuando el derrumbamiento del fascismo, estaban bajo las armas y, luego, habían desertado, y aquellos jovenzuelos eran precisamente los que buscaban los alemanes, porque les consideraban traidores y querían hacerles purgar la traición obligándoles a trabajar como esclavos, quién sabe dónde y a saber en qué condiciones. Los más atemorizados eran los padres de los muchachos y, más que ninguno, Filippo por su hijo Michele, quien le contradecía siempre, pero del que estaba muy orgulloso. Total, que se celebró una reunión en la casita de Filippo y quedó decidido que, en los próximos días, mientras hubiese el peligro de las requisas, todos aquellos jóvenes se irían al amanecer a la cumbre de la montaña, cada cual por su lado, para luego volver al ocaso. Allá arriba, aunque llegasen los alemanes, había otros vericuetos que conducían a otros valles o a la cima de otros montes y, en fin, que los alemanes también era hombres y se desanimarían al ver que les tocaba recorrer kilómetros, montaña tras montaña, por el gusto de atrapar a un hombre o a dos. Michele, la verdad, no hubiese querido huir como los demás, porque nunca quería hacer lo que hacían los demás. Pero su madre le suplicó llorando que lo hiciese por ella, si no quería hacerlo por sí mismo; y él, al final, condescendió.

Rosetta y yo decidimos ir arriba con él, no porqueuviésemos miedo, pues a las mujeres no se las llevaban, sino por hacer algo, ya que en la *macera* nos moríamos de aburrimiento; y, además, para estar con Michele, que era la única persona, allá arriba, a quien le teníamos afecto. Así empezó una vida extraña de la que me acordaré mientras viva. Avanzada la noche, Paride, que se levantaba al amanecer, venía a llamar a nuestra puerta y nosotras nos vestíamos a toda prisa, a la débil luz del candil de aceite. Salíamos con un frío intenso, a oscuras, con muchas sombras que corrían de arriba abajo de la *macera* y las ventanas de las casitas que se iluminaban una tras de otra. Al final, encontrábamos a Michele, pequeñito, embutido en jerseys y bufandas, con un bastón en la mano: parecía un enano de fábula, de esos que viven en las cavernas custodiando tesoros. Sin decir palabra, detrás de él, que ya echaba a andar, nos encaminábamos montaña arriba.

Empezábamos subiendo en la oscuridad, a través de la maleza tupida y alta, que nos llegaba hasta el pecho, por el sendero costroso de hielo. No se veía nada, pero Michele tenía una lámpara de bolsillo, y de cuando en cuando, dirigía la luz de la lámpara sobre el sendero y así seguíamos hacia delante, sin hablar. Entretanto, mientras subíamos, el cielo comenzaba a palidecer detrás de las montañas, volviéndose poco a poco de un gris sucio, pero todavía con muchas estrellas que brillaban por última vez antes de que viniese el día. Las montañas seguían estando oscuras al fondo de aquel cielo más claro y punteado de estrellas y, luego, a su vez, clareaban, revelaban su color verde manchado aquí y allá de negro por la maleza y los bosques. Ahora, ya no había estrellas y el cielo era de un gris casi blanco y todo el monte bajo se revelaba a nuestros ojos, seco, helado por el invierno, mortificado, silencioso y todavía adormecido. Pero el cielo se hacía gradualmente rosa en el horizonte y azul sobre nuestras cabezas, y con el primer rayo de sol que surgía detrás de alguna de aquellas montañas, agudo y centelleante como una flecha de oro, aparecían todos los colores: el

rojo vivo de ciertas bayas, el verde brillante del musgo, el blanco cremoso de los penachos de las cañas, el negro lustroso de las ramas podridas. Dejábamos el monte bajo para meternos en un encinar que cubría toda la montaña hasta la cumbre. Eran encinas bastante altas, esparcidas en la ladera a gran distancia una de la otra, que habían crecido sin tocarse y extendían sus ramas como brazos, de uno a otro lado, como si hubiesen querido cogerse de la mano y apoyarse para no caer a causa de la pendiente y del viento. Retorcidas y escasas, componían un bosque ralo que permitía a la mirada extenderse hacia arriba, por la ladera de gujarros blancos, hasta la cima del monte que se recortaba en el cielo azul. El sendero discurría casi llano por aquel bosque; el sol despertaba en el ramaje a los pájaros, a los cuales se oía aletear y gorjear en gran número, aunque no se viesan; Michele, que caminaba delante de nosotras parecía contento, no sé de qué, y caminaba rápido, haciendo girar la rama de árbol que le servía de bastón y silbando una arieta que parecía una marcha militar. Subíamos un trecho más y las encinas, poco a poco, se hacían cada vez más ralas, más bajas y más retorcidas, hasta que, por fin, ya no había encinas, sino tan sólo el sendero que corría al abrigo de la ladera, por un guijo blanco deslumbrante, y, un poco más arriba, estaba la cima del monte, o, mejor dicho, el puerto entre dos cimas, a donde nos dirigíamos. Cuando, por fin, llegábamos al final del sendero, encontrábamos una meseta que era una sorpresa después de tantos pedruscos, toda alfombrada de hierba mullida y muy verde, entre la cual, aquí y allá, se alzaban, como grupas, peñascos blancos de formas redondas. En la mitad de aquel prado color esmeralda había un antiguo pozo con un brocal de piedras secas. Desde aquella meseta, se disfrutaba de un panorama verdaderamente bello y hasta yo, a quien las bellezas naturales me traen sin cuidado, tal vez porque he nacido en la montaña y la conozco demasiado, me quedé boquiabierto de admiración. Por una parte, la mirada dominaba la ladera majestuosa, llena de *macere*, semejante a una escalinata inmensa, hasta el valle y, más lejos, hasta la franja azul y brillante de la costa; por la otra, no se veían sino montañas y más montañas, las de la Ciociaria, algunas salpicadas de nieve o francamente blancas, otras abrasadas y grises. Hacía frío, allá arriba, pero no demasiado, porque había un sol puro y límpido y se estaba bien al sol y no hacía viento, al menos durante aquel período de tiempo que fuimos allí, que duró casi dos semanas.

Era menester pasar allí todo el día; así es que extendíamos una manta sobre la hierba y nos tumbábamos encima de ella. Descansábamos un poco y luego, nos sentíamos inquietos y empezábamos a dar vueltas por aquel paraje. Michele y Rosetta se alejaban y cogían flores o, simplemente charlaban, mejor dicho, él hablaba y ella escuchaba; pero yo, las más de las veces, no les acompañaba y me quedaba en la meseta. Me gustaba estar sola, lo cual, en Roma, podía hacer cuando quería, pero en Sant'Eufemia era imposible, porque de noche dormía con Rosetta y de día siempre se topaba con los refugiados. La soledad me daba la ilusión de pararme en la vida y de que sólo yo existía; en realidad, el tiempo transcurría, aunque yo no me daba cuenta, igual que cuando estaba en compañía de otras personas. Había un gran silencio, allí; de un pequeño valle de más abajo algunas veces llegaba el cencerro de un rebaño, pero era él único ruido y tampoco parecía un verdadero ruido que molestase, sino un ruido que hacía más sosegado el lugar y más profundo el silencio. Algunas veces, me gustaba ir al pozo, asomarme al brocal y mirar abajo, largo rato. Era muy hondo o, al menos, así me parecía, todo de piedras secas puestas en círculo y que bajaban hasta el agua que apenas se vislumbraba. El culantrillo, que es tan bonito con sus ramitas negras como el ébano y sus hojas verdes y finas que parecen plumas, crecía frondoso entre aquellas piedras y se reflejaba en el agua oscura del fondo. Me asomaba, pues, y miraba largo rato hacia abajo, acordándome entonces de que, cuando era niña, verme reflejada en los pozos me inspiraba miedo y atracción al tiempo, y me imaginaba que los pozos comunicaban con todo un mundo subterráneo de hadas y enanos y casi me daban ganas de arrojarme al agua para sumergirme en aquel mundo y salir del mío. O bien miraba hacia abajo hasta que los ojos se acostumbraban a la oscuridad y viese distintamente mi cara reflejada en el agua: entonces, cogía una piedra y la soltaba en medio de la cara y veía la cara despedazarse en el temblor de los círculos de agua provocados por la caída de la piedra. Además de mirar dentro del pozo, me gustaba también pasearme entre aquellos peñascos blancos y redondos, tan extraños, que se alzaban aquí y allá en la meseta, entre la hierba verde.

También, durante aquellos paseos, me parecía volver a ser una niña: tenía casi la esperanza de hallar algo precioso entre la hierba, un poco porque la hierba color esmeralda parecía una cosa rara, un poco porque aquél era uno de los lugares donde, según me habían dicho de niña, podía estar enterrado un tesoro. Pero sólo había la hierba que no vale nada y se da a los animales; una vez, empero, encontré un trébol de cuatro hojas y se lo regalé a Michele, quien, más por darme gusto que porque creyese en ello, se lo metió en la cartera. El tiempo transcurría, así, lentamente; el sol subía en el cielo y se hacía tan abrasador que, a veces, me desabrochaba el corpiño y me tendía en la hierba para broncearme como si estuviese en la playa. Poco antes de la hora de almorzar, Michele y Rosetta regresaban de su paseada y, entonces, comíamos, sentados en la hierba, un poco de pan y queso. He comido antes y después de aquellos días muchas cosas buenas, pero aquel pan moreno y tostado, mezclado con salvado y harina de maíz, y aquel queso de oveja tan duro que necesitaba un martillo para romperlo, me parecen, en el recuerdo, las cosas más exquisitas que haya comido nunca. Quizá les daba sabor el apetito que nos producía la caminata y el aire de la montaña; quizás era la idea del peligro, que también es una extraña salsa; lo cierto es que comía con verdadera satisfacción, como si por primera vez en mi vida me percatase de lo que significa comer y alimentarse y recobrar fuerzas comiendo y alimentándose y sentir que el yantar es una cosa buena y necesaria. Y, ahora, quiero decir que allí en Sant'Eufemia, por así decirlo, me di cuenta de muchas cosas por primera vez, y aunque parezca extraño eran las cosas más sencillas, que suelen hacerse sin pensar, maquinalmente. Del sueño, que nunca antes me había parecido un apetito cuya satisfacción causase placer y consuelo; de la limpieza del cuerpo, que precisamente porque era difícil, si no imposible, parecía también una cosa casi voluptuosa; y, en suma, de todo cuanto atañía al físico, al cual, en cambio, en la ciudad se dedica poco tiempo y casi sin darse cuenta. Pienso que si hubiese habido allí un hombre que me gustase y a quien amase, también el amor habría tenido un sabor nuevo, más hondo y más fuerte. Era, en suma, como si me hubiese convertido en un animal, porque imagino que los animales, al no tener que pensar sino en su propio cuerpo, deben sentir las sensaciones que entonces yo experimentaba, obligada como estaba por las circunstancias a ser tan sólo un cuerpo que se alimentaba, dormía, se acicalaba y procuraba estar lo mejor posible.

El sol, poco a poco, recorría el cielo, poniéndose por la parte del mar. Cuando la costa comenzaba a hacerse más oscura y a enrojecer con las luces del ocaso, regresábamos, pero no ya por el camino de herradura, sino bajando por la ladera, donde no había sendero en absoluto, deslizándonos sobre la hierba y las piedras, brincando sobre el guijo y la maleza. Por lo cual, aquel trayecto que al amanecer habíamos recorrido en dos horas, al regreso no nos tomaba más de media hora. Llegábamos a la hora de cenar, polvorientas y con las ropas llenas de hojas y de espinos. Nos acostábamos temprano; y, al amanecer, volvíamos a estar en pie.

Sin embargo, allá en la meseta, no siempre estaba todo tan en calma y alejado de la guerra. No me refiero a los aviones que a menudo pasaban sobre nuestras cabezas, solos o en escuadrilla; ni a las explosiones que llegaban debilitadas del valle e indicaban que aquellos desgraciados de alemanes continuaban volando los diques de los pantanos, esparciendo el agua y la malaria en todo el valle; me refiero a que la guerra se manifestaba a través de los encuentros que, de vez en cuando, teníamos allí. Y ello porque aquel paso tan solitario estaba en la ruta de todos aquellos que, por la montaña, siempre en las alturas y evitando los valles, bajaban de Roma y hasta de la alta Italia, que estaban ocupadas por los alemanes, hacia la Italia meridional, donde se encontraban los ingleses. Solían ser soldados en desbandada, o bien pobre gente que quería volver al pueblo de donde la guerra la había echado, o también prisioneros fugados de algún campo de concentración. Uno de aquellos encuentros lo recuerdo muy bien. Estábamos comiendo, como solíamos, pan y queso, cuando de pronto aparecieron, por detrás de las peñas, dos hombres armados de garrotes, de un aspecto tal que, de momento, les tomé por salvajes. Vestían harapos, lo cual no me dio miedo, porque los harapos allí eran cosa normal; pero sus hombros, de una anchura nunca vista, y sus rostros completamente diferentes de los de nosotros los italianos, me causaron tanta impresión, que no fui capaz de moverme mientras ellos se acercaban y me quedé allí, paralizada por el miedo, con el pan y el queso en la mano. Michele, que no tenía miedo de nada ni de nadie, quizá no por

valentía, sino porque se fiaba de todo el mundo, se acercó, en cambio, a los dos hombres y se puso a hablar por medio de gestos y ademanes con ellos. Nos armamos de valor nosotras también y nos acercamos. Las caras de los hombres eran amarillas y aplanadas, barbilampiñas, con ciertas arrugas largas sobre la piel tersa, junto a las mejillas; tenían el pelo negro y tupido, los ojos, pequeños y oblicuos; la nariz, chata y la boca, de cadáver, con dientes rotos y negros. Michele nos dijo que eran dos prisioneros rusos, pero de raza mongólica, como quien dice chinos, y que, a su juicio, se habían fugado de algún campo de concentración alemán donde estaban prisioneros. Yo no me cansaba de mirar aquellas espaldas tan anchas y pensaba que quizás había sido una imprudencia no ocultarnos o huir: aquellos dos tipos eran tan fuertes que si se echaban encima de Rosetta y de mí, seguro que no hubiésemos podido salvarnos. En cambio, los dos mongoles se comportaron como buenas personas; y, siempre hablando por gestos y ademanes, estuvieron con nosotros una hora y pico, el tiempo de tomarse un respiro. Michele les ofreció pan y queso; y ellos comieron, pero con discreción, y me parece que hasta nos lo agradecieron. Se reían continuamente, pobrecillos, quizá porque no lograban comprender y hacerse comprender; como si con aquella risa quisieran darnos a entender que sus intenciones eran buenas.

Michele, siempre por gestos y ademanes, les explicó el camino que debían tomar, así que, poco después, se fueron por entre las peñas y, de lejos, parecían verdaderamente dos orangutanes que caminasen apoyados en los garrotes que habían arrancado de un árbol.

Otra vez pasó un obrero italiano que había estado trabajando en las fortificaciones del frente, no recuerdo dónde, y que había huido porque se comía mal y eran tratados como perros y trabajaban como esclavos.

No se tenía en pie, era un guapo mozo, distinguido, de cara fina y morena, muy flaco, de pómulos salientes, ojos hundidos y tristes y el cuerpo todo piel y huesos. Dijo que tenía la familia en Pulla y esperaba reunirse con ella caminando así por las montañas. Hacía una semana que andaba e iba verdaderamente hecho jirones, con los zapatos rotos y las ropas, destrozadas. No dijo gran cosa porque, además, a causa de la debilidad hablaba muy quedo, con dificultad y con pocas palabras cada vez, como si hubiese querido ahorrarse aire. Dijo tan sólo que había oído decir que en Roma había habido una revuelta en la que murieron algunos alemanes y que los alemanes tomaron represalias contra los italianos, pero no sabía cuándo, ni cómo, ni dónde. Por último, refiriéndose a los alemanes, dijo:

—Son unos desgraciados. Saben muy bien que, ahora, ya han perdido la guerra, pero como a ellos la guerra les gusta y no les falta nada porque viven a nuestras costillas, seguirán haciéndola mientras les quede un soldado. Así es que, si la guerra no termina antes, nos harán morir a todos de hambre y de cansancio. O acaba la guerra o acabamos nosotros.

Aceptó de Michele pan y queso y también un poco de tabaco; al cabo de apenas media hora de estar en la meseta, reanudó el camino arrastrando las piernas y, a cada paso quedaba parecía que iba a caerse para no volver a levantarse más.

Una mañana, estábamos tomando el sol cuando, de improviso, oímos un silbido. En seguida, nos escondimos los tres detrás de una de aquellas rocas blancas, para ver de qué se trataba. Nunca se sabía, siempre estábamos alerta y siempre temíamos que viniesen los alemanes y nos requisasen. Poco después, Michele asomó la cabeza y pudo ver, enfrente, otra cabeza que se agachaba apresuradamente detrás de una roca próxima. Estuvimos un rato espiándonos recíprocamente, hasta que, por fin, vimos que no eran alemanes y ellos vieron que nosotros éramos italianos, por lo que salieron de su escondite. Eran de la Italia meridional, militares, teniente y subteniente, según nos dijeron, pero vestían de paisano, pues, como tantos, huían por las montañas dirigiéndose hacia el Sur, con intención de cruzar el frente y llegar a sus pueblos, donde tenían la familia. Uno era moreno, alto, de tez oscura, cara redonda, ojos negros como el carbón, dientes blancos y labios casi morados; el otro era rubio, de cara alargada, ojos azules y nariz aguileña. El moreno se llamaba Carmelo y el rubio Luigi. De todos los encuentros que tuvimos en aquella montaña, tal vez fue el menos simpático, no porque aquella pareja fuese verdaderamente antipática, tal vez en tiempo de paz y en su país no les hubiese encontrado defectos, sino porque, como se verá, la guerra había

producido en ellos un efecto pernicioso, como, por lo demás, en muchos, poniendo al descubierto aspectos de su carácter que, si no, habrían permanecido ocultos. Y aquí quiero decir que la guerra es una gran prueba; y que a los hombres sería menester verles en tiempo de guerra y no de paz; no cuando hay leyes y el respeto a los demás y el temor a Dios sino cuando todas esas cosas ya no existen y cada cual obra según su propia manera de ser, espontánea, sin frenos y sin consideraciones.

Aquella pareja, en el momento del armisticio, estaba en un regimiento de guarnición en Roma, desertaron, se escondieron y, luego, huyeron de Roma con la intención de llegar a sus respectivos pueblos. Durante casi un mes estuvieron en casa de un labrador en la falda del Monte delle Fate y ya saqué una mala impresión de ellos oyéndoles hablar de aquel campesino que, al fin y al cabo, les había dado hospitalidad, de una manera despreciativa, como de un pobretón rústico e ignorante, que no sabía siquiera leer y que tenía una casa que parecía una madriguera. Es más, uno de ellos dijo, riéndose:

—Pero, ya se sabe, cuando no hay pan, buenas son tortas.

Prosiguieron diciendo que habían dejado el Monte delle Fate porque aquel campesino les hizo comprender que no podía seguir dándoles cobijo, a causa de que ya no le quedaba comida, y el moreno observó que no era verdad y que si ellos hubiesen tenido dinero, seguro que habrían aparecido comestibles: todos los campesinos eran unos interesados. En conclusión, ellos se iban al Sur y esperaban cruzar el frente.

Ya era hora de almorzar y Michele, aunque un poco a regañadientes, les propuso compartir con nosotros el acostumbrado pan y queso. El moreno dijo que el pan lo aceptarían de buena gana, pero que de queso tenían uno entero porque, en el momento de irse, se lo robaron a aquel campesino avaro sin que él se diese cuenta. Diciendo esto, sacó el queso de un macuto y lo agitó en el aire, riéndose. Aquella declaración tan franca me sentó mal, y quizá no tanto por el hecho en sí, corriente en aquellos tiempos, cuando todo el mundo robaba y el hurto ya no era hurto, como por la franqueza, que me parecía inconveniente en un hombre como él, que tenía el grado de teniente y se veía, por los modales, que era un señor. Además, no estaba bien, pensé, recompensar la hospitalidad de aquel pobrecito quitándole lo poco que tenía. Pero no dije nada; así es que nos sentamos en la hierba y nos pusimos a comer y, mientras comíamos, charlamos o mejor dicho, escuchamos al moreno, que hablaba siempre y siempre también de sí mismo, como de alguien muy importante tanto como terrateniente en su pueblo como de oficial en la guerra. El rubio le escuchaba entornando los ojos al sol y, de vez en cuando, le contradecía, casi malévolamente; pero el otro no se inmutaba y seguía adelante con sus jactancias.

Decía, por ejemplo, el moreno:

—En mi pueblo tengo una finca...

Y el rubio:

—Bueno, digamos dos o tres campitos como pañuelos.

—No, una finca, hay que ir a caballo para recorrerla toda.

—Pero, bueno, si a pie, con unos cuantos pasos, basta.

O bien:

—Formé una patrulla y fui al bosque. En aquel bosque estaban agazapados lo menos un centenar de soldados enemigos.

—Bueno, yo también estaba, en total habría cuatro o cinco.

—Pues yo te digo que eran lo menos un centenar... cuando se levantaron de los matorrales donde estaban escondidos, no los conté porque en esos momentos hay otras cosas que hacer que contar a los enemigos, pero a buen seguro eran un centenar, si no más.

—Bueno, rebaja un poco, serían cinco o seis.

Y así sucesivamente. El moreno las soltaba gordas, con un tono muy seguro y fanfarrón; el rubio no le dejaba pasar ni una. Por último, el moreno contó lo que había hecho el día en que se declaró el armisticio y el Ejército italiano se dio a la desbandada.

—Yo estaba en Intendencia, en mi pueblo, con un almacén militar lleno de todos los bienes de

Dios. El mismo momento en que supe que la guerra había terminado, no dudé: hice cargar en un camión todo lo que pude de latas de conserva, quesos, harina, víveres, en suma, y hala, todo directamente a casa de mi madre.

Se echó a reír, muy contento de su ingeniosa idea, enseñando los dientes blancos y perfectos; y, entonces, Michele, que le había escuchado en silencio, observó secamente:

—Total, que usted robó.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que un momento antes era usted un oficial de Artillería y un momento después era un ladrón.

—Caballero, no sé quién es usted ni cómo se llama, pero podría...

—¿Qué?

—Al fin y al cabo, ¿quién ha dicho que robé? Hice lo que hacían todos, si no las hubiese cogido yo, aquellas provisiones las habría cogido otro.

—Puede ser, pero usted robó igualmente.

—Cuidado con lo que habla, soy capaz de...

—¿De qué? Veamos de qué es capaz...

El rubio le dijo al moreno, burlonamente:

—Lo siento, Carmelo, pero debes reconocer que este señor te ha ganado: tocado.

El moreno se encogió de hombros y dijo a Michele:

—Me da usted lástima, no quiero ni discutir con alguien como usted.

—Hace bien —dijo Michele con autoridad— y le diré, además, por qué se ha portado como un ladrón... Porque no contento con haber robado, ahora se ufana de ello... Cree haber sido muy listo... Si lo hubiese hecho y se avergonzase, cabría pensar, incluso, que lo hizo por necesidad, o hasta trastornado por el contagio de la gente... Pero se jacta de ello y, así, demuestra no darse cuenta de lo que ha hecho y de estar dispuesto a hacerlo de nuevo.

El moreno, enfurecido por aquel tono, se puso en pie, agarró una rama de árbol y la blandió contra Michele, diciendo:

—O se calla usted, o...

Pero Michele no tuvo tiempo de reaccionar. El rubio desarmó de golpe al moreno diciendo, con su risita maliciosa:

—Tocado de nuevo, ¿eh?

Carmelo descargó entonces su cólera sobre el amigo:

—A ver si te callas, que tú también tomaste parte en el saqueo; íbamos juntos, ¿no?

—Yo no consentí, obedecí..., tu eras mi superior... Je, je, tocado. Total, que el almuerzo acabó en silencio, con el moreno que estaba francamente negro y el rubio que sonreía burlonamente.

Después de almorzar, estuvimos un rato más en silencio. Pero Carmelo no podía digerir que le hubiesen llamado ladrón y, al poco, dijo con aire de reto a Michele:

—Usted, que emite juicios y trata tan fácilmente de ladrones a personas que valen mucho, pero mucho más que usted, ¿se puede saber quién es? Yo puedo decir quién soy: soy Carmelo Alí, oficial agricultor, licenciado en Leyes, condecorado al valor, *cavaliere* de la Corona de Italia. ¿Y usted quién es?

El rubio, burlonamente, observó:

—Olvidas decir que también eres secretario del fascio, en nuestro pueblo. ¿Por qué no lo dices?

Carmelo, molesto, respondió:

—El fascio ya no existe, por eso no lo he dicho... Pero tú sabes que, tampoco como secretario del fascio, nadie ha tenido nunca nada que echarme en cara.

El rubio soltó una carcajada y rectificó:

—Salvo que te aprovechabas del cargo para cepillarte a todas las campesinas guapas que acudían a pedirte un favor... Anda ya, que eres un grandísimo Don Juan.

Carmelo, halagado por aquella acusación, sonrió levemente, pero no la rechazó; luego, se volvió hacia Michele y profirió:

—Entonces, muy señor mío, saque un título, saque un diploma, saque una condecoración, una medalla, algo, en fin, que nos haga comprender quién es usted y con qué derecho critica a los demás.

Michele le miraba fijamente a través de los gruesos lentes de miope; por fin, preguntó:

—¿Qué importa que le diga quién soy?

—Pero, bueno, ¿es usted licenciado?

—Sí, soy licenciado..., pero aunque no lo fuese, nada cambiaría.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que usted y yo somos dos hombres y lo que somos, lo somos a través de lo que hacemos, no a través de los honores y los diplomas..., y lo que usted ha hecho y dicho le define como un hombre, por lo menos, irreflexivo y de conciencia muy elástica... Esto es todo.

—Tocado —dijo de nuevo, riéndose a carcajadas, el rubio.

El moreno, entonces, tomó el partido de dejarlo correr. De pronto, poniéndose en pie de un salto, dijo:

—Soy un estúpido al rebajarme a discutir con usted... Vámonos, Luigi, que se nos está haciendo tarde y tenemos que andar todavía mucho camino... Gracias por el pan y no dude que, si va a mi pueblo, se lo devolveré con creces.

Michele, puntilloso, respondió con calma:

—Sí, con tal que no sea pan hecho con la harina que usted ha sustraído al Ejército italiano.

Carmelo había echado a andar ya y se limitó a encogerse de hombros, diciendo:

—Al diablo usted y el Ejército italiano.

Oímos al rubio repetir de nuevo con una carcajada:

—Tocado.

Luego, doblaron por detrás de una peña y desaparecieron de nuestra vista.

Una vez, vimos de lejos, en un sendero que corría en torno a la montaña, una cantidad de gente que caminaba en fila india, como en procesión. Después, cruzaron el desfiladero. Eran, por lo menos, treinta personas, los hombres con sus trajes domingueros, la mayoría de negro, las mujeres casi a la usanza típica regional, con sayas largas, corpiños y pañolón. Las mujeres llevaban en la cabeza paquetes y cestos, y, en brazos, a los niños más pequeños; los mayorcitos iban de la mano de los hombres. Aquellos pobrecitos, como nos explicaron ellos mismos, eran habitantes de un pueblecito que estaba en la línea del frente. Los alemanes, un mal día, les despertaron al amanecer, cuando todavía estaban durmiendo y les dieron media hora de tiempo para vestirse y juntar los enseres más necesarios. Luego, les hicieron subir a un camión y les transportaron a un campo de concentración, en las cercanías de Frosinone. Pero, al cabo de algunos días, se fugaron del campo y, ahora, intentaban volver al pueblo, por las montañas, para recuperar sus viviendas y reanudar su vida habitual. Michele interrogó al jefe del grupo, que era un anciano de buena presencia, con mostacho gris, y éste dijo con ingenuidad:

—Por lo menos, el ganado. Si no estamos nosotros, ¿quién cuidará del ganado? ¿Acaso los alemanes?

Michele no tuvo valor para decirles que cuando llegasen al pueblo no encontrarían ya ni casas, ni ganado, ni nada. Ellos, tras haber descansado un momento, reanudaron la marcha. Yo sentí mucha simpatía por aquellos desventurados tan calmosos y seguros de que todo les saldría bien, quizá porque se parecían un poco a nosotras dos, Rosetta y yo: también a ellos les había echado la guerra de sus casas, también ellos andaban huyendo por las montañas con lo puesto. Al cabo de algunos días, sin embargo, supe que los alemanes habían vuelto a atraparles y de nuevo les transportaron al campo de Frosinone. Después, ya no volví a saber nada de ellos.

En total, hicimos aquella vida de subir al desfiladero al alba y regresar al ocaso durante casi dos semanas; luego, por fin, estuvo claro que los alemanes habían renunciado a las redadas, al menos en aquella parte de la montaña, por lo que nos quedamos abajo y empezamos a hacer de nuevo las cosas de costumbre. Sin embargo, guardé la nostalgia de aquellos días tan buenos pasados en la cima del monte, frente a frente con la soledad y la Naturaleza. Allí no hubo refugiados y

campesinos que nos diesen la lata con la guerra, los ingleses, los alemanes y la carestía; no hubo la dificultad de hacer poca y mala comida con la leña verde en la cabaña oscura; no hubo nada, en suma, que nos recordase la situación en que nos encontrábamos, salvo los dos o tres encuentros que he referido. Podía creer que había ido de excursión con Michele y Rosetta todos los días, esto es todo. Y aquel prado verde donde el sol de invierno se tornaba tan ardiente que parecía que nos halláramos en mayo, con las montañas de la Ciociaria en el horizonte, encapuchadas de nieve y, por la otra parte, el mar que brillaba al fondo de la llanura de Fondi, me había parecido un lugar embrujado donde, en verdad, podía estar enterrado un tesoro, como me contaron siendo niña. Pero aquel tesoro bajo tierra no existía, como me constaba; en cambio, lo había encontrado dentro de mí misma, con igual sorpresa que si lo hubiese desenterrado con mis manos; aquella calma profunda era la completa ausencia de temor y de ansiedad, la confianza en mí y en las cosas que, paseando sola, crecían en mi ánimo a medida que pasaban los días. Durante muchos años quizá fueron aquéllos mis días más felices y, aunque parezca extraño, fueron también aquellos en que me encontré más pobre, más desprovista de todo, con pan y queso como yantar y la hierba del prado como lecho y sin siquiera una cabaña donde cobijarme, casi más parecida a un animal salvaje que a una persona.

Ya estábamos a fines de diciembre y, precisamente el día de Navidad, llegaron de veras los ingleses. No los ingleses del ejército del Garellano, desde luego; sino dos ingleses que huían también, como tantos, por las montañas y que vinieron a parar en Sant'Eufemia la mañana del 25 de diciembre. Seguía haciendo un tiempo muy bueno, frío, seco y límpido; y, una mañana, al asomarme a la casita, vi en la *macera* toda una pequeña multitud. Me acerqué y vi que refugiados y campesinos rodeaban a dos jovenzuelos que parecían extranjeros: uno de ellos era rubio y bajito, de ojos azules, nariz recta y delgada, boca encarnada, barba rubia cortada en punta; el otro, alto y flaco, de ojos azules y pelo negro. El rubio hablaba un italiano macarrónico y nos dijo que eran ingleses, él oficial de Marina y el otro, marinero, que habían desembarcado por la parte de Ostia, junto a Roma, para volar con dinamita unas pocas cosas nuestras, de nosotros pobres italianos, y que, luego, cumplida su misión, volvieron a la playa, pero la embarcación que les había traído no había vuelto a recogerles, de manera que se vieron obligados a huir y a esconderse como tantos otros. La temporada de lluvias la pasaron en una casa de campo, por la parte de Sermoneta, pero ahora que hacía buen tiempo querían tratar de atravesar el frente y llegar a Nápoles, donde estaba su mando. Aquellas explicaciones fueron seguidas de muchas preguntas y respuestas; refugiados y campesinos querían saber cómo andaba la guerra y cuándo terminaría. Pero ellos dos sabían tan poco como nosotros: habían vivido en las montañas todos aquellos meses y sólo trataron con labradores analfabetos que apenas sabían que había guerra. Por lo cual, cuando los refugiados se percataron de que aquellos dos no sabían nada y de que, en cambio, necesitaban ayuda, ora uno, ora otro, se dispersaron todos, diciéndose que eran ingleses y resultaba peligroso estar con ellos, que nunca se sabe, un chivatazo pronto se da y que, si los alemanes se enteraban, podía pasar algo feo. Total, que al final los dos se quedaron solos en medio de la *macera*, bajo aquel sol fuerte y brillante, vestidos de harapos y con las barbas crecidas, como sobrecogidos, mirando en torno.

A mí también, lo confieso, me daba un poco de miedo estar con ellos, no tanto por mí como por Rosetta; pero fue precisamente Rosetta quien hizo que me avergonzara de mi miedo, diciendo:

—Mamá, parecen tan desamparados, pobrecitos... Además, hoy es el día de Navidad y ellos no tienen nada que comer y, quién sabe, tal vez quisieran estar con sus familias y no pueden... ¿Por qué no les invitamos a comer con nosotros?

Digo que me avergoncé y pensé que Rosetta tenía razón, que no valía la pena despreciar a los refugiados, como hacía, si luego me comportaba como ellos. Por lo cual les hicimos comprender a los dos que viniesen con nosotras, que haríamos juntos la comida de Navidad, y ellos aceptaron en seguida, felices.

Para aquel día de Navidad, yo había hecho un esfuerzo, sobre todo por Rosetta, quien; todos los años, desde que nació había celebrado ese día mejor que la hija de un señor. Había comprado a Paride una gallina que hice al horno con patatas. Había hecho la pasta en casa, poca, la verdad sea

dicha, porque tenía muy poca harina y con ella puse *agnolotti*¹. Tenía un par de salchichones que corté en lonjas muy finas y serví con algunos huevos duros. También había hecho un postre: a falta de algo mejor, rallé muchas algarrobas, mezclé aquella especie de harina de algarroba con harina de trigo, pasas, piñones y azúcar y puse en el horno un pastel prieto y duro, pero sabroso. Había conseguido comprar también una botella de marsala a un refugiado; el vino me lo dio Paride. Además, tenía fruta en abundancia: en Fondi había plétora de naranjas y eran baratísimas, por lo cual, días antes, había comprado cincuenta kilos de ellas y las comíamos a destajo. Naturalmente, no me olvidé de invitar a Michele también y se lo dije cuando él se apresuraba hacia la casita de su padre. Aceptó en seguida y barrunto que fue sobre todo por antipatía hacia su familia. Sin embargo, añadió:

—Querida Cesira, hoy has hecho una buena acción... Si no hubieses invitado a esos dos ingleses, te habría retirado toda mi estima.

De todos modos, llamó a su padre, quien se asomó a la ventana, y le dijo que le habíamos invitado y que había aceptado. Filippo, en voz baja, porque temía ser oído por los ingleses, se puso a encarecerle que no lo hiciese:

—No vayas, esos dos son fugitivos. Si los alemanes se enteran estamos aviados.

Pero Michele se encogió de hombros y, sin esperar siquiera que su padre terminase de hablar, se encaminó hacia nuestra casa.

Puse la mesa de Navidad con un mantel de lino recio que me prestaron los campesinos, y Rosetta colocó, en torno a los platos ramas, arrancadas de matorrales, verdes, con troncos rojos que se parecían un poco a las que se ven durante las fiestas en Roma. En un plato había la gallina que, para cinco personas, resultaba un poco pequeña; en los otros, el salchichón, los huevos, el queso, las naranjas y el pastel. El pan lo hice aposta para aquel día, acababa de salir del horno y corté la hogaza en cinco trozos, uno para cada uno. Comimos con la puerta abierta, porque en la casita no había ventanas y, si la puerta estaba cerrada, nos quedábamos a oscuras. Afuera estaba el sol y el panorama de Fondi, bellissimo, hasta la marina que rebrillaba al sol. Michele, después de los *agnolotti*, empezó a meterse con los ingleses sobre el capítulo de la guerra. Se las soltaba claras y rotundas, hablando de tú a tu; y ellos parecían un poco asombrados, acaso porque no habían esperado oír palabras como aquéllas en un lugar semejante, de un don nadie como parecía ser Michele. Michele, pues, les dijo que habían cometido un error en no desembarcar cerca de Roma en vez de en Sicilia; en aquel momento, hubiesen podido perfectamente tomar, sin disparar un tiro, Roma y toda la Italia meridional. En cambio avanzando como estaban haciendo, paso a paso, Italia arriba, destruían el país y, además, hacían sufrir terriblemente a las poblaciones, que se encontraban como quien dice, entre el yunque que eran ellos y el martillo que eran los alemanes. Los ingleses respondieron que ellos no sabían nada de aquellas cosas, que ellos eran soldados y obedecían. Michele, entonces, les atacó con otro razonamiento: ¿Por qué hacían la guerra, con qué objeto? Los ingleses respondieron que ellos hacían la guerra para defenderse de los alemanes, quienes querían avasallar a todo el mundo, incluidos ellos. Michele contestó que aquello no era suficiente: la gente esperaba de ellos que, después de la guerra, creasen un mundo nuevo, más justo, más libre y más feliz que el viejo. Si ellos no conseguían crear aquel mundo, entonces, en el fondo, también habrían perdido la guerra, aunque de hecho la hubiesen ganado. El oficial rubio escuchaba a Michele con desconfianza y contestaba breve y raramente; pero el marinero me pareció que tenía las mismas ideas que Michele, aunque, por respeto al oficial, que era su superior, no tuviese el valor de expresarlas. Hasta que el oficial atajó la discusión diciendo que lo esencial, ahora, era ganar la guerra; y que, para el resto, él se remitía a su Gobierno, que seguramente tenía un plan para crear el mundo nuevo del que hablaba Michele. Todos comprendimos que no quería comprometerse en una discusión engorrosa y también Michele, a quien, aunque le sentó mal, lo comprendió y propuso a su vez beber a la salud del mundo nuevo que surgiría de la guerra. Llenamos, pues, los vasos de marsala y bebimos todos a la salud del mundo del mañana. Michele hasta estaba conmovido y tenía

¹ Pasta rellena de carne trinchada. *N. del T.*

lágrimas en los ojos y, tras aquel primer brindis, quiso beber a la salud de todos los aliados, incluidos los rusos, quienes precisamente aquellos días, al parecer, habían alcanzado una gran victoria sobre los alemanes. Así es que estábamos todos contentos, tal como se debe de estar el día de Navidad; y, durante un momento, al menos, pareció que ya no hubiesen diferencias de lengua o de educación y que, en verdad, todos fuésemos hermanos y aquel día que había visto tantos siglos desde el nacimiento de Jesús en su establo, hubiese visto también nacer hoy algo semejante a Jesús, algo bueno y nuevo que haría mejores a los hombres. Al final de la comida, brindamos por última vez a la salud de los dos ingleses y, luego, nos abrazamos todos y yo abracé a Michele, a Rosetta y a los dos ingleses y ellos nos abrazaron a nosotras y todos nos decíamos mutuamente: «Feliz Navidad y un próspero año nuevo», y yo me sentí, por primera vez, verdaderamente contenta desde que había subido a Sant'Eufemia. Michele, sin embargo, al poco rato, observó que aquello estaba muy bien, pero que debía ponerse un límite al altruismo; por lo que explicó a los dos ingleses que nosotras podíamos ofrecerles hospitalidad todo lo más para aquella noche, pero que, después, sería mejor que ellos se fuesen, pues era de veras peligroso para ellos y para nosotros que permaneciesen allí: los alemanes podían llegar a enterarse y, entonces, nadie nos salvaría de su venganza. Los ingleses contestaron que comprendían la necesidad de ello y nos aseguraron que se irían al día siguiente.

Todo aquel día estuvieron a nuestro lado. Hablaron de todo un poco con Michele; y yo no pude menos que notar que mientras Michele parecía estar muy bien informado sobre el país de ellos, hasta casi casi mejor que ellos, en cambio, los dos ingleses sabían poco o nada de Italia, donde, sin embargo, estaban y hacían la guerra. El oficial, por ejemplo, nos dijo que había pasado por la Universidad, por lo tanto era instruido.

Pero Michele, rasca que rasca, descubrió que no sabía siquiera quién era Dante. Ahora bien, yo no soy instruida y nunca he leído lo que escribió Dante, pero el nombre de Dante sí lo conocía y Rosetta me dijo que las monjas, a cuya escuela asistió, no sólo le habían enseñado quién era Dante, sino que también le habían hecho leer alguna cosa de él. Michele, aquello de Dante nos lo dijo en voz baja, quedamente, en un momento que los ingleses no nos escuchaban, y añadió que así se explicaban muchas cosas, como por ejemplo los bombardeos que tantas ciudades italianas habían destruido. Aquellos aviadores que arrojaban bombas no sabían nada de nosotros ni de nuestros monumentos; la ignorancia les hacía actuar tranquilos y sin piedad; y la ignorancia añadió Michele, era quizá la causa de todas nuestras desdichas y de las ajenas, porque la maldad no es más que una forma de la ignorancia y aquel que sabe no puede hacer daño.

Aquella noche, los dos ingleses durmieron en un pajar y, por la mañana temprano, sin despedirse, se fueron. Nosotras dos estábamos muertas de cansancio, porque habíamos trasnochado y no estábamos acostumbradas a hacerlo: solíamos acostarnos con las gallinas. Por lo cual, aquella mañana, seguimos durmiendo como troncos hasta después de mediodía. En lo mejor del sueño, oímos un golpe terrible en la puerta del cuartucho y, luego, una voz espantosa que decía no sé qué en una lengua desconocida para mí.

—¡Oh, Dios mío, mamá! —exclamó Rosetta, apretándose a mí—, ¿qué pasa?

Estuve quieta un momento, casi incrédula y, luego, de nuevo, oí otro golpe y otro vozarrón incomprensible. Entonces, dije a Rosetta que iría a ver, me levanté de la cama y, tal como estaba, en ropas menores, desgredada y descalza, abrí la puerta y me asomé. Eran dos militares alemanes uno debía de ser sargento y el otro, soldado raso. El sargento era el más joven: llevaba la cabeza rubia rapada, su cara era blanca como el papel, los ojos, de un azul desvaído, sin cejas, sin expresión y sin luz. Tenía la nariz un poco torcida al igual que la boca, pero en sentido contrario; dos largas heridas que le cruzaban la mejilla le daban un aspecto curioso, como si la boca le continuase hacia el cuello. El otro era un hombre de mediana edad, membrudo, moreno, de frente enorme, ojos tristes y hundidos, azul oscuro, y mandíbula de perro mastín. Digo la verdad, más que nada me espanté por los ojos del sargento, fríos e inexpresivos, de un azul tan feo, que parecían ojos de un animal y no de un hombre. Pero no mostré mi temor y le grité en la cara, con toda mi voz:

—¡Oye! ¿Qué te pasa? ¿Quieres derribar la puerta? ¿No ves que somos dos mujeres que

dormíamos, o es que ahora ni dormir se podrá?

El sargento de los ojos claros hizo un ademán con la mano y dijo en mal italiano:

—Buena, buena.

Luego, volviéndose hacia el soldado, le hizo signo de seguirle y entró en la casita. Rosetta, que todavía estaba en la cama, miraba con los ojos desorbitados, con la sábana subida hasta la barbilla. Los dos alemanes lo escudriñaron todo, hasta debajo la cama; y el sargento en la furia de la búsqueda, incluso levantó la sábana de Rosetta, como si ella hubiese podido esconder bajo las mantas lo que ellos buscaban. Después, salieron. Mientras tanto, se habían agrupado muchos refugiados; y ahora, al recordarlo, digo que fue un milagro que aquellos dos alemanes no interrogasen a los refugiados sobre los dos ingleses, porque, seguramente, más que nada por estupidez, alguno lo hubiese soplado todo y, entonces, pobres de nosotras. Por lo demás, el hecho de que aquellos alemanes se hubiesen presentado precisamente el día después de la llegada de los ingleses, siempre me ha hecho pensar que hubo algún chivatazo o, por lo menos, algún chismorreo. Pero los alemanes, a mi juicio, no querían líos, y por eso se limitaron a hacer un registro sin ningún interrogatorio.

Pero los refugiados, que no estaban acostumbrados a ver alemanes por allí, quisieron saber cómo iba la guerra y si acabaría pronto. Alguien, entretanto, fue en busca de Michele, que sabía un poco de alemán; y, por fin, en el momento en que se disponían a marcharse, le empujaron hacia los alemanes, contra su voluntad, gritando:

—Pregúntales cuándo se termina la guerra.

Se veía a la legua que Michele no tenía ganas en absoluto de hablar con los alemanes. Pero se armó de valor y dijo algo. Ahora refiero en italiano lo que los alemanes y Michele dijeron en alemán, porque, en parte, Michele lo tradujo allí mismo para los refugiados, y el resto me lo tradujo después, cuando los alemanes se hubieron marchado. Así pues, Michele preguntó cuándo terminaría la guerra y el sargento contestó que terminaría pronto, con la victoria de Hitler. Añadió que ellos poseían ciertas armas secretas y que, con aquellas armas, arrojarían al mar a los ingleses, lo más tarde en primavera. Además, dijo algo que causó gran impresión en los refugiados:

—Lanzaremos la ofensiva y echaremos al mar a los ingleses. Y, mientras tanto, los trenes servirán para transportar municiones y nosotros viviremos de las provisiones de los italianos y a los italianos, que nos han traicionado, les dejaremos morir de hambre.

Dijo esto exactamente, con una expresión convencida, con calma y sin piedad, como si, en vez de italianos, o sea, de cristianos, hubiese hablado de moscas o de chinches. Todos los refugiados enmudecieron al oír aquellas palabras, porque no se las esperaban; a saber por qué, creían que los alemanes les tenían simpatía. Michele, que ahora le estaba tomando gusto al asunto, les preguntó qué eran. El sargento respondió que él era de Berlín y que, en tiempo de paz, sacaba adelante una pequeña fábrica de cajas de cartón, pero que ahora se la habían destruido, así que, dijo, a él no le quedaba otra cosa que hacer la guerra lo mejor que podía. El soldado dudó antes de responder y, luego, desviando los ojos hundidos y tristes y poniendo cara acongojada, como de perro apaleado, respondió que también él era de Berlín y que también a él no le quedaba otra cosa que hacer la guerra, porque en los bombardeos murieron su mujer y su hija única. Ambos contestaron más o menos lo mismo, es decir, que, por haberlo perdido todo en los bombardeos, ahora ya sólo pensaban en hacer la guerra; sin embargo, se veía claro como el agua que el sargento hacía la guerra con celo y pasión y, tal vez, también con maldad; mientras que el soldado, tan tétrico, con aquella frente enorme que parecía llena de tristeza, la guerra, ahora, ya la hacía más que nada por desesperación, sabiendo que ya nadie le esperaba en su casa. Y yo pensé que aquel soldado tal vez no era malo; pero el hecho de que hubiese perdido a su mujer y a su hija podía haberle vuelto malo; y si, pongamos por caso, Dios nos libre, nos hubiesen detenido a las dos, quizá no habría vacilado en matar a Rosetta, acordándose precisamente de que a él le habían matado a una hija de la misma edad.

Mientras pensaba esas cosas, el sargento, que parecía propiamente habérselas con los italianos, preguntó de pronto por qué, mientras todos los alemanes estaban en el frente, aquí, en cambio, entre

los refugiados, había tantos jóvenes que estaban mano sobre mano. Michele, entonces, contestó, levantando la voz, casi gritando, que él y todos los otros habían combatido por Hitler y por los alemanes en Grecia, en África y en Albania y que estaban dispuestos a luchar de nuevo hasta la última gota de sangre; y que todos, allí, esperaban la hora en que el grande y glorioso Hitler ganase la guerra y arrojase al mar a todos aquellos hijos de zorra de ingleses y americanos. El sargento se quedó un poco asombrado de aquella parrafada; miraba receloso a Michele, de arriba abajo, y se veía que no le creía en absoluto. Pero, en fin, eran palabras que no causaban menoscabo, y él no podía decir nada, aunque no las creyese. Por lo que, por fin, tras haber dado unas cuantas vueltas por las casitas y de haber escudriñado un poco en todas partes, pero con desgana y sin gran empeño, los dos se volvieron al valle, con gran alivio de todos nosotros.

Pero yo me había quedado afectada por el comportamiento de Michele. No digo que hubiese debido insultar a los alemanes, pero, en fin, todas aquellas mentiras que gritó con tanta desfachatez me sorprendieron. Así se lo dije y él, encogiéndose de hombros, respondió:

—Con los nazis, todo es lícito: mentirles, traicionarles, matarles, de ser posible. ¿Qué harías tú con una serpiente venenosa, un tigre, un lobo rabioso? Tratarías, de seguro, reducirlo a la impotencia con la fuerza o la astucia. No le hablarías ni intentarías de ningún modo calmarlo, porque sabrías de antemano que sería inútil. Es lo mismo con los nazis. Se han puesto al margen de la Humanidad, como las bestias salvajes, y por esto, con ellos, todos los medios son buenos. Tú, como aquel oficial inglés tan instruido, no has leído nunca a Dante. Pero si lo hubieses leído, sabrías que Dante dice: «Y cortesía fue, en él, ser villano.»

Pregunté qué quería decir aquella frase de Dante; entonces, él me explicó que quería decir precisamente que con gente como los nazis incluso era demasiada gentileza mentir y traicionar. Ni siquiera eso se merecían. Dije, por decir algo, que entre los nazis podía haber buenas y malas personas, como siempre ocurre; y entonces, ¿cómo podía saber él que aquellos dos eran malos? Pero se echó a reír:

—Aquí no se trata de buenos y de malos. Quizá sean buenos con sus mujeres y con sus hijos, como son buenos también con los cachorros las lobas y las serpientes. Pero con la Humanidad, que al fin y al cabo es lo que cuenta, o sea, contigo, conmigo, con Rosetta y con esos refugiados y esos campesinos, ellos no pueden ser sino malos.

—¿Por qué?

—Porque —dijo, tras un momento de reflexión—, ellos están convencidos de que lo que nosotros llamamos el mal, es el bien. Es decir, que cumplen con su deber.

Me quedé un poco desconcertada, me pareció no haber comprendido bien. Sin embargo, él ya no me hacía caso y concluyó, como hablando consigo mismo, diciendo:

—Justo, la combinación del mal y del sentido del deber, esto es el nazismo.

Era curioso, en suma, Michele. Era muy bueno y, al mismo tiempo, era muy duro. Recuerdo otra vez que topamos con alemanes, que fue en una ocasión muy diferente. Solíamos tener poca harina y, ahora, yo hacía el pan sin separar no sólo el salvado fino, sino tampoco el gordo. Por lo que, un día, decidimos ir al valle a ver si encontrábamos un poco de harina a cambio de huevos. Los huevos los había comprado a Paride, me quedaban dieciséis y esperaba, a cambio de aquellos huevos y añadiendo dinero, encontrar algunos kilos de harina de trigo. No habíamos estado en el valle desde el día del bombardeo que tanto miedo causó al pobre Tommasino y, digo la verdad, un poco por eso iba a regañadientes. No sé cómo, hablé de ello delante de Michele y él, entonces se brindó a acompañarnos y yo acepté con verdadero gusto porque, con él, me sentía más segura y él, allá arriba, no sé por qué, era el único que me daba ánimos me inspiraba confianza. Así, pues, metimos los huevos en una canastilla, entre paja, y nos pusimos en camino por la mañana temprano. Eran los primeros días de enero y estábamos verdaderamente en el corazón del invierno y yo presentía, aunque no pudiese explicármelo con claridad, que también estábamos en el corazón de la guerra, es decir, en el momento más profundo, más frío y más desesperado de aquella desesperación que ya duraba tantos años. La última vez que bajé al valle, precisamente la vez que estuve con Tommasino, los árboles aún tenían hojas, aunque amarillentas; había hierba, a causa de las grandes lluvias, en los

prados; y en los ribazos, incluso había algunas flores, las últimas del otoño, como ciclaminos y violetas silvestres. Pero, ahora, a medida que íbamos bajando, veíamos que todo estaba seco, abrasado y desnudo, en un aire frío y sin sol, bajo un cielo velado y descolorido. Habíamos salido bastante alegres, pero en seguida nos callamos: el día era silencioso como suelen serlo en pleno invierno y aquel silencio nos helaba, impidiéndonos hablar. Primero, bajamos por la ladera derecha del valle, luego cruzamos la meseta donde, entre las chumberas y las peñas, el avión lanzó la bomba el día que bajamos con Tommasino, y después echamos por el lado izquierdo. Caminamos así, sin hablar, media hora más y, por fin, llegamos a la embocadura del valle, donde había el puentecito, la bifurcación y la casita que habitó Tommasino hasta el día del fatal bombardeo. Recordaba aquel lugar como risueño y bello y, también, espacioso, y quedé sorprendida, lo confieso, al verlo de nuevo triste, gris, desnudo y mezquino. ¿Habéis visto nunca una mujer sin cabellos? Yo, sí. Una chica de mi pueblo que había tenido el tifus: en parte los perdió y el resto se los raparon al cero con la maquinilla. Parecía otra, hasta tenía una expresión diferente, hacía pensar en un huevo grande y feo, con una cabeza monda y lironda que las mujeres no tienen nunca y un semblante podado de los cabellos y como aplastado por una luz demasiado cruda. De igual modo, sin el follaje tupido y verde de los tres plátanos que daban sombra a la casita de Tommasino, sin el verdor que ocultaba los gujarros de las márgenes del torrente, sin las plantas a ambos lados de la carretera y en las cunetas, que entonces no había notado, pero que debían de estar, puesto que ahora las echaba de menos, aquel lugar ya no parecía nada, había perdido toda su belleza, precisamente como una mujer si se le quitan los cabellos. Y, no sé por qué, al verlo tan depauperado, se me encogió el corazón, y casi me pareció que aquel paraje se asemejaba un poco a nuestras vidas de entonces, a su vez reducidas a la desnudez y sin ilusiones, en aquella guerra que nunca se acababa.

En fin, echamos por la carretera general y, al poco rato, tuvimos el primer encuentro de la jornada. Un hombre llevaba por la brida dos caballos, morcillos y bien nutridos, muy hermosos en verdad. Eran dos caballos alemanes, pero el hombre lucía un uniforme que nunca vi antes y, tan pronto estuvimos a su altura en la carretera, primero nos miró, luego nos saludó y, total, que como llevábamos el mismo camino entabló conversación en su italiano chapurreado, y así anduvimos y hablamos juntos durante un buen trecho. Era un joven de unos veinticinco años, guapo como pocos he visto en mi vida. Alto, ancho de espaldas, de talle fino como una mujer, elegante, con sus piernas largas y las botas de caña de cuero marrón. Era rubio como el oro, tenía los ojos de un color entre verde y azul, almendrados, extraños y como soñadores, la nariz recta, grande y delgada, la boca encarnada y bien dibujada y, cuando sonreía, mostraba unos dientes muy bonitos, blancos y regulares, que daba gusto verlos. Nos dijo que no era alemán, sino ruso, de una región bastante lejana; dijo el nombre, pero no lo recuerdo. Dijo tranquilamente que había traicionado a los rusos por los alemanes porque no congeniaba con los rusos, a pesar de que tampoco le gustasen en absoluto los alemanes. Dijo que él, junto con otros rusos que también habían hecho traición, estaba al servicio de los alemanes y dijo, además, que ahora ya estaba seguro de que los alemanes tenían perdida la guerra porque habían indignado al mundo con sus crueldades y todo el mundo se había puesto en contra de ellos. Los alemanes, concluyó, en cuestión de meses perderían totalmente la guerra y, entonces, todo habría terminado para él; luego, hizo un ademán que me dejó helada, llevándose la mano al cuello como para decir que los rusos se lo cortarían. Hablaba con calma, como si su destino ya le fuese indiferente, y hasta se sonreía, no sólo con la boca, sino también con aquellos ojos extraños, cerúleos, que parecían dos trocitos de mar allí donde es más hondo. Se comprendía que odiaba a los alemanes y odiaba a los rusos y hasta se odiaba a sí mismo y no le importaba nada morir. Caminaba tranquilamente, llevando de la brida a los dos caballos; y, por la carretera desierta, en la campiña gris y helada, sólo iba él con sus dos caballos, y parecía increíble que aquel hombre tan guapo estuviese, como quien dice, condenado ya y debiese morir pronto, quizás antes de finalizar el año. En la bifurcación donde nos separamos, dijo todavía, acariciando la crin a uno de sus caballos:

—Estos dos caballos son todo lo que me queda en la vida y ni siquiera son míos.

Luego, se fue, en dirección de la ciudad. Le miramos un momento mientras se alejaba. Y no

pude menos que pensar que también aquello era una consecuencia de la guerra; de no haber habido la guerra, aquel joven tan guapo se hubiese quedado en su país, donde quizá se habría casado y trabajaría hecho un hombre, como tantos. La guerra le había hecho abandonar su país, traicionarlo, ahora le matarían y él ya estaba resignado a morir y ésta, entre tantas cosas terribles, quizá fuera la peor, por ser la menos natural y la menos comprensible.

Nosotros echamos por la izquierda, por un camino vecinal que llevaba a los naranjales. Esperábamos trocar los huevos con el pan de los tanquistas alemanes que acampaban en tiendas en la linde de los naranjales, como la otra vez. Pero no encontramos a nadie, los tanquistas se habían marchado y sólo se veía el suelo pisoteado y sin hierba allí donde habían plantado sus tiendas, y algunos árboles deshojados y con ramas quebradas: nada más. Entonces, dije que, por si acaso, valía la pena seguir por aquel camino, quizá los tanquistas u otro grupo de alemanes acampaban un poco más lejos. Anduvimos otro cuarto de hora más, siempre en silencio y, por fin, al cabo de casi un kilómetro, encontramos a una chica rubia que iba sola, no como quien se dirige a un lugar preciso, sino como quien pasea sin rumbo. Caminaba despacio, contemplando los campos grises y devastados con un extraño interés y, sin dejar de mirar, de vez en cuando, daba un mordisco a un pedazo de pan.

Fui a su encuentro y le pregunté:

—Oye, ¿sabes si hay alemanes arriba de este camino?

Al oír mi pregunta se detuvo de golpe y me miró. Llevaba un pañuelo a la cabeza y era en verdad una guapa muchacha, sana y robusta, de cara ancha y un poco mofletuda y ojos grandes, castaños. Dijo en seguida, atropelladamente:

—Alemanes... Claro que los hay... Vaya si hay alemanes.

—Pero, ¿dónde están? —le pregunté.

Ella me miraba, ahora parecía asustada y, de repente, sin responderme, hizo ademán de marcharse. Entonces, la agarré de un brazo y, repetí la pregunta; y ella, en voz baja, dijo:

—Si te lo digo, ¿luego no irás a contar dónde tengo las provisiones? Me quedé boquiabierta ante aquellas palabras, porque estaban a tono de las circunstancias y, al mismo tiempo, eran absurdas. Dije:

—¿Qué dices? ¿Qué tienen que ver las provisiones?

Ella, meneando la cabeza, contestó:

—Vienen y quitan... Son alemanes, ya se sabe... Pero, ¿sabes lo que les dije la última vez que vinieron? No tengo nada, les dije, no tengo harina, no tengo habichuelas, no tengo manteca, no tengo nada..., tan sólo tengo leche para mi niño... Si la queréis, tomadla..., aquí está.

Y, mirándome fijamente con sus ojos desencajados, empezó a desabrocharse el corpiño. Me quedé atónita y Michele y Rosetta, también. Ella nos miraba, moviendo los labios como si hablase consigo misma y, mientras tanto, se desabrochó el corpiño hasta la cintura; después, con una mano, con los dedos separados, como hacen precisamente las madres cuando dan el pecho al bebé, se sacó una teta.

—No tengo más que esto..., tomadlo —repetía, entretanto, en voz baja, en su desvarío.

Logró sacar del corpiño la teta entera, que era hermosa y redonda e inflada, con esa transparencia de la piel y esa blancura clara que suelen indicar que la mujer es madre y amamanta. Pero, después de haberla sacado, he aquí que, de improviso, se fue canturreando, como distraída, con el corpiño desabrochado y una teta fuera y la otra dentro. Me impresionó verla marcharse así, mordisqueando su cacho de pan, con aquella teta expuesta al sol invernal, única cosa viva y blanca y luminosa y cálida que había en aquella jornada sin color, desnuda y fría.

—Pero si está loca —dije, por fin, a Rosetta.

Michele lo confirmó, secamente:

—Claro.

Y reanudamos el camino en silencio.

Pero como no se veían alemanes en ninguna parte, Michele propuso ir a casa de ciertos conocidos suyos que suponía estaban refugiados en una barraca, entre los naranjales. Dijo que era

buena gente y, cuando menos, podrían sugerirnos dónde encontrar alemanes que nos cambiasen los huevos por pan. Por lo cual, al poco rato, dejamos el camino vecinal y nos adentramos por un sendero entre los huertos. Michele nos dijo que todos aquellos naranjos pertenecían a la persona a cuya casa nos dirigíamos, un abogado soltero, que vivía con su anciana madre. Caminamos quizá diez minutos y, por fin, desembocamos en una pequeña explanada, frente a una mísera casucha, de paredes de ladrillo y el techo de chapa ondulada. La barraca tenía dos ventanas y una puerta. Michele se acercó a una de las ventanas, miró y llamó dos veces. Aguardamos un rato y, por fin, la puerta se abrió despacio y como de mala gana y el abogado apareció en el umbral. Era un hombre de unos cuarenta años, corpulento, calvo, de frente pálida y brillante como el marfil, rodeada de una mata de pelo negro y enmarañado, ojos acuosos y un poco saltones, nariz ganchuda, boca fofa y plegada sobre el mengrasto. Llevaba un gabán de esos que se usan por la noche, de paño azul con solapa de terciopelo negro, pero debajo de aquel abrigo tan elegante asomaban unos pantalones raídos y botas de soldado de cuero, claveteadas. Vernos, lo noté seguidamente, le sentó mal; pero se rehízo en seguida y abrazó a Michele con una cordialidad incluso excesiva.

—Michelino..., hola, hola... ¿Qué aires te traen por acá?

Michele nos presentó y él nos saludó, distante, como embarazado y casi fríamente. Mientras tanto, sin embargo, seguíamos en el umbral y él no nos invitaba a entrar. Entonces, Michele dijo:

—Pasábamos por aquí y, hemos pensado en hacerle una visita. El abogado respondió, como sobresaltándose:

—Muy bien... Precisamente nos disponíamos a sentarnos a la mesa... Pasad, comeréis con nosotros.

—Dudó y, luego añadió: Michele te lo advierto..., pues conozco tus sentimientos que, por lo demás, también son los míos...: he invitado al teniente alemán que manda la batería antiaérea de aquí al lado. Tenía que hacerlo... Ay, desgraciadamente, en estos tiempos.

Así, disculpándose y suspirando, nos hizo pasar a la barraca. Había una mesa redonda que estaba servida junto a la ventana y era lo único limpio y en orden del aposento; todo lo demás no eran sino baratijas, montones de trapos, pilas de libros, maletas y cajas hacinadas. A la mesa estaba sentada ya la madre del abogado, una señora anciana, bajita, vestida de negro, de cara arrugada y tímida como de mona asustada, y el teniente nazi, un tipo rubio, flaco, embutido como una hoja de papel en el ceñido uniforme, con las largas piernas enfundadas en pantalones de montar y botas altas, que él estiraba sin recato a uno y otro lado bajo la mesa. Parecía un perro y tenía cara de perro: todo nariz, de ojos casi amarillos, muy juntos, sin pestañas ni cejas, con la expresión pronta y hostil, de boca grande y echada hacia atrás. Cortés y cumplido, se puso en pie y nos saludó dando un taconazo, pero no estrechó la mano a nadie y volvió á sentarse de golpe, como diciendo: «no lo hago por vosotros, sino porque soy una persona educada.» El abogado, mientras tanto nos explicaba que el teniente pertenecía a las baterías antiaéreas, cosa que ya sabíamos; y que aquella comida era una comida de buena vecindad.

—Y esperemos —concluyó diciendo el abogado— que la guerra termine pronto y el teniente pueda invitarnos en su casa en Alemania.

El teniente no decía nada, ni siquiera sonrió; pensé que no sabía nuestra lengua y que no había comprendido. Pero luego, de repente, dijo en buen italiano: «Gracias, no tomo aperitivos», a la madre que, con voz quejumbrosa, le ofrecía un vermut. Entonces comprendí, no sé por qué, que él no sonreía porque, sus motivos tendría, estaba de punta con el abogado. Después, Michele habló de nuestro encuentro con la loca; y el abogado dijo con indiferencia:

—Ah, sí, Lena. Siempre ha estado loca. El año pasado, en aquel barullo de tropas que iban y venían, algún soldado la sorprendió mientras se paseaba, como solía hacer, sola por el campo y la dejó preñada.

—¿Y dónde está el hijo, ahora?

—Lo tiene la familia y lo crían con todo cuidado. Pero ella, la pobre loca, tiene la manía de que quieren quitárselo porque no tiene leche para darle de mamar. Lo curioso, en cambio, es que le amamanta regularmente, es decir, a horas fijas, su madre se lo pone en sus brazos y ella hace lo que

su madre le dice que haga. Pero no por ello se le va la manía de que no consigue alimentarlo.

El abogado hablaba de la pobre Lena como de una cosa cualquiera. Y, en cambio, yo había sacado de ella una impresión profunda que jamás se borrará de mi memoria. Como si aquel pecho desnudo que ofrecía a quienquiera que fuese en la carretera general, hubiese sido el indicio más claro de las condiciones en que nos hallábamos los italianos aquel invierno de 1944: carentes de todo, como los animales, que sólo tienen la leche que dan a sus crías.

Mientras tanto, la madre del abogado, atemorizada, temblorosa, desconfiada, iba y venía de la cocina llevando los platos con ambas manos, como si se tratase del santo Sacramento. Puso en la mesa lonjas de salchichón y de jamón, pan de munición alemán, precisamente del que andábamos buscando y, luego, una verdadera sopa de fideos y, por último, un gran pollo asado guarnecido de encurtidos. Puso también en la mesa una botella de vino tinto, de buena calidad. Se veía que el abogado y su madre habían hecho un esfuerzo por aquel mozalbete alemán a quien, ahora, con su batería, tenían de vecino y les convenía que estuviese contento. Pero el teniente tenía mal carácter de veras porque, lo primero que hizo fue señalar el pan de munición y preguntar:

—¿Puedo preguntarle, señor abogado, cómo se las ha arreglado para hacerse con ese pan?

El abogado, que estaba sentado muy abrigado como si hubiese tenido fiebre, respondió con voz vacilante y jocosa:

—Pues, un regalo, un soldado nos lo regaló a nosotros y nosotros le hicimos un regalo a él..., ya se sabe, en tiempo de guerra...

—Un trueque —dijo el otro, implacable—: está prohibido... ¿Quién era ese soldado?

—Vaya, vaya, teniente, se mienta el pecado, pero no al pecador... Pruebe ese jamón, que no es alemán, sino de aquí.

El teniente no dijo nada y se puso a comer el jamón.

Después del abogado, el teniente, de repente, fijó su atención, en Michele. Le preguntó, así a quemarropa, qué profesión ejercía; y Michele le respondió sin vacilar que era profesor y daba lecciones.

—¿Lecciones de qué?

—De Literatura italiana.

El teniente, con asombro del abogado, dijo entonces, tranquilamente:

—Conozco vuestra literatura.. Hasta he traducido al alemán una novela italiana.

—¿Cuál?

El teniente dijo el nombre del autor y el título, pero ahora no recuerdo ni uno ni otro; y pude ver que Michele, quien hasta entonces no había mostrado ningún interés por el teniente, ahora parecía lleno de curiosidad; y que el abogado, al ver que el teniente hablaba a Michele casi con una especie de consideración, como de tú a tu, cambiaba también de actitud: parecía contento de tener a Michele en la mesa, y hasta llegó a decir al teniente: «Ah, nuestro Festa es un literato..., un literato de valía», dándole una palmada en el hombro. Pero el teniente parecía tener el puntillo de no ocuparse del abogado, quien, sin embargo, era el anfitrión y le había invitado precisamente él. Y, vuelto hacia Michele prosiguió diciendo:

—He vivido dos años en Roma y he estudiado vuestra lengua... Personalmente me ocupo de Filosofía.

El abogado trató de meter baza diciendo, jocosamente:

—Entonces, comprenderá usted por qué los italianos nos tomamos todo lo que nos ha pasado en estos últimos tiempos con filosofía..., je, je, precisamente, con filosofía...

Pero, una vez más el teniente ni siquiera le miró. Ahora, hablaba largo y tendido con Michele, mencionando gran cantidad de nombres de escritores y de títulos de libros; se veía que conocía bien la literatura y me di cuenta de que Michele, casi a pesar suyo y como con avaricia, poco a poco cedía a un sentimiento, si no propiamente de estima, por lo menos de curiosidad. Siguieron así durante un rato y, luego, no sé cómo, se vino a hablar de la guerra y lo que puede ser la guerra para un escritor o un filósofo; y el teniente, tras haber observado que era una experiencia importante, incluso necesaria, se mostró como era en realidad al decir esta frase:

—Pero la sensación más nueva y hasta más estética —repito esta palabra: «estética», aunque de momento no la comprendí, porque toda la frase se me quedó grabada en la memoria como a fuego—, la experimenté durante la campaña de los Balcanes, y, ¿sabe usted, profesor, de qué modo? Limpiando una caverna llena de soldados enemigos con el lanzallamas.

Tan pronto hubo proferido aquella frase, los cuatro, Rosetta, yo, el abogado y su madre nos quedamos de piedra. Después, he pensado que quizá se trataba de una jactancia y he esperado que nunca lo hubiese hecho y no fuese verdad: había tomado algunos vasos de vino, tenía el rostro congestionado y los ojos un poco brillantes; pero, de momento, me dio un vuelco el corazón y me quedé helada. Miré a los demás. Rosetta tenía la mirada baja; la madre del abogado, nerviosa, alisaba con manos temblorosas un pliegue del mantel; el abogado había hecho como las tortugas, tenía la cabeza metida en el gabán. Tan sólo Michele miraba al teniente con los ojos muy abiertos; luego, dijo:

—Interesante, ni qué decir tiene, interesante... Y aun más nueva y estética debe ser, supongo la sensación del aviador que arroja sus bombas sobre una población y, después que ha pasado, donde antes había casas, no queda más que un montón de escombros.

El teniente, sin embargo, no era tan tonto como para no darse cuenta de que la frase de Michele era irónica.

Dijo, al cabo de un momento:

—La guerra es una experiencia insustituible, sin la cual un hombre no puede decir que es un hombre... Y, a propósito, señor profesor, ¿por qué está usted aquí y no en el frente?

Michele preguntó de rebote, con sencillez:

—¿Qué frente?

Y aunque parezca extraño, esta vez el teniente no dijo nada, se limitó a mirarle malamente y, luego, volvió a su plato.

Pero no estaba contento, se veía a la legua que se daba cuenta de que tenía a su alrededor personas, si no propiamente hostiles, por lo menos no amigas. Por lo que, de repente, dejó en paz a Michele, quien quizá no le parecía suficientemente asustado, y atacó de nuevo al abogado.

—Mi querido señor abogado —dijo de sopetón, indicando la mesa—, usted nada en la abundancia, mientras que, por lo general, todo el mundo aquí, en los alrededores, se muere de hambre... ¿Cómo ha podido usted procurarse tanta comida?

El abogado y su madre cruzaron una ojeada significativa, despavorida y recelosa la de la madre, tranquilizadora la del abogado, y, luego, éste dijo:

—Le aseguro que los demás días no comemos, en verdad, así... Lo hemos hecho en honor a usted.

El teniente calló un momento y, luego, preguntó:

—Usted tiene propiedades en este valle, ¿no es verdad?

—Sí, en cierto modo, sí.

El sudor, ahora, bañaba la frente del abogado, aunque en la barraca hiciese frío; su madre, no sabiendo ya qué hacer, se levantó, trastornada, y dijo con voz trémula: «Voy a hacer un buen café», y desapareció en la cocina. El teniente, mientras tanto, decía:

—Yo no soy como la mayor parte de mis compatriotas, que son tan estúpidos como vosotros los italianos... Ellos quieren a Italia porque tiene muchos bellos monumentos y porque los paisajes de Italia son los más bellos del mundo... O bien encuentran a un italiano que habla alemán y se conmueven oyendo hablar su lengua... O bien, asimismo, se les ofrece un buen yantar, como me ha ofrecido usted hoy a mí, y se hacen amigos con la botella. Yo no soy como esos alemanes estúpidos e ingenuos. Yo veo las cosas como son y se las digo en la cara, querido señor. Entonces, no sé por qué, quizá porque aquel pobre abogado me daba compasión, dije de repente, casi sin reflexionar:

—¿Sabe usted por qué el abogado le ha ofrecido esta comida?

—¿Por qué?

—Porque vosotros los alemanes dais miedo a todo el mundo y todo el mundo tiene miedo de vosotros y, entonces, él ha buscado la manera de aplacarle a usted como se hace precisamente con

una fiera, dándole de comer algo bueno.

Aunque parezca extraño, él puso una cara, tan sólo un instante, casi triste y amargada: a nadie, ni siquiera a un alemán, le gusta que le digan que da miedo y que la gente es amable con él sólo porque tiene miedo. El abogado, aterrizado, trató de remediar la situación, interviniendo:

—Teniente, no haga caso a esa mujer... Es una persona sencilla, ciertas cosas no las comprende.

Pero el teniente le hizo signo de que se callase y preguntó:

—¿Y por qué damos miedo los alemanes? ¿No somos hombres como todos los demás?

Yo, arrebatada ya, estuve a punto de contestarle: «No, un hombre que es hombre, o sea, un cristiano, no se divierte limpiando, como ha dicho usted hace poco una caverna llena de soldados vivos con el lanzallamas»; pero, afortunadamente, pues no sé lo que podía haber pasado después, no me dio tiempo, porque, de repente, del valle se elevó un estruendo de disparos esparcidos y secos, como de defensa antiaérea, que alternaban, empero, con los estallidos más broncos de las bombas que caían. Al mismo tiempo, el aire se llenaba de un zumbido lejano que cada vez se acercaba más y era más perceptible. El teniente se puso en seguida en pie de un salto, exclamando: «La aviación..., he de ir a mi batería», y derribando sillas y todo lo que encontraba a su paso, salió corriendo. El primero que se recobró tras la marcha del teniente fue el abogado:

—De prisa, de prisa, venid... Vamos al refugio.

Se levantó y nos precedió fuera de la barraca, en la explanada. Allí, en un ángulo, había como una abertura a flor de tierra, protegida por un castellet de vigas y de sacos de arena. El abogado se dirigió directamente a aquella abertura y empezó a bajar por una escala de madera, repitiendo:

—De prisa, dentro de un momento estarán sobre nosotros.

Se oía, en efecto, el zumbido aquél, que pese a los disparos de la defensa antiaérea, se hacía francamente obsesionante, como si viniese de detrás de los árboles que rodeaban la explanada. Luego, todo se apagó y nos encontramos a oscuras, en un tabuco subterráneo que parecía excavado debajo mismo de la explanada.

—Esto, naturalmente, no bastaría contra una bomba —dijo el abogado—, pero al menos vale para las balas de las ametralladoras... Encima de nosotros hay un metro de tierra y los sacos de arena.

Total, que estuvimos allí no sé cuánto tiempo, de pie, sin decir ni pío; sin embargo, de vez en cuando, se oía, atenuado, algún estallido de la batería antiaérea y nada más. Al final, el abogado entreabrió la puertecita, comprobó que ya todo estaba callado y, entonces, salimos. El abogado nos indicó algunos de los sacos de arena, desgarrados y horadados, y hasta recogió un proyectil de cobre, tan largo como un dedo, diciendo:

—Si esto nos alcanzara, nos mataba, seguro. —Luego, alzando los ojos al cielo, añadió—: Benditos aviones, así vinieseis a menudo. Esperemos que nos hayan librado de ese teniente que es propiamente una bestia feroz.

Su madre le reprendió, diciendo:

—No digas eso, Francesco. También es un cristiano. No se debe desear la muerte de nadie.

—¿Un cristiano, ése? Maldito sea él, maldita su batería y maldito el día en que vino aquí. Cuando se vaya, quiero dar una comida mil veces mejor que la de hoy. Queda entendido, estáis invitados todos.

Total, que no hacía más que maldecir al teniente alemán, y lo hacía con auténtico odio. Por fin, entramos en la barraca y tomamos el café; luego, la madre del abogado se quedó con los huevos y nos dio a cambio un poco de harina y unas pocas habichuelas. Después, nos despedimos de ellos y nos fuimos.

Era tarde ya, habíamos trocado los huevos y yo tenía prisa por volver a Sant'Eufemia. En el valle no habíamos tenido más que malos encuentros: primero, el ruso con sus caballos; luego, la pobre loca; después, aquel teniente alemán. Michele, mientras subíamos, dijo:

—Mientras él hablaba, sobre todo me daba rabia una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que él tenía razón a pesar de ser nazi.

—¿Y por qué? Hasta los nazis pueden tener razón, alguna vez —dije yo.

Y él, con la cabeza gacha, afirmó:

—Nunca.

Yo hubiese querido preguntarle cómo se explicaba que aquel nazi tan feroz, que encontraba un gusto particular abrasando a la gente con el lanzallamas, al propio tiempo, sin embargo, se diese cuenta de la injusticia que había en Italia. Michele siempre nos había dicho que quienes sentían las injusticias eran las personas honestas, los mejores de todos, los únicos que él no despreciaba. Y ahora, hete aquí que aquel teniente, que por añadidura era también filósofo, sentía la injusticia y, al propio tiempo, sin embargo, encontraba satisfacción en matar a la gente. ¿Cómo podía ser eso? Entonces, no era verdad que la justicia fuese una cosa tan buena. Pero no tuve valor para comunicarle mis reflexiones, en parte, quizá, porque le veía desalentado y triste. Así, pues, remontamos el valle y llegamos a Sant'Eufemia cuando ya hacía rato que era de noche.

CAPÍTULO VII

Unos de aquellos días de enero, mientras la tramontana seguía soplando en un cielo transparente y luminoso que parecía de cristal, he aquí que, al despertar, Rosetta y yo oímos como un ruido lejano y regular en lo alto del cielo, por la parte de la marina. Era un primer retumbo, sordo, como si el cielo hubiese recibido un puñetazo y, luego, un segundo retumbo poco después, más fuerte y más nítido, que parecía el eco del primero. Un paf, paf, paf, que se sucedía, sin parar y aquel sonido sombrío y amenazador hacía parecer, por contraste, más bello el día, más claro el sol y más azul el cielo. Pasaron dos días sin que aquel ruido cesase ni de noche ni de día; después, una mañana, llegó del monte un pastorcillo trayendo un folleto que había encontrado en un matorral. El folleto era un periodiquillo impreso por los ingleses, pero en lengua alemana para los alemanes; y como allí Michele era el único que sabía un poco de alemán, se lo llevaron; él, después de leerlo, nos explicó que los ingleses habían efectuado un gran desembarco por la parte de Anzio, cerca de Roma, y que, ahora, se estaba librando una gran batalla, con buques de guerra, carros armados e infantería, que los ingleses avanzaban hacia Roma y que, al parecer, estaban ya por la parte de Vallettri. A esta noticia todos los refugiados se arrojaron unos en brazos de otros, felicitándose y besándose de alegría. Aquella noche, nadie se acostó temprano, como solía ocurrir, sino que todos fueron de una casita a otra, de una cabaña a otra, comentando el desembarco y congratulándose de que se hubiera efectuado.

En cambio, los días sucesivos no trajeron ninguna novedad. Aquel ruido sordo del cañón, cierto es, siguió tras el horizonte por la parte de Terracina; pero los alemanes, como supimos en seguida, no se marchaban. Y después, al cabo de unos días, llegaron las primeras noticias precisas; los ingleses, en efecto, habían desembarcado, pero los alemanes, rápidamente mandaron no sé cuantas divisiones de soldados a detenerlos y, tras muchos combates, lo habían conseguido. Ahora, los ingleses estaban atrincherados en la playa, en un espacio hartamente reducido; y los alemanes disparaban sobre aquel espacio, con muchos cañones, como en un tiro al blanco, de modo que, en suma, pronto acabarían por obligar a los ingleses a embarcarse de nuevo en sus buques, que estaban allí, frente a la playa, preparados para recogerles en el caso de que el desembarco fracasase. Después de estas noticias, por Sant'Eufemia no se veía más que caras largas y los refugiados repetían que los ingleses no sabían hacer la guerra en tierra porque eran marineros, que los alemanes, en cambio, la guerra en tierra la llevaban en la sangre y que los ingleses no se saldrían con la suya, que los alemanes, con toda seguridad, ganarían la guerra. Michele no hablaba en absoluto con los refugiados porque, como nos dijo, no quería hacerse mala sangre. Pero a nosotros nos aseguraba que era absolutamente imposible que los alemanes ganasen; y cuando un día le pregunté por qué pensaba así, respondió, sencillamente:

—Los alemanes estaban ya vencidos desde antes de empezar.

Quiero referir aquí una anécdota para demostrar lo faltos de noticias que estábamos allí y cómo aquellos campesinos, analfabetos casi todos, deformaban además las pocas noticias que les llegaban. Dado que no se conseguía saber nada concreto sobre el desembarco de Anzio, Filippo y otro refugiado, comerciante como él, decidieron pagar a Paride a fin de que fuese, a través de las montañas, por los caminos de herradura, a un pueblo bastante alejado de la Ciociaria donde sabían que el médico tenía radio. Ciertamente Paride era analfabeto y no sabía leer ni escribir, pero tenía oídos y podía escuchar la radio como cada cual y hasta hacérsela explicar por el médico. Además, le dieron un poco de dinero con objeto de que, durante el trayecto, si podía, hiciese acopio de víveres, harina, habichuelas, embutidos, en suma, todo lo que pudiese encontrar. Paride ensilló el borrico y salió una mañana al alba.

Paride estuvo ausente tres días y regresó una tarde, casi de anochecida. En seguida, tan pronto le

vieron aparecer monte arriba tirando al burro del ronzal, todos los refugiados corrieron a su encuentro, y primero que nadie Filippo y su amigo comerciante, quienes le habían pagado para que escuchase la radio. Paride, en cuanto llegó a la *macera*, dijo que no había encontrado casi nada de comida, en todas partes había carestía y hambre como en Sant'Eufemia, y hasta peor. Luego, se encaminó hacia su cabaña seguido por un cortejo de gente. En la cabaña se sentó sobre un banco y en torno suyo se sentó su familia. Michele, Filippo y otros más, y muchos hasta se quedaron fuera de la cabaña porque no había sitio, pero querían escuchar también lo que Paride había oído en la radio.

Paride dijo que había oído la radio, pero que la radio no decía mucho sobre el desembarco, sólo decía que ingleses y alemanes seguían en sus posiciones y no se movían. Pero había hablado con el médico y con muchos otros que habían oído la radio otros días, y así se enteró de por qué había fracasado el desembarco. Filippo le preguntó entonces por qué fracasó el desembarco; y Paride respondió con sencillez que había sido por culpa de una mujer. Todos nos quedamos boquiabiertos ante aquella noticia; Paride continuó diciendo que el almirante que mandaba el desembarco era un americano, el cual, sin embargo, en realidad era alemán y nadie lo sabía. Aquel almirante tenía una hija guapa como el sol que estaba prometida con el hijo del general que mandaba todas las tropas americanas en Europa. Pero el hijo, que era un villano, cometió la afrenta de romper el noviazgo, devolver los regalos y el anillo y de casarse con otra. Entonces, el almirante padre de la novia, que era alemán, quiso vengarse e informó secretamente a los alemanes del desembarco, de modo que cuando los ingleses se presentaron ante Anzio, habían encontrado a los alemanes esperándoles con sus cañones emplazados.

Ahora, empero, la cosa había sido descubierta, se habían cerciorado de que el almirante era un alemán auténtico que se hacía pasar por americano y estaba detenido, pronto le procesarían y con toda seguridad, sería fusilado. Las noticias de Paride dividieron a los oyentes. Algunos, los más ignorantes y más simples, repetían, meneando la cabeza:

—Ya se sabe, en el fondo siempre hay alguna mujer... si rascas un poco, siempre encuentras las faldas.

Pero muchos protestaron diciendo que era imposible que la radio hubiese contado tamañas paparruchas. En cuanto a Michele, se limitó a preguntar a Paride:

—¿Estás seguro de que esas noticias las dio la radio?

Paride confirmó que el médico y otras personas más le habían asegurado que aquellas noticias habían sido transmitidas por la Voz de Londres. Y Michele preguntó:

—Vamos a ver, ¿por casualidad no las habrás oído de algún cantor callejero en la plaza del pueblo?

—Pero, ¿qué cantor?

—Es un decir. Total, una nueva versión del suceso de Gano di Maganza. Muy interesante, ni que decir tiene.

Paride, que no captaba la ironía, repitió que todas eran noticias garantizadas por la radio; pero yo, poco después, pregunté a Michele quién era aquel Gano di Maganza y él me explicó que había sido un general del pasado, muchos siglos atrás, que había traicionado a su emperador en una batalla contra los turcos. Entonces, dije:

—Bueno, lo ves, son cosas que pueden ocurrir... No digo que Paride tenga razón, pero, en fin, no es del todo imposible.

Se echó a reír y dijo:

—Ojalá que las cosas anduviesen todavía hoy de ese modo.

Total, que no restaba sino esperar, en vista de que el desembarco, por un motivo u otro, había fallado. Pero, como dice el proverbio, quien espera desespera y nosotras, allá en Sant'Eufemia, durante todo el mes de enero y luego también el de febrero, no hicimos sino desesperarnos un poco más cada día. Las jornadas, además, eran monótonas porque ya todo se repetía y cada día ocurrían las mismas cosas que habían ocurrido durante los últimos meses. Cada día había que levantarse, partir leña, encender la lumbre en la cabaña, hacer la comida y comer y, luego, vagar por las *macere*

para matar el tiempo hasta la hora de la cena. Cada día, además, venían los aviones a tirar bombas. Cada día se oía desde la mañana hasta la noche y desde la noche hasta la mañana el retumbo regular de aquellos malditos cañones de Anzio que disparaban continuamente y que, por lo visto, nunca daban en el blanco, porque ni ingleses ni alemanes, como sabíamos, se habían movido. Cada día, en suma, era igual al día anterior; pero la esperanza, excitada ya e impaciente, lo hacía más tenso, exasperado, doloroso, aburrido, interminable y extenuante que el anterior. Y aquellas horas que, al principio de nuestra estancia en Sant'Eufemia, habían pasado tan de prisa, ahora no acababan nunca de transcurrir y era en verdad un agotamiento, una desesperación indecibles.

Lo que, sin embargo, contribuía más a hacer exasperante la monotonía era aquel hablar continuo, que todos hacían, de cosas de comer. Se hablaba cada vez más porque cada vez había menos; y en las conversaciones, ahora, ya no se traslucía la nostalgia de quien come mal, sino el miedo de quien come poco. Ahora, ya todos hacían solamente una comida al día y se guardaban muy bien de invitar a los amigos. Como decía Filippo:

—Todos amigos entrañables, pero, en la mesa, con estos tiempos, cada cual por su lado.

Los que lo pasaban menos mal seguían siendo los que tenían dinero, o sea Rosetta y yo, Filippo y otro refugiado que se llamaba Geremia; pero también nosotros, que éramos, como suele decirse, adinerados, presentíamos que pronto el dinero ya no nos serviría de nada. En efecto, los campesinos, que al principio habían tenido tanta avidez de dinero porque, pobrecitos, en tiempo de paz no lo veían nunca, ahora empezaban a saber latín y se daban cuenta de que el dinero valía menos que la mercancía. Decían un poco sombríamente, casi con tono vengativo:

—Ha llegado nuestra hora... Somos los labradores quienes mandamos, porque somos nosotros quienes tienen las provisiones... El dinero no se come, las provisiones, sí.

Pero yo sabía que se jactaban un poco porque tampoco ellos tenían muchas provisiones: eran campesinos pobres de montaña que siempre llegan con dificultad a la nueva cosecha y, cuando están en abril o mayo, también ellos tienen que sacar dinero y comprar un poco de comida para llegar hasta julio.

¿Qué comíamos? Comíamos una vez al día unas pocas habichuelas hervidas con una cucharadita de manteca de cerdo, un poquito de tomate en conserva, un trocito de carne de cabra y algunos higos secos. Por la mañana, como ya he indicado, algarrobas o bien cebollas y una delgada rebanada de pan. Sobre todo, faltaba sal y eso era terrible, porque la comida sin sal no se puede siquiera tragar, pues, apenas entra en la boca dan ganas de vomitarla; de tan sosa y casi dulce parece una cosa muerta y putrefacta. De aceite no había ni una gota siquiera; de manteca, apenas me quedaban dos dedos en el fondo de un tarro. De vez en cuando, había suerte, como una vez que pude comprar dos kilos de patatas. O bien, otra vez, que tuve ocasión de comprar a unos pastores un queso de oveja que pesaba cuatrocientos gramos, duro como la piedra, pero bueno, picante. Pero era cosa de suerte, es decir, casos raros con los que no se podía contar.

El campo, ahora que ya se estaba a primeros de marzo, empezaba a mostrar los signos de la primavera. Una mañana, por ejemplo, al asomarnos a la ventana, vimos entre la niebla, en el declive, el primer temblor de las flores blancas de los almendros: se habían abierto todas aquella noche y parecían temblar de frío, blancas como fantasmas en la niebla gris. A los refugiados aquel florecer nos pareció indicio alegre: venía la primavera, las carreteras se secarían, los ingleses reanudarían el avance. Pero los campesinos meneaban la cabeza: primavera quería decir hambre. Ellos sabían por experiencia que sus provisiones no alcanzarían para empalmar con la nueva cosecha y procuraban escatimarlas hasta donde podían, ingeniándoselas para encontrar algo que comer sin recurrir a ellas. Paride, por ejemplo, colocaba en los matorrales trampas hechas con cañas para cazar petirrojos y alondras: pero eran animales tan pequeños que se necesitaban cuatro para hacer un piscolabis. O bien trataba de atrapar con cebo las zorras de aquellos parajes, pequeñas y rojas como el fuego, que luego despellejaba y, tras haberlas puesto a remojar varios días para ablandarlas, guisaba con un salsa dulce y fuerte, de modo que no se notase el sabor a selva. Pero el recurso mayor era ya la achicoria, que no era la achicoria de Roma, que siempre es la misma planta y no varía nunca, sino cualquier hierba comestible. También yo recurría cada vez más a aquella

pretendida achicoria; y, a veces, con Rosetta, pasaba la mañana cogiéndola por las *macere*. Nos levantábamos temprano y, provistas cada una de un cuchillito y una espuerta, nos íbamos a lo largo de la pendiente, ora más arriba, ora más abajo de las casas, cogiendo hierbas. No se tiene idea de las hierbas comestibles que hay, casi todas, en realidad. Yo las conocía un poco ya por haberlas cogido cuando era niña, pero había olvidado casi del todo los nombres y las especies. Luisa, la mujer de Paride, me acompañó la primera vez para adiestrarme; por lo que, muy pronto, supe tanto como los campesinos y conocía las varias especies de achicoria, una por una, de nombre y de forma. Recuerdo algunas, tan sólo: el *crispigno*, que en la ciudad se llama berro, de hojas y tallos tiernos y dulces, color verde oscuro; la *caccialeppe*, que se encuentra entre los predruscos de las *macere*, de un verde casi azul, con las hojas finas, alargadas y carnosas; la *quaiozza*, que es una hierba plana con cuatro o cinco hojas aplastadas sobre el suelo, peludas, verdes y amarillas; la achicoria propiamente dicha, de tallos alargados y hojas dentadas y puntiaguadas; la *rughetta*; la *mentuccia*; la *calaminta* y no sé cuántas más. Andábamos, como he dicho, arriba y abajo por las *macere*, y no éramos las únicas, porque todos cogían achicoria y resultaba un extraño espectáculo el de la ladera de la montaña, llena de gente que andaba pasito a paso, con la cabeza gacha, como ánimas del purgatorio. Parecía como si todos buscasen algún objeto perdido y, en cambio, era el hambre lo que les hacía buscar algo que no habían perdido ni mucho menos, sino que esperaban encontrar. Aquella cosecha de la achicoria duraba largo rato, dos o tres horas y hasta más, porque para hacer escasamente un plato era menester recoger un delantal colmado y, además, porque no abundaba como para que pudiese abastecer a todos los que la buscaban y, con el tiempo, había que ir cada vez más lejos y buscarla siempre durante más rato. De toda aquella fatiga, al final, poco se sacaba una vez hervida, la achicoria de dos o tres delantales llenos se convertía en dos o tres bolas verdes del tamaño de una naranja cada una. Tras haberla hervido, la pasaba por la sartén con una pizca de manteca y aquello servía, si no para alimentarnos, al menos para llenarnos la barriga y engañar el hambre. Pero aquel esfuerzo de recoger achicoria nos dejaba muertas de cansancio por todo el resto del día. Y, por la noche, cuando me acostaba al lado de Rosetta en el duro lecho, sobre el jergón lleno de hojas secas de maíz, tan pronto cerraba los ojos, en vez de ver la oscuridad, no veía más que achicoria, plantas y más plantas de achicoria que bailaban ante mi mirada. Y yo trataba en vano de conciliar el sueño, porque seguía viendo la achicoria que se cruzaba y se disolvía en mis ojos, hasta que, tras un prolongado duermevela, me caía de sueño y me quedaba dormida. Pero, como he dicho, lo más fastidioso, en aquel período, era el hecho de que la carestía impulsaba a los refugiados a no hablar, en todo el día, más que de comida. También a mi me gusta comer; reconozco gustosamente que comer es algo importante, si no se come no se puede hacer nada, ni siquiera preocuparse de encontrar comida. Pero hay cosas más importantes de las que poder hablar, como nos repetía Michele; además, hablar de comida con el estómago vacío es un poco como infligirse un doble tormento: acordarse constantemente del hambre y, a la par, de la saciedad. Sobre todo Filippo nos daba la lata con sus conversaciones sobre la comida. Algunas veces, al pasar por la macera, veía a Filippo sentado en una piedra y rodeado por un grupo de refugiados, me acercaba y, entonces, le oía decir:

—¿Os acordáis? Uno telefoneaba a Nápoles y pedía reserva de mesa en un restaurante. Luego, tomábamos el coche, cuatro o cinco, todos de mucho saque, y nos íbamos allá. Nos sentábamos a la mesa a la una y nos levantábamos a las cinco. ¿Qué comíamos? Ah, *spaghetti* con jugo de pescado y trozos de pescado y calamares y langosta y ostras; doradas y róbalos a la parrilla aliñados con mahonesa; pichón con guisantes, rodajas de pez espada, de *spigola*, de atún a la parrilla; pulpos a la luciana que son tan buenos. Total, pescado de todas las calidades y en todas las salsas, durante dos o tres horas. Nos sentábamos a la mesa atildados, impecables; nos levantábamos con los chalecos desabrochados y los cinturones aflojados, soltando unos eructos que hacían retemblar los cristales; cada uno de nosotros pesaba, lo menos, tres kilos más. Y, encima, nos bebíamos lo menos una botella de vino por cabeza. Ah, aquellas comilonas, ¿quién volverá a hacerlas?

Alguien dijo, entonces:

—Cuando lleguen los ingleses, volverá la abundancia, Filippo. Uno de aquellos días en que,

como de costumbre, hablaban de comida, presencié un altercado entre Filippo y Michele. Filippo estaba diciendo:

—...Eso, ahora me gustaría tener un buen cerdo, sacrificarlo y hacer en seguida las chuletas, hermosas, un dedo de gruesas, cada una con un peso de quinientos gramos... Sabéis, quinientos gramos de cerdo es algo que te hace revivir.

Michele, que por casualidad le estaba oyendo, dijo de pronto:

—Sería, en verdad, un caso de canibalismo.

—¿Por qué?

—Porque el cerdo se comería al cerdo.

A Filippo le sentó mal oírse llamar puerco por su hijo, se puso muy colorado y dijo con voz estentórea:

—Tú no respetas ni a tus padres.

Y Michele añadió:

—No sólo no los respeto, sino que me avergüenzo de ellos. Filippo volvió a quedarse de nuevo desconcertado por aquel tono tan duro e intransigente y se limitó a observar, con más calma:

—Si tu no hubieses tenido un padre que pagaba, no habrías estudiado y, ahora, no podrías avergonzarte de nosotros..., *mea culpa*. A estas palabras, Michele se quedó un momento silencioso y, luego, dijo:

—Tienes razón... He hecho mal con escucharos... De ahora en adelante, me mantendré a distancia y vosotros hablaréis todo el tiempo que queráis de comida.

Filippo dijo entonces, conciliador y casi conmovido, porque quizás era la primera vez, desde que estábamos allí, que su hijo le daba la razón:

—Si quieres, hablaremos de otras cosas... Tienes razón, ¿qué necesidad hay de hablar de comida? Hablaremos de otras cosas. Pero Michele, de improviso, montó en cólera y, revolviéndose como una víbora, gritó:

—Está bien, ¿de qué hablaremos? ¿De lo que haremos cuando lleguen los ingleses? ¿De la abundancia? ¿Del negocio? ¿De lo que ha robado el aparcerero? ¿De qué hablaremos, dime?

Esta vez, Filippo se quedó callado, porque aquellas y otras semejantes eran precisamente las cosas de las cuales podía hablar y Michele se las había enumerado todas y él no recordaba ninguna más. Michele, tras haber dicho aquellas palabras, se alejó. Filippo, tan pronto estuvo seguro de que su hijo no le veía, hizo un gesto como diciendo: «Es un extravagante, hay que compadecerle»; y todos los refugiados trataron de animarle dándole la razón:

—Filippo, tienes un hijo que sabe muchas cosas... El dinero que has gastado para sus estudios ha estado bien empleado... Eso es lo importante, el resto no cuenta.

Michele, aquel mismo día, nos dijo un poco mortificado:

—Mi padre tiene razón, yo le falta al respeto. Pero es algo más fuerte que yo; cuando él habla de comida, pierdo la cabeza.

Le pregunté por qué le molestaba tanto que su padre hablase de comida. Reflexionó un momento y, luego, contestó:

—Si tú supieses que has de morir mañana, ¿hablarías de comida?

—No.

—Pues bien, nosotros nos encontramos en esa situación. Mañana o dentro de muchos años, no importa, moriremos. ¿Deberíamos, pues, en espera de la muerte, hablar y ocuparnos de tonterías?

No comprendía bien e insistí:

—Entonces, ¿de qué deberíamos hablar?

Volvió a reflexionar y, luego, dijo:

—En la situación actual, por ejemplo, deberíamos hablar de las razones por las cuales hemos venido a parar aquí.

—¿Y cuáles son esas razones?

Se echó a reír y respondió:

—Cada cual de nosotros debe encontrarlas por sí mismo, por su cuenta.

Entonces, dije:

—Tal vez, pero tu padre habla de comida precisamente porque no la hay y se está, por así decirlo, obligado a pensar en ella por fuerza.

Pero como cada vez escaseaba más la comida y mis provisiones estaban casi agotadas, decidí hacer un serio esfuerzo para procurármelas: el dinero lo tenía, bien pudiera ser que en algún lugar menos expuesto hubiese algo que comprar. Por lo que, una buena mañana, muy temprano, nos pusimos en camino, Rosetta, Michele y yo, hacia una localidad de la montaña que se llamaba Sassonero, que estaba a casi cuatro horas de camino. Calculábamos llegar a aquella localidad sobre mediodía, hacer nuestras compras, si había posibilidad de ello, comer algo y, luego, ponernos de nuevo en camino para estar de regreso en Sant'Eufemia antes de anochecer.

Salimos cuando el sol todavía estaba escondido detrás de los montes, aunque hacía ya rato que era de día. Soplaban un vientecillo de nieve que nos dejaba ateridas nariz y orejas; en efecto, cuando llegamos al desfiladero encontramos nieve: unas pocas manchas blancas que se derretían sobre la hierba verde esmeralda. El sol se había asomado por fin y hacía menos frío; el panorama de las montañas de la Ciociaria, todo salpicado de nieve bajo el cielo luminoso, era tan bello que nos paramos un momento a contemplarlo. Recuerdo que Michele dijo, suspirando, casi a pesar suyo, mirando aquellas montañas:

—Ah, es hermosa, Italia.

Yo dije, riendo:

—Michele, lo dices como si te molestase.

—Es verdad, me molesta un poco porque la belleza es una tentación. Desde el desfiladero, nos encaminamos entre los peñascos por un sendero al principio impreciso, nada más que una huella entre la hierba y, luego, cada vez más marcado, que seguía la cresta de la montaña, entre dos escarpaduras, una que bajaba ininterrumpidamente hasta Fondi y otra, menos profunda, que llevaba a un valle desierto, tupido de matorrales. El sendero, siempre sobre la cresta de los montes, continuó un trecho, serpenteando y, luego, empezó a descender por la ladera hacia aquel pequeño valle selvático, entre matorrales y encinas. Llegamos al fondo del valle o, mejor dicho, barranco totalmente desierto y, durante un trecho, avanzamos a lo largo de un arroyuelo medio escondido entre zarzas, que hacía, en aquel silencio profundo, al discurrir con sus aguas sobre los guijarros, un rumor leve y alegre. Luego, al otro lado del barranco, el sendero volvió a empinarse, llegó a otro desfiladero y, después, tras haber descendido un poco, echó por otra montaña, siempre subiendo, hasta que alcanzamos la cima, desnuda y pedregosa, con una cruz de madera negra, bastante vieja, plantada en medio de los pedruscos, quién sabe por qué. Después de aquella cumbre, siempre caminando por la cresta de los montes, llegamos por fin a un lugar extraño que pudimos observar perfectamente, antes de bajar hasta él. Era una meseta situada bajo un inmenso peñón rojo en forma de pan, sembrada de encinas espaciadas y de rocas. Las encinas eran altas y añosas, con las ramas desnudas y grises que se elevaban semejantes a cabelleras de brujas; las rocas, pequeñas y grandes, pero todas en forma de pan de azúcar, eran lisas y negras, como si hubiesen sido labradas al torno. Entre las encinas y las rocas, aquí y allá, se veían muchas cabañas con techo de paja renegrida que humeaban; y, delante de las cabañas, mujeres que cocinaban al aire libre o tendían ropa a secar en las cuerdas y muchos chiquillos que jugaban en el suelo cochambroso; hombres no se veían porque era una aldea de pastores y a aquella hora los hombres estaban con sus rebaños arriba en las montañas. Al bajar hacia las cabañas, sin embargo, bajo el gran peñasco en forma de pan que ya he indicado vimos la boca ennegrecida de una caverna; y una de las mujeres nos dijo que en la caverna había refugiados. Pregunté a la mujer si podía vendernos algo, pero ella meneó la cabeza, sombría y negativamente; luego, con tono reticente, añadió que los refugiados quizá podrían venderme algo. Me pareció extraño, porque los refugiados no venden, sino que compran.

De todos modos, nos encaminamos hacia la caverna, si más no, para pedir alguna información, en vista de que resultaba imposible sacarles una palabra a las rústicas y recelosas mujeres de los pastores. El suelo, a medida que nos acercábamos a la caverna, se veía sembrado de gran cantidad de huesos pequeños y grandes mezclados con el pedrisco, sin duda restos de las cabras y ovejas que

se habían ido comiendo aquellos refugiados; pero, además, de los huesos había también mucha inmundicia, como latas herrumbrosas, trapos, zapatos viejos, papeles sucios. Parecía uno de esos solares sin edificar, en Roma, donde se tiran todos los desperdicios de las casas circundantes. Aquí y allá, asimismo, se veían círculos negros de chamusquina, con tizones apagados y rodeados de montoncitos de ceniza gris. La entrada de la caverna era bastante grande y toda ennegrecida, sucia y ahumada. De clavos hincados en la piedra colgaban ollas, cazos, trapos y hasta un cuarto de cabra recién sacrificada del que goteaba sangre que caía al suelo. Cuando nos asomamos a la caverna, digo la verdad, me quedé sorprendida: alta y profunda, con la bóveda ennegrecida por el humo y el fondo tan oscuro que no se veía el final y parecía un inmenso dormitorio, por estar atestada en toda su extensión de camas y yacijas alineadas como en un hospital o un cuartel. Había un penetrante tufillo como de hospicio o de albergue para pobres; y aquellas camas estaban es desorden, con las sábanas revueltas, mugrientas que daban asco. Los refugiados estaban—desparramados y eran muchos: unos, sentados en el borde de la cama, rascándose la cabeza o quietos sin hacer nada; otros, tumbados en la cama, envueltos en las mantas; otros, se paseaban de arriba abajo por el escaso espacio libre. Un grupo de refugiados, sentados en dos camas, en torna a una mesita, jugaban a cartas, un poco como los de Sant'Eufemia, con el sombrero calado y el abrigo puesto. En una de las camas percibí a una mujer medio desnuda que daba el pecho a un crío; en otra, tres o cuatro chiquillos acurrucados uno junto al otro, inmóviles, como muertos, quizá dormían. El fondo de la caverna, como he dicho, estaba a oscuras: se vislumbraban, sin embargo, enseres hacinados, una gran pila, probablemente lo que aquellos pobres refugiados habían logrado llevarse consigo cuando huyeron.

Junto a la entrada de la gruta, noté una cosa insólita: un altar construido con cajas de embalaje y cubierto con un bonito mantel bordado. Sobre el mantel había un crucifijo y dos jarrones de plata en los cuales, a falta de flores, habían puesto dos ramas de encina verde con todas sus hojas. Bajo el crucifijo, además, extrañamente, en vez de imágenes de santos u otros objetos de culto, vi muchos relojes, serían una docena, alineados ordenadamente. Todos era relojes de tipo antiguo, de esos que se llevan en un bolsillo del chaleco, la mayoría de metal blanco, pero un par de ellos parecían de oro. Junto al altar, en un escabel, vi al cura. Digo el cura porque le reconocí por la tonsura, pues por todo lo demás hubiese sido difícil imaginar que fuese un cura. Era un hombre que frisaría en los cincuenta años, de cara morena, flaca y seria. No llevaba la sotana negra, vestía todo de blanco, camiseta blanca, faja blanca, pantalones o, mejor dicho, calzoncillos largos blancos, calcetines negros y zapatos negros. Total, que se había quitado, quién sabe por qué, la sotana y se había quedado en paños menores. Estaba inmóvil, con la frente inclinada y las manos juntas sobre el pecho, moviendo los labios como si rezase. Luego, levantó los ojos hacia mí, que, mientras tanto, me había acercado para contemplar el altar y, entonces, vi que eran ojos extraviados y, al mismo tiempo, como invidentes.

Dije, en voz baja, a Rosetta:

—Me parece que está loco.

Pero lo dije sin asombro, porque ya hacía tiempo que no me asombraba de nada. Mientras tanto, él me miraba fijamente, con una mirada que, poco a poco, iba cobrando una expresión de curiosidad, como de quien reconoce lentamente a una persona. De pronto se puso en pie y me asió del brazo:

—Buena chica, por fin has venido... Anda, da cuerda a esos relojes.

Me volví, un poco trastornada, mirando hacia la caverna, tanto más por cuanto su mano me apretaba el brazo con una fuerza terrible, un poco como oprimen las garras de los halcones o los milanos. Uno de los refugiados que jugaban a cartas que, por lo visto, había observado la escena con el rabillo del ojo, gritó sin volverse:

—Conténtale, da cuerda a los relojes..., pobrecito, le han destruido la iglesia y la casa, él ha huido con sus relojes y ya no razona... Pero no hace daño a nadie..., puedes estar tranquila.

Tranquilizadas en parte, Rosetta y yo tomamos cada una uno de aquellos relojes y les dimos cuerda o, mejor dicho, lo fingimos, pues ya la tenían y andaban todos muy bien. Él nos miraba

hacer como miran los curas, de pie, con las piernas separadas, las manos juntas a la espalda, ceñudo, inclinando la cabeza. Cuando hubimos terminado, dijo con voz profunda:

—Ahora que les habéis dado cuerda, por fin puedo decir misa... Buenas chicas, por fin habéis venido.

En aquel momento, por suerte, se acercó otro habitante de la caverna: una monja joven cuya presencia me tranquilizó. Tenía la cara pálida, de un óvalo perfecto, con las cejas negras que se juntaban formando como un trazo negro sobre los ojos negros, también brillantes y sosegados, semejantes a dos estrellas en una noche de estío. Pero lo que más me impresionó y me pasmó de veras, fue su toca y todas las partes blancas de su vestidura de monja eran como la nieve y, aunque parezca increíble en aquel lugar, almidonadas a la perfección. A saber cómo se las apañaba para mantenerse tan limpia y tan impecable en aquella caverna cochambrosa. Con buenas maneras, con una voz dulce, se dirigió al cura:

—Vamos, don Mateo, venga a comer con nosotros... Pero antes póngase algo encima... No está bien comer en calzoncillos.

Don Mateo, con las piernas separadas, la escuchaba boquiabierto, con los ojos extraviados. Por fin, barbotó:

—¿Y los relojes? ¿Quién cuidará de los relojes?

La monja dijo con su voz tranquila:

—Les han dado ya cuerda; todos andan de maravilla, fíjese, don Mateo, todos marcan la misma hora que es precisamente la hora de comer. Mientras tanto, había descolgado de un clavo la sotana negra del cura y le ayudaba a ponérsela, igual que una enfermera hace con un loco, en un manicomio, con buenas maneras. Don Mateo se dejó poner la sotana polvorienta y raída; luego, pasándose una mano por la cabeza despeinada, se encaminó con la monja, que le sostenía del brazo, hacia el fondo de la caverna donde, sobre un trébede, se veía un gran caldero negro que humeaba. La monja se volvió hacia nosotros y dijo:

—Venid vosotros también, los tres, hay para todos.

Total, que nos acercamos al caldero en torno al cual, entretanto, se habían congregado muchos más refugiados. Entre ellos, me fijé en uno que parecía bastante quejumbroso y petulante: un hombrecillo gordo, muy mal vestido, harapiento, desgredado y con la barba crecida. Tenía un siete en los pantalones, justo en el trasero, del que asomaba un pico de camisa blanca. Lloriqueaba, alargando un plato:

—A mí siempre me da menos que a los demás, sor Teresa. ¿Por qué a mí menos que a los demás?

Sor Teresa no le contestó, estaba ocupada en llenar las escudillas, dando un trozo de carne y dos cazos de sopa por persona; pero otro refugiado, un hombre de edad mediana, de bigote negro y cara colorada, dijo, sarcástico:

—Ticó, ¿por qué no multas a la hermana? Eres el guardia municipal, impónle una multa porque te da menos sopa que a los demás. —Y luego, riendo, a Michele—: Aquí, estamos bien organizados: el cura está loco, los carabineros han sido deportados a Alemania, el guardia se pasea con la camisa fuera de los pantalones y el alcalde, que sería yo, pasa más hambre que los demás. Ya no hay autoridad, es un milagro que no nos degollemos unos a otros.

La monja respondió, sin levantar los ojos del caldero:

—No es ningún milagro, es la voluntad de Dios que quiere que los hombres se ayuden entre sí.

Ticó, mientras tanto, rezongaba:

—Usted, don Luigi, siempre tiene ganas de bromear... ¿Acaso no sabe que un guardia sin uniforme es un pobretón como todos los demás? Devuélvame el uniforme y podré mantener el orden de nuevo. Y yo pensé que en el fondo tenía razón. Y que, al menos en ciertos casos, el uniforme lo es todo. Y que hasta aquella buena monja, a pesar de su carácter dulce y su religión, no habría tenido tanta autoridad si, en vez de su hábito de monja, hubiese vestido harapos como Rosetta y yo.

En fin, comimos la *minestra*, que era un caldo espeso en el que había servido carne de chivo y,

en efecto,apestaba y sabía tanto a macho cabrío que, casi casi, no obstante el hambre, no se podía tragar; y, mientras comíamos, oímos las acostumbradas conversaciones que tan bien conocíamos: la carestía, la llegada de los ingleses, los bombardeos, las redadas, la guerra. Al final, cuando me pareció que había llegado el momento, arriesgué la pregunta de si alguno de ellos podía vendernos algo de comer. Se quedaron estupefactos, como ya me había imaginado: no tenían nada; ellos, al igual que nosotros, compraban aquí o allá o acababan de consumir lo que habían traído del pueblo. Pero nos aconsejaron que nos dirigiésemos a los pastores que vivían en las cabañas, cerca de la caverna, y nos dijeron:

—Nosotros les compramos a ellos... Ellos siempre tienen algún queso, algún cabrito... Vean si quieren venderles algo.

Entonces, dije que una mujer nos había mandado allí, afirmando que los pastores no tenían nada que vender. El alcalde se encogió de hombros:

—Eso lo dicen porque no se fían y quieren mantener los precios altos. Pero tienen rebaños y son los únicos que venden, por estos pagos.

Total, que dimos las gracias a la monja y a los refugiados por la *minestra*, pasamos por delante del altar lleno de relojes del cura loco y salimos de la caverna. Precisamente en aquel momento, entre las rocas y las cabañas, pasaba un pequeño rebaño de ovejas y de cabras conducido por un hombretón que llevaba abarcas blancas, pantalones negros, faja, chaqueta negra y sombrero negro. Una refugiada que estaba junto a la entrada de la caverna, mordisqueando un cacho de pan y que había oído nuestras palabras, nos lo indicó, diciendo:

—Ahí tienes, ése es uno de los Evangelistas... Te venderá queso, si puedes pagárselo bien.

Yo, entonces, corrí detrás de aquel hombre y le grité:

—¿Tienes un poco de queso para vender?

No me contestó, ni siquiera se volvió, siguió adelante, parecía sordo. Volví a gritarle:

—Señor Evangelistas, ¿me vende un queso?

Entonces, él dijo:

—No me llame Evangelistas, me llamo De Santis.

—Pues me dijeron que te llamabas Evangelistas.

—No, somos evangelistas de religión, nada más.

Por fin, se le escapó que quizá podría vendernos queso y, entonces, le seguimos hasta su cabaña. Primero, hizo entrar a las ovejas en una cabaña contigua a la suya, llamándolas por el nombre: «*Bianchina, Paciocca, Matta, Celeste...*», y así sucesivamente; luego, cerró la puerta del establo y nos precedió hacia su propia cabaña. Era una cabaña semejante a la que habitaba Paride, sólo que más grande y, no sé por qué, más escuálida, más vacía y más fría, pero quizás era una impresión debida a la poca amabilidad de su acogida. En torno a la acostumbrada fogata, en los bancos de costumbre y los tocones de siempre, había muchas mujeres y chiquillos. Nos sentamos y él, lo primero que hizo, fue ponerse a rezar juntando las manos. Todos le imitaron, hasta los chiquillos. Me quedé de piedra al verle rezar porque los campesinos, al menos por nuestros campos, rezan raras veces y tan sólo en la iglesia; pero me acordé de su respuesta sobre la religión evangelista y comprendí que ellos eran diferentes de nosotros, creían de otra manera. Michele, que parecía tener curiosidad, tan pronto se hubo terminado la oración, les preguntó cómo era que fuesen evangelistas; al parecer, sabía lo que significaba la palabra.

El hombretón respondió que él y dos hermanos suyos habían estado trabajando en América, donde conocieron a un pastor protestante que les convenció, por lo cual se convirtieron a la religión evangelista. Michele preguntó qué impresión les había producido América y él respondió:

—Nos embarcamos en Nápoles y desembarcamos en una pequeña ciudad del Pacífico; luego, en tren, fuimos a unos bosques, pues habíamos sido contratados como leñadores. En fin, por lo que yo he visto de él, me parece un país lleno de bosques.

—Pero, ¿no vieron ciudades?

—No, sólo aquella en la cual desembarcamos, una ciudad pequeña... Estuvimos dos años en los bosques y, después, por el mismo camino, volvimos a Italia.

Michele parecía sorprendido y hasta divertido porque, como me dijo después, en América había ciudades inmensas y ellos sólo vieron árboles, por lo que pensaban que toda América era un bosque. Así, siguieron hablando un rato más de América; luego, como se hacía tarde, yo aludí al queso; el hombre, entonces, hurgó a oscuras, entre la paja del techo, y sacó dos quesitos de oveja amarillentos, diciendo con sencillez que, si los queríamos, costaban tanto. Nos sobresaltamos, porque era un precio jamás oído, ni siquiera en aquella época de carestía; y yo dije:

—Vaya, ¿es de oro tu queso?

—No —contestó gravemente—, es mejor que el oro, es queso. El oro no puedes comértelo, el queso, sí.

—¿El Evangelio os enseña a pedir precios como éstos?

No respondió y, entonces, insistí:

—Hace poco que sor Teresa, en la caverna, ha dicho que Dios quiere que los hombres se ayuden unos a otros. Bonita manera de ayudar a los hombres es la vuestra.

Y él, con todo el descaro, respondió, tranquilo:

—Sor Teresa es de otra religión. Nosotros no somos católicos.

—¿Y qué creéis que significa ser evangelista? —intervino de nuevo Michele—. ¿Vender al doble de los demás que son católicos?

Y él, con la misma gravedad de siempre, le objetó:

—Evangelistas, hermano, quiere decir observar los preceptos del Evangelio. Nosotros los observamos.

Total, que siempre tenía la respuesta a punto y no había nada que hacer, era más duro que una piedra. Por fin, dijo:

—Si queréis, podría venderos un cordero..., hermoso y gordo, para la santa Pascua... Los tengo de hasta seis kilos de peso... Os lo dejaría a buen precio.

Pensé que, en efecto, la Pascua se acercaba y que el cordero era necesario, por lo que pregunté el precio y volví a sobresaltarme: casi casi, por aquel precio, además del cordero, pagábamos también la oveja que lo había parido. Michele dijo, de repente:

—¿Sabéis lo que sois, los evangelistas? Unos abusones, que explotáis el hambre ajena.

—Haya paz, hermano, que el Evangelio quiere que los hombres se amen unos a otros.

Por ultimo, desesperada, le dije que le compraría un queso de oveja, pero si me hacía un precio más bajo. ¿Sabéis lo que me contestó?

—¿Un precio más bajo? Ése es el precio más bajo que puedo haceros. Pero es mejor que lo dejes estar, hermana, porque si lo compras a mi precio, después me guardarás rencor, y si yo lo vendo a tu precio, seré yo quien, después, te guardará rencor. Y, en cambio, el Evangelio quiere que los hombres se amen. Déjalo correr y así seguiremos amándonos.

No hice caso de la ultima recomendación y discutí no sé cuánto rato, pero él se mostraba inflexible y no había modo de convencerle y, cuando le acorralaba, demostrándole que era un ladrón, salía de apuros con una máxima del Evangelio, como, por ejemplo: «No te dejes llevar por la ira, hermana... La ira es un pecado grave.» Al final, pagué aquel precio exorbitante, consiguiendo tan sólo que añadiese un pedazo de requesón que nos comimos allí mismo con un poco de pan. Después, nos fuimos; y él, desde la puerta, se despidió así de nosotros:

—Dios os ampare, hermanos.

Dije para mis adentros, casi a pesar mío: «Y, a vosotros, el diablo os lleve y os arrastre al infierno.»

Aquella excursión no nos reportó más que el queso de oveja. ¡Y pensar que habíamos recorrido tantos kilómetros por las montañas y que casi nos costó a cada uno un par de albarcas. Pero, como ocurre en esas situaciones, al cabo de algunos días vino la compensación, así, sin esfuerzo, como por una intervención de la Providencia: el sepulturero que recorría las montañas en busca de comida con su caballo negro nos vendió, a buen precio, bastante cantidad de habichuelas. Las había comprado a unos confinados yugoslavos de la isla de Ponza; cuando el armisticio, se habían refugiado en un valle próximo al nuestro y ahora, por miedo de los alemanes, se iban no sé dónde y

no estaban en condiciones de llevarse consigo las provisiones. El sepulturero, que era un jovencito rubiales, larguirucho y avispado, nos trajo también noticias de la guerra, que había sabido por mediación de aquellos confinados. Dijo que en una ciudad llamada Stalingrado, que estaba en Rusia, los alemanes habían sufrido un revés terrible, que los rusos habían hecho prisionero un ejército entero con todos los generales y que Hitler, desalentado, había dado la orden de retirada. Dijo también que ya era cuestión de días, a lo sumo de semanas, que terminase la guerra. Aquellas noticias llenaron de alegría a los refugiados, mas no así a los campesinos. La mayor parte de los hombres de Sant'Eufemia que habían ido a la guerra se encontraban, en efecto, precisamente en Stalingrado, y hasta habían escrito desde aquella ciudad, nombrándola, por lo que, ahora, muchas de aquellas mujeres temían por la vida de maridos y hermanos, y con razón, pues más tarde supe que no se había salvado ni uno.

Todo el mes de marzo, mientras el día se alargaba y, lentamente, la montaña empezaba a verdear y el aire se hacía más suave, continuó el bombardeo de Anzio por una parte y de Cassino por la otra. Estábamos, como quien dice, a mitad de camino entre Anzio y Cassino, y durante todo el día y toda la noche oíamos perfectamente los cañones que disparaban en ambos sitios, sin tregua, como si de una competición se tratase. Bum, bum, decía el cañón de Anzio, primero con la explosión de salida y, luego, con la de llegada; pum, pum, respondía el de Cassino, del otro lado. El cielo parecía una piel de tambor y aquellos cañones retumbaban en ella sorda y sombríamente, como cuando se suelta un puñetazo en un bombo. Impresionaba oír un ruido semejante, amenazador y tétrico en aquellas bellísimas jornadas; como para pensar que la guerra formaba ya parte de la Naturaleza, que aquel ruido estuviese ligado y confundido con la luz del sol y que la primavera también padeciese de la guerra como la padecían los hombres. Aquel retumbo de cañón, en suma, había entrado en nuestra vida como habían entrado los harapos, la carestía, los peligros y, al no parar, se tornaba, como los harapos, la carestía y los peligros, una cosa normal a la que nos habíamos habituado tanto que, si hubiese cesado, y, en efecto, un buen día cesó, nos habríamos quedado casi sorprendidas. Eso lo digo para significar que nos acostumbremos a todo y que la guerra es propiamente esa costumbre y que lo que nos cambia no son los hechos extraordinarios que ocurren de vez en cuando, sino ese acostumbrarse a todo, que indica, precisamente, que aceptamos lo que nos sucede y ya no nos rebelamos.

Ahora, a primeros de abril, la montaña se había embellecido. Estaba verde y florida, y el aire era suave y se podía estar fuera de casa todo el día. Pero bajo aquellas flores que alegraban la vida, para nosotros los refugiados estaba la idea del hambre, porque la flor se abre cuando la planta ha alcanzado su máximo desarrollo y se ha hecho dura y fibrosa y ya no se puede comer. En suma, aquellas flores tan bonitas de ver querían decir también que nuestro último recurso, la achicoria, se había terminado; y que, esta vez de verdad, sólo podríamos salvarnos con la pronta llegada de los ingleses. También los árboles estaban floridos, melocotoneros, almendros, manzanos, perales, en todo el declive, que parecían nubecitas blancas y rosadas suspendidas en el aire suave y sin viento; pero tampoco los árboles podíamos contemplarlos nosotros sin pensar que aquellas flores se tornarían frutos y que los frutos, de los cuales podríamos alimentarnos, no vendrían antes de algunos meses. Y el trigo, que todavía era verde, corto y tierno que parecía terciopelo, me hacía también un efecto como de desaliento: pasaría mucho tiempo aún antes de que, alto y dorado, pudiese ser segado y trillado, y los granos llevados al molino y la harina amasada y metida en el horno en muchas hermosas hogazas de un kilo cada una. Ah, la belleza se puede apreciar con el estómago lleno; pero, con el estómago vacío, todos los pensamientos van en la misma dirección y la belleza parece un engaño o, peor, una tomadura de pelo.

A propósito del trigo, recuerdo algo que, en aquellos días, me dio la impresión precisa de la carestía. Una de aquellas tardes, bajé como solía, a Fondi con la esperanza de comprar un poco de pan; cuando llegamos al valle, nos quedamos de piedra al ver tres caballos del Ejército alemán que pacían tranquilamente en un trigal. Un soldado sin distintivos, quizás un ruso traidor como el que habíamos encontrado la otra vez, estaba al cuidado de los caballos, ocioso, sentado en la empalizada, con un tallo de hierba entre los dientes. Digo la verdad, nunca como en aquel momento

comprendí qué era la guerra y cómo, en tiempo de guerra, el corazón ya no es corazón y el prójimo ya no existe y cualquier cosa es posible. Era uno de aquellos bellísimos días llenos de sol y de flores y nosotros tres, Michele, Rosetta y yo, estábamos de pie junto a la empalizada y contemplábamos boquiabiertos aquellos tres caballos hermosos y bien alimentados que, pobrecitos, sin darse cuenta de lo que sus amos les hacían hacer, pacían el trigo con el cual, cuando está maduro, se hace el pan para los cristianos. Me acordaba de que, cuando era niña, mis padres me decían que el pan es sagrado, que es un sacrilegio tirarlo o derrocharlo y que incluso es pecado poner la hogaza del revés; y ahora veía que aquel pan lo daban a los animales, mientras había tanta gente en el valle y en las montañas que padecía hambre. Michele dijo, por último, expresando el sentir de todos:

—Sí fuese religioso, diría que ha venido el apocalipsis, cuando precisamente se ven caballos paciando trigo. Pero como no soy religioso, me limito a decir que han venido los nazis, lo cual, quizá, sea lo mismo.

Aquel mismo día, poco más tarde, tuvimos una confirmación del carácter de los nazis, tan extraño y tan diferente del de nosotros italianos, dotados quizá de muchas buenas cualidades, pero siempre faltos de algo, como si no fuesen hombres completos. Estuvimos otra vez en casa del abogado donde conocimos a aquel oficial malvado que encontraba gusto, según dijo, en limpiar las grutas con lanzallamas; y también esta vez encontramos a un alemán, un capitán. El abogado, empero, nos advirtió:

—Ése no es como los otros, es una persona civilizada, habla francés, ha vivido en París y, sobre la guerra, es de nuestra opinión.

Entramos en la barraca y el capitán, como hacen todos los alemanes, al vernos se levantó y nos estrechó la mano dando un taconazo. Era de veras un hombre fino, un señor, un poco calvo, de ojos grises, nariz delgada y aristocrática, expresión altanera en la boca, guapo, en cierto modo, casi parecía italiano, de no haber sido por cierto envaramiento y rigidez que no cuadran a los italianos. Hablaba bien nuestra lengua y nos hizo un montón de cumplidos sobre Italia, diciendo que era su segunda patria y que todos los años iba a Capri, que la guerra, si más no, había servido, al menos, para hacer que visitase muchos lugares hermosos de Italia que no conocía. Nos ofreció cigarrillos, se informó acerca de Rosetta y de mí, por último habló de su familia y hasta nos enseñó una fotografía: su esposa, una guapa mujer de magnífico pelo rubio y tres niños, guapos también, tres angelitos, rubios todos ellos. Dijo, guardando la fotografía:

—En estos momentos, esos niños son felices.

Preguntamos el motivo y contestó que ellos siempre habían deseado poseer un borriquillo y que, precisamente aquellos días, había comprado uno en Fondi y lo había mandado a Alemania, como regalo para sus niños. Entusiasmado, se entregó a detalles: había encontrado exactamente el borriquillo que buscaba, de raza sarda y, dado que todavía era lactante, lo mandó a Alemania por medio de un convoy militar, con un soldado encargado de darle leche continuamente: en el convoy viajaba también una vaca. Se reía, satisfecho, y luego añadió que, en aquel momento, sus niños, seguramente, estaban cabalgando el borrico sardo, y por eso había dicho que eran felices. Nosotros, incluidos el abogado y su madre, nos quedamos pálidos: era tiempo de carestía, no había comida y él encontraba modo de mandar un borrico a Alemania y le hacía dar la leche que pudiera haber sido asignada a los niños italianos que carecían de ella. ¿Dónde estaba su amor por Italia y los italianos, si no se daba cuenta de un hecho tan simple? Pero pensé que no lo había hecho por maldad; con seguridad era el mejor alemán que había encontrado hasta entonces; lo hizo porque era alemán y los alemanes, como ya he dicho, son especiales, acaso con muchas buenas cualidades, pero todas en una parte, en tanto que en la otra no tienen siquiera una, un poco como ciertos árboles que crecen junto a un muro y todas las ramas las tienen de un lado, el opuesto al muro.

Michele, ahora que faltaban víveres, trataba de ayudarnos en todo lo que podía, ya abiertamente, trayéndonos parte de su almuerzo o de su cena, ante los ojos reprobatorios de la familia, ya a escondidas, robando sin más la comida a su padre. Por ejemplo, un día que vino a vernos, le mostré el pan que nos quedaba, una hogaza pequeña, y además de harina de maíz en sus dos terceras partes. Entonces, dijo que en adelante nos proporcionaría el pan, sustrayéndolo de la caja donde su madre

lo guardaba, un poco cada vez. Y así lo hizo. Cada día nos traía algunas rebanadas de pan, que todavía era pan blanco, sin harina de maíz y sin sémola, el único que allí se hacía aun, aunque luego Filippo se quejase constantemente de miseria e informase a quienquiera que quisiera escucharle que él y su familia pasaban hambre. Un día, sin embargo, no sé por qué, en vez de las tres o cuatro rebanadas de costumbre, Michele nos trajo un par de hogazas enteras, porque precisamente aquella mañana habían hecho hornada y él se figuraba que no lo notarían. Lo notaron, en cambio, y Filippo armó un escándalo del demonio, gritando que le habían robado víveres; pero no dijo que eran panes porque, si no, se habría desmentido a sí mismo, por cuanto siempre andaba diciendo que ya no le quedaba harina. Filippo, de cualquier modo, hizo una indagación detectivesca, midiendo la altura y anchura de la ventana; escrutando el terreno de abajo por ver si la hierba estaba chafada; examinando las jambas por si acaso se había desprendido algún cascote y, por ultimo, se convenció de que, dado el tamaño de la ventana, debía de haber sido un niño el que entró en la casa para cometer el hurto, pero que el niño en cuestión no podía haber alcanzado la ventana sin la ayuda de un adulto. Total, como conclusión de la indagación, decidió que el niño era, seguramente, un tal Mariolino, hijo de un refugiado, y que el adulto que le había ayudado era el padre, no fallaba. Pero todo habría acabado ahí si Filippo no hubiese participado sus suposiciones a su mujer y a su hija. Lo que para él habían sido tan sólo suposiciones, se convirtieron en seguida en certezas para las dos mujeres. Primero, dejaron de saludar al refugiado y a su mujer, pasando ante ellos siempre mudas y tiesas; luego, se abandonaron a las alusiones: «¿Estaba bueno el pan, hoy?», o bien: «Vigilad a Mariolino..., podría desnucarse encaramándose por las ventanas», y, por ultimo, un día se lo dijeron lisa y llanamente:

—Sois una familia de ladrones, eso es lo que sois.

Hubo una bronca indescriptible, con chillidos y alaridos que llegaban al cielo. La esposa del refugiado, una mujer bajita y enfermiza, desgredada y andrajosa, repetía a voz en grito: «Camina, camina», que no sé lo que significa; y la mujer de Filippo, por su lado, le gritaba en la cara que eran unos ladrones. Así, repitiendo una aquella sola palabra: «Camina», y la otra gritando que eran unos ladrones, estuvieron un rato, una frente a la otra, en medio de un corro de refugiados, sin tocarse, empero, como dos gallinas enfurecidas. Mientras tanto, nosotras dos, no sin remordimientos, comíamos el pan de Filippo, justo en aquel momento, a oscuras, para que no nos viesan, un mordisco por cada chillido de las dos mujeres; y no puedo negar que aquel pan robado me parecía más sabroso que el nuestro precisamente por haber sido robado y porque nos lo comíamos a escondidas. De todos modos, desde aquel día, Michele procuró soplar las hogazas de forma que su familia no lo notase, una rebanada aquí y otra allí, y, en efecto, no lo notaron y no hubo más broncas.

Transcurrió abril con las flores y la debilidad de estómago y vino mayo con el calor y, ahora, además del hambre y la desesperación, había el tormento de las moscas y de las avispas. En nuestra casucha había tantas moscas que, como quien dice, nos pasábamos el día espantándolas; y, por la noche, cuando nos íbamos a la cama, ellas también se iban a dormir en las cuerdas donde colgábamos nuestras ropas y había tantas que las cuerdas estaban negras de moscas. Las avispas, además, anidaban bajo el techo y entraban y salían a nubes, y cuidado con tocarlas, pues picaban. Sudábamos todo el día, quizá también por la debilidad y con el calor, no sé por qué, quizá porque no podíamos lavarnos ni mudarnos de ropa, de pronto nos dimos cuenta de que nos habíamos convertido en dos andrajosas, de esas que ya no tienen ni edad ni sexo y piden limosna a la puerta de los conventos. Nuestros escasos vestidos estaban hechos jirones y apestaban; nuestras abarcas (hacía tiempo que no teníamos zapatos) daban pena también, remendadas por Paride con trozos de viejas cubiertas de automóvil; y aquel cuartito, vuelto inhabitable por las moscas, las avispas y el calor, tras haber sido durante el invierno un refugio, ahora se había tornado peor que una prisión. Rosetta, con toda su dulzura y su paciencia, sufría de aquella situación más que yo, porque yo nací campesina, pero ella había nacido en la ciudad. Hasta el punto que un día me dijo:

—Mamá, tú siempre me hablas de comida..., pero yo me comprometería a pasar hambre un año más con tal de tener un vestido limpio y vivir en una casa limpia.

El hecho era que también faltaba el agua a causa de que no llovía desde hacía dos meses; y ella ya no podía echarse sobre la cabeza el cubo de agua del pozo como durante el invierno, precisamente ahora que, en cambio, lo necesitaba más.

En mayo, me enteré de algo que puede dar una idea de la desesperación a que habían llegado los refugiados. Al parecer, en casa de Filippo, hubo una reunión en la que sólo participaron los hombres; y, durante ella, se decidió que si los ingleses no llegaban dentro del mes de mayo, los refugiados, que todos poseían armas, quien un revólver, quien una escopeta de caza, quien una navaja, obligarían a los campesinos a poner sus víveres en común, de grado o por fuerza. Michele también participó en la reunión y en seguida protestó, según nos dijo, declarando que él se pondría de parte de los campesinos. Uno de los refugiados, entonces, le replicó:

—Muy bien, en tal caso te trataremos como a los campesinos, considerándote como uno de ellos.

En resumidas cuentas, aquella reunión quizá no significaba gran cosa porque, al fin y al cabo, los refugiados eran buenas personas y dudo de que hubiesen sido capaces de usar las armas; pero indica el grado de desesperación al que ya todos habían llegado. Otros, según me enteré, se disponían, ahora que hacía buen tiempo y el suelo estaba seco, a marcharse de Sant'Eufemia y a intentar ir ya hacia el Sur, a través de las líneas, ya hacia el Norte, donde la comida no escaseaba. Había también otros que hablaban de ir a Roma, a pie, porque, decían, en el campo te dejan morir de hambre, pero en la ciudad no pueden negarte ayuda, porque tienen miedo de la revolución. Total, que, bajo aquel sol ardiente de mayo, todo se movía, todo se resquebrajaba, cada cual volvía a pensar en sí mismo y en su propia piel; y muchos estaban ya hasta dispuestos a arriesgar la vida con tal de salir de aquella situación de inmovilidad y de espera sin fin.

De repente, un día, llegó la gran noticia: los ingleses se habían lanzado en serio a la ofensiva y estaban avanzando. No puedo describir la alegría de los refugiados, quienes, a falta de algo mejor, no pudiendo beber porque no quedaba vino ni comer porque no quedaban víveres, se desahogaron abrazándose y tirando los sombreros al aire. Pobrecitos, no sabían que precisamente el avance de los ingleses les traería nuevos sinsabores. Las dificultades no habían hecho más que empezar.

CAPÍTULO VIII

Cuando yo era niña, un comerciante de mi pueblo tenía coleccionada *La Domenica Illustrata* de la otra guerra: y, muchas veces, junto con los hijos del comerciante, hojeaba la colección, en la que había muchas bonitas láminas en color donde se veían las batallas de la guerra de 1914. Quizá por eso, yo me figuraba una batalla como la había visto en aquellas ilustraciones: cañones que disparaban, polvareda, humo y fuego; soldados que atacan a la bayoneta con la bandera al frente; luchas cuerpo a cuerpo, hombres que se desploman muertos, otros que siguen corriendo. Seré sincera, aquellas ilustraciones me gustaban y me parecía que la guerra, después de todo, no era tan fea como se decía. O, mejor dicho, era fea, sí, pero pensaba que, al fin y al cabo, si a uno le gusta matar o demostrar su valor o dar prueba de iniciativa y de desprecio del peligro, la guerra es la ocasión que esperaba. Y pensaba también que no puede creerse que todo el mundo ame la paz. Hay muchos que, por el contrario, en la guerra se encuentran bien, aunque sólo sea porque pueden desahogar sus instintos de hombres violentos y sanguinarios. Así razonaba yo, hasta que vi cómo era la guerra de verdad con mis propios ojos.

Uno de aquellos días, Michele vino a decirme que se había roto el frente alemán y la batalla, en consecuencia, ya casi había terminado pero yo me quedé desconcertada pues, por muy lejos que mirase, no veía ni atisbo de combate. Hacía un día muy hermoso, sereno, con apenas alguna nubecita rosada que viajaba por el horizonte casi rozando las cimas de las montañas detrás de las cuales estaban Itri, el Garellano y, en suma, el frente. A la derecha, verdeaban las montañas, majestuosas, a la luz dorada del sol; a la izquierda, más allá de la llanura, rebrillaba el mar de un azul risueño, claro, primaveral. ¿Dónde estaba la batalla? Michele me contestó que la batalla hacía por lo menos dos días que duraba y se estaba librando detrás de las montañas de Itri. Yo no quería creerlo porque, como he dicho, me figuraba una batalla de modo muy diferente; y se lo dije. Michele se echó a reír y me explicó que aquellas batallas que tanto había admirado en las cubiertas de *La Domenica* ya no se hacían: los cañones y los aviones barrían a los soldados desde gran distancia del frente verdadero; total, que, cada vez más, una batalla se parecía a la operación que hace un ama de casa con el pulverizador del flit, matando a todas las moscas sin ensuciarse las manos y sin tocarlas siquiera. La guerra moderna, dijo Michele, no sabe ya nada de cargas, ataques y combates cuerpo a cuerpo; el valor se había vuelto inútil; ahora, ganaba el que tenía más cañones y de mayor alcance, los aviones de radio de acción más extenso y mayor velocidad.

—La guerra se ha convertido en un asunto de máquinas —concluyó— y los soldados son poco más que buenos mecánicos.

En fin, aquella batalla que no se veía duró quizás un día o dos. Y después, una mañana, el cañón dio un salto en el espacio y se acercó tanto que hacía retemblar las paredes de nuestro aposento. Bum, bum, bum, parecía que disparase desde detrás de la esquina de la montaña. Me levanté a toda prisa y salí rápidamente casi con el presentimiento de ver aquellos cuerpo a cuerpo de que he hablado. Pero no: hacía el acostumbrado hermoso día sereno y lleno de sol, la única diferencia era que en el horizonte, allá al fondo de la llanura, por detrás de los montes que la cerraban, se veían muchos trazos finísimos, rojos, que subían como una exhalación, semejantes a heridas, al cielo y, luego, se disolvían como pasando más allá del azul. Eran, según me explicaron, los proyectiles de artillería cuya trayectoria, a causa de una momentánea condición de la atmósfera, podían percibirse a simple vista. Aquellos trazos rojos parecían en verdad navajazos en el cielo, con la sangre que manaba un momento de las heridas y, luego, en seguida, cesaba. Primero veíamos el navajazo; luego, nos llegaba el ruido del disparo; inmediatamente después, oíamos, justo sobre nuestras cabezas, un maullido rabioso y jadeante; casi al mismo tiempo, detrás de la montaña, se oía el

estallido de llegada, muy fuerte, que hacía retumbar el cielo como una habitación vacía. Total, que disparaban por encima de nosotros contra alguien o contra algo que estaba a nuestras espaldas; y eso, como nos explicó Michele, quería decir que la batalla se corría al Norte y que el valle de Fondi ya estaba liberado. Pregunté dónde habían ido los alemanes y él me contestó que los alemanes, casi con seguridad, habían huido hacia Roma; y que la batalla de hundimiento había terminado; que aquellos cañones, precisamente, martilleaban la retirada de los alemanes. En suma, nada de cuerpo a cuerpo, ni ataques a la bayoneta, ni muertos ni heridos.

Aquella noche, empero, vimos que el cielo, por la parte de Itri, era más claro, y, de vez en cuando, francamente rojo, como iluminado por una llamarada repentina; mientras tanto, continuaban los navajazos de las trayectorias de la artillería, que hacían pensar en un fuego de artificio levantado en aquel cielo negro y cuajado de estrellas, sólo que era un chorro continuo de trazos muy finos, sin esas florescencias suaves que coronan los cohetes; también las explosiones eran diferentes, más sombrías, más profundas, amenazadoras, no alegres como las de los fuegos. Contemplamos el cielo un rato y, luego, muertas de cansancio, nos fuimos a la cama y dormimos como pudimos, pues hacía calor y Rosetta no paraba de hablar. Por la mañana, bastante temprano, nos despertó un batacazo muy fuerte y muy próximo. Saltamos de la cama y descubrimos que, esta vez, tiraban precisamente sobre nosotros. Entonces, por primera vez, Comprendí que la artillería es bastante peor que la aviación; ésta, al menos, se ve y, en cuanto la ves, puedes correr a refugiarte o, cuando menos, tienes el consuelo de ver hacia dónde se dirigen; pero la artillería no la ves nunca, siempre está detrás del horizonte; y así como tú no la ves, ella, en cambio, por así decirlo, te busca, y nunca sabes dónde ir a meterte, porque el cañón te sigue a todas partes como un dedo tendido. Aquel batacazo, como he dicho, había sido muy próximo y, en efecto, vinieron a decirnos que un proyectil había estallado a poca distancia de la casa de Filippo. Michele llegó corriendo y nos dijo, muy contento, que ahora ya era sólo cuestión de horas pero le contesté que morir podía ser también cuestión de segundos; a lo que él contestó, encogiéndose de hombros, que en adelante podíamos considerarnos inmortales. Como para replicarnos, de repente, hubo una explosión espantosa precisamente sobre nosotros. Retemblaron paredes y pavimento; del techo nos llovió cascotes y polvo; y el aire se oscureció un momento, hasta el punto de que creíamos que el proyectil había caído de veras sobre la casa. Nos precipitamos afuera y, entonces, vimos que el proyectil había estallado a poca distancia, en la *macera* que, en efecto, se había derrumbado en un buen trecho entorno de un gran hoyo lleno de tierra removida y de hierbas revueltas. Hasta Michele, no digo que se atemorizase, pero comprendió que no me faltaba razón cuando dije que para morir se necesitaban muy pocos segundos así es que nos dijo que le acompañásemos: sabía a dónde había que ir; era menester, dijo, situarse en un ángulo muerto. Corrimos a lo largo de la *macera*, hacia el otro extremo de la garganta, y llegamos a una cabaña de ramajes que servía de refugio para el ganado, que estaba situada bajo un espolón de la roca.

—Éste es un ángulo muerto —dijo Michele, muy contento de demostrar sus conocimientos de la guerra—, podemos sentarnos en la hierba..., los cañonazos nunca llegarán aquí.

Sí, sí, vaya con el ángulo muerto. Apenas había terminado de hablar, cuando hubo una explosión violentísima y quedamos todos envueltos de humo y polvo, y entre el humo y el polvo vimos la cabaña ladearse y quedarse como esos castillos de naipes que hacen los niños, que nunca se mantienen en pie. Esta vez, Michele no insistió con su ángulo muerto. Nos hizo echar al suelo y, ahora, sin levantarse del suelo, nos gritaba:

—Seguidme hasta la gruta... Vamos a la gruta... Pero no os levantéis, arrastraos como yo.

La gruta de la cual hablaba estaba detrás de la cabaña; era una gruta pequeña, con la entrada baja, en la cual los campesinos habían instalado un gallinero. Nos arrastramos, pues, por el suelo, detrás de él y, siempre a rastras, entramos en la gruta, entre las gallinas alborotadas que se apartaron, espantadas, hacia el fondo. La gruta era demasiado baja para estar de pie, así que estuvimos más de una hora tumbados uno al lado del otro, de suerte que nos ensuciamos las ropas con los excrementos que cubrían el suelo, mientras las gallinas, envalentonadas, se paseaban por encima de nuestros cuerpos y nos picoteaban entre los cabellos. Mientras tanto, oíamos sucederse,

apretadas, las explosiones en torno de la gruta, y yo le dije a Michele:

—Menos mal que era un ángulo muerto.

Por fin, hubo alguna explosión más espaciada y, luego, nada, salvo el cañoneo lejano que, como quien dice, pasaba por encima de nosotros e iba a machacar alguna localidad a espaldas de Sant'Eufemia. Michele, entonces dijo que los proyectiles que alcanzaron la cabaña probablemente habían sido disparados no por los ingleses, sino por los alemanes, con morteros de montaña de tiro por elevación; y, ahora, podíamos salir seguros porque los alemanes ya no disparaban y los ingleses no dispararían sobre nosotros. Eso hicimos: a rastras, como habíamos entrado, salimos de la gruta y, luego, nos volvimos a casa.

Era la una, ya, por lo que pensamos en comer algo, un poco de pan y queso. Mientras estábamos comiendo, he aquí que llega el hijo de Paride, diciendo, muy agitado, que habían llegado los alemanes. De momento no comprendimos pues, lógicamente, pensábamos que, después de tantos cañonazos, eran los ingleses quienes debían llegar; y hasta le insistí al niño, pues podía, quizás, haber comprendido mal:

—Querrás decir los ingleses.

—No, los alemanes.

—Pero si los alemanes han huido.

—Pues yo te digo que han llegado.

Pero Paride se presentó y explicó el misterio: en efecto; había llegado un grupo de alemanes fugitivos que, ahora, estaban sentados en la paja, a la sombra de un pajar, y no se comprendía qué querían. Dije a Michele:

—Bueno, ¿qué nos importan los alemanes? Nosotros esperamos a los ingleses, no a los alemanes... Dejemos que los alemanes se las apañen ellos solos.

Pero Michele, por desgracia, no me hizo caso: se le habían encendido los ojos al oír el relato de Paride; cabe creer que, al mismo tiempo, odiaba a los alemanes y le atraían; la idea de verles huyendo y derrotados tras haberles encontrado tantas veces ensoberbecidos y victoriosos, se ve que le excitaba y le gustaba. Dijo a Paride:

—Vamos a ver a esos alemanes.

Y echó a andar. Rosetta y yo le seguimos.

Encontramos a los alemanes, como nos habían informado Paride, a la sombra del pajar. Eran cinco y en mi vida he visto nunca gente más harapienta y exhausta que ellos. Estaban tumbados en la paja, desparramados, con los brazos y las piernas separadas, como muertos. Tres dormían o, al menos, estaban con los ojos cerrados, otro tenía los ojos abiertos y contemplaba fijamente el cielo, el que hacía cinco, tumbado también de espaldas, se había hecho como una almohada con un montón de paja y miraba delante de sí. Sobre todo, me fijé en este último: era casi albino, de piel rosada y transparente, ojos azules rodeados de pestañas casi blancas, el pelo de un rubio muy claro, fino y liso. Tenía las mejillas grises de polvo y rayadas como por lágrimas que hubiesen resbalado sobre el polvo y se hubiesen secado; las fosas nasales, negras de tierra o de no sé qué suciedad; los labios, agrietados y los ojos, circundados de rojo, con dos pinceladas negras debajo que parecían dos arañazos. Los alemanes, ya se sabe, siempre llevan el uniforme en orden, limpio y planchado como si acabase de salir de la naftalina. Pero los uniformes de aquellos cinco soldados estaban ajados y les faltaban botones; hasta parecían haber cambiado de color, como si hubiesen estado sometidos a un violento chorro de polvos o de negro de humo. Muchos refugiados y campesinos formaban corro en torno a ellos, a cierta distancia, y miraban a los alemanes en silencio, como se contempla un espectáculo increíble; los alemanes estaban callados y no se movían. Con que Michele se acercó a ellos y les preguntó de dónde venían. Lo dijo en alemán, pero el albino, sin moverse, como si tuviese el cogote clavado en aquella almohadilla de paja, respondió, hablando despacio:

—Puedes hablar en italiano... Conozco el italiano.

Entonces, Michele repitió la pregunta en italiano y el otro respondió que venían del frente. Michele preguntó qué había pasado. El albino, siempre en su postura de parálítico, articulando las

palabras despacio una tras de otra, con un tono sombrío, amenazador y agotado, dijo que ellos eran artilleros; que habían estado sometidos durante dos días y dos noches a un terrible bombardeo aéreo que, no sólo los cañones, sino también el terreno en el que estaban, habían sido volados; y que, por último, tras haber visto morir a gran parte de sus compañeros, tuvieron que levantar el campo y huir.

—El frente —concluyó, lentamente— ya no está en el Garellano, sino más al Norte, y tenemos que alcanzarlo— Más al Norte hay otras montañas y, allí, resistiremos.

Así, pues, aunque estuviesen en tal estado que ya casi parecían muertos, todavía hablaban de hacer la guerra y de resistir.

Michele, entonces, preguntó quién había arrollado el frente, si los ingleses o los americanos; y aquélla fue una pregunta imprudente, porque el albino soltó una especie de carcajada y dijo:

—¿Qué le importa a usted quién ha sido? Estimado señor, debe usted contentarse con saber que dentro de poco sus amigos estarán aquí, eso es todo.

Michele fingió no darse cuenta del tono sarcástico y amenazador y preguntó si podía hacer algo por ellos. El albino dijo:

—Denos algo de comer.

Ahora, ya todos estábamos a la cuarta pregunta; y, acaso con la única excepción de Filippo, entre los refugiados y campesinos no creo que hubiesen podido juntar una hogaza. Por lo cual nos miramos a la cara, consternados y yo, interpretando el sentir común, exclamé:

—¿De comer? Pero, ¿quién tiene comida? Si no nos la traen muy pronto los ingleses, aquí nos morimos todos de hambre. Esperad también vosotros a los ingleses y tendréis comida.

Vi que Michele hacía un gesto de desaprobación, como diciendo «estúpida», y comprendí que había dicho algo que no hubiese debido decir. El alemán, mientras, me miraba fijamente, como si hubiese querido que mi cara se le quedase grabada en la memoria. Dijo lentamente:

—Un excelente consejo: aguardar a los ingleses.

Estuvo quieto un rato más y, luego, levantando trabajosamente un brazo, se metió la mano bajo la guerrera:

—He dicho que queremos algo de comer.

Ahora, empuñaba una enorme pistola negra y la apuntaba contra nosotros, aunque sin moverse ni cambiar de postura.

Me entró un miedo terrible, y quizá menos por la pistola que por la mirada del albino, que parecía propiamente la de una fiera cogida en la trampa y que, sin embargo, sigue amenazando y enseña los dientes. Michele, en cambio, no se turbó y dijo con sencillez a Rosetta:

—Anda, vete corriendo a casa de mi padre y dile que te dé un poco de pan para un grupo de alemanes que lo necesitan.

Dijo estas palabras de una manera particular, como para sugerir a Rosetta que debía explicar que, aquel pan, los alemanes lo requerían pistola en mano. Rosetta en seguida echó a correr hacia la casa de Filippo.

En espera del pan, nos quedamos todos quietos, haciendo corro en torno al pajar. El albino, al cabo de un rato, prosiguió, diciendo:

—Nosotros no sólo necesitamos pan..., también necesitamos de alguien que venga con nosotros y nos indique el sendero para ir hacia el Norte y reunirnos con nuestro ejército.

Michele dijo:

—Ahí está el sendero.

E indicó el camino de herradura en dirección de la montaña. El albino dijo:

—Ya lo veo. Pero no conocemos esas montañas. Necesitamos de alguien. Por ejemplo, la chica ésa.

—¿Qué chica?

—Esa que ha ido a buscar el pan.

Al oír aquellas palabras, se me heló la sangre en las venas: se llevaban a Rosetta, en plena guerra, y a saber qué podía ocurrirle, a saber cuándo volvería a verla. Pero Michele dijo en seguida,

sin perder la calma:

—Esa chica no es de por aquí. Conoce esos parajes menos que vosotros.

—Pues, entonces, vendrá usted, mi querido señor. ¿Usted es de por aquí, verdad?

Yo hubiese querido gritarle a Michele: «Dile que eres forastero», pero no tuve tiempo. Demasiado honrado para mentir, él ya había contestado:

—Soy de por aquí, pero tampoco conozco estos parajes. Siempre he vivido en la ciudad.

El albino, al oírle, casi soltó una carcajada y dijo:

—Según usted, nadie conoce esas montañas. Vendrá usted. Verá cómo, de repente, descubre que las conoce muy bien.

Michele, a esto, no contestó nada, se limitó a arrugar las cejas por encima de las gafas. Entretanto, Rosetta había vuelto, jadeando, con dos pequeños panes que dejó en el suelo, sobre la paja, alargando la mano a distancia, precisamente como se hace con las fieras que no son de fiar. El alemán notó el gesto y dijo con un tono de exasperación en la voz:

—Dame el pan en las manos. No somos perros rabiosos.

Rosetta recogió los panes y se los tendió. El alemán enfundó la pistola, cogió los panes y se incorporó, sentándose.

Ahora, también los otros estaban sentados, se ve que no dormían y que habían seguido todo el diálogo, aunque con los ojos cerrados. El albino se sacó un cuchillo del bolsillo y cortó los dos panes en cinco partes iguales, que distribuyó a los compañeros. Comieron despacio. Nosotros seguíamos rodeándoles, haciendo corro, y no decíamos palabra.

Cuando hubieron terminado y tardaron, porque comían, como quien dice, a migajas, una campesina les tendió en silencio una jarra de cobre llena de agua de la que bebieron, quien dos, quien hasta cuatro cazos: estaban verdaderamente muertos de hambre y de sed. Después, el albino volvió a sacar la pistola.

—Bien —dijo—, tenemos que irnos, se nos hace tarde.

Dirigió estas palabras a sus compañeros, quienes en seguida empezaron a ponerse en pie, aunque lentamente. Luego, se volvió hacia Michele:

—Y usted vendrá con nosotros para indicarnos el camino.

Nos quedamos todos aterrorizados, porque habíamos creído que el albino, antes había hablado porque sí, por hablar; en cambio lo había dicho en serio. Filippo, que había acudido, asistió también en silencio al yantar de los alemanes. Pero cuando vio que el albino apuntaba con su pistola a Michele, soltó casi un gemido y, con una valentía de la que nadie le creía capaz, se interpuso entre la pistola y su hijo:

—Éste es mi hijo, ¿comprendéis?, es mi hijo.

El albino no dijo nada. Pero hubo un movimiento con la pistola como para espantar una mosca; con él quería decir que Filippo se apartase. Pero Filippo, al contrario, gritó:

—Mi hijo no conoce las montañas, tan cierto como el Evangelio. Lee, escribe, estudia, ¿cómo podría conocer las montañas?

El albino dijo:

—Vendrá él y basta.

Ahora estaba en pie y, sin bajar la pistola, se ceñía el cinto con la otra mano.

Filippo le miró como si no hubiese comprendido bien. Le vi tragar saliva y pasarse la lengua por los labios: debía sentirse sofocar y, no sé por qué, en aquel momento me acordé de la frase que él repetía de tan buena gana: «Aquí nadie es tonto.» Pobrecito, ahora no era ya ni tonto ni listo; era un padre y basta. En efecto, tras haberse quedado un momento como fulminado, volvió a gritar:

—Tomadme a mí. Tomadme a mí en lugar de mi hijo. Yo conozco las montañas. Antes de ser comerciante fui buhonero. Esas montañas las he recorrido todas. Yo os guiaré por las montañas hasta vuestro puesto de mando. Conozco los senderos más fáciles, más secretos. Os conduciré yo, os lo aseguro. —Se volvió hacia su mujer y dijo—: Iré yo. Vosotros no os preocupéis. Mañana, antes del anochecer, estaré de regreso. Uniendo la acción a la palabra, se subió la faja y, poniendo una cara muy risueña, que en aquel momento me pareció en verdad desgarradora, se acercó al

alemán y le puso la mano sobre el brazo, diciendo con un desenfado forzado:

—Bueno, vámonos, vámonos, tenemos mucho camino que hacer. Pero el alemán no estaba conforme. Dijo con calma:

—Usted es demasiado viejo. Vendrá su hijo, es su deber.

Y, apartándole sencillamente con el cañón de la pistola, se acercó a Michele y le hizo signo, siempre con la pistola, de que le precediese:

—Vámonos.

Alguien, no sé quién, gritó:

—Michele, huye.

¿Sabéis lo que hizo el alemán? Con todo y su agotamiento, se volvió como un rayo hacia donde soltaron el grito y disparó. Por suerte, el tiro se perdió entre las piedras de la *macera*; pero el alemán consiguió igualmente su propósito, que no era otro sino el de intimidar a campesinos y refugiados e impedirles que hiciesen algo por Michele. En efecto, todos se desperdigaron, aterrorizados, volviendo a hacer corro, sin embargo, un poco más lejos; y, luego, miraron en silencio al alemán que se iba, empujando hacia delante a Michele con el cañón de la pistola en la espalda. Así se fueron y yo todavía tengo ante los ojos, como si estuviese presente, la escena de su marcha: el alemán con el brazo doblado para poder apuntar con la pistola, Michele que caminaba delante de él y que, todavía lo recuerdo, llevaba unos pantalones que tenían una pernera más larga que le llegaba hasta el talón y otra más corta que dejaba ver el tobillo. Caminaba despacio, Michele, quizás esperando a que nosotros nos rebelásemos contra los alemanes facilitándole así la huida; la manera como arrastraba las piernas me sugirió la idea de que llevaba una pesada cadena. La procesión de los cuatro alemanes, Michele y el alemán albino desfiló bajo nosotros, por el sendero que conducía al valle y, luego, desapareció lentamente en el carrascal. Filippo que, como los demás, salió escapado cuando el alemán disparó para luego pararse a poca distancia y mirar, en el momento en que el albino y Michele iban a doblar la esquina de la *macera*, de repente, emitió una especie de rugido e hizo ademán de abalanzarse detrás de ellos. Los campesinos y refugiados se le echaron encima inmediatamente y le retuvieron, mientras él rugía y repetía el nombre de su hijo y lloraba con lagrimones que le regaban la cara. Ahora, habían acudido también la madre y la hermana, que no lograban comprender y pedían explicaciones a diestra y siniestra; pero en cuanto comprendieron, rompieron a llorar a su vez y a gritar el nombre de Michele.

Su hermana sollozaba ruidosamente y repetía entre sollozo y sollozo:

—Precisamente ahora cuando estaba a punto de terminar todo, precisamente ahora.

Nosotros no sabíamos qué decir porque, cuando se trata de un dolor de verdad, las palabras no pueden disminuirlo, haría falta anular la causa del dolor, y esto no podíamos hacerlo. Por ultimo, Filippo se rehízo y dijo a su —mujer, rodeándole los hombros y ayudándola a caminar:

—Verás como volverá... Seguro... No puede dejar de volver... Indicará el camino y volverá.

La hija, sin dejar de llorar, le daba la razón al padre:

—Verás, mamá, como vuelve antes de que anochezca.

Pero la madre dijo lo que suelen decir las madres en esos casos y, desgraciadamente, las más de las veces aciertan porque, es cosa sabida, el instinto de la madre es más fuerte que cualquier razonamiento.

—No, no, sé que no volverá, tengo el presentimiento de que no volveré a verle nunca más.

Ahora, debo confesar que con aquel transtorno de los cañonazos, de la derrota de los alemanes, del hundimiento del frente y del fin de nuestra estancia en la montaña, lo que le ocurrió a Michele no nos causó la impresión que hubiese debido causarnos. También nosotras creíamos o, mejor dicho, queríamos hacernos la ilusión de creer, que volvería infaliblemente; y ello quizá porque sentíamos que, si no hubiésemos creído en su retorno, habríamos sido incapaces de compartir el dolor de los Festa como hubiésemos debido: nuestro pensamiento, nuestros corazones estaban en otro sitio. Ambas estábamos llenas de la noticia tan suspirada y esperada de la liberación; y no nos dábamos cuenta de que la desaparición de Michele, que para nosotras había sido como un padre y hermano, era más importante incluso que la liberación o, por lo menos, hubiese debido hacérsela

amarga y dolorosa. Pero así era: el egoísmo que había permanecido callado mientras hubo peligro, ahora que el peligro había pasado volvía a dejarse oír. Y yo misma, al encaminarme hacia la casita tras la marcha de Michele, no pude menos que decirme que había sido una verdadera suerte que los alemanes se hubiesen llevado a Michele en vez de Rosetta y que, en el fondo, la desaparición de Michele afectaba principalmente a su familia, puesto que nosotras íbamos a separarnos quizá para siempre de ellos y no volveríamos a verlos nunca **más** y regresaríamos a Roma, donde reanudaríamos la vida de costumbre y sólo de vez en cuando recordaríamos aquella estancia en la montaña, diciéndonos quizás una a otra:

—¿Te acuerdas de Michele? ¿Cómo terminaría su caso? ¿Y te acuerdas de Filippo, de su mujer y de su hija? ¿Qué será de ellos?

Aquella noche, dormimos estrechamente abrazadas pese al calor, quizá porque el cañón seguía disparando y los proyectiles, de vez en cuando, caían no muy lejos y nos parecía que, si alguno nos alcanzaba, al menos moriríamos juntas. Eso de que dormimos es un decir; nos adormilábamos cinco o diez minutos y, luego, un cañonazo más fuerte nos hacía pegar un salto y nos sentábamos en la cama; o bien nos despertábamos sin motivo, a causa, probablemente, de la agitación y el nerviosismo. Rosetta se preocupaba por Michele; y, ahora, comprendo que ella, al contrario que yo, sentía que aquella ausencia no era una cosa tan intrascendente como yo quería hacerle creer. Así, de vez en cuando, la oía preguntarme en la oscuridad:

—Mamá, ¿crees de veras que Michele volverá?

O bien:

—Mamá, ¿qué será de ese pobre Michele?

Yo, por una parte, sentía que, en el fondo, ella tenía razón de preocuparse, pero, de otra parte, casi me daba rabia porque, como he dicho, me parecía que la estancia en Sant'Eufemia ya tocaba a su fin y que no debíamos pensar ya sino en nosotras mismas. Por lo cual le contestaba ora una cosa ora otra, tratando siempre de tranquilizarla; hasta que, ya impacientada, le dije:

—Ahora, duerme, porque, aunque no duermas, nada puedes hacer por él. Por otra parte, estoy segura de que no le harán ningún daño. A estas horas ya está de vuelta por la montaña.

Ella dijo, medio dormida ya:

—Pobre Michele.

Y eso fue todo, pues, después de estas palabras, se quedó dormida de verdad.

Cuando a la mañana siguiente desperté, vi que Rosetta no estaba a mi lado, en la cama. Salí de la casa, era tarde, el sol estaba ya alto y advertí que el cañoneo había cesado y que en toda la localidad había un gran movimiento. Se veían refugiados ir y venir de un lado a otro, unos despidiéndose de los campesinos, otros transportando enseres, y algunos que ya se encaminaban en fila india por el sendero que llevaba a Fondi. De pronto, me entró un miedo terrible de que Rosetta, por algún motivo que yo ignoraba, hubiese desaparecido también como Michele; y me puse a correr de un lado a otro; llamándola. Nadie se ocupaba de mí ni me hacía caso y, de improviso, me di cuenta de que lo que yo había pensado para Michele ahora se revolvía contra mí. Rosetta no estaba, todos iban a lo suyo, ninguno quería ni tan siquiera pararse para saber qué me ocurría. Afortunadamente, cuando ya estaba—a punto de desesperarme, Luisa, la mujer de Paride, se asomó de pronto a la puerta de la cabaña y dijo:

—Pero, ¿para qué llamas a Rosetta? Está aquí, con nosotros, comiendo la polenta.

Respiré y, un poco mortificada, entré en la cabaña y me senté con los demás en torno a la mesa sobre la que estaba puesta la sopera con la polenta. Nadie hablaba, como de costumbre, por lo que tampoco yo hablé; los campesinos parecían estar, como siempre, absortos totalmente en la operación de comer, hasta aquel día en que habían pasado y habían de pasar tantas cosas nuevas. Sólo Paride, como expresando un pensamiento común, dijo, de pronto, sin tristeza, como si hubiese dicho que hacía buen tiempo u otra frase parecida:

—Así, pues, vosotras os volvéis a la ciudad a hacer de señoras... y nosotros nos quedaremos aquí, a trabajar.

Se limpió los labios, llenó un cazo de agua, bebió y, luego, salió, como siempre hacía, sin

despedirse de nosotras. Dije a la familia de Paride que nos íbamos a preparar nuestros cachivaches y que luego volveríamos a decirles adiós. Y salí a mi vez con Rosetta.

Ahora, sólo tenía un deseo, grande, impaciente y alegre: marcharme de allí cuanto antes. Sin embargo dije, no sé por qué:

—Tendremos que ir a ver a los Festa y enterarnos de lo que le pasó a Michele.

Lo dije de mala gana, porque tal vez Michele no hubiese vuelto y temía que, en tal caso, el dolor de los Festa turbase mi contento. Pero Rosetta respondió tranquilamente:

—Los Festa ya no están aquí. Se fueron esta mañana, al amanecer. Y Michele no ha vuelto. Esperan encontrarle en la ciudad.

Estas palabras me causaron un gran alivio, no menos egoísta que la desgana de poco antes, y dije:

—Bueno, sólo nos queda tomar el hatillo y marcharnos cuanto antes. Rosetta, entonces, añadió:

—Yo me he levantado al amanecer, cuando tu dormías aún, y he ido a despedir a los Festa. Pobrecitos, estaban verdaderamente desesperados. Para ellos este día tan alegre es, en cambio, muy triste, porque Michele no ha vuelto.

Callé un momento porque, de pronto, sentí vergüenza y pensaba que Rosetta era mucho mejor que yo, pues se había levantado expresamente al amanecer para ir a casa de los Festa y no había tenido miedo, como yo, de que el dolor de ellos le amargara su alegría. Entonces dije, abrazándola:

—Hija, tesoro mío, eres mucho mejor que yo y has hecho lo que no he tenido valor de hacer. Soy tan feliz porque ese tormento ha terminado, que casi me daba miedo ver a los Festa.

Ella contestó:

—Oh, no me ha costado ningún esfuerzo, lo he hecho porque quería mucho a Michele. El esfuerzo lo habría hecho si no hubiese ido. No he pegado ojo en toda la noche porque no hacía más que pensar en ese pobrecito. Por desgracia, su madre tenía razón: no ha vuelto.

Pero había llegado la hora de marcharse. Una vez de vuelta en nuestro cuartucho, sacamos las dos maletas de fibra que habíamos traído de Roma y metimos dentro los pocos trapos que teníamos, unas faldas, un par de jerseys que habíamos hecho allí con las agujas y la lana de los campesinos, unas medias, unos pañuelos. Metí también los pocos víveres que quedaban, o sea, el queso de oveja comprado a los evangelistas, un kilo y pico de habichuelas y un pan moreno pequeño, el último, hecho con salvado y harina de maíz. Dudé en llevarme los dos o tres platos y vasos que había comprado a los campesinos, pero, luego, decidí dejárselos, colocándolos bien ordenados en el alféizar de la ventana. Eso era todo; una vez cerradas las maletas, me senté un momento en la cama, al lado de Rosetta, mirando, en torno a mí, la estancia que ya tenía el aspecto triste y vacío de las casas que van a ser abandonadas para siempre. Ya no me sentía tan impaciente ni alegre; incluso tenía una sensación francamente angustiosa. Pensaba que a aquellas paredes sucias, a aquel suelo fangoso quedaban ligados los días más amargos y terribles de mi vida y me dolía marcharme aunque lo desease. Los nueve meses pasados en aquella estancia los había vivido día a día, hora a hora y minuto a minuto con la intensidad de la esperanza y la desesperación, del miedo y el coraje, de la voluntad de vivir y el deseo de morir. Sobre todo, sin embargo, había esperado una cosa, la liberación, que tenía la cualidad de ser justa además de hermosa, de afectar también a los otros, además de a mí. Y, entonces, de pronto, comprendí que quien espera una cosa así, vive con mayor fuerza y verdad que quienes no esperan nada. Y pasando de mi insignificante situación a algo más elevado, pensé que lo mismo podía decirse de quienes esperan cosas mucho más importantes, como el retorno de Jesús sobre la tierra o el triunfo de la justicia para los desventurados. Digo la verdad, cuando salí de la estancia para irme definitivamente, me pareció que abandonaba no digo una iglesia, sino un lugar casi sagrado, porque allí dentro había sufrido mucho y, como he dicho, había aguardado y esperado no tan sólo por mí, sino también por los demás.

Nos habíamos puesto las maletas en equilibrio sobre la cabeza y nos encaminábamos hacia la cabaña de los campesinos para despedirnos de ellos, cuando, entre la gente que estaba en la *macera*, de improviso hubo una desbandada general. Esta vez, sin embargo, no era el cañón, que se Oía distante ya, como el trueno de una tempestad que se aleja, sino un tableteo regular, muy preciso y

rabioso, que parecía venir de los carrascales, de lo alto, hacia la cumbre de la montaña. Un refugiado se paró un momento para gritarnos: «Las ametralladoras. Los alemanes disparan con ametralladora sobre los americanos», y luego siguió corriendo. Ahora, todos habían salido a escape para esconderse en grutas y oquedades y nosotras dos estábamos solas en medio de la *macera* y aquel tableteo no paraba, hasta parecía hacerse más insistente. Por un momento, pensé también en correr hacia algún refugio; pero, luego, me dio repugnancia empezar de nuevo, precisamente ahora que nos disponíamos a bajar a Fondi, la vida atemorizada que había llevado durante nueve meses y dije, muy encolerizada, a Rosetta:

—Ametralladoras: ¿sabes lo que te digo? Que me importa un pito y que me voy igualmente para abajo.

Rosetta no puso ninguna objeción, pues también a ella el aburrimiento y el cansancio la habían vuelto valiente. Por lo que renunciamos a despedirnos de los campesinos que nos habían albergado durante tanto tiempo y que quién sabe dónde estarían escondidos entonces y, haciendo caso omiso de las ametralladoras, echamos por el sendero que llevaba al valle, caminando sin prisa. Empezamos a bajar, *macera* tras *macera*, y, a medida que bajábamos, nos dábamos cuenta de que habíamos tenido razón en no escondernos, porque, ahora, el tableteo ya no se oía y todo parecía normal: una hermosa jornada de mayo como las otras, con el sol que abrasaba y la maleza que olía a rosas silvestres y a estiércol ovino y las abejas que zumbaban sobre la maleza, como si nunca hubiese habido guerra.

Pero había guerra y muy pronto vimos sus signos. En primer lugar, encontramos a dos soldados que tomé por americanos más por lo que dijeron que por sus uniformes, que desconocía. Eran dos jovencitos morenos y bajitos, y casi se nos echaron encima, al desembocar del chaparral. Uno dijo: *Helio* o algo por el estilo; el otro, otras palabras en inglés que no comprendí. Se cruzaron con nosotras y, luego, dejaron el sendero y siguieron subiendo por el carrascal, agachados, con el fusil apercebido y los ojos vueltos hacia arriba, a la sombra del casco, en dirección a la cumbre de la que venía el tableteo de las ametralladoras. Fueron los primeros americanos que vimos y los vimos por casualidad; y ahora que lo pienso, toda la guerra es un azar; todo sucede sin razón, si das un paso a la izquierda te matan, si, en cambio, vas hacia la derecha, te salvas. Dije a Rosetta:

—Te has fijado, son americanos.

Y Rosetta:

—Creía que eran altos y rubios, y, en cambio, son bajos y morenos. De momento, no supe qué contestar pero más adelante me enteré de que en el Ejército americano hay soldados de todas las razas y de todos los colores, negros y blancos, rubios y morenos, altos y bajos. Aquellos dos, según supe más tarde, eran dos italoamericanos, y había muchísimos como ellos, al menos en las unidades que habían ocupado nuestra zona.

Seguimos bajando y topamos con un puesto de la Cruz Roja, a la sombra de un algarrobo, fuera del sendero. Había una litera, un botiquín y unos cuantos soldados y, precisamente en aquel momento, otros dos soldados llevaban al puesto a un compañero herido, tendido de espaldas en una camilla. Nos paramos a mirar a los dos soldados que, saliendo del sendero, avanzaban hacia el puesto con dificultad, cargando con la camilla. El soldado herido tenía los ojos cerrados y parecía muerto. Pero no estaba muerto, porque los que le llevaban le estaban hablando como diciendo que se tranquilizase, que en seguida llegarían, y él hacía algunos gestos con la cabeza como para responder que había comprendido y que no se preocupasen. Pero, a la vista de aquella escena, en la ladera, con el sol, con la maleza toda florida, que casi tapaba hasta la cintura a los dos camilleros, casi cabía pensar que no tan sólo aquel herido no estaba muerto, sino que los soldados no eran soldados, que aquel puesto de la Cruz Roja no era un puesto de la Cruz Roja y que, en resumidas cuentas, todo aquello no era verdad, sino una cosa extraña y absurda que no tenía explicación y no significaba nada. Dije a Rosetta:

—Ése ha sido alcanzado por las ametralladoras... Pudo habernos ocurrido a nosotras.

Y creo que lo dije para convencerme de que las ametralladoras existían de veras y que había peligro en serio. Pero, de todos modos, no estaba muy convencida de ello.

En fin, *macera* tras *macera*, llegamos abajo, a la bifurcación que había junto al río, donde estaba la casita donde había vivido el pobre Tommasino. La última vez que vimos aquel lugar estaba desierto, como todos los lugares cuando había alemanes, que conseguían, no sé cómo, hacer el desierto en torno a ellos, y donde ellos iban la gente se escondía y desaparecía. Ahora, en cambio, todo el campo estaba atestado de gente, campesinos y refugiados, unos a pie, otros en borricos y mulos, todos cargados de trastos, que bajaban como nosotras de la montaña para volver a sus casas. Caminamos con aquel gentío y todos estaban alegres y se hablaban como si se conociesen de mucho tiempo. Todos decían:

—Ha terminado la guerra, han terminado muchas cosas, han llegado los ingleses, ha llegado la abundancia.

Y todos parecían haber olvidado ya aquel año de padecimientos. Junto con aquel gentío, llegamos a un cruce, donde la carretera general era atravesada por otra carretera que se dirigía hacia el monte; y allí encontramos la primera columna de americanos. Iban en fila india; y, esta vez, vi que eran de veras americanos, es decir, tan diferentes de los alemanes como de los italianos. Caminaban de una manera cansina, desganada y casi a regañadientes; cada cual llevaba el casco de una manera diferente, unos ladeado, otros calado hasta los ojos, y quien echado sobre el cogote; muchos iban en mangas de camisa, y todos mascaban chicle. Parecía que hiciesen la guerra a disgusto, pero sin miedo, propiamente como gente que no ha nacido para guerrear, como los alemanes, por ejemplo, sino que la hace porque se ha visto obligada a hacerlo. No nos miraban, se notaba a la legua que de caminos de montaña, de pobre gente cargada de cosas como nosotros y de mañanas como aquélla debían haber visto quién sabe cuántas desde que desembarcaron en Italia y ya estaban acostumbrados. Desfilaron no sé durante cuánto tiempo, dirigiéndose hacia la montaña, muy despacio, siempre a la misma andadura. Por último, pasaron los tres o cuatro rezagados que parecían más cansados y desganados; y, después, nosotros proseguimos por la carretera general.

La carretera llevaba a Monte San Biagio, que es un pueblo encaramado en los montes que cierran, al Norte, el valle de Fondi; un poco más allá, confluía con la nacional, la Appia, creo. Y cuando llegamos a la Vía Appia, entonces nos quedamos de veras boquiabiertas ante el espectáculo de todo el Ejército americano que avanzaba. Decir que la carretera estaba atestada de tropas sería decir poco y, además, no sería exacto, pues no había gentío y todo lo que abarrotaba la carretera eran máquinas de todo tipo, todas pintadas de verde, con la estrella blanca de cinco puntas, la estrella de América, que es muy diferente del estrellón de Italia que trae suerte, según dicen, pero sólo suerte, en tanto que la estrella americana parece prepotente y da fuerzas a quienes la siguen. He dicho máquinas, no automóviles. En efecto, en aquella carretera, tan arrimadas entre sí que casi no podían moverse, había máquinas de todos los tipos. Pequeños vehículos de hierro, descubiertos, rebosantes de soldados con el fusil entre las piernas; carros armados gigantescos, con orugas y blindaje, que con el cañón rozaban las ramas de los plátanos que sombreaban la carretera; camiones pequeños y grandes, cubiertos y descubiertos; carros armados más pequeños, casi como juguetes, pero también con su buen cañón vuelto hacia arriba hasta vagones enteros, enormes, todos blindados, con las cabinas en las que se entreveían tableros de mando llenos de botones, de palancas y de cables eléctricos. Digo la verdad, quien no ha visto avanzar por una carretera al Ejército americano no tiene idea de lo que es un Ejército. Aquella riada de máquinas grandes y pequeñas, todas con la estrella blanca que parecía propiamente una obsesión, avanzaba muy despacio, más despacio que un hombre, parándose a cada momento y, luego, reanudando la marcha, como los coches en el Corso de Roma a las horas de más tránsito. Y, en todas partes, había soldados, arracimados y hacinados sobre los carros armados, los coches, los camiones, sentados y de pie, siempre con aquel aire de paciencia, de indiferencia y casi de aburrimiento, siempre mascando chicle, algunos incluso leyendo ciertos periodiquillos suyos llenos de grabados. Entre una y otra máquina, mientras tanto, discurrían motocicletas con uno o dos motoristas vestidos de cuero, los únicos que iban con prisas y podían correr, parecidos a perros de pastor que se agitasen en torno a un enorme rebaño lento y perezoso. Yo, al ver aquella procesión de vehículos tan tupidos que si se hubiese echado una moneda en medio de ellos no habría llegado al suelo, me asomé en mi fuero

interno de que los alemanes no aprovecharan aquel momento para hacer una carnicería con sus aviones. Y esto más que nadie me hizo comprender que los alemanes ya tenían perdida la guerra y no podían causar más daños, porque les habían cortado las uñas y los dientes, que, en un Ejército, son precisamente los cañones y los aviones. Y una vez más comprendí lo que era la guerra moderna. No el cuerpo a cuerpo que tanto había admirado en las ilustraciones de las revistas de 1914, sino una cosa muy distante e indirecta: primero, aviones y cañones hacían, a copia de bombas y de proyectiles, la limpieza; luego, avanzaba el grueso de las tropas que, sin embargo, raras veces entraban en contacto con el enemigo y se limitaban a seguir adelante cómodamente, sentados en automóviles, con el fusil entre las piernas, mascando goma y leyendo revistas ilustradas. Alguien me dijo después que aquellas tropas habían sufrido graves pérdidas. Pero nunca contra otras tropas, sino a causa de los cañones que les disparaban tratando de detenerlas.

No había ni qué pensar en cruzar o remontar aquella carretera, hubiese sido como cruzar un río en crecida por el punto más profundo. Por lo cual nos volvimos atrás con muchos otros, y, al llegar a una carretera secundaria, emprendimos la dirección de la ciudad. A los diez minutos, ya estábamos en ella, pero también allí vimos que no podíamos detenernos. Todas las casas estaban derrumbadas, formando grandes montones de escombros; y donde no había escombros, había grandes charcas de agua pútrida; en el poco terreno despejado pululaban y circulaban, mientras tanto, mezclados, soldados americanos, refugiados y campesinos. Era como una feria, sólo que no había nada que vender ni comprar, salvo la esperanza de días mejores, y los que podían vender aquella esperanza, o sea, los americanos, parecían indiferentes y distantes, y los que hubiesen querido comprarla, campesinos y refugiados, parecía que no supiesen cómo adquirirla. En efecto, daban vueltas en torno de los americanos, interrogándoles en italiano, éstos no comprendían, respondían en inglés y, entonces, los campesinos y los refugiados se iban, decepcionados, para empezar de nuevo poco después con igual resultado. Frente a una casa que, no sé cómo, seguía incólume, vi un tumulto y me acerqué. Unos cuantos americanos estaban en el balcón del segundo piso y echaban caramelos y cigarrillos a refugiados y campesinos, que se arrojaban sobre ellos, peleándose en medio del polvo, que era una verdadera indecencia. Se veía perfectamente que, en el fondo, no les importaba nada ni los caramelos ni los cigarrillos y que, no obstante, se los disputaban con tanta saña porque presentían que los americanos esperaban de ellos que se comportasen así. Total, en aquellas pocas horas se había formado la atmósfera que después tuve ocasión de observar en Roma durante todo el período que duró la ocupación aliada: los italianos pedían para dar gusto a los americanos y los americanos regalaban para dar gusto a los italianos y ni unos ni otros se percataban de que no se daban ningún gusto entre sí. Yo pienso que esas cosas nadie las quiere y acontecen espontáneamente, como por acuerdo tácito. Los americanos eran los vencedores y los italianos los vencidos, eso era todo.

Me acerqué a un pequeño coche militar que estaba parado en medio de aquel gentío; en él se sentaban dos soldados, uno pelirrojo, con pecas y de ojos azules, y el otro moreno, de cara amarilla, nariz ganchuda y labios delgados.

Les pregunté:

—Díganme, ¿cómo se puede llegar a Roma?

El pelirrojo ni siquiera nos miró, mascaba chicle y leía, absorto una revistilla pero el moreno se registró los bolsillos y sacó un paquete de cigarrillos. Yo dije:

—Déjese de cigarrillos, nosotras no fumamos, díganos tan sólo si hay medio de ir a Roma.

—¿Roma? —repitió el moreno, por fin—. Nada de Roma.

—¿Por qué?

—Alemanes en Roma.

Mientras tanto, se registraba los bolsillos y, esta vez, sacó los dichosos caramelos. Pero también los rehusé y dije:

—Si quieres darnos algo, danos un chusco, ¿para qué queremos caramelos? ¿Quieres endulzarme la boca? No lo lograrás, seguirá estando amarga durante mucho tiempo.

No comprendió y, luego, de debajo del asiento, sacó una máquina de fotografiar e hizo un gesto

como diciendo que quería sacarnos una fotografía. Esta vez perdí la paciencia y le grité:

—Oye, ¿quieres fotografiarnos así, andrajosas y sucias que parecemos dos salvajes? Muchas gracias, guarda tu aparato fotográfico. Pero como él insistiera, le quité la máquina de las manos y se la dejé en el asiento como para decirle: «Basta ya.» Esta vez lo entendió y se volvió hacia su compañero, a quien habló en inglés y éste le respondió de mala gana, sin levantar los ojos de la revista. Luego, el moreno se volvió hacia nosotras y nos hizo signo de que subiésemos al coche; obedecimos y, entonces, el pelirrojo, como si despertase, se puso al volante y arrancó. El coche salió como un cohete entre el gentío que se apartaba, entró en la ciudad trepando por los montones de escombros y cruzando las charcas; se veía que era un vehículo militar que podía ir por cualquier sitio. El moreno, mientras tanto, se fijaba en los pies de Rosetta, que calzaba abarcas, como yo. Al final, preguntó:

—¿Zapatos?

Y se agachó para palpar las abarcas y, luego, con las manos, siguiendo las correas de las abarcas, subió pantorrilla arriba. Yo, entonces, le di un golpe seco en la mano, diciendo:

—Oye, las manos quietas... Son abarcas, sí, ¿qué tiene de particular. Pero tú no debes aprovecharte para meterle mano a mi hija.

También esta vez fingió no comprender y, señalando la abarca de Rosetta, tomó de nuevo la máquina de fotografiar y dijo:

—¿Fotografía?

Entonces, dije:

—Usamos abarcas, pero no queremos que las fotografíes. Porque, después, tal vez, te irás a tu casa y dirás que todos los italianos usamos abarcas y no sabemos lo que son los zapatos. En tu país tenéis pieles rojas, ¿qué diríais si los fotografiásemos y, luego, dijésemos que todos los americanos lleváis plumas en la cabeza, como gallináceas? Ciociara¹ soy y me ufano de serlo; pero para ti soy italiana, romana o lo que quieras y no me chinces más con tus fotografías.

Por fin, comprendió que no debía porfiar y dejó el aparato. Mientras tanto, a brincos, ora pasando por encima de un montón de cascotes, ora cruzando un lago de agua sucia, el vehículo había atravesado la ciudad y llegó a la plaza mayor.

Allí había una multitud enorme, siempre la misma feria, y, sobre todo, se agolpaba gente en torno de una casa que debía ser el edificio del Ayuntamiento y que por milagro no se había derrumbado: apenas algún agujero, algún desconchado en la fachada. El pelirrojo, que hasta entonces no había pronunciado palabra y ni siquiera nos había mirado, nos hizo signo de bajar: obedecimos; el moreno se apeó a su vez, nos dijo que aguardásemos y desapareció entre el gentío. Volvió al cabo de un rato con otro americano de uniforme, un jovenzuelo que parecía propiamente italiano, moreno, de ojos brillantes y dientes blancos y regulares. Dijo en seguida: «Yo sabo hablar italiano», y siguió hablando en lo que él creía ser italiano y que, todo lo más, era un dialecto napolitano de los más vulgares, de esos que hablan los descargadores del muelle en Nápoles. De todos modos, nos entendía y se hacía entender y yo, le dije:

—Nosotras dos somos de Roma y queremos ir a Roma. Tú debes decirnos qué podemos hacer para ir a Roma.

Se echó a reír con todos sus dientes blanquísimos y, luego, contestó:

—El único modo es que te vistas de soldado y te subas a un carro armado y libres la batalla que se está desarrollando para tomar Roma. Me quedé desconcertada y dije:

—Pero, ¿no la habéis ocupado vosotros, Roma?

—No, todavía están los alemanes. Y aunque la hubiésemos ocupado, no podrías ir hasta que llegasen órdenes al respecto. Sin órdenes, nadie podrá ir a Roma.

Me sentó mal y volví a gritar:

—¿Ésa es vuestra liberación? ¿Morir de hambre y estar sin casa como antes y peor que antes?

¹ En este caso, que usa *docta*, es decir, el calzado de los campesinos romanos o napolita nos, una especie de abarcas. *N. del T.*

Se encogió de hombros y, luego, dijo que eran razones superiores, de guerra. Añadió, sin embargo, que en lo tocante a morir de hambre, todo estaba previsto a fin de que en los territorios ocupados por ellos nadie se muriese de hambre; prueba de ello es que ahora me daría algo de comer. Y, en efecto, siempre sonriendo con sus dientes relucientes, nos dijo que le siguiésemos, así que fuimos detrás de él al Ayuntamiento y topamos con un barullo indescriptible, con la gente que se atropellaba, chillaba y protestaba al fondo de una gran sala encalada y vacía, donde había una mesa escritorio muy larga. Detrás de la mesa estaban algunos habitantes de Fondi con brazales blancos en las mangas; y, sobre la mesa, muchas pilas de latas de conserva americanas.

El oficial italoamericano nos condujo hasta la mesa y, usando de su autoridad, hizo que nos entregasen varias latas. Recuerdo que nos dio seis o siete botes de carne con verdura, un par de latas de sardina y un gran bote redondo, que pesaba un kilo por lo menos, de mermelada de ciruela. Metimos las latas en la maleta y, a empujones, logramos salir. Los dos del automóvil ya no estaban. El oficial nos hizo un correcto saludo militar, sonriendo, y luego se fue.

Echamos a andar en medio de la multitud, sin objeto, como todos los demás. Ahora, con aquellas latas en la maleta, me sentía más tranquila, porque comer es lo principal; así que me divertía contemplando el espectáculo de Fondi liberada. Pude notar algunas cosas que me hicieron comprender que la situación no era como nos la habíamos figurado en Sant'Eufemia, mientras aguardábamos la llegada de los aliados. En primer lugar, aquella famosa abundancia de la que todos hablaban no existía. Bien es verdad que los americanos daban cigarrillos y caramelos de los cuales parecía que tuviesen una gran reserva; pero para el resto, como se veía, iban con mucho cuidado. Además, el comportamiento de aquellos americanos, si he de ser sincera, me gustaba poco. Eran amables, eso sí, y por eso siempre preferibles a los alemanes, quienes no andaban sobrados, ciertamente, de amabilidad; pero la amabilidad de los americanos era indiferente, distante y, en suma, nos trataban como chiquillos que molestan a los mayores y hay que hacerles callar, precisamente, con caramelos. Y, a veces, ni siquiera eran amables. Para dar una idea de eso, referiré un incidente que presencié. Para entrar en Fondi ciudad era menester un salvoconducto o, por lo menos, tomar parte en los trabajos que italianos y americanos estaban efectuando ya para remediar la ruina causada por los bombardeos. Por casualidad, Rosetta y yo fuimos a parar al sitio de la carretera donde había un puesto de control, con dos soldados y un sargento. De pronto, se acercaron dos italianos, dos señores, se notaba por sus modales, aunque ambos vistiesen también andrajosamente. Uno de ellos, un anciano de pelo blanco, dijo al sargento:

—Los dos somos ingenieros y el mando aliado nos ha dicho que nos presentemos hoy para esos trabajos.

El sargento, un tipo vigoroso, que tenía una cara que parecía un puño cerrado, llena de granos, dijo:

—¿Dónde está el permiso?

Los dos ingenieros se miraron; el anciano dijo:

—No tenemos ningún permiso... Sólo nos dijeron que nos presentásemos...

Entonces, el sargento, con malos modos, se puso a gritar:

—¿Y os presentáis a estas horas? Teníais que haberos presentado esta mañana a las siete, como todos los demás obreros.

—Nos lo han dicho hace un rato solamente —dijo el más joven, un hombre cuarentón, flaco y distinguido, muy nervioso, que tenía una especie de tic que le hacía ladear de vez en cuando la cabeza, como si tuviese tortícolis.

—Mentira, sois unos mentirosos.

—Cuidado con lo que dice —dijo el más joven, resentido—, ese señor y yo somos ingenieros y...

Quería continuar, pero el sargento le interrumpió con estas hermosas palabras:

—Cállate ya, mojón, si no quieres que te haga cerrar el pico de dos bofetadas.

Aquel ingeniero más joven, como he dicho, debía de estar completamente neurasténico, porque esas palabras le hicieron el mismo efecto que si hubiese recibido en serio las dos bofetadas. Se puso blanco como el papel y por un momento pensé que iba a matar al sargento. Afortunadamente, el

viejo se interpuso, conciliador; total, que entre una cosa y otra acabaron por pasar y siguieron adelante. Incidentes semejantes vi muchos, aquel día. Y debo decir una cosa: que siempre eran provocados por los soldados italoamericanos. Los verdaderos americanos, digamos ingleses, me refiero a los altos, rubios y delgados, se comportaban de manera diferente, distantes, sí, pero siempre educados y respetuosos. Pero aquellos italoamericanos eran, en verdad, unos desgraciados y con ellos nunca se sabía cómo conducirse. Sea porque, sintiéndose demasiado parecidos a los italianos, quisiesen convencerse de que eran diferentes y mejores y, para distinguirse, les trataban mal; sea porque sentían odio hacia Italia, de donde salieron para América descalzos y sin blanca; sea porque en América les tuviesen poca consideración y aquí quisiesen hacerse valer por una vez en su vida; lo cierto es que eran los más groseros o, si se prefiere, los menos amables. Y todas las veces que tuve que pedir algo a los americanos, siempre rogué a Dios que tuviese que tratar con un americano, aunque fuese de raza morena, antes que con un italoamericano. Pero, además, pretendían hablar italiano y, en cambio, hablaban todos unos dialectos de la baja Italia, como calabrés, siciliano o napolitano, que no había quien les entendiese. Cuando se les conocía mejor, claro está, se descubría que, al fin y al cabo, eran buenas personas. Pero el primer encuentro siempre resultaba desagradable.

En fin, nos paseamos un rato más entre las ruinas, en medio del gentío de italianos y de soldados y, luego, seguimos por la carretera general, donde todavía quedaban muchas casas intactas, porque los bombardeos habían afectado principalmente a la ciudad. Allí donde la montaña avanzaba en la llanura formando esquina y la carretera la bordeaba con una curva, de pronto vimos una casa. La puerta estaba abierta y dije a Rosetta:

—Vamos a ver si esta noche podemos pasarla ahí.

Subimos tres peldaños y encontramos una sola habitación, completamente vacía. Quizás, en otros tiempos, las paredes estaban encaladas; pero ahora eran más cochambrosas que las de una cuadra. Entre las manchas como de negro de humo, los desconchados y los agujeros, había también muchos dibujos hechos al carboncillo: mujeres desnudas, rostros de mujer y otras cosas que no digo: las acostumbradas porquerías que pintan los soldados en las paredes. En un rincón, por el suelo, un montón de cenizas y muchos tizones apagados y negros indicaban que se había hecho una fogata. Las dos ventanas no tenían cristales y sólo había un postigo; supongo que los tizones debían ser los restos del otro. En fin, le dije a Rosetta que, durante dos o tres noches, nos convenía acomodarnos allí; desde la ventana había visto un pajar en el campo, no muy lejos: traeríamos un montón de aquella paja y nos haríamos, bien o mal, una yacija. No teníamos sábanas ni mantas, pero ya hacía calor y dormiríamos vestidas.

Dicho y hecho. Como pudimos, hicimos un poco de limpieza en la estancia, quitando lo más molesto de la suciedad y, luego, fuimos al campo, de donde nos trajimos una cantidad de paja suficiente para hacer una cama. Después, dije a Rosetta:

—Es raro, sin embargo, que nadie haya pensado antes que nosotras en cobijarse aquí.

La explicación de aquella rareza la tuvimos a los pocos minutos, yendo a pasear por la carretera, a espaldas de la montaña. A muy poca distancia de la casa, había como una explanada con un grupo de árboles. Pues bien, descubrimos que en aquella explanada los americanos habían emplazado tres piezas de artillería tan grandes como, después, durante todo el resto de la guerra, no volví a ver iguales. Apuntaban al cielo y tenían los cañones en verdad enormes, gruesos como troncos abajo y, luego, cada vez más ahusados hasta las bocas, pintados de verde botella, y eran tan largos que desaparecían en el follaje de los altos plátanos bajo los cuales estaban agazapados. Montados sobre orugas, en la base tenían tableros de mando llenos de ruedecitas, botones y manivelas, lo cual demostraba que su manejo debía de ser complicadísimo y todo en torno había no sé cuántos camiones y vagones blindados en los cuales, según nos dijeron unos campesinos que también estaban contemplándolos, había los proyectiles que, a juzgar por los cañones, debían ser asimismo muy grandes. Los soldados encargados de aquellos cañones estaban alrededor, unos tumbados en la hierba, panza arriba, otros subidos en los mismos cañones, todas en mangas de camisa, jóvenes y despreocupados, como si estuviesen allí de excursión y no para hacer la guerra, unos fumando, otros

mascando chicle y quienes leyendo alguna revista. Uno de los campesinos nos explicó que aquellos soldados americanos habían avisado que quienes se quedasen en las casas, cerca de los cañones, lo hacían por su cuenta y riesgo, porque siempre cabía la posibilidad de que los alemanes contraatacasen con algún bombardeo y alcanzasen los cañones, en cuyo caso todas aquellas municiones podían estallar, matando a todos los que se encontraban en un radio de cien metros. Entonces, comprendí por qué, con la penuria de viviendas que había en Fondi, nuestra casita se había quedado vacía, y dije:

—Me huelo que hemos salido de las llamas para caer en las brasas, como suele decirse. Aquí hay la posibilidad de que saltemos por los aires junto con esos muchachos.

Pero hacía sol, había aquella flema de los artilleros que estaban en mangas de camisa tumbados sobre la hierba, había todo aquel verde y el aire suave del espléndido día y parecía, en verdad, imposible que se pudiese morir allí; por lo que añadí:

—Bueno, no me importa, hasta ahora no hemos muerto, tampoco moriremos esta vez. Nos quedaremos en la casita.

Rosetta, que siempre hacía mi voluntad, dijo que a ella tampoco le importaba: si la Virgen nos había protegido hasta entonces, seguiría protegiéndonos. Así que reanudamos el paseo con ánimo del todo tranquilo.

Era en verdad como si hubiese sido domingo y día de feria y todos quisiesen disfrutar en santa paz el hermoso día de fiesta. La carretera estaba llena de campesinos y de soldados, todos fumaban cigarrillos y comían caramelos americanos y disfrutaban del sol y de la libertad como si hubiesen sido una sola cosa, y como si el sol, sin la libertad, no hubiese dado ni luz ni calor y la libertad no hubiese existido mientras duró el invierno y el sol hubiese estado escondido entre las nubes. Todo era natural, en suma, como si lo ocurrido hasta entonces hubiese sido contra natura y como si, por fin, al cabo de tanto tiempo, la naturaleza hubiese vuelto a imponerse. Hablamos con varias personas y todas decían que los americanos habían distribuido víveres, que ya se hablaba de reconstruir Fondi haciendo de ella una ciudad mucho más bonita que antes, que lo malo había pasado y que ya no se debía tener ningún miedo. Pero

Rosetta me atormentaba para que me informase acerca de Michele, pues, a pesar de tanta alegría, le había quedado aquella espina en el corazón; pregunté a muchas personas, pero nadie sabía nada de él. Ahora que los alemanes se habían ido, nadie quería pensar ya en cosas tristes, igual que yo, cuando, al marcharme de Sant'Eufemia, tuve miedo de ir a despedirme de Filippo, quien, de todos, era el único que no podía alegrarse. La gente decía:

—¿Filippo? Ése estará organizando ya el mercado negro, a estas horas.

Del hijo nadie podía decir nada, todos le llamaban el estudiante y, por lo que pude comprender, le consideraban un holgazán y un extravagante.

Aquel día comimos una de las latas de carne con verdura americanas con un poco de pan que nos dio un campesino; después, como el calor apretaba y no teníamos nada que hacer y estábamos muertas de cansancio, fuimos a la casita, cerramos la puerta y nos echamos sobre la paja para dormir. Nos despertó, ya avanzada la tarde, una explosión muy fuerte: las paredes retemblaban como si no hubiesen sido de ladrillo, sino de papel. De momento, me quedé dudando sobre el origen del estallido y, luego, a los cinco minutos, retumbó otro, no menos violento, y entonces comprendí: los cañones americanos, allí, a cincuenta pasos de nosotras, habían entrado en acción. Aunque hubiésemos dormido algunas horas, estábamos muy cansadas todavía, por lo que seguimos tendidas en un rincón del aposento, abrazadas sobre la paja, aturdidas e incapaces hasta de hablar. El cañón siguió disparando toda la tarde. Tras el primer susto, volví a adormecerme por lo que, pese a la violencia terrible de las explosiones, oía el cañón como en un duermevela, y los retumbos se mezclaban extrañamente con mis reflexiones que, como quien dice, seguían el ritmo de los retumbos. Pero, en suma, el cañón era regular en disparar, y mis pensamientos no tardaron en adaptarse a aquella regularidad y ya no les estorbaba el estruendo. Primero, había una explosión violentísima, profunda, ronca y desgarradora, como si la tierra hubiese vomitado el disparo; todas las paredes retemblaban y trocitos de encalado se desprendían del techo y nos caían encima. Luego,

volvía el silencio, pero por poco tiempo y, de repente, había otra explosión que de nuevo hacía retemblar las paredes y a desprender argamasa del techo. Rosetta no decía nada y se estrechaba contra mí; pero yo pensaba, y no podía menos que pensar, aunque fuese un pensamiento cargado de sueño y con los ojos cerrados. Digo la verdad, cada una de aquellas explosiones me llenaba de alegría y aquella alegría aumentaba con cada explosión. Pensaba que aquellos cañones disparaban sobre los alemanes y sobre los fascistas y me daba cuenta, por primera vez, de que odiaba a alemanes y fascistas y las explosiones me parecían no de cañones, sino de alguna fuerza natural como un trueno o un alud. Aquellos cañonazos tan regulares, tan monótonos y tan obstinados, pensaba, ponían en fuga al invierno y a los dolores y peligros de la guerra, a la carestía, al hambre, a todas las otras malas cosas que alemanes y fascistas nos habían hecho padecer durante tantos años. Pensaba: «Queridos cañones»; pensaba: «Benditos cañones»; pensaba: «Cañones de oro»; y acogía cada explosión con una sensación de alegría que me hacía estremecer y en cambio, cada silencio, casi con miedo, porque temía que los cañones no disparasen más. Con los ojos cerrados, me parecía ver un salón muy grande, como tantas veces había visto en los periódicos, un salón con muchas hermosas columnas y muchas pinturas, y aquel salón estaba lleno de fascistas con la camisa negra y de nazis con la camisa parda, muy tiesos, como dicen los periódicos, en posición de firmes. Y detrás de una grandísima mesa estaba Mussolini, con su cara ancha, sus ojazos, su bocaza, abombando el pecho cubierto de medallas y con un penacho en la cabeza; y a su lado estaba el otro desgraciado e hijo de zorra, su amigo Hitler, con su cara de aojador y de cornudo, con el bigotito negro que parecía un cepillo de dientes y sus ojos de pescado podrido, su nariz respingona y el mechón sobre la frente. Veía aquel salón como siempre lo había visto en fotografía; y podía ver todos los detalles, como si estuviese allí: a aquel par detrás de la mesa, de pie; y a ambos lados de la mesa fascistas y nazis, a la derecha los fascistas, todos negros, los muy desgraciados, siempre de negro, con la calavera blanca en el gorro negro; a la izquierda, los nazis, como les había visto en Roma, con la camisa parda, el brazal rojo con aquella cruz negra que parecía un insecto que corriese con las cuatro patas, la cara rolliza sombreada por la visera de la gorra, la barriga ceñida por el pantalón de montar. Yo miraba y miraba, me divertía con todas aquellas pintas de maleantes, desgraciados, hijos de zorra y cornudos y, luego, de pronto, con el pensamiento, iba hacia uno de los cañones que había cerca de la casita, bajo los plátanos y, entonces, veía a un soldado americano que no estaba ni mucho menos en posición de firmes, no llevaba cruz gamada, ni camisa negra o parda, ni calaveras en el gorro, ni puñal al cinto, ni botas relucientes, ni todas las demás ridiculeces con que se adornaban alemanes y fascistas, sino que vestía sencillamente y, como hacía calor, llevaba la camisa arremangada. Y aquel muchacho americano, con mucha calma, mascando chicle, agarraba sin prisa un proyectil enorme y lo metía en la culata del cañón, luego maniobraba las palancas del tablero de mando, y acto seguido, el cañón disparaba, estremeciéndose y dando como un salto hacia atrás y, entonces, entraba en el sueño el estruendo del cañón de verdad que disparaba de verdad y el sueño ya no era sueño, sino realidad. Yo seguía con el pensamiento el proyectil mientras, silbando y maullando, hendía el aire y, después, lo veía caer violentamente en el salón haciendo saltar en el aire a fascistas y nazis, a Hitler y a Mussolini, con todas sus calaveras, sus penachos, sus cruces, sus puñales y sus botas en trizas. Y aquella explosión me producía un gozo profundo; comprendía que aquella alegría no era buena porque era la alegría del odio, pero no podía hacerle nada, se ve que siempre había odiado a fascistas y nazis, sin saberlo, y que ahora, cuando el cañón disparaba sobre ellos, yo estaba contenta. Así, de una explosión a otra, yo iba y venía, con el pensamiento, del salón al cañón y de éste de nuevo al salón y, cada vez, volvía a ver las caras de Mussolini y de Hitler, de los fascistas y de los nazis y, después, la del artillero americano, y cada vez experimentaba de nuevo la misma alegría y nunca quedaba satisfecha. Posteriormente, he oído hablar siempre mucho de liberación, y he comprendido que la liberación existió de veras, porque yo, aquella tarde, la sentí como se siente una impresión física, como sientes que te encuentras bien cuando has estado atado y luego te desatan; como te sientes libre después de haber estado encerrado en una habitación bajo llave y, de pronto, te abren la puerta. Y aquel cañón que disparaba contra los nazis, con todo y ser un cañón exactamente igual a los cañones que los nazis, a su vez, empleaban para disparar sobre los

americanos, para mí era la liberación: algo que tenía una fuerza bendita más fuerte que la maldita de aquéllos, algo que les causaba pavor después de que ellos habían causado tanto pavor a todos, algo que les destruía después de que ellos habían destruido a tanta gente y tantas ciudades. Aquel cañón disparaba sobre los nazis y sobre los fascistas y cada bala que disparaba era una bala sobre aquella prisión de mentiras y de temor que ellos habían construido durante tantos años, una prisión grande como el cielo, que ahora se derrumbaba en todas partes por los disparos de aquel cañón y todos podían respirar ya, hasta ellos, los fascistas y los nazis, que pronto ya no se verían obligados a ser fascistas y nazis, sino que volverían a ser hombres como todos los demás. Sí, aquella tarde sentí de veras la liberación y, a pesar de que, después, la liberación ha significado muchas otras cosas no tan hermosas, sino al contrario, a menudo muy feas, siempre me acordaré, mientras viva, de aquella tarde y del cañón y de cómo me sentí en verdad liberada y de que sentí la liberación como una dicha que me hizo incluso regocijarme de la muerte que el cañón producía y me hizo odiar por primera y única vez en mi vida e hizo que me alegrara a pesar mío de la destrucción del prójimo con el mismo sentimiento con que nos alegramos de la venida de la primavera, de las flores y del buen tiempo.

Así pasé la tarde, durmiendo o, mejor dicho, dormitando, con aquella nana tan tremenda del cañón, más dulce a mis oídos que la que cantaba mi madre para hacerme dormir, cuando era niña. La casa retemblaba a cada explosión, el revoque se caía a trocitos sobre mi cabeza y cuerpo, la paja pinchaba y el pavimento, bajo la paja, era duro, pero aquéllas fueron las horas más bellas de mi vida, hoy puedo decirlo con plena consciencia. De vez en cuando, si cerraba los ojos y miraba hacia la ventana sin cristales, veía las ramas verdes de un plátano iluminadas por la bella luz de mayo; después, aquella luz menguó y las ramas se hicieron más oscuras y menos luminosas; el cañón seguía disparando y me estreché con fuerza contra Rosetta y me sentí feliz. Era tal mi cansancio y aturdimiento que, pese al constante cañoneo, dormí por lo menos una hora, con un sueño negro y pesado; luego, desperté, oí de nuevo retumbar el cañón y comprendí que durante aquella hora el cañón no había parado nunca de disparar y volví a sentirme feliz. Por fin, al caer la noche, cuando la habitación estaba ya casi a oscuras, el cañón calló de repente. Siguió un silencio que parecía entumecido por los muchos cañonazos disparados, un silencio que, como noté, estaba hecho de los ruidos normales de la vida: una campana de iglesia que tocaba en alguna parte, algunas voces de gente que pasaba por la calle, un perro que ladraba, un buey que mugía. Nosotras estuvimos media hora más abrazadas, medio amodorradas y, luego, nos levantamos y salimos. Ya era de noche, el cielo estaba cuajado de estrellas y nos llegaba el olor penetrante de la hierba segada en la atmósfera suave y sin viento. Pero de la Vía Appia, poco distante, seguía llegando un fragor metálico y de motores: el avance continuaba.

Comimos otra lata de conserva con un poco de pan, volvimos a echarnos sobre la paja y en seguida nos quedamos dormidas, estrechamente abrazadas, esta vez sin cañón. No sé cuánto dormimos, quizá cuatro o cinco horas, quizá más. Tan sólo sé que, de repente, me incorporé, aterrada: la estancia estaba llena de una luz verde, muy intensa, vibrante, y todo era verde, las paredes, el techo, la paja, la cara de Rosetta, la puerta, el pavimento. Aquella luz parecía hacerse más intensa a cada instante, como ciertos dolores físicos que, a cada instante, se hacen más agudos y parece imposible que puedan aumentar, tan fuertes e intolerables son. Después, de improviso, la luz se apagó y, en la oscuridad, oí el maldito aullido de las sirenas de alarma que no había vuelto a oír desde los tiempos de Roma; entonces comprendí que había un bombardeo aéreo. Fue un segundo. Grité a Rosetta: «Pronto, huyamos de esta casa» y, al mismo tiempo, oí los estallidos de las bombas, violentísimos, que caían cerca, y, entre los estallidos, el fragor rabioso de los aviones y las secas explosiones de los antiaéreos.

Agarré a Rosetta de la mano y me precipité fuera de la casa. Era de noche, pero parecía que fuese de día a causa de una luz rosácea que envolvía la casa, los árboles y el cielo. Luego, hubo un estruendo espantoso: una bomba había caído detrás de la casa y la expansión de aire, que noté en las faldas, como si una boca enorme hubiese soplado dentro, pegándomelas a las piernas, me hizo pensar que estaba herida y quizá ya muerta. En cambio, corría, arrastrando a Rosetta de la mano, a través de un trigal; luego, noté que tropezaba y que me metía en el agua hasta la rodilla. Era una

reguera rebosante y el frío del agua me calmó un poco; me paré dentro del agua que ya me llegaba al vientre, apretando a Rosetta contra mi pecho, mientras en torno a nosotros aquella luz rojiza danzaba y, a su resplandor, se veían las casas de Fondi, en ruinas, con todos sus colores y su perfil, como si fuese de día, y por la campiña en torno continuaban las explosiones próximas y lejanas. El cielo, sobre nosotras, era todo un bordado de nubecitas blancas, el tiro de las piezas antiaéreas, y entre toda aquella catástrofe continuaba el zumbido ronco y rabioso de los aviones que volaban bajos y descargaban sus bombas. Por fin, hubo una última explosión, más fuerte que todas, como si el cielo hubiese sido una habitación y alguien hubiese dado un portazo al salir; después, aquella claridad roja se apagó casi del todo, salvo en un rincón del horizonte donde, quizás, había un incendio; luego, también se atenuó el estrépito de los aviones y cesó en lontananza, los antiaéreos dispararon unos cuantos tiros y ya no hubo nada más.

Tan pronto la noche volvió a ser oscura y silenciosa y reaparecieron las estrellas en el cielo sobre nuestras cabezas, dije a Rosetta:

—No es conveniente que volvamos a la casita... Es posible que esos hijos de zorra empiecen otra vez con sus bombas y, entonces, nos maten de veras. Quedémonos aquí, por lo menos no se nos vendrá encima la casa.

Conque salimos del agua y nos tendimos en el trigal, junto a la reguera. Sin embargo, no dormimos, o, mejor dicho, volvimos a dormir, pero no tan felices como en la casa, mientras el cañón disparaba. La noche estaba henchida de ruidos, se oían gritos lejanos, alaridos, ronquidos de motores, pisadas y no sé cuántos sonidos extraños más. La noche era inquieta y pensé que estaría llena de muertos y de heridos por las bombas arrojadas por los alemanes y que los americanos, ahora, correrían de un lado a otro para recoger a aquellos muertos y heridos. Por fin, el sueño nos venció, hasta que bruscamente despertamos a la luz gris del alba y vimos que estábamos acostadas en el trigal; junto a mi cara había espigas altas y doradas, y entre las espigas, amapolas de un rojo muy bello; el cielo, sobre mi cabeza, era blanco y frío, con algunas estrellas de oro pálido que todavía brillaban. Miré a Rosetta, que estaba tendida a mi lado y seguía durmiendo; vi que tenía la cara costrosa de barro oscuro y seco, como, asimismo, las piernas y la falda estaban negras de barro hasta el vientre, al igual que mis piernas y mi falda. Sin embargo, me sentía descansada, porque, entre una cosa y otra, no había hecho más que dormir desde las primeras horas de la tarde del día antes hasta entonces. Dije a Rosetta:

—¿Quieres que nos vayamos?

Pero ella murmuró algo que no entendí y se volvió con todo el cuerpo reclinando la cabeza en mi regazo y abrazándome las caderas con ambas manos. Así es que también me tumbé, aunque no tuviese ya sueño; y así me quedé, con el trigo que se alzaba en torno a nosotras, con los ojos cerrados, esperando que Rosetta hubiese terminado de dormir.

Despertó, por fin, cuando ya era de día. Pero al levantarnos trabajosamente de nuestro lecho de trigo y asomarnos por encima de las espigas para mirar en dirección de la casita, descubrimos que, por mucho que mirásemos, la casita ya no estaba. Por último, a copia de mirar, vi un montoncito de escombros, en la linde del campo, allí donde, me acordaba perfectamente, había estado la casa. Dije a Rosetta:

—¿Te fijas? Si nos hubiésemos quedado en la casa, estaríamos muertas.

Ella respondió con voz sosegada, sin moverse:

—Quizás habría sido mejor, mamá.

La miré y, entonces, vi que tenía una expresión singular, desesperada y le dije, con repentina decisión:

—Hoy mismo nos vamos de aquí, como sea.

Preguntó:

—¿Cómo?

—Tenemos que irnos y nos iremos.

Antes, sin embargo, fuimos a ver la casa y descubrimos que la bomba había estallado al lado mismo de ella, empujándola entera hacia la carretera que, en efecto, estaba obstruida por los

cascotes en casi toda su anchura. La bomba había hecho un gran embudo rebosante de tierra parda y húmeda, mezclada con hierbas arrancadas y, en el fondo, tenía un charco de agua amarillenta. Así que ya nos habíamos quedado sin casa, y lo peor era que también nuestras maletas, con lo poco que poseíamos, estaban entre los escombros. De repente, me sentí verdaderamente desesperada y, sin saber qué hacer, me senté en las ruinas mirando ante mí. La carretera, como el día antes, hormigueaba de soldados y de refugiados, pero todos pasaban de largo sin mirarnos ni a nosotros ni a las ruinas: ya era una cosa normal y no se le prestaba atención. Después, un campesino se detuvo y nos saludó: era uno de Fondi que conocí cuando bajaba de Sant'Eufemia en busca de comida. Nos dijo que aquel bombardeo lo habían hecho los alemanes durante la noche y también nos dijo que había habido unos cincuenta muertos, treinta soldados y unos veinte italianos. Nos habló también del caso de una familia de refugiados que había pasado casi un año en la montaña, como nosotros, y que luego bajaron al valle cuando llegaron los aliados y ocuparon una casita junto a la carretera, a poca distancia de la nuestra: una bomba alcanzó de lleno aquella casita matándoles a todos: mujer, marido y cuatro hijos. Yo escuchaba aquellas cosas sin decir nada, al igual que Rosetta. En otros tiempos, habría exclamado: «¿Cómo? ¿Es posible? Pobrecitos. Fíjate qué fatalidad.» Pero, ahora no tenía ánimos para decir nada. En realidad, nuestras desdichas nos volvían indiferentes a las desdichas ajenas. Y, más tarde, he pensado que éste es, seguramente, uno de los peores efectos de la guerra: nos hace insensibles, endurece el corazón, mata la piedad.

Así, pasamos la mañana sentadas en las ruinas de la casa, embrutecidas e incapaces de pensar en nada. Estábamos completamente atontadas, tan estupefactas y dolientes, que ni siquiera teníamos fuerzas para responder a los numerosos soldados y campesinos que nos dirigían la palabra al pasar. Recuerdo que un soldado americano, al ver a Rosetta sentada sobre los cascotes, inmóvil y atónita, se detuvo a hablarle. Ella no contestaba, sólo le miraba; primero, el soldado le habló en inglés; luego, en italiano; por último, se sacó del bolsillo un cigarrillo, lo metió en la boca de Rosetta y se fue. Y Rosetta se quedó como estaba, con la cara costrosa de barro negro y seco y aquel cigarrillo en la boca, que le colgaba de los labios, y habría resultado hasta cómico si no hubiese sido triste. Luego, llegó el mediodía y, entonces, con un esfuerzo supremo, decidí que debíamos hacer algo, aunque sólo fuese para comer, porque forzosamente debíamos hacerlo; dije a Rosetta que volveríamos a Fondi, donde buscaríamos a aquel oficial americano que hablaba napolitano y parecía tenernos simpatía. Despacio, caminando con desgana, volvimos a la ciudad. Allí, había la feria de costumbre, entre los montones de escombros, los charcos de agua, las camionetas y los coches blindados, con los policías que, en las encrucijadas, se afanaban por encauzar a toda aquella muchedumbre inerte y desamparada. Llegamos a la plaza y fuimos al edificio del Ayuntamiento donde, como el día antes, había el acostumbrado gentío que se apiñaba y la acostumbrada distribución de víveres. Esta vez, sin embargo, había un poco más de orden: la Policía había dispuesto a la gente en tres colas, cada una de las cuales avanzaba hacia un americano que estaba de pie detrás de la larga mesa donde se hallaban apiladas las latas de conserva; al lado de cada americano estaba un italiano con un brazal blanco, empleado municipal, encargado de ayudar en el reparto. Vi, entre los otros, detrás de la mesa, al oficial americano que buscaba y dije a Rosetta que nos pusiésemos a la cola que le correspondía a él: así podríamos hablarle. Esperamos un buen rato en fila con toda aquella pobre gente hasta que, por fin, nos tocó el turno.

El oficial nos reconoció y nos sonrió con todos sus dientes relucientes:

—¿Qué tal, todavía no os habéis ido a Roma?

Dije, indicándole mis ropas y las de Rosetta:

—Fíjate qué sucias vamos.

Nos miró y en seguida comprendió:

—¿El bombardeo de anoche?

—Eso, y ya no tenemos nada. Las bombas han destruido la casita que habitábamos y nuestras maletas se han quedado bajo los escombros, junto con las conservas que nos diste.

Ya no se sonreía. Rosetta, sobre todo, con su dulce rostro lleno de costras de barro seco, quitaba las ganas de sonreír.

—Viveres puedo daros, como ayer —dijo—, y hasta alguna prenda de vestir. Pero, por desgracia, no puedo hacer más.

—Haznos volver a Roma —dije—, allí tenemos casa, ropa y de todo. Pero él respondió como el día antes:

—A Roma no hemos llegado aún nosotros, ¿cómo podrías ir tú?

No dije nada, me quedé muda. Tomó algunas latas del montón, nos las dio y, luego, dijo a uno de los italianos con brazal que nos acompañase a otro lugar donde distribuían prendas de vestir. De repente, cuando estaba a punto de dejarle y de seguir al italiano, dije, no sé por qué:

—Tengo a mis padres en un pueblo próximo a Vallecorsa o, mejor dicho, los tenía, porque ahora no sé dónde habrán ido a parar. Haz lo posible, al menos, para que lleguemos a mi pueblo. Allí conozco a todo el mundo y, aunque no estén mis padres, podré arreglármelas mejor.

Me miró y respondió, amable, pero con firmeza:

—No es posible que, para trasladaros, uséis los vehículos del Ejército. Está prohibido. Tan sólo los italianos que trabajan para el Ejército americano pueden usar nuestros medios de transporte y únicamente por razones de servicio. Lo siento, pero no puedo hacer nada por vosotras.

Dicho lo cual, se volvió hacia otras dos mujeres que estaban detrás de nosotras y comprendí que no tenía nada más que decirnos, por lo que seguí afuera al italiano del brazal.

Una vez en la calle, el italiano, que había oído nuestra conversación, nos dijo:

—Precisamente ayer, hubo el caso de dos refugiados, marido y mujer, que se hicieron llevar a su pueblo en un coche del Ejército. Pero habían podido demostrar que, durante el invierno, dieron hospitalidad a un prisionero inglés. Para premiarles han hecho una excepción a la regla y les llevaron a su pueblo. Si vosotras dos hubieseis hecho lo mismo, creo que no os sería difícil llegar a Vallecorsa.

Rosetta, que hasta entonces no había dicho nada, exclamó de improviso:

—Mamá, ¿te acuerdas?, los dos ingleses. Podríamos decir que dimos hospitalidad a aquéllos.

Ahora bien, por casualidad, aquellos ingleses, antes de dejarnos me habían dado una nota escrita en su lengua y firmada por los dos, que metí en la bolsa, con el dinero. Ahora, me quedaba poco dinero, pero la nota debía de estar aún. Lo había olvidado; pero a las palabras de Rosetta me apresuré a hurgar en la bolsa y, en efecto, la encontré. Los dos ingleses me habían rogado, tan pronto llegasen sus tropas, que entregase el papel a un oficial. Dije, con alegría:

—Pues, entonces, estamos salvados.

Y expliqué al italiano la historia de los dos ingleses y cómo nosotras dos fuimos las únicas en darles hospitalidad el día de Navidad, porque todos los demás refugiados tenían miedo de ayudarles, y cómo ellos se fueron el día siguiente y que aquella misma mañana vinieron los alemanes para buscarlos. El italiano dijo:

—Ahora, venid conmigo a recoger un poco de ropa. Luego, iremos al Mando y veréis cómo se os facilitará todo lo que queréis.

Total, que fuimos a otra casa donde se hacía la distribución de ropas y allí nos dieron un par de zapatos de hombre, bajos, con piso de goma, calcetines verdes, y una falda y una blusa del mismo color para cada una. Era el uniforme que usaban las mujeres de su Ejército y a nosotras nos alegró ponérselo, porque nuestras ropas estaban ya hechas jirones y sucias de barro seco. También recibimos un pedazo de jabón, y lo aprovechamos para lavarnos la cara y las manos, y también nos peinamos; por lo que ya estábamos casi presentables y el italiano nos dijo:

—Muy bien, ahora parecéis dos personas civilizadas; antes parecíais dos salvajes. Venid conmigo al Mando.

Al Mando estaba en otra casa. Subimos una escalera y en todas partes había Policía militar que preguntaba a dónde se iba y se informaba y controlaba. De un rellano a otro, en un ir y venir de soldados y de italianos, llegamos al último piso. Allí, el italiano fue a hablar con un soldado que estaba de guardia delante de una puerta. Luego, se nos acercó y dijo:

—No sólo se interesan por el caso, sino que os recibirán en seguida. Sentaos en ese sofá y aguardad.

Aguardamos poco. Apenas habían pasado cinco minutos, cuando el soldado entró en la oficina y, luego, vino a llamarnos para hacernos pasar.

Aquel aposento estaba totalmente vacío, salvo un escritorio detrás del cual se sentaba un hombre rubio, de mediana edad, con bigote pelirrojo, ojos cerúleos y cara pecosa, corpulento y alegre. Iba de uniforme y no conozco sus galones, pero luego supe que era comandante. Había dos sillas delante del escritorio; y él, con cortesía, levantándose cuando entramos, nos invitó a sentarnos y, luego, se sentó después que nosotras lo hubimos hecho.

—¿Quieren fumar? —nos preguntó en correcto italiano, ofreciéndonos el paquete de cigarrillos. Rehusé y él empezó en seguida—: Me han dicho que poseen una nota para mí.

—Aquí la tiene —dije.

Y se la tendí. La tomó, la leyó dos o tres veces, muy detenidamente y, luego, con cara seria, mirándome con fijeza, dijo:

—Esta nota es muy importante y usted nos da informaciones valiosas. Estábamos sin noticias de esos dos militares desde hace mucho tiempo y le agradecemos a usted mucho lo que hizo por ellos. Ahora, dígame, ¿cómo eran ellos?

Se los describí, como pude:

—Uno era rubio, bajito, con barba en punta. Otro era alto y flaco, moreno, de ojos azules.

—¿Cómo vestían?

—Cazadoras, me parece, de hule negro y pantalón largo.

—¿Llevaban gorro?

—Sí, una especie de gorro militar.

—¿Iban armados?

—Sí, llevaban pistolas. Me las enseñaron

—¿Y qué pensaban hacer cuando la dejaron a usted?

—Querían andar a pie por las montañas hasta el frente, cruzarlo y llegar a Nápoles. Habían estado todo el invierno en casa de un campesino, bajo el Monte delle Fate y, entonces, esperaban llegar al frente y pasarlo. Pero me parece que no lo consiguieron, porque todo el mundo decía que el frente era imposible de pasar a causa de las patrullas alemanas y el fuego de ametralladoras y los cañones.

—En efecto —dijo él—, no pasaron, porque nunca llegaron a Nápoles. ¿En qué fecha estuvieron con ustedes?

Dije la fecha y, al cabo de un momento, preguntó:

—¿Y cuánto tiempo les dio usted hospitalidad?

—Sólo un día y una noche, porque tenían prisa y también porque tenían miedo de algún chivatazo. Y, en efecto, apenas se hubieron marchado, vinieron los alemanes. Pasaron con nosotras el día de Navidad y comimos juntos una gallina y bebimos un poco de vino.

Se sonrió y dijo:

—Aquel vino y aquella gallina que ustedes compartieron con ellos representan solamente una pequeña parte de la deuda que tenemos con ustedes. Ahora, dígame, qué podemos hacer por usted.

Entonces, lo dije todo: que no teníamos de comer; que en Fondi no nos sentíamos con ánimos de quedarnos porque ya no teníamos casa, pues el bombardeo nos la había destruido aquella noche; que queríamos ir a mi pueblo, cerca de Vallecorsa, donde estaban mis padres y donde, si más no, podríamos albergarnos en mi casa. Me escuchó con seriedad y, luego, dijo:

—Lo que me pide está absolutamente prohibido. Pero también dar hospitalidad a los prisioneros ingleses, bajo la dominación alemana, estaba prohibido, ¿verdad? —Se sonrió, y yo también. Al cabo de un momento, prosiguió, diciendo—: Haremos lo siguiente. Diré que ustedes salen en coche con un oficial nuestro para recoger información en las montañas acerca de aquellos dos militares nuestros desaparecidos. Por lo demás, en cualesquiera de los casos, habremos hecho esa indagación, aunque no en el pueblo de usted, donde no es posible que ellos hayan pasado. Quiero decir que el oficial, primero, las acompañará a Vallecorsa y, luego, hará su indagación.

Dije que se lo agradecía mucho y él respondió:

—Nosotros somos quienes le dan las gracias. Mientras tanto, denme sus nombres.

Les dije cómo nos llamábamos y él lo anotó todo con esmero. Luego, se levantó para despedirnos y extremó la cortesía hasta acompañarnos a la puerta para ponernos a disposición del soldado de guardia a quien dijo algo en inglés. El soldado en seguida se mostró muy cortés y nos invitó a seguirle.

Fuimos con el soldado hasta el fondo de un pasillo blanco y desnudo y él nos hizo pasar a una estancia vacía, pero limpia, donde había dos catres militares, y nos dijo que aquella noche podríamos dormir allí y, al día siguiente, según las órdenes del comandante, iríamos a otro sitio. Nos dejó, cerrando la puerta, y nosotras nos sentamos en los catres con un suspiro de satisfacción. Ya nos sentíamos completamente diferentes a como nos habíamos sentido hasta entonces. Llevábamos ropas limpias, nos habíamos lavado, teníamos latas de conservas para comer, dos catres para dormir, un techo para cobijarnos y teníamos, que era lo más importante, la esperanza de días mejores. Total, que estábamos completamente cambiadas y aquel cambio se lo debíamos al comandante y a sus buenas palabras. Y yo, muchas veces, he pensado que tratar a un hombre como a hombre y no como un animal quiere decir tenerle limpio, en una casa limpia, demostrar simpatía y consideración por él y, sobre todo, darle esperanzas para el futuro. Si esto no se hace, el hombre, que es capaz de todo, poco tarda en volverse un animal y, entonces, se comporta como un animal y es inútil pedirle que se comporte como un hombre, desde el momento en que se ha querido que fuese animal y no hombre.

En fin, que nos abrazamos estrechamente y besé a Rosetta y le dije:

—Verás cómo ahora todo se arregla, esta vez en serio. Pasaremos unos días en el pueblo, después nos iremos a Roma y todo volverá a ser como antes.

La pobre Rosetta dijo: «Sí, mamá», exactamente como un cordero que va al matadero y no lo sabe y lame la mano de quien lo arrastra hacia el cuchillo. Por desgracia, la mano era mía y yo no sabía que, precisamente yo, por mi propia iniciativa, la llevaba al matadero, como se verá a continuación.

Aquel día, tras habernos comido una lata de conserva, nos lo pasamos entero tumbadas en los catres, dormitando. No teníamos ganas de dar vueltas por las calles de Fondi, era demasiado triste con toda aquella feria de andrajosos y de soldados y todas aquellas ruinas que nos recordaban la guerra a cada paso. Por otra parte, aún teníamos mucho cansancio atrasado: habíamos pasado la noche a la intemperie, después de muchos sustos y muchas emociones, y teníamos los huesos hechos polvo. Por lo cual, dormimos y, de vez en cuando, nos despertábamos para luego volver a dormir. Mi catre estaba frente a la ventana que no tenía postigos, llena de cielo azul, y cada vez que despertaba notaba que la luz había cambiado de dirección e intensidad, al girar el sol en el horizonte, de Oriente a Occidente. También aquel día me sentí feliz como el día antes al oír el cañón, pero esta vez era feliz por mor de Rosetta, a quien veía dormir en el catre junto al mío, sana y salva tras haber pasado por tantos peligros y peripecias. Pensaba que, después de todo, había aguantado y logrado, a través de aquella tempestad de la guerra, salvarme a mí misma y a mi hija: Rosetta estaba bien, no le había pasado nada verdaderamente grave y, pronto, estaríamos de regreso en Roma, volveríamos a nuestro piso, yo abriría de nuevo mi tienda y todo empezaría de nuevo a ser como antes. Es más, mejor que antes, porque el novio de Rosetta, que seguramente también se había salvado, volvería de Yugoslavia y se casaría con Rosetta. En el duermevela me detenía a pensar de buena gana y con profunda complacencia en la boda de Rosetta. La veía salir por el pórtico de una iglesia lleno de sol, toda vestida de blanco, con las flores de azahar en torno a la cabeza, del brazo de su novio y, detrás de ella, a mí y a todos los otros parientes y amigos, sonrientes y felices. Luego, no me bastaba verles en el pórtico, y hacía un salto atrás, hacia la iglesia, y quería verles arrodillados ante el altar, mientras el cura que les había casado hacía su discursito acerca de los deberes y las obligaciones del santo matrimonio. Pero tampoco me bastaba y hacía otro salto, adelante esta vez, y veía a Rosetta con su primer rorro: estábamos sentados a la mesa, yo, ella y su marido; y, de pronto, el rorro lloraba en la habitación de al lado. Rosetta se levantaba e iba a buscarle, luego se volvía a sentar, se desabrochaba la blusa y daba el pecho al

mamón, que se pegaba a él con la boca y las dos manitas, mientras Rosetta se inclinaba sobre el rorro, para engullir una cucharada de sopa, con que ya no éramos tres, sino cuatro en la mesa, que comíamos, el marido de Rosetta, Rosetta, el mamón y yo. Y yo, contemplando en mi duermevela aquel cuadro, pensaba que era abuela y no me desagradaba, porque ya no deseaba el amor y quería volverme una mujer vieja y vivir muchos años como abuela y como vieja al lado de Rosetta y de sus niños. Entretanto, mientras tenía aquellos ensueños, vislumbraba, a ratos, a Rosetta tumbada en el catre de al lado y me gustaba que estuviese allí, demostrándome que aquellos ensueños, al fin y al cabo, no eran sólo sueños, y que pronto se tornarían realidad, en cuanto hubiésemos vuelto a Roma y reanudásemos la vida de antes.

Llegó la noche y me levanté, mirando casi en la oscuridad alrededor de mí: Rosetta aún dormía, se había quitado la falda y la blusa, y en la penumbra entreví sus hombros y sus brazos desnudos, blancos y torneados, de chica joven y sana; el camisón se le había subido sobre la pierna, que tenía encogida, con la rodilla casi a la altura de la boca; también el muslo era blanco y torneado, como los hombros, como los brazos. Le pregunté si quería comer; y ella, al cabo de un momento, sin volverse, meneó la cabeza como en señal de negativa. Entonces, pregunté si quería levantarse y bajar a las calles de Fondi: nuevo gesto, nueva voz de denegación. Entonces, volví a echarme y, esta vez, me dormí de veras; en realidad, ambas estábamos agotadas por tantas emociones y aquel sueño tan tenaz era un poco como la cuerda que se da a un reloj parado hace tiempo, que nunca se acaba de dar porque el reloj carecía totalmente de cuerda y ya no tiene fuerzas para andar.

CAPÍTULO IX

Al amanecer, nos despertó alguien que llamaba a la puerta, golpeando con fuerza, como si hubiese querido derribarla. Era el soldado que nos había acompañado el día antes, el cual, cuando le abrimos, nos avisó que el coche que había de llevarnos a Vallecorsa estaba ya abajo y debíamos darnos prisa. Nos vestimos apresuradamente; y, al vestirme, me di cuenta de que estaba fuerte como nunca, que aquellas horas de sueño me habían hecho renacer. Comprendí que también Rosetta se sentía fuerte y despejada, por la energía con que se lavó y se vistió. Sólo una madre puede comprender esas cosas; me acordaba de Rosetta, el día antes, embrutecida por el sueño y las emociones, con la cara costrosa de barro seco, los ojos extáticos y tristes; y me daba gusto verla ahora, sentada en la cama con las piernas colgando, desperezándose levantando los brazos e inflando el hermoso pecho, firme y blanco, que parecía que hubiese de reventar fuera del camisón; acercándose a la palangana del rincón y llenándola de agua fría de la jarra; lavándose con ímpetu, echándose el agua no sólo en la cara, sino también en el cuello, en los brazos y en los hombros, agarrando con los ojos cerrados, a tientas, la toalla y restregándose hasta ponerse colorada; tomando la falda y poniéndosela por la cabeza, en medio del aposento. Eran todos ellos gestos normales, que le habré visto hacer quién sabe cuántas veces. Pero en ellos noté su juventud y su fuerza recobrada, como se nota la juventud y la fuerza de un hermoso árbol al sol cuyas hojas apenas se mueven a cada leve soplo de un viento primaveral.

En fin, nos vestimos y corrimos abajo, por las escaleras todavía desiertas de aquella casa vacía. Frente a la puerta había un pequeño automóvil descubierto de ésos del Ejército aliado, que son duros y tienen los asientos de metal. Al volante estaba un oficial inglés, rubio, de cara colorada y expresión cohibida y, tal vez, también aburrida. Nos indicó los asientos de atrás y nos dijo en mal italiano que tenía orden de llevarnos a Vallecorsa. No parecía muy amable, pero más por timidez y apuro que porque nos tuviese antipatía. En el coche había también dos grandes cajas de cartón rebosantes de botes de conserva y él dijo, siempre con tono cohibido, que el comandante nos los mandaba con sus saludos y sus deseos de que tuviéramos buen viaje, excusándose de no poder despedirse de nosotras porque estaba muy ocupado. Mientras duraban los preparativos, varios refugiados que, probablemente, habían pasado la noche en la intemperie, rodearon el coche, mirándonos en silencio, con la envidia claramente pintada en el rostro. Me di cuenta de que nos tenían envidia porque habíamos encontrado el modo de irnos de Fondi y también porque teníamos todas aquellas latas; y, lo confieso, no pude menos que sentir vanidad, aunque no sin algún remordimiento. En realidad, no sabía aun lo poco que éramos de envidiar.

El oficial puso en marcha el motor y el coche arrancó, rápido, a través de charcas y cascotes, hacia las montañas. Tomó una carretera secundaria y, muy pronto, siempre corriendo a gran velocidad, empezó a subir entre dos montes, por un valle angosto y profundo, bordeando un torrente. Nosotras callábamos y el oficial callaba: nosotras porque estábamos hartas, en el fondo, de hablar con gestos y gruñidos, como sordomudas, y él quizá por timidez, o porque le fastidiaba hacernos de chófer. Por lo demás, ¿qué hubiésemos podido decirle a aquel oficial? ¿Que estábamos contentas de irnos de Fondi? ¿Que hacía un hermoso día de mayo, con el cielo azul, sin nubes, y el sol que hacía resplandecer de luz toda la campiña verde y lozana? ¿Que íbamos al pueblo donde nació? ¿Que allí nos encontraríamos, como quien dice, en casa? Cosas todas ellas que a él no podían interesarle; y él hubiese tenido razón de decirnos que no le interesaban y que cumplía con su deber, que era el de llevarnos, según las órdenes recibidas, a una localidad determinada y que, por esto, era mejor que estuviésemos calladas, porque, además, él había de conducir y no debíamos distraerle. Sin embargo, aunque parezca extraño, a pesar de pensar en todas esas cosas, durante todo el tiempo sentí un deseo agudo de hablar con aquel oficial, saber quién era, dónde estaba su familia, qué hacía en tiempo de paz y si tenía novia, etcétera. En realidad, me di cuenta de que, una vez pasado el

peligro, yo volvía a tener los sentimientos normales de los tiempos normales, es decir, que recobraba interés por las personas y las cosas, además de por mí misma, de mi integridad física y de la de Rosetta. Empezaba a vivir de nuevo, en suma, lo cual significa también hacer muchas cosas sin motivo, por simpatía o por capricho o por impulso o, quizá también, por juego. Y aquel oficial me infundía curiosidad como, tras una larga enfermedad, al entrar en convalecencia, provocan curiosidad todas las cosas que se nos ponen ante los ojos, hasta las más insignificantes. Le miraba y notaba que sus cabellos rubios eran magníficos de veras, dorados, con muchos mechones lisos y brillantes que se encaballaban y se entrelazaban como las fibras de una hermosa canasta y, luego, desbordaban sobre la nuca en muchas puntas caprichosas. Aquellos cabellos de oro casi me daban la tentación de alargar la mano y acariciarlos; pero no porque aquel joven me gustase o me atrajese en modo alguno, sino tan sólo porque la vida volvía a gustarme y aquel pelo era vivo de veras. En efecto, igual sentimiento experimentaba por los árboles de tierno follaje con que nos cruzábamos en la carretera, por la pared de piedras pulidas y bien labradas que sostenía el terraplén, al otro lado de la cuneta, por el cielo azul y por el sol claro de mayo. Todo me gustaba y me sentía apetente de todo, como tras un largo ayuno que durante mucho tiempo me hubiese quitado el gusto de comer.

La carretera secundaria, tras haber bordeado un trecho el torrente, en el valle angosto y alto, confluyó por fin con la carretera nacional; y el torrente, con un riachuelo claro y ancho, que discurría por un valle un poco más amplio. Las montañas ya no estaban tan a pico de la carretera; bajaban suavemente y ya no eran tan verdes, sino pedregosas y peladas. A cada paso, el paisaje se tornaba más desnudo, desierto y austero. Era el paisaje donde me crié de niña, y cada vez lo reconocía más, por lo cual, la sensación un poco de desaliento y casi de temor que daba su aspecto selvático y solitario quedaba mitigada en parte por la de volver a un lugar que me era familiar. Era, propiamente, un paisaje de bandoleros; y ni el sol de mayo lo hacía más amable ni más acogedor; no había más que guijarros y peñas y declives llenos de guijarros y de peñas y poca hierba entre los guijarros y las peñas; y aquella carretera oscura, lisa y reluciente, que discurría entre todo aquel pedregal, parecía una serpiente despertada por las primeras tibiezas de la primavera. No se veía ninguna casa, granja, barraca o cabaña, no se veía hombres ni animales. Yo sabía que aquel valle continuaba así, desnudo, silencioso y desierto, durante muchos kilómetros, y que el único pueblo que había era el mío que, además, no era sino un gran grupo de casas situadas a lo largo de la carretera y en torno de la plaza donde se alzaba la iglesia.

Corrimos así un trecho, en silencio y, luego, de pronto, tras un recodo, apareció, a cierta distancia, mi pueblo. Todo seguía exactamente igual que como lo recordaba: a ambos lados de la carretera, el pueblo empezaba con dos casas que yo conocía perfectamente, viejas casas de campo, construidas con las piedras de aquellos montes, sin encalar, oscuras y modestas, con los tejados de musgo. De improviso me entró no sé qué timidez ante aquel oficial inglés que parecía tan fastidiado de hacernos de chófer; e, impulsivamente, le di una palmada en el hombro diciendo que nos apeábamos allí mismo: que ya habíamos llegado. Frenó de golpe y yo, vagamente arrepentida de haberle hecho parar, dije a Rosetta que habíamos llegado y debíamos apearnos. Bajamos a la carretera y el oficial nos ayudó a descargar las dos grandes cajas de provisiones, que nos pusimos a la cabeza. El oficial dijo de improviso, casi con afecto, sonriendo, en italiano:

—Buena suerte.

Luego, dio media vuelta, rapidísimo, y se fue como un cohete. A los pocos segundos, ya había desaparecido detrás del recodo y nosotras estábamos solas.

Tan sólo entonces me di cuenta del profundo silencio y de la soledad completa del lugar. No se veía a nadie, no se oía ningún rumor, salvo el dulce y leve del viento de primavera que soplab a lo largo del valle. Después, volviendo a mirar las dos casas en la entrada del pueblo, percibí algo que no había notado en el primer momento: tenían las ventanas cerradas y las puertas atrancadas con dos tablas clavadas en cruz. Pensé que el pueblo había sido evacuado y, por primera vez, me di cuenta de que quizás hice mal en dejar Fondi: allí había, es verdad, el peligro de los bombardeos, pero también había mucha gente y no se estaba solo. De improviso me sentí el corazón oprimido; y, para darme ánimos, dije a Rosetta:

—Tal vez en el pueblo no haya nadie, todo el mundo se habrá marchado. En tal caso, no nos detendremos, sino que seguiremos andando hasta Vallecorsa, que está a pocos kilómetros. O bien nos subiremos a algún camión, ésta es una carretera muy frecuentada y siempre pasa alguno.

Casi en el mismo momento, como para confirmar mis palabras, desembocó, por el recodo, una larga columna de camiones y coches militares. Aquella aparición nos reanimó: eran aliados, y por lo tanto amigos, en una situación difícil podíamos siempre recurrir a ellos, como habíamos hecho en Fondi. Me aparté a un lado de la carretera, junto con Rosetta, y contemplé la columna mientras desfilaba delante de nosotras. En cabeza iba un coche pequeño, descubierto, igual al que nos había traído, ocupado por tres oficiales, que llevaba una banderita. Era una bandera azul, blanca y roja, la bandera francesa, según supe después, y los oficiales, en efecto, eran oficiales franceses, con el quepis en forma de puchero redondo y la visera dura sobre los ojos. Detrás de aquel coche iban muchos camiones todos iguales, atestados de tropa, pero no eran soldados como los que habíamos visto hasta entonces, eran hombres de tez oscura y con caras como de turco, al menos por lo que permitían ver las bufandas rojas que las cubrían, vestidos con una especie de sábana blanca con manto oscuro encima. También más tarde, supe la procedencia de aquellos soldados; eran de Marruecos, marroquíes, y Marruecos, según parece, es un país bastante lejano que está en África y, si no hubiese habido guerra, aquellos marroquíes nunca habrían venido a Italia. La columna no era muy larga; desfiló toda ella en pocos minutos, adentrándose en la aldea; y luego, terminó con un coche pequeño, igual al que iba en cabeza; la carretera volvió a quedarse desierta y silenciosa. Dije a Rosetta:

—Son aliados, seguro, pero no sé de que clase son. ¿Quién les ha visto alguna vez?

Luego, echamos a andar, camino del pueblo.

Poco antes de llegar al pueblo, la montaña se asomaba a la carretera con un peñasco y, bajo el peñasco, había una especie de gruta en la que se encontraba un manantial. Dije a Rosetta, sin dejar de andar, con la caja en equilibrio sobre la cabeza:

—Allí hay una gruta con un manantial. Acerquémonos, tengo sed y quiero beber.

Dije eso, pero, en realidad, quería dar un vistazo a aquella gruta porque a ella, de niña, después de chiquilla, y después de muchacha, iba muchas veces todos los días con la jarra de cobre sobre la cabeza, a buscar agua, y luego, a veces, me quedaba a charlar diez minutos o más, según los casos, con las otras mujeres que también acudían allí por el mismo motivo; y algunas veces, también, encontraba gente de los pueblos vecinos, con los barrilitos atados a las acémilas, porque el agua de aquel manantial era reputada y era el único de los contornos que durante el estío no quedaba seco, sino que, por el contrario, seguía manando siempre agua fresca y abundante. Le tenía afición a aquella gruta; y recordé que, de niña, me parecía un lugar tan extraño y misterioso, que me daba un poco de miedo y me atraía otro tanto; que, a veces, me asomaba, con todo el busto, al borde del pilón que estaba metido dentro, me vía en el espejo del agua oscura y miraba durante largo rato los culantrillos que tapaban el manantial. Me gustaba contemplar mi imagen reflejada en el agua, tan clara y coloreada; me gustaba mirar a los culandrillos, tan bellos con sus hojitas verdes y sus ramitas negras como el ébano; me gustaba observar el musgo aterciopelado, bañado de gotitas brillantes y cuajado de florecitas rojas, que cubría las rocas. Pero, sobre todo, me sentía atraída por la gruta porque en el pueblo alguien me había contado una fábula según la cual, si me hubiese zambullido resueltamente en el agua y nadado cada vez más profundamente, no hubiese tardado en llegar a un mundo subterráneo, mucho más bello que el de arriba, con muchas cavernas llenas de tesoros y muchos enanos y muchas hadas buenas. Aquella fábula me había causado una gran impresión, e incluso, cuando ya era mayorcita y no creía ya en ella y sabía que era una fábula, sin embargo, me asomaba a la gruta sin recordarla y experimentaba una sensación de incertidumbre y de duda, como si no hubiese sido una fábula, sino un hecho auténtico y yo pudiese todavía zambullirme, si quería, e ir bajo tierra a visitar aquellas cavernas hechizadas.

Conque fuimos a la gruta y dejé en el suelo la caja, subí los dos o tres peldaños y me asomé a la gruta apoyando el pecho en el borde del pilón, bajo las stalactitas que, como entonces, goteaban y estaban revestidas de musgo verde y brillante. Rosetta también se asomó y yo miré un momento

nuestras dos caras reflejadas en el agua oscura y quieta y suspiré pensando en las muchas cosas, no todas buenas, que habían pasado desde el tiempo en que yo, de niña, me inclinaba sobre aquella misma agua y me miraba en su espejo de igual modo. Bajo el tupido culantrillo, en el fondo del pilón, se veía, como entonces, el leve encrespamiento producido por el manantial y no pude menos que pensar que aquel manantial seguiría brotando eternamente, suave y tranquilo, cuando Rosetta, yo y todos nos hubiésemos ido de este mundo, y que tampoco de aquella guerra tan terrible apenas si quedaría el recuerdo. Todo había terminado, pensé, yo ya no era niña y, ahora, tenía una hija mayor, pero el manantial nunca se agotaba y seguía brotando como siempre. Me agaché y bebí, y creo que una lágrima me cayó de los ojos en el agua; Rosetta, a mi lado, bebía también y no se dio cuenta. Luego, nos enjugamos la boca, nos pusimos de nuevo las cajas sobre la cabeza y nos encaminamos hacia la aldea.

Como me había imaginado, la aldea estaba totalmente desierta. No había sido bombardeada ni devastada en modo alguno, sino tan sólo abandonada. Todas las casas, que eran míseras casas, de piedra tosca sin revoque, adosadas unas a otras, a lo largo de la carretera, estaban intactas, pero con las ventanas cerradas y las puertas atrancadas. Caminamos un trecho entre dos hileras de casas muertas que me daban casi una sensación de miedo, como cuando se camina por un cementerio y se piensa en la gente que está bajo las losas; pasamos por delante de la casa de mis padres; también estaba cerrada y atrancada, por lo que renuncié incluso a llamar y, sin decir nada a Rosetta, apreté el paso; por fin, llegamos a una plaza en cuesta, escalonada, en lo alto de la cual estaba la iglesia, una iglesia verdaderamente rural, de viejas piedras ennegrecidas, rústica y antigua, pero sin garambainas ni adornos. La plaza seguía tal como la recordaba; con los peldaños de losas negras listadas de piedra blanca; cuatro o cinco árboles plantados irregularmente que, ahora, como siempre en primavera, estaban pletóricos de claro follaje; y, un poco apartado, un viejo pozo con el brocal de la misma piedra ennegrecida que la iglesia y la polea de hierro oxidada. Noté que bajo el pórtico sostenido por dos columnas, la puerta de la iglesia estaba entornada y dije a Rosetta:

—¿Sabes lo que vamos a hacer? La iglesia está abierta, iremos a sentarnos un rato, para descansar, y luego nos iremos a pie hasta Vallecorsa.

Rosetta no dijo nada y me siguió.

Entramos y en seguida noté por muchos signos que la iglesia había sido, si no propiamente devastada adrede, por lo menos ocupada por soldados y convertida en una cuadra. La iglesia era un local largo y estrecho, encalado, con el techo de grandes vigas negras y, al fondo, el altar, coronado por un cuadro que representaba a la Virgen con el Niño. El altar, ahora, aparecía desmantelado, sin paramentos ni nada. El cuadro todavía estaba, pero completamente ladeado, como si hubiese habido un terremoto; y en cuanto a los bancos que antes se alineaban en doble fila bajo el altar, habían desaparecido, salvo dos que, por el contrario, estaban colocados a lo largo. Entre aquellos dos bancos, en el suelo, había mucha ceniza gris y algunos tizones negros, señal de que habían encendido lumbre allí. La iglesia recibía luz de un gran ventanal que estaba sobre la entrada que, en tiempos, tuvo vidrieras de colores. Ahora, de aquellos vidrios sólo quedaban algunos fragmentos puntiagudos; en la iglesia había una luz clara. Me acerqué a los dos bancos supervivientes, enderecé uno, de modo que estuviese de cara al altar, dejé en él la caja y dije a Rosetta:

—Esto es la guerra: ni siquiera respetan las iglesias.

Después, me senté y Rosetta se sentó a mi lado.

Experimentaba un sentimiento extraño, como de quien se encuentra en un lugar sagrado, pero que no tiene ganas de rezar. Volví la mirada al antiguo cuadro de la Virgen, ladeado, con la Virgen toda patinada de negro de humo, la cual, ahora, ya no miraba abajo, hacia los bancos, sino al techo, de través, y pensé que si hubiese querido rezar, antes hubiese debido enderezar aquella imagen. Pero, quizá, tampoco habría sabido rezar; me notaba como entumecida, no sentía nada y estaba atónita. Había esperado encontrar el pueblo donde nací y la gente entre la cual me había criado y, quizás, también a mis padres, y, en cambio, sólo había encontrado una cáscara vacía; todos se habían ido, quizá también la Virgen, disgustada de que su imagen hubiese sido maltratada y dejada tan torcida. Luego, miré a Rosetta, que estaba a mi lado, y vi que ella, en cambio, rezaba, con las

manos juntas y la cabeza inclinada, moviendo apenas los labios. Entonces dije, en voz baja:

—Haces bien en rezar... Reza también por mí... Yo no me siento con ánimos.

En aquel momento, oí no sé qué ruido de pasos y de voces por la parte de la entrada, me volví y, como un relámpago, vi asomarse a la puerta algo blanco que en seguida desapareció. Sin embargo, me pareció reconocer a uno de aquellos soldados extraños que había visto desfilar poco antes por la carretera, en los camiones; y, presa de una súbita inquietud, me levanté y dije a Rosetta:

—Vámonos de aquí... Será mejor que nos vayamos.

Ella se levantó en seguida, persignándose la ayudé a ponerse la caja sobre la cabeza, me puse la mía y, luego, nos encaminamos hacia la entrada.

Empujé la puerta, que ahora estaba cerrada, y me encontré de manos a boca con uno de aquellos soldados que parecían turcos, cetrino y picado de viruelas, con el fez rojo calado sobre los ojos negros y brillantes y el cuerpo envuelto en el manto oscuro, sobre la sábana blanca. Me puso una mano en el pecho, empujándome hacia atrás y diciendo algo que no entendí; detrás de él, vi que había más de ellos, pero no distinguí cuántos, porque ya me había agarrado de un brazo y me arrastraba adentro de la iglesia, mientras los demás, todos ellos también con la sábana blanca y el fez rojo, entraban impetuosamente. Grité:

—Espacio, qué hacéis, somos refugiadas.

Y, al mismo tiempo, solté la caja que sostenía sobre la cabeza y la caja cayó al suelo y oí rodar todos los botes y, luego, empecé a debatirme contra él, quién, ahora, me había agarrado del talle y se me echaba encima, con su rostro oscuro y enfurecido tendido hacia el mío. Luego, oí un grito agudo. Era de Rosetta, y, entonces, traté con todas mis fuerzas de librarme para correr en su ayuda, pero él me tenía sujeta y me debatí en vano, porque era fuerte y, a pesar de que le empujaba la cara con la mano, para rechazarle, notaba que me arrastraba hacia atrás, hacia un rincón en penumbra de la iglesia, a la derecha de la entrada. Entonces, grité también, con un alarido más agudo aún que el de Rosetta, y creo que puse en él toda mi desesperación, no sólo por lo que me estaba pasando en aquel momento, sino también por lo que había pasado hasta entonces, desde el día que me fui de Roma. Pero él, entonces, me había agarrado por los cabellos, con una fuerza terrible, como si hubiese querido arrancarme la cabeza del cuello y seguía empujándome hacia dentro, por lo que, al final, sentí que me caía y caí, en efecto, en el suelo, junto con él. Ahora, estaba encima de mí; y yo me debatía con manos y piernas; y él me mantenía sujeta la cabeza en el suelo, contra el pavimento, tirándome de los cabellos con una mano; y, mientras tanto, sentí que con la otra me cogía la falda y me la subía hacia el vientre y luego me recorría las piernas; y, de repente, volví a gritar, pero esta vez de dolor, porque me asía el sexo con la misma fuerza con que me tiraba de los cabellos, para tenerme sujeta la cabeza. Sentí que me abandonaban las fuerzas, casi no podía respirar; y él, mientras tanto, me manoseaba el sexo con fuerza y me hacía daño; y yo, en un relámpago, recordé que los hombres son muy sensibles en el mismo sitio y, entonces, llevé la mano a su vientre y encontré el suyo; y él, al contacto de mi mano, tal vez creyendo que me entregaba a él y quería ayudarme a disfrutar conmigo, en seguida disminuyó la opresión, tanto en el sexo como en los cabellos, y hasta me sonrió, con una sonrisa horrible, con sus dientes negros y cariaños; y yo, en cambio, alargué la mano por abajo, le agarré los testículos y se los estrujé con todas mis fuerzas. Entonces, soltó un rugido, me asió de nuevo por los cabellos y me batió la cabeza, por el occipucio, contra el pavimento, con tanta violencia, que casi no sentí ningún dolor, pero me desvanecí.

Recuperé el conocimiento al cabo de no sé cuánto tiempo, y me di cuenta de que estaba tendida en un rincón en penumbra de la iglesia, de que los soldados se habían ido y de que reinaba un silencio total. La cabeza me dolía, pero sólo por detrás, en la nuca; no sentía ningún otro dolor y comprendí que aquel hombre terrible no había conseguido hacer lo que quería porque yo le había dado aquel estrujón y él me había hecho rebotar la cabeza y yo me había desmayado y ya se sabe que es difícil trastear a una mujer desvanecida. Pero no me había hecho nada porque, como me di cuenta después, sus compañeros le habían llamado para sujetar a Rosetta y él me dejó y fue a donde ella estaba y se desahogó con ella como todos los demás. Desgraciadamente, empero, Rosetta no se había desvanecido, y todo lo que pasó lo había visto con sus ojos y sentido con sus sentidos.

Yo, mientras tanto, estaba tumbada, casi incapaz de moverme. Luego, intenté levantarme y, en seguida, sentí un agudo pinchazo en la nuca. Pero me esforcé, me puse en pie y miré. Primero, sólo vi el pavimento de la iglesia, lleno de las latas que habían caído de las dos cajas, cuando nos asaltaron; luego, levanté los ojos y vi a Rosetta. La habían arrastrado, o ella había huido, hasta debajo del altar; estaba tendida, de espaldas, con las ropas levantadas sobre la cabeza que no se veía, desnuda de la cintura a los pies. Las piernas habían quedado abiertas, como ellos las habían dejado, y se le veía el vientre blanco como el mármol y el vello rubio y rizado parecido a la cabecita de un chivo y, en la parte interna de los muslos, había sangre, como también en el vello. La visión de la sangre me hizo pensar que estaba muerta, aunque comprendiese que era la sangre de su virginidad destrozada. Sin embargo, era sangre y sugería ideas de muerte. Me acerqué y llamé: «Rosetta», en voz baja, casi sin esperanza de que ella me respondiese; ella, en efecto, no me respondió ni se movió; yo quedé convencida de que estaba muerta de verdad e, inclinándome, le quité la ropa del rostro. Entonces, vi que me miraba con ojos desorbitados, sin decir palabra ni moverse, con una mirada que nunca había visto en ella, como de animal que ha caído en la trampa y no puede escapar y espera que el cazador le dé el tiro de gracia.

Entonces, me senté a su lado, bajo el altar, le pasé un brazo por el talle, la incorporé un poco, la estreché contra mí y le dije:

—Tesoro mío.

Y no pude decir nada más porque me había echado a llorar y las lágrimas me brotaban muy seguidas y me las bebía y sentía que eran en verdad amargas, con toda la amargura concentrada que había cosechado en mi vida. Mientras tanto, sin embargo, trataba de asistirla, por lo que, antes que nada, me saqué del bolsillo el pañuelo y le quité la sangre todavía fresca de los muslos y del vientre luego, le bajé las enaguas y, después, la falda y, luego, siempre llorando a lágrima viva, le puse de nuevo dentro de los sostenes el pecho que aquellos bárbaros le habían sacado fuera y le abroché la blusa. Por ultimo, con un pequeño peine que me habían dado los ingleses, le peiné los cabellos enmarañados, largo rato, uno a uno. Ella me dejaba hacer y se estaba quieta y no hablaba. Yo había cesado de llorar y me disgustaba no poder llorar más ni gritar ni desesperarme. Le dije:

—¿Te ves con ánimos para salir de aquí?

Y ella respondió que sí, en voz muy baja; entonces, la ayudé a ponerse en pie y ella vacilaba y estaba muy pálida, hasta que, por fin, echó a andar conmigo, que la sostenía, hacia la salida. Pero, en medio de la iglesia, cuando llegamos junto a los dos bancos, le dije:

—De todos modos, será menester que recojamos todo eso y lo metamos en las cajas. No podemos dejarlo aquí. ¿Te ves capaz?

Dijo que sí, de nuevo; conque volví a llenar las dos cajas con las latas que se habían desparramado sobre el pavimento, le puse una a ella en la cabeza y la otra me la puse yo y, por ultimo, salimos.

La cabeza me dolía de un modo indecible y, cuando salí del pórtico, hasta se me nubló la vista; pero me di ánimos pensando en lo que, en aquel mismo momento, estaba sufriendo Rosetta. Así, bajamos los escalones resbaladizos de la plaza, al sol que ya estaba alto y esparcía su bella y clara luz sobre las losas ennegrecidas. No se veía a ningún marroquí. Tras haber hecho lo que hicieron, se habían ido, gracias a Dios, quizá para volver a hacerlo en cualquier otra localidad de la región. Cruzamos, pues, todo el pueblo, entre las filas de casas cerradas y silenciosas. Luego, echamos por la carretera general, soleada, limpia, clara, en el viento primaveral que soplaba suavemente a los oídos y parecía decirme que no debía desesperarme, pues, al fin y al cabo, todo continuaba como antes, como siempre. Recorrimos quizás un kilómetro, sin hablar, muy lentamente, pero cada vez me dolía más la nuca y comprendía que tampoco Rosetta podía más; por lo que le dije:

—Ahora, nos detendremos hasta mañana por la mañana en la primera granja que encontremos y descansaremos.

Ella no dijo nada, y así comenzó aquel silencio provocado de cuando los marroquíes la violentaron y que había de durar tanto tiempo. Total, que dimos un centenar de pasos más, hasta que vi acercarse un pequeño coche descubierto, igual al que nos había traído hasta allí, ocupado por dos

oficiales, dos oficiales franceses, lo comprendí por el quepis en forma de puchero. Entonces, me dio no sé qué impulso, me situé en medio de la carretera, haciendo señales con el brazo libre, y ellos se detuvieron. Me acerqué y grité con furor:

—¿Sabéis lo que han hecho esos turcos que vosotros mandáis? ¿Sabéis lo que han tenido el atrevimiento de hacer en un lugar sagrado, en la iglesia, ante la mirada de la Virgen? Decidme, ¿sabéis lo que han hecho? Ellos no comprendían y me miraban, estupefactos; uno era moreno, con bigote negro y la cara colorada y llena de salud; el otro era un rubia—les delgado, pálido, y de ojos azules, miopes. Volví a gritar:

—Ésta es mi hija, me la han arruinado, sí, me la han arruinado para siempre, una hija que era un ángel y ahora está peor que si estuviese muerta. ¿Sabéis lo que nos han hecho?

Entonces, el moreno alzó una mano e hizo un gesto como para decir «basta» y, luego, repitió en italiano, pero con acento francés:

—Paz, paz.

Chillé:

—Sí, paz, bonita paz es vuestra paz, hijos de zorra.

El rubio dijo no sé qué al moreno, como para significar que estaba loca, tocándose, en efecto, la sien con el dedo y sonriendo. Entonces, perdí la cabeza y volví a gritar:

—No, no estoy loca, mirad.

Arrojé al suelo la caja llena de latas, corrí hacia Rosetta, quien se había quedado un poco atrás, en mitad de la carretera, con su caja sobre la cabeza, inmóvil. Rosetta no se movía, ni siquiera me miraba y yo, de un tirón, le subí la ropa descubriendo sus bonitas piernas, blancas, rectas y unidas sabía que le había limpiado la sangre y que quizá sólo quedaría algún rastro; pero al levantarle la falda vi que la sangre había vuelto a manar, que los muslos estaban ensangrentados, un reguero le llegaba hasta la rodilla y era de sangre roja y viva que brillaba al sol.

—Ahí tenéis, mirad y decidme otra vez que estoy loca —grité, desconcertada, y hasta un poco asustada por toda aquella sangre.

En el mismo momento, oí que el coche pasaba junto a mí a gran velocidad y, cuando me erguí, vi que desaparecía por el recodo.

Rosetta continuaba quieta, como una estatua, con la caja sobre la cabeza, un brazo alzado para sostenerla y las piernas juntas; de repente, tuve miedo de que el espanto la hubiese vuelto loca y dije, bajándole la falda:

—Pero, hija mía, ¿por qué no hablas, qué tienes? Habla a tu mamá. Entonces, ella dijo con voz tranquila:

—No es nada, mamá. Es una cosa natural y ya está terminando.

Entonces respiré, porque verdaderamente había temido que ella, por la impresión, se hubiese vuelto boba; y pregunté, un poco más sosegada:

—¿Te sientes con ánimos de caminar un poco más?

—Sí, mamá —respondió.

Y yo tras haberme puesto la caja sobre la cabeza, eché a andar de nuevo con ella por la carretera general.

Recorrimos casi otro kilómetro y cada vez me dolía más la nuca, a ratos me daban como desfallecimientos y todo el paisaje se me antojaba negro, como si el sol se hubiese apagado de repente. Hasta que, en un recodo, vimos un cerro adosado a la montaña más alta, ondulado y cubierto de maleza. En la cima del cerro, entre la maleza, se descubría una cabaña semejante a las que en Sant'Eufemia construían los campesinos para cobijar al ganado. Dije a Rosetta:

—Yo no puedo más y tú también debes de estar cansada. Ahora, iremos a esa cabaña; si hay gente, serán cristianos y nos permitirán pasar la noche. Si no hay nadie, mucho mejor: nos quedaremos hoy y mañana, en cuanto nos encontremos mejor, seguiremos el camino.

Ella no dijo nada, como de costumbre; pero ya me sentía menos inquieta porque sabía que no estaba loca, sino tan sólo trastornada, lo cual era comprensible después de todo lo que había pasado. En suma, noté que ella ya no era la misma de antes y que algo había cambiado no sólo en su cuerpo,

sino también en su alma. Y comprendí que, aunque fuese su madre, no tenía derecho a preguntarle qué pensaba, por lo que decidí que todo mi afecto sólo podía demostrárselo dejándola en paz.

Nos encaminamos por un sendero que serpenteaba a través de la maleza en dirección de la cabaña y, al final, tras una larga subida, llegamos a ella. Como había supuesto, era una cabaña de pastores, con la pared de piedra seca, techumbre de paja que descendía casi hasta el suelo y la puerta de madera. Dejamos las cajas y tratamos de abrir la puerta. Pero había un pestillo de hierro con un gran candado y la puerta era de gruesas tablas y no cabía pensar en abrirla, ni siquiera un hombre habría podido forzarla. Mientras sacudíamos la puerta, primero oímos un balido muy quedo y, luego, otros, como de cabras, pero no fuertes y enojados, como son los balidos de las cabras cuando están a oscuras y quieren salir, sino flojos y quejumbrosos. Entonces, le dije a Rosetta:

—Han encerrado ahí a los animales y se han marchado... Hay que encontrar el modo de hacerlas salir.

Dicho lo cual, fui al costado de la cabaña y empecé a arrancar la paja de la techumbre. Era difícil, porque la paja estaba muy prieta y amazotada por la lluvia, el humo y el mucho tiempo que llevaba puesta allí; además, cada haz de paja estaba atado con juncos a los troncos que hacían de entramado. Pero tirando de aquí y de allá, aflojando los juncos y desatándolos, logré arrancar algunos haces de paja e hice un agujero bastante grande, al nivel de la pared; y pronto, en cuanto hube ensanchado el orificio, una cabra blanquinegra asomó la cabeza por él, poniendo las patas sobre el muro, mirándome con sus ojos dorados y balando suavemente. Le dije:

—Anda, bonita, salta, salta.

Pero vi que ella, pobrecita, por mucho que tratase de trepar, no podía, y comprendí que aquellas cabras estaban desfallecidas por el ayuno y que era menester que las sacase. Entonces, ensanché un poco más el orificio, mientras la cabra seguía con las patas apoyadas en el muro y me miraba, balando quedamente, y, luego, la agarré por la cabeza y por el cuello, tiré de ella, hizo un esfuerzo y saltó afuera. En seguida se asomó otra cabra y también la ayudé a salir y, luego, una tercera y una cuarta. Después, no se asomó ninguna cabra más, pero aun se oía balar en la cabaña entonces, ensanché más el orificio y salté dentro. En seguida vi un par de cabritos que estaban precisamente debajo de la abertura, incapaces de saltar porque eran demasiado pequeños. En un rincón había un bulto, me acerqué y vi que era una cabra blanca tendida en el suelo, de costado, inmóvil. Un cabrito estaba junto a la cabra, acurrucado, con las patas encogidas bajo el vientre y el cuello tendido para amamantarse. Creí que la cabra estaba tumbada así, inmóvil, para dar de mamar al cabrito, pero, cuando estuve a su lado, vi que la cabra, en cambio, estaba muerta. Lo comprendí porque tenía la cabeza reclinada, con la boca entreabierta, y la cantidad de moscas que se le posaban en las comisuras de la boca y en los ojos. La cabra había muerto de hambre y aquellos tres cabritos estaban todavía con vida porque ellos, al menos, habían podido mamar hasta el último suspiro de la madre. Conque cogí uno tras otro a los cabritos y, asomándome fuera, los dejé en el suelo, al pie del muro. Las cuatro cabras que había liberado estaban devorando ya las hojas de los arbustos con una avidez furibunda, como obcecadas por el hambre; los cabritos se reunieron con ellas y, muy pronto, cabras y cabritos ya no se vieron porque, comiendo, habían desaparecido entre la maleza. Pero se oían sus balidos, cada vez más claros y cada vez más fuertes, como si, a cada bocado, la voz se les hiciese más firme y los animales hubiesen querido hacerme oír que se encontraban mejor y que me agradecían que les hubiese salvado de morir de hambre.

En fin, con mucha dificultad, saqué el cadáver de la cabra muerta y lo arrastré todo lo más lejos que pude en la maleza, a fin de que no nos molestase su hedor. Luego, cogí la paja que había arrancado del techo junto con otra que conseguí sacar ensanchando la abertura y la extendí en un rincón de la cabaña, haciendo con ella una especie de yacija. Dije a Rosetta:

—Voy a tumbarme en esta paja, quiero dormir un poco. ¿Por qué no vienes tú también?

Ella respondió:

—Yo voy a tomar el sol, ahí fuera.

No dije nada y me tumbé. Estaba en la penumbra, pero a través del agujero del techo veía el cielo azul; un rayo de sol batía sobre el suelo de la cabaña, sembrado de bolitas negras de cabra, brillantes

y nítidas como bayas de laurel; y, en la cabaña, había un buen olor a establo. Yo estaba molida y me di cuenta de que era incapaz, por el cansancio, de dolerme verdaderamente por lo que le había ocurrido a Rosetta: lo que le había ocurrido estaba en mi memoria como algo incomprensible y absurdo; de vez en cuando, volvía a ver sus bonitas piernas blancas, con los muslos juntos y los músculos tensos por el esfuerzo, y a ella en pie, inmóvil en mitad de la carretera y la sangre en sus muslos que, con un reguero, llegaba hasta la rodilla, y el brillo de la sangre viva al sol. Imagen que, cuanto más contemplaba, menos comprendía. Por fin, me quedé dormida.

Dormí poco, tal vez no más de media hora y, de repente, desperté sobresaltada y en seguida llamé a Rosetta, casi con ansiedad. Nadie contestó, había un silencio profundo y ni siquiera se oían ya las cabras, a saber dónde estarían. Volví a llamar, y luego, inquieta, me levanté y salté afuera por la abertura: Rosetta no estaba. Di la vuelta a la cabaña, nuestras dos cajas llenas de latas de conserva estaban apoyadas contra el muro, pero a Rosetta no se la veía por ningún lado.

Me entró un gran pánico y pensé que quizá se había alejado por vergüenza y desesperación, o bien que incluso hubiese ido a la carretera para arrojarle bajo algún vehículo y acabar de una vez, en un momento de desaliento. Se me cortó la respiración, el corazón me latió apresuradamente y parada frente a la puerta de la cabaña, me puse a llamar a Rosetta en todas direcciones. Pero nadie respondía, tal vez porque no gritaba mucho, pues la turbación me había quitado la voz. Entonces, dejé la cabaña y eché a andar sin rumbo fijo a través del chaparral.

Seguí el sendero que ora se ensanchaba, claro y polvoriento, ora no era más que una huella incierta entre los altos arbustos. De improviso, desemboqué junto a una roca que sobresalía a pico sobre la carretera general. Había un árbol y la roca parecía un asiento desde el que podía mirarse abajo y ver un buen trecho de la carretera que serpenteaba por el angosto valle y, más abajo de la carretera, el cauce del torrente sembrado de guijarros blancos, con dos o tres ramales de agua transparente que discurrían rebrillando entre guijarros y matorrales verdes. Entonces, al sentarme en aquella roca y asomarme a mirar, abajo, lejos, vi a Rosetta. Comprendí por qué no me había oído: estaba mucho más abajo que la carretera, en medio del lecho pedregoso del torrente y andaba sin prisa y con prudencia, saltando de piedra en piedra y evitando mojarse los pies; por el modo cómo andaba comprendí que no había bajado al torrente por desesperación u otro trastorno del ánimo. Luego, vi que se paraba donde la corriente se hacía más estrecha y más honda, se arrodillaba y acercaba la cara a flor de agua para beber. Tras haber bebido, se puso en pie, miró un momento en torno a ella y, luego, se levantó la falda hasta la ingle, descubriendo las piernas y, aunque estuviese lejos, me pareció ver el reguero oscuro de sangre coagulada que llegaba hasta la rodilla. Se agachó con las piernas separadas y, luego, vi que recogía agua en la palma de la mano y se la llevaba al vientre, entre las piernas, y entonces comprendí que se estaba lavando. Tenía la cabeza ladeada y se lavaba sin prisas, con método, según me pareció, sin preocuparse de exponer al sol y al aire sus vergüenzas. Por lo que todas mis despavoridas suposiciones se venían abajo: Rosetta había dejado la cabaña y bajado al torrente tan sólo para lavarse; y, debo confesar la verdad, experimenté como una sensación de dolorosa desilusión. Ciertamente nunca había esperado que se matase; al contrario, lo había temido; pero verla hacer algo totalmente distinto me inspiraba a la par un sentimiento de desilusión y de miedo por el futuro. Casi me parecía que se había plegado al nuevo destino que para ella había comenzado en la iglesia, cuando perdió la virginidad por obra de aquellos bárbaros y que aquel obstinado silencio suyo había que achacarlo más bien a la resignación que al furor. Y, más tarde, cuando desgraciadamente aquella impresión me fue confirmada, he pensado que, en aquellos pocos instantes de vejación, mi pobre Rosetta se había hecho mujer bruscamente, tanto de cuerpo como de alma, mujer endurecida, experta, amargada, sin ninguna ilusión ni esperanza.

La contemplé largo rato, desde la roca, cuando, tras haberse secado como pudo y siempre con igual impudicia, casi de animal, remontaba el curso del torrente y, luego, trepaba de nuevo hacia la carretera. Después la cruzó y entonces me levanté de la roca y volví a la cabaña: no quería que ella supiese que la había estado espionando. Llegó, en efecto, a los pocos minutos, con una cara menos sosegada y calmada que carente de toda expresión; y, fingiendo un hambre que no tenía, le dije:

—Me ha entrado apetito, ¿quieres que comamos algo?

Ella respondió con voz descolorida e indiferente:

—Si quieres...

Conque nos sentamos frente a la cabaña, en unas piedras, abrí un par de aquellas latas y quedé de nuevo sorprendida de un modo oscuramente dolido, viendo que ella comía con buen apetito, es más, vorazmente. Tampoco esta vez había esperado que no comiese, muy al contrario, pero verla ponerse a comer con tanta avidez volvió a sorprenderme, porque pensaba que, al menos, tras todo lo acaecido, debía repugnarle la comida. No sabía qué decir, estaba como alelada contemplándola cómo, uno tras de otro, cogía con los dedos los pedazos de carne en conserva de los botes abiertos, se los metía en la boca y, luego, masticaba con furia, con los ojos desmesuradamente abiertos, hasta que por último, dije:

—Tesoro mío, no debes pensar en lo ocurrido en la iglesia; no debes acordarte nunca más de ello, y veras...

Pero ella me interrumpió, diciendo secamente:

—Si no quieres que me acuerde, empieza por no hablarme tu de ello. Me quedé desconcertada, porque también el tono era nuevo: casi irritado y, al propio tiempo, adusto y sin sentimiento.

En fin, estuvimos allí cuatro días y cuatro noches, haciendo siempre las mismas cosas, o sea, dormir por la noche dentro de la cabaña en la que entrábamos por la abertura del techo; levantándonos con el sol, comiendo las latas del comandante inglés, apagando la sed en el agua del torrente y sin hablar casi en absoluto, tan sólo cuando era verdaderamente necesario. Durante el día, nos paseábamos por la maleza, sin rumbo; algunas veces, dormíamos también por la tarde, bajo un árbol. Las cabras, después de haber pacido todo el día, volvían a su vez a la cabaña, las ayudábamos a saltar dentro y, luego, dormían con nosotras, acurrucadas unas contra las otras, en un rincón, junto con los cabritos que habían empezado a mamar de nuevo ora de una ora de otra y ya se habían olvidado totalmente de su madre muerta. Rosetta seguía con su talante apático, indiferente, distante; como ella me había pedido, no volví a hablarle de lo ocurrido en la iglesia; desde entonces no he vuelto a hablarle de ello ni una sola vez, y aquel dolor que me produjo se me ha quedado dentro, como una espina, y nunca más cesará, porque nunca más hallará expresión. Incluso, a propósito de aquellos cuatro días, no sé por qué, estoy convencida de que fue entonces cuando Rosetta cambió verdaderamente de carácter, sea por haber reflexionado por su cuenta y a su modo acerca de todo lo sucedido, sea por transformarse a pesar suyo y sin notarlo, por la fuerza misma del ultraje sufrido, en una persona diferente a la que había sido hasta entonces. Y quiero decir aquí que también yo al principio me asombré por su cambio tan completo y tan radical, como del blanco al negro pero, más tarde, reflexionando, me pareció que, dado su carácter, no podía ser de otra manera. He dicho ya que ella era propensa por naturaleza a una extraña perfección, mediante la cual, si era algo, lo era a fondo y por completo, sin incertidumbres ni contradicciones, de suerte que, hasta entonces, yo casi estaba convencida de tener por hija una especie de santa. Ahora bien, aquella perfección de santa, que estaba hecha, como ya he dicho, principalmente de inexperiencia y de ignorancia de la vida, quedó herida de muerte por lo ocurrido en la iglesia; y, entonces, se convirtió en una perfección opuesta, sin la medida, la moderación y la prudencia que son propias de las personas normales, imperfectas y expertas. Hasta entonces, la había visto toda religión y bondad, pureza y dulzura; hube de esperar a que, en adelante, ella se pasase al exceso opuesto, con igual falta de dudas y de vacilaciones, igual inexperiencia y obstinación. Y muchas veces, como corolario de mis reflexiones sobre tan doloroso tema, me he dicho que la pureza no es algo que pueda recibirse al nacer, como un don, por así decirlo, de la naturaleza; sino que se consigue a través de las vicisitudes de la vida; que quien la ha recibido al nacer la pierde tarde o temprano, y lo malo es que la pierde cuando más seguro estaba de poseerla; que, en resumen, casi es mejor nacer imperfectos y volverse poco a poco, si no perfectos, al menos mejores, que nacer perfectos y luego verse obligados a abandonar esa primera y efímera perfección por la imperfección de la experiencia y de la vida.

CAPÍTULO X

Mientras tanto, empero, las latas de conserva del comandante inglés disminuían a ojos vistas, sobre todo porque Rosetta parecía presa de un hambre canina; por lo que decidí que era mejor marcharnos cuanto antes de aquel cerro. No me atrevía a ir a Vallecorsa o a otro pueblo cualquiera de la comarca, temerosa de encontrar más marroquíes que, suponía se habían desparramado un poco en todas partes por Ciociaria. Por fin, dije a Rosetta:

—Ahora nos conviene volver a Fondi. Allí, seguramente, encontraremos algún medio para volver a Roma, si los aliados ya la han ocupado. De todos modos, mejor los bombardeos que los marroquíes.

Rosetta me escuchó y calló un momento, pero luego me soltó una frase que, de momento, me hizo daño:

—No, mejor los marroquíes que los bombardeos, al menos para mí. Ahora ya, ¿qué pueden hacerme los marroquíes peor de lo que ya me han hecho? En cambio, no quiero morir.

Discutimos un rato y, al final, se convenció de que era aconsejable volver a Fondi: los bombardeos debían de haber cesado ya, con el avance de los aliados hacia el Norte. Así, pues, una mañana abandonamos la cabaña y bajamos a la carretera.

Tuvimos suerte porque, tras haber dejado pasar muchos camiones militares que, como ya sabía yo, no tomaban paisanos a bordo, de pronto apareció uno vacío que se acercaba casi, hubiérase dicho, alegremente, o sea a toda marcha y como en zigzag, por la carretera general. Me situé en medio de la carretera agitando los brazos, el camión paró en seguida y vi que al volante iba un joven rubio, de ojos azules, vestido con una bonita camiseta roja. Paró, pues, me miró y le grité:

—Somos dos refugiadas, ¿puedes llevarnos a Fondi?

Silbó y contestó:

—Estás de suerte, precisamente voy a Fondi. Sois dos refugiadas, ¿dónde está la otra?

—Ahora viene —dije, haciendo una señal convenida a Rosetta a quien, por temor de cualquier otro mal encuentro, había mandado que se quedase un poco más arriba, en el sendero, detrás de un matorral.

Entonces, ella se asomó y vino a nuestro encuentro caminando por la carretera llena de sol, con la única caja donde habíamos metido las latas que nos quedaban, en equilibrio sobre la cabeza. Al fijarme mejor en el joven, se me antojó que no era simpático a causa de no sé qué desenfreno, vulgaridad y violencia que había en sus ojos cerúleos y en su boca demasiado encarnada. Aquella impresión desfavorable me la confirmó el hecho de observar que cuando Rosetta llegó junto al camión, no la miró en la cara, sino que le clavó los ojos en el pecho, que, a causa del brazo que ella tenía alzado para sostener la caja, estaba erguido y abultaba bajo la tela ligera de la blusa. Le gritó a Rosetta, con una carcajada grosera:

—Tu madre me dijo que eras una refugiada, pero no me dijo que eres una guapa chica.

Luego, se apeó y la ayudó a subir, haciéndola sentar junto a él y poniéndome a mí en el otro lado. Me di cuenta de que no había protestado por aquella frase poco respetuosa, cuando todavía, algunos días antes, le hubiese reprendido ásperamente y, quizás, hasta habría renunciado a hacerme llevar por él; y, de pronto, pensé que también yo estaba cambiada, al menos en lo que se refería a Rosetta. Mientras tanto, el joven había puesto en marcha el motor y el camión arrancó.

Durante un rato no hablamos; después, como suele ocurrir en esos casos, comenzó el intercambio de informaciones. De nosotras, dije pocas cosas; pero él, que parecía muy charlatán, nos lo dijo todo sobre sí mismo. Dijo que era de por aquellas partes, que era soldado en el momento del armisticio y que desertó a tiempo; dijo que, después de haber estado un poco por el monte, había sido apresado por los alemanes; dijo que le había caído simpático a un capitán alemán quien, en vez de mandarle a las fortificaciones, le metió en las cocinas, donde había trabajado todo el tiempo para

los alemanes, y que en su vida nunca había comido mejor y tanto; dijo, por último, que con el asunto de la carestía, la abundancia de víveres de los cuales disponía le había permitido conseguir lo que quería de las mujeres:

—Muchas chicas guapas venían a pedirme algo de comer. Y se lo daba, pero, claro está, con una condición. No lo creeréis, pero no he encontrado nunca a ninguna que se negase. Ah, el hambre es una gran cosa, vuelve razonables hasta a las más soberbias.

Para cambiar de conversación, le pregunté qué hacía actualmente y contestó que se había asociado con unos amigos suyos y que, ahora, con aquel camión transportaba a los refugiados que querían regresar a sus pueblos, desde luego haciéndose pagar muy bien.

—A vosotras dos no os cobraré nada —dijo entonces, mirando de soslayo a Rosetta.

Tenía la voz fuerte y ronca; sobre su cuello enorme le caían muchos bucles rubios que daban a su cabeza un aspecto de macho cabrío; y tenía en verdad algo del macho cabrío en el modo con que miraba a Rosetta o, mejor dicho, cada vez que podía, le clavaba los ojos en el pecho. Dijo también que se llamaba Clorindo y preguntó a Rosetta cómo se llamaba ella. Mi hija se lo dijo y él comentó:

—Lástima, es una verdadera lástima que la carestía haya terminado. Pero ya verás cómo nos pondremos de acuerdo igualmente. ¿Te gustan las medias de seda? ¿Te gustaría un buen corte de lana para un vestido? ¿O un bonito par de zapatos de cabritilla?

Rosetta, con gran estupor de mi parte, dijo al cabo de un momento:

—¿A quién no le gustarían?

Y él se echó a reír repitiendo:

—Nos pondremos de acuerdo, nos pondremos de acuerdo. Yo estaba furiosa y no pude reprimirme de exclamar:

—Cuidado con lo que hablas..., ¿con quién crees que estás hablando? Me miró de soslayo y, luego dijo:

—Uy, qué mala eres. ¿Que con quién creo que estoy hablando? Con dos pobres refugiadas necesitadas de ayuda.

Era, en suma, un tipo alegre, aunque vulgar, brutal e inmoral. Después de aquellas cortas charlas, cuando llegamos al desfiladero desde donde la carretera descende hacia el mar, se puso a conducir el camión a lo loco, bajando a tumba abierta con el motor parado, tomando los virajes sin frenar y cantando a voz en cuello una canción grosera. Verdaderamente había motivos para cantar, porque hacía un día espléndido y, al mismo tiempo, en el aire había la libertad recobrada tras tantos meses de esclavitud. Y no puedo negar que también él, en cierto modo, nos hiciese sentir, con su conducta desenfrenada, que la libertad era verdadera; sólo que la suya era la libertad del sinvergüenza que no respeta nada ni a nadie; mientras que la nuestra, la de Rosetta y la mía, era tan sólo la libertad de regresar a Roma y empezar de nuevo la vida de antes. Una sacudida del camión, en un viraje, me echó encima de él y, entonces, pude ver que conducía con una sola mano y que con la otra apretaba la de Rosetta. Una vez más, me asombré al ver que ella se la dejaba apretar y también me asombré de que yo, dándome cuenta de ello, no protestase, como, sin duda, habría hecho algunos días antes. Aquella era su libertad, pensé; y caí en la cuenta de que ya no podía hacer nada: así como la Virgen no había hecho el milagro de impedir que los marroquíes cometiesen aquel ultraje bajo el mismo altar, así tampoco yo, que era mucho más débil que la Virgen, podía impedir que él, entonces, tomase la mano de Rosetta.

Entretanto, descendíamos hacia el valle y, al poco, estuvimos en la carretera general que tan bien conocía, con la montaña a un lado y, al otro, los naranjales. Recordaba haberla visto, la última vez, hormigueante de soldados, de refugiados, de coches y de carros armados y, de repente, me impresionó el silencio y el vacío que habían sucedido a aquella especie de feria. De no haber sido por el sol y los árboles verdeantes que se asomaban a la carretera, por encima de los setos floridos, hubiese podido pensar que todavía era invierno, en el peor momento de la ocupación alemana, cuando el terror hacía esconderse a la gente como conejos en sus madrigueras. No pasaba nadie o casi nadie, salvo algún raro campesino que tiraba del borrico. Recorrimos a gran velocidad la carretera general y entramos en Fondi. También allí todo estaba en silencio y desierto, pero,

además, peor, con aquellas casas arruinadas, aquellos montones de escombros, aquellos charcos de agua pútrida. La gente, que circulaba por las calles llenas de cascotes, de añicos y de charcos, parecía miserable y hambrienta, ni más ni menos que un mes antes, bajo los alemanes. Se lo dije a Clorindo y él contestó, alegremente:

—Ah, decían que los ingleses traerían la abundancia. Sí, la traen, pero sólo durante los dos o tres días que se detienen durante el avance. Durante esos dos o tres días reparten caramelos, cigarrillos, harina, ropa. Luego, se van, la abundancia termina y la gente se queda como antes, es más, peor que antes, porque ahora ya no tienen nada que esperar, ni siquiera la llegada de los ingleses.

Comprendí que tenía razón; era propiamente así: los aliados se detenían un momento con el ejército en los lugares que sucesivamente conquistaban a los alemanes y, durante un día o dos, su ejército daba un poco de vida en los pueblos destrozados. Luego, se iban y todo volvía a ser como antes. Dije a Clorindo:

—¿Y qué podemos hacer nosotras dos? No podemos quedarnos en esta desesperación. No tenemos nada. Es necesario que volvamos a Roma. Sin dejar de conducir el camión entre las ruinas, él contestó:

—Roma no ha sido liberada todavía. Por ahora, os conviene quedaros aquí.

—¿Y qué haremos nosotras aquí?

Entonces, él respondió con tono reticente:

—De vosotras dos me encargo yo.

Me pareció un tono extraño, pero de momento no dije nada. Clorindo, entretanto, conducía el camión hacia las afueras de Fondi y, luego, dobló por una carretera vecinal, entre los naranjales.

—Bueno, aquí, entre los huertos, vive una familia que conozco —dijo con tono ligero—, os quedaréis aquí hasta que Roma sea liberada. Tan pronto sea posible, yo mismo os llevaré a Roma en el camión.

Una vez más no dije nada; dio media vuelta con el camión, lo paró y, luego, se apeó, explicando que debíamos acercarnos a pie a la casa de sus amigos. Así es que echamos a andar por un sendero entre naranjos. Ahora, el lugar no me parecía desconocido; es verdad que continuaba habiendo naranjales y el sendero era como otros muchos; sin embargo, por algunos indicios, me pareció que por aquel mismo sendero, entre aquellos mismos naranjos, ya había pasado. Seguimos andando unos diez minutos más y luego, de improviso, desembocamos en una explanada y, entonces, comprendí: delante de mí estaba la casa rosada de Concetta, la mujer a cuyo lado estuvimos los primeros días que pasamos en Fondi. Dije, resueltamente:

—Aquí no quiero quedarme.

—¿Por qué?

—Porque nosotras estuvimos aquí meses atrás y tuvimos que huir porque había una familia de delincuentes y esa Concetta quería que Rosetta fuese a hacer de furcia con los fascistas.

Soltó una gran carcajada:

—Eso era antes... Ahora ya no hay fascistas... Los hijos de Concetta no son delincuentes, son mis socios, y puedes estar tranquila, te acogerán bien... Aquello ya pasó.

Yo hubiese querido insistir y decir de nuevo que no quería quedarme en casa de Concetta de ninguna de las maneras; pero no tuve tiempo. En efecto, Concetta salió de la casa y corrió a nuestro encuentro, a través de la explanada, como entonces, alegre, entusiasta, exaltada:

—Bien venidas, bien venidas. Quien no se muere vuelve a verse. Sí, claro, las dos os largasteis sin decir esta boca es mía, sin pagarnos lo que nos debíais. Pero hicisteis bien, sabéis, en huir a la montaña, porque, poco después, también mis hijos tuvieron que irse al monte por culpa de las redadas que hacían aquellos desgraciados alemanes. Hicisteis bien, tuvisteis más juicio que nosotros, que nos quedamos y las pasamos moradas. Bien venidas, bien venidas, me alegro de veros en buena salud, ah, claro, mientras hay salud, hay de todo. Venid, venid, Vincenzo y mis hijos estarán muy contentos de veros. Claro, además venís con Clorindo que es como si vinieseis con un hijo mío. Clorindo ya forma parte de la familia. Estáis en vuestra casa, bien venidas.

Total que era la Concetta de siempre y el corazón se me encogió pensando que volvíamos a estar

en el mismo punto de antes, es más, peor que antes, y que nosotras nos habíamos escapado de su casa para evitar el mismo peligro que después, sin remedio, corrimos en mi pueblo. Pero no dije nada, me dejé besar y abrazar por aquella mujer odiosa, y lo mismo hizo Rosetta, quien parecía un pelele, tan apática e indiferente se había vuelto ya. Mientras tanto, también Vincenzo había salido de la casa, más pájaro de mal agüero que nunca, flaco que daba miedo, con la nariz más picuda, las cejas más pobladas y los ojos más brillantes que la última vez que le vi. Y Concetta tuvo el valor de decir, mientras Vincenzo, murmurando algo incomprensible, me estrechaba las manos entre las suyas:

—Vincenzo nos dijo que estabais arriba, con los Festa, nos dijo que os había visto arriba en Sant'Eufemia. Ah, claro, también para los Festa ha sido un mal invierno. Primero nosotros, que no supimos resistir la tentación de todo aquel bien de Dios escondido en la pared y, luego, su hijo, Michele. Pobrecitos, lo que les robamos se lo devolvimos todo, salvo, naturalmente, lo que ya había sido vendido, porque nosotros somos honrados, y los bienes ajenos son sagrados para nosotros. Pero su hijo, ¿quién se lo devolverá? Pobrecitos, pobrecitos.

Digo la verdad, al oír aquellas palabras tan atontadas y tan crueles, me dio un vuelco el corazón, me quedé tan helada y comprendí que me ponía pálida como un muerto.

Pregunté con un hilo de voz:

—¿Por qué? ¿Le ha ocurrido algo a Michele?

Y ella, entusiasta, como si nos diese una gran noticia, respondió:

—Pero, cómo, ¿no lo sabéis? Los alemanes le mataron.

Estábamos en medio de la era y me sentí desfallecer, dándome cuenta por primera vez de que quería a Michele como si hubiese sido mi hijo; y fui a sentarme en una silla que estaba junto a la puerta, cubriéndome la cara con las manos. Concetta, entretanto, continuaba, exaltada:

—Sí, le mataron los alemanes cuando huían. Parece ser que le llevaron consigo para que les indicase el camino. Así, por las montañas, llegaron a una aldea aislada donde vivía una familia de labradores; y como Michele ya no sabía cuál era el buen camino, los alemanes preguntaron a los campesinos dónde estaban los enemigos. Se referían a los ingleses que, para ellos, en efecto, son los enemigos. Pero los campesinos, pobrecitos, convencidos, como todos nosotros los italianos, de que los enemigos eran, en cambio, los alemanes, contestaron que éstos habían huido hacia Frosinone. Los alemanes, al oírse llamar enemigos, se pusieron rabiosos, se comprende, porque a nadie le gusta que le llamen enemigo, y encañonaron a los campesinos. Michele, entonces, se puso en medio, gritando: «No disparéis, son inocentes.» Y fue asesinado junto con todos los demás. Una familia entera destruida. Ah, ya se sabe, es la guerra, una familia entera asesinada, una verdadera catástrofe, hombres, mujeres, niños, y Michele en el montón, con muchas balas en el pecho, que le dispararon mientras él, pobrecito, se interponía. Lo supimos porque una niña se había escondido detrás de un pajar y se salvó y luego vino a contar todo. Pero, cómo, ¿no lo sabíais? Todo Fondi habla de eso. Ah, ya se sabe, la guerra es la guerra.

Entonces, Michele había muerto. Yo estaba quieta, con la cara entre las manos, y luego noté que lloraba porque tenía todos los dedos humedecidos. Entonces, exhalé un suspiro profundo y me puse a sollozar quedamente. Me parecía que lloraba por todos, por Michele ante todo, a quien había querido como a un hijo; además por Rosetta quien, quizá, mejor habría sido que hubiese muere) como Michele; y por mí misma, quien ya no tenía esperanzas tras haber esperado tanto durante un año seguido. Mientras, oía decir a Concetta:

—Llora, llora, te sentará bien. Yo también, cuando mis hijos se fueron huyendo por las montañas, lloré no sé cuánto y, luego, me sentí mejor. Llora, llora, quiere decir que tienes buen corazón y haces bien con llorar, porque Michele, pobrecito, era un santo varón y, además, tan instruido que, si no hubiese muerto, seguramente habría llegado a ministro. Es la guerra, ya se sabe, y en esta guerra todos han perdido algo. Pero los Festa más que nadie porque quienes han perdido los bienes, los recuperan, pero un hijo no se recupera, ah, no, no se recupera. Llora, llora, te sentará bien.

Total, que lloré un buen rato, y, mientras tanto, oía que, en torno a mí, los demás hablaban de sus

asuntos hasta que, por fin, levanté la cabeza y vi a Concetta, Vincenzo y Clorindo que discutían acerca de no sé qué partida de harina, en un extremo de la era; y a Rosetta, quien, un poco apartada de ellos, esperaba de pie a que yo hubiese terminado de llorar. La miré y, una vez más, me asustó ver su cara completamente apática e indiferente, con los ojos secos, como si no hubiese oído nada o como si el nombre de Michele no le dijese nada. Pensé que ya no sentía nada, como quien se ha hecho una quemadura y se acostumbra a ella y luego puede poner la mano sobre carbones encendidos y no siente nada. Y al verla tan insensible y apática, volví a dolerme por la muerte de Michele, porque pensé que él la había querido mucho y era el único que quizás hubiese podido hacerla volver normal, pero ya había muerto y no se podía hacer nada. Digo la verdad, en aquel momento, más que la muerte de Michele, casi me dolió más el modo cómo Rosetta acogió la noticia de su muerte. Tenía razón Concetta, aquello era la guerra y nosotros formábamos parte también de ella y nos comportábamos como si la guerra y no la paz fuese la condición normal del hombre.

Por fin, me levanté y Clorindo dijo:

—Ahora, vamos a ver cómo os instaláis.

Así que seguimos a Concetta hacia la consabida barraca del heno. Esa vez, sin embargo no había heno, sino tres camas con colchón y mantas, y Concetta dijo:

—Son las camas de ese pobrecito del hotel de Fondi. Pobre gente, les quitaron todo, el hotel está vacío, no queda nada en él, hasta les quitaron los orinales. Nosotros hemos hecho un poco de dinero con esas camas, este invierno. Refugiados que iban y venían, con lo puesto, pobre gente, les hacía pagar un tanto por noche y hemos reunido un poco de dinero. Ellos, los propietarios, no están aquí; huyeron, pobrecitos, unos dicen que están en Roma, otros que en Nápoles. Cuando regresen, les devolveremos las camas, por supuesto, porque somos gente honrada; mientras tanto, sin embargo, les sacamos un poco de dinero, claro, un poco de dinero. Oh, ya se sabe, la guerra es la guerra.

Clorindo dijo entonces:

—Pero a estas dos señoras no les cobraréis nada.

Y ella, entusiasta, afirmó:

—Claro que no, ¿quién habla de cobrar? Somos todos una misma familia.

Clorindo añadió:

—Y también les darás de comer, después haremos cuentas.

—De comer, claro, cosas sencillas, sin embargo, cosas de campo, tendrán que acostumbrarse, ya se sabe, cosas de campo.

Total que, poco después, ellos se fueron y yo cerré la puerta de la barraca y, casi a oscuras, me senté en una de las camas, al lado de Rosetta. Estuvimos calladas un rato y luego, airada le dije:

—Pero, ¿qué tienes? ¿Puede saberse qué te pasa? ¿No te da pena que Michele haya muerto? Sin embargo, le querías mucho.

No podía verle la cara, porque tenía la cabeza inclinada y, además, porque la barraca estaba en penumbra. Oí que contestaba:

—Sí, me da pena.

—¿Y lo dices así?

—¿Pues cómo he de decirlo?

—Pero, bueno, ¿qué tienes? Dime, habla, no has derramado ni una sola lágrima por aquel pobrecito, y eso que murió por defender a pobres gentes como nosotras, murió verdaderamente como un santo.

No dijo nada y, entonces, yo, presa de no sé qué frenesí, la sacudí por un brazo, repitiendo:

—Pero, ¿qué tienes? ¿Se puede saber qué tienes?

Se desasíó, sin violencia, y dijo despacio, lacónicamente:

—Mamá, déjalo ya.

Esta vez, ya no dije nada más y me quedé un momento inmóvil, con los ojos muy abiertos, mirando ante mí. Ella, mientras, se había levantado, yendo hacia la cama contigua, y se tumbó, volviéndome la espalda. Entonces, me tumbé a mi vez y pronto me quedé dormida.

Cuando desperté, era de noche cerrada y Rosetta ya no estaba en la cama contigua la mía. Estuve

un rato inmóvil, tendida de espaldas, incapaz de levantarme y de hacer nada, no tanto por cansancio como por falta de voluntad. Luego, a través de las paredes de la barraca, oí a Concetta que hablaba en la era con alguien y me armé de valor, me levanté y salí. Concetta había puesto la mesa en la era, junto a la puerta, y con ella estaba su marido, pero Rosetta y Clorindo, no. Me acerqué y pregunté:

—¿Dónde está Rosetta, la habéis visto?

Concetta contestó:

—Creí que lo sabías, se ha ido con Clorindo.

—¿Qué significa eso?

—Pues que Clorindo se ha ido en el camión para conducir a algunos refugiados a Lenola. Y se ha llevado también a Rosetta para no hacer solo el viaje de regreso. Creo que estarán de vuelta mañana por la tarde.

Me quedé de piedra, pero muy dolida: Rosetta nunca habría hecho nada parecido en otros tiempos: marcharse así, sin avisarme y, por añadidura, irse con un tipo como Clorindo... Insistí, casi incrédula:

—Pero, ¿no ha dicho nada?

—Nada. Sólo ha dicho que te avisase. No ha querido despertarte porque es una buena hija. Además, ya se sabe, la juventud, es la edad, le gusta Clorindo y quiere estar a solas con él. Nosotras las mamás, a cierta edad, molestamos a nuestros hijos. También los hijos se escapan de las casas para estar a solas con las chicas. Y Clorindo es bastante buen mozo, él y Rosetta hacen en verdad buena pareja.

Entonces, se me escapó:

—Si ciertas cosas no hubiesen ocurrido, ella ni siquiera hubiese mirado a ese Clorindo.

Apenas hube dicho estas palabras, me arrepentí de haberlas dicho, pero ya era demasiado tarde, porque aquella bruja se me echaba encima, preguntando:

—Pues, ¿qué ha pasado? La verdad es que ya me parecía un poco raro que Rosetta se fuese con él, así, sin pensarlo demasiado, pero no hice caso, ya se sabe, la juventud. Dime, ¿qué ha pasado?

No sé por qué, un poco por la rabia que me daba aquel proceder de Rosetta, un poco por desahogar mi disgusto con alguien, aunque fuese con Concetta, no pude reprimirme y se lo conté todo: la iglesia, los marroquíes y lo que nos hicieron a Rosetta y a mí. Concetta, ahora, estaba sirviendo la *minestra* y, sin dejar de servirla, repetía:

—Pobrecita, pobre hija, pobre Rosetta, cuánto lo siento, cuánto lo siento.

Luego, se sentó y, cuando hubo terminado de comer, dijo:

—Ya se sabe, es la guerra. Y esos marroquíes, al fin y al cabo, también son jóvenes y, al ver a tu hija, tan guapa y tan joven, no resistieron y cayeron en la tentación. Ya se sabe, es...

Pero no pudo terminar porque, de pronto, me abalancé sobre ella hecha una furia, empuñando el cuchillo, y grité:

—Tú no sabes lo que ha sido todo eso para Rosetta. Tu eres una zorra e hija de zorra y quisieras que todas las mujeres fuesen unas zorras como tu. Pero como sigas hablando de Rosetta así, te mato, palabra, como hay Dios que te mato.

Al verme tan enfurecida, pegó un salto hacia atrás y, luego, juntando las manos, exclamó:

—Jesus, ¿por qué te pones así? Total, ¿qué he dicho? Que la guerra es la guerra, y que la juventud es la juventud y que también los marroquíes son jóvenes. Pero no te pongas rabiosa. Clorindo se encargará ahora de Rosetta y, mientras se encargue de ella, verás cómo a Rosetta no le faltará nada. Ya lo verás, él hace estraperlo y tiene comida y tiene ropa, medias, zapatos estáte tranquila, que, con él, Rosetta no tiene nada que temer.

Comprendí que discutir con aquella mujer era gastar saliva en balde, dejé el cuchillo y comí un poco más de *minestra*, sin decir palabra. Pero, aquella noche, la comida se me atravesó; no hacía más que pensar en Rosetta, en cómo era antes y en cómo era ahora. Se había ido con Clorindo, como una furcia cualquiera que se entrega al primer hombre que le pone las manos encima, y no me había avisado que se iba y, quizá, no quería tampoco estar conmigo. La cena terminó en silencio. Luego, me retiré a la barraca y me eché en la cama, sin dormir, sin embargo, esa vez, con los ojos

muy abiertos y los oídos aguzados y todo el cuerpo contraído por no sé qué furor.

El día siguiente, Rosetta no volvió y pasé aquel día desvariando, vagando por los naranjales y asomándome de vez en cuando a la carretera general para ver si llegaba. Comí con Vincenzo y su mujer, quien trataba de consolarme siempre a su manera, exaltada y estúpida, repitiéndome que, con Clorindo, Rosetta estaba bien y que, en adelante, no le faltaría lo más mínimo. Yo no decía nada, sabía que era inútil, había perdido hasta las ganas de encolerizarme. Después de cenar, fui a encerrarme en la barraca y, por fin, me quedé dormida. Hacia medianoche, oí crujir la puerta, despacio, abrí los ojos y, a la luz de la luna, vi a Rosetta que entraba de puntillas. Fue a oscuras hacia la mesita de noche que estaba entre nuestras dos camas y, poco después, encendió la vela: cerré los ojos, fingiendo dormir. Ahora, ella estaba de pie delante de mí y, a la claridad de la vela, pude ver que llevaba ropas nuevas, como Concetta había previsto. Llevaba un vestido de dos piezas, de tela ligera, roja y una blusa blanca, con zapatos negros, brillantes, de tacón alto, y además vi que también llevaba medias. Primero se quitó la chaqueta y, tras haberla mirado un rato, la puso encima de la silla, junto a la cabecera de la cama. Luego, se quitó la falda y la dejó al lado de la chaqueta. Se quedó en combinación negra, calada, de esas que dejan ver, aquí y allá, por los agujeros, la carne blanca. Después, se sentó y se quitó los zapatos que, después de haberlos contemplado largamente, puso bajo la cama. Después de los zapatos, se quitó también la combinación, levantando los brazos. Entonces, mientras se quitaba la combinación, de pie, con dificultad, contoneándose, vi que llevaba un portaligas negro que le ceñía las caderas, sobre los dos muslos, con muchos cintajos, para sostener las medias. Nunca le había visto llevar un portaligas a Rosetta, ni negro ni de otro color; solía llevar ligas un poco más arriba de la rodilla. Y aquel portaligas la cambiaba toda, su cuerpo ya no parecía el mismo, parecía propiamente otro cuerpo. Antes había sido un cuerpo sano y joven, fuerte y limpio, el de una muchacha inocente como era ella; ahora, en cambio, a causa de aquel portaligas tan ceñido y tan negro, tenía un no sé qué de provocativo y de vicioso: los muslos parecían demasiado blancos, el vello demasiado rubio, las nalgas demasiado rotundas, el vientre demasiado abultado. No era, en suma, el cuerpo de la Rosetta que hasta entonces había sido mi hija; era el cuerpo de la Rosetta que hacía el amor con Clorindo. Levanté los ojos hacia su cara y, entonces, vi que también su cara había cambiado. La luz de la vela le daba de pleno en ella y Rosetta me hizo pensar, de pronto, por su expresión codiciosa, absorta y *recelosa*, en la mujer de mala vida que, tras haber pasado muchas horas entre las aceras y las casas de citas, llega a la suya, de noche avanzada, y cuenta las ganancias de la jornada. Esa vez no pude reprimirme y dije, con voz fuerte:

—Rosetta.

Ella me miró inmediatamente y luego dijo, despacio y como a regañadientes:

—¿Mamá?

—¿Dónde has estado? —le dije—. He estado preocupada durante tres días. ¿Por qué no me avisaste? ¿Dónde has estado?

Seguía mirándome y, luego, dijo:

—He acompañado a Clorindo y después he vuelto.

Me senté en la cama y proseguí, diciendo:

—Pero Rosetta, ¿qué te ha pasado? Tú ya no eres Rosetta. Ella dijo quedamente:

—Sigo siendo yo, ¿por qué no habría de ser yo?

Entonces, afligida, le pregunté:

—Pero, hija mía, a ese Clorindo, ¿quién le conoce? ¿Qué tienes con Clorindo?

Esa vez no contestó, estaba sentada, con los ojos bajos, pero por ella contestaba, su cuerpo desnudo del todo, salvo del portaligas y el sostén, tan diferente del que había sido antes. Entonces, perdí la paciencia, me levanté de la cama, la agarré por los hombros y la zarandé, gritando:

—Quieres desesperarme con ese silencio. Ya sé por qué no quieres responderme, ¿crees que no lo sé? No quieres responder porque te has portado como una furcia y, ahora, eres la puta de Clorindo y no quieres decir nada porque tu madre te importa un pito y quieres seguir haciendo de zorra a tu gusto.

No decía nada mientras seguía sacudiéndola; entonces perdí la cabeza y grité:

—Pero eso, al menos, debes quitártelo.

Hice ademán de arrancarle el portaligas. Tampoco esa vez se movió ni protestó, seguía quieta, con la cabeza baja, casi acurrucada contra mí; tiré del portaligas, pero no se soltaba porque era fuerte. Entonces, empujé a Rosetta, que cayó de bruces sobre la cama y le sacudí dos fuertes azotes en las nalgas; luego me eché en la cama, jadeando, y grité:

—¿Es que no te das cuenta de lo que te has vuelto? ¿Cómo es posible que no te des cuenta?

Esperaba, a saber por qué, que esa vez protestaría. En cambio, se había levantado de la cama y, ahora, parecía preocupada tan sólo por sus medias que yo, tratando de arrancarle el portaligas, había en parte desprendido. En efecto, una de las medias tenía una desmalladura desde el muslo hasta debajo de la rodilla; y ella se metió un dedo en la boca, lo humedeció con saliva y, agachándose, lo puso en la desmalladura para que no se corriese. Luego; dijo:

—¿Por qué no duermes, mamá? ¿Sabes que es muy tarde? Lo dijo con tono razonable; comprendí que, en verdad, no podía hacer nada más e, impulsivamente, me tumbé en la cama, volviéndole la espalda. La oí moverse aun, podía ver su sombra que la luz de la vela, proyectaba en la pared frente a mí, pero no me volví. Por último, sopló la vela, quedamos a oscuras y oí rechinar la cama cuando se tumbó y buscaba la mejor postura para dormir.

Entonces, hubiese querido decir muchas cosas que, mientras había luz y podía ver, a Rosetta, no había sido capaz de decir, por lo furiosa que estaba de verla tan cambiada. Hubiese querido decirle que la comprendía, que comprendía que, después de lo sucedido con los marroquíes, no fuese ya la misma y ahora quisiese estar con un hombre para sentirse mujer y borrar así el recuerdo de lo que la habían hecho; que también comprendía que, tras haber sufrido lo que había sufrido, ante los ojos de la Virgen, sin que la Virgen hiciese nada por impedirlo, a ella no le importase ya nada de nada, ni siquiera las cosas de la religión. Hubiese querido decirle todas esas cosas y quizá tomarla en brazos y besarla y acariciarla y llorar con ella. Pero, al mismo tiempo, sentía que ya no era capaz de hablarle y de ser sincera con ella porque ella estaba cambiada y, al cambiar, también me había cambiado a mí, por lo que entre nosotras todo había cambiado. Y así, tras haber pensado varias veces en levantarme, tenderme en su cama, a su lado, y abrazarla, renuncié a ello y acabé por dormirme.

El día siguiente y los días siguientes fue siempre la misma canción. Rosetta casi no me hablaba, pero no como quien está ofendido, sino más bien como quien no tiene nada que decir; y Clorindo siempre estaba con ella, sin avergonzarse de sobarla ante mis ojos, asiéndola del talle o acariciándole las mejillas o lo demás; y Rosetta se dejaba hacer con expresión de complacida sumisión, casi agradecida; y Concetta exclamaba todo el tiempo, juntando las manos, que de veras hacían muy buena pareja mientras, yo me reconcomía y sentía dentro de mí no sé qué desesperación, pero no podía hacer nada ni decir nada. Un día, probé de recordarle a su novio que estaba en Yugoslavia. ¿Sabéis lo que me contestó?

—Oh, también él habrá encontrado alguna esclava. Además, no puedo estar esperándole toda la vida.

Por otra parte, Rosetta no estaba mucho tiempo en la casita rosada. Clorindo se la llevaba siempre en su camión, que se había convertido en la casa de ellos, como quien dice. Y había que ver cómo le obedecía ella y le iba detrás. Bastaba que Clorindo se asomase a la explanada y la llamase, para que en seguida lo dejase todo plantado y acudiese. Y él no la llamaba con la voz, sino con un silbido, como se hace con los perros; y a ella, por lo visto, le gustaba ser tratada como un perro; se veía a la legua que él la dominaba por aquella cosa que hasta entonces ella nunca había probado, que le era nueva y de la que ya no podía prescindir, como un bebedor no puede prescindir del vino o un fumador del tabaco. Sí, ahora le había tomado gusto a lo que los marroquíes le impusieron por la fuerza; aquello era quizás el aspecto más triste de su cambio, que no me cabía en la cabeza: que su rebelión contra la fuerza que la había ultrajado se expresase aceptando y buscando precisamente aquella fuerza en vez de rechazarla y rehusarla.

Ella y Clorindo iban en el camión a Fondi y a los pueblos de los contornos de Fondi y, a veces,

se llegaban hasta Frosinone o Terracina e incluso hasta Nápoles y, entonces, pasaban toda la noche fuera; ella, cuando regresaba, parecía cada vez más prendada de Clorindo y, a mis ojos, que notaban el más mínimo cambio, cada vez más puta. Naturalmente, ya no se hablaba de ir a Roma, donde, por lo demás, los aliados no habían llegado aun. Clorindo, mientras tanto, daba a entender que, aun cuando los aliados hubiesen tomado Roma, eso no quería decir que nosotras nos iríamos de Fondi: Roma no sería accesible durante mucho tiempo, sería declarada zona militar, para ir se necesitarían quién sabe cuántos permisos y quién sabe cuándo sería posible obtener aquellos permisos. Total, el porvenir que, cuando la liberación, me había parecido tan claro y tan luminoso, ahora, un poco por el proceder de Rosetta, un poco por la presencia de Clorindo, se me había oscurecido completamente; y ni yo misma comprendía ya si verdaderamente deseaba volver a Roma y reanudar la vida de antes, que sabía no volvería a ser nunca la misma, desde el momento que tampoco nosotras éramos ya las mismas. Aquellos días que pasé en la casita rosada, entre los naranjales, fueron, en resumidas cuentas, los peores de todo aquel período, porque sabía constantemente que Rosetta hacía el amor con Clorindo y lo sabía no sólo porque tenía motivos para suponerlo, sino porque lo veía y ellos, como quien dice, lo hacían francamente ante mis ojos. A veces, por ejemplo, estábamos ya acostadas, cuando de la explanada llegaba el acostumbrado silbido y Rosetta, entonces, se levantaba en seguida; y mientras yo, irritada, preguntaba: «Pero, ¿dónde vas a estas horas, puede saberse a dónde vas?», ella, sin contestarme siquiera, se vestía rápidamente y salía corriendo; y siempre tenía aquella expresión tensa, codiciosa y absorta que le vi la primera vez, al regreso de Lenola, a la luz de la vela, que me había hecho comprender definitivamente que ya no era la de antes. Una noche, incluso, me encontré a Clorindo en la barraca o, al menos, casi estoy segura de que estaba, porque me despertó un crujido de la cama de Rosetta y una especie de bisbiseo y, entonces me incorporé en la cama y escuché, aguzando el oído, y luego pregunté, en la oscuridad, a Rosetta, si estaba durmiendo; ella, con voz enojada, respondió:

—Pues claro, ¿qué voy a hacer? Dormía y, ahora, me has despertado.

Me eché de nuevo, poco convencida; creo que ellos estuvieron quietos y callados hasta que se persuadieron de que me había vuelto a quedar dormida; y que, después, Clorindo se fue, a hurtadillas, al amanecer. Pero aquella vez no quise encender la vela porque, en el fondo, prefería no verles juntos, en la cama; cuando él salió, que fue, como he dicho, al amanecer, aunque no durmiese, fingí dormir y, es más, cerré los ojos, de modo que me enteré por un leve chirrido de la puerta al abrirse y después al cerrarse. Las más de las veces, sin embargo, se iban a hacer el amor quién sabe dónde, yéndose en el camión después de cenar para no volver hasta muy entrada la noche. Ocurría casi todos los días; era un amor totalmente físico que no se saciaba nunca; en efecto, él estaba muy ojeroso siempre y hasta parecía más flaco y Rosetta, a ojos vistas, cada día se hacía más mujer, con esa especie de languidez y de satisfacción que, precisamente, tienen las mujeres cuando hacen mucho y de buena gana esa cosa, con un hombre que les gusta y a quien gustan.

Por fin, al cabo de un mes de llevar aquella vida, empecé a procurar consolarme con la idea de que, después de todo, Clorindo era un guapo mozo que ganaba muchísimo con el camión y el mercado negro y que, al final, se casaría con Rosetta, con lo cual todo quedaría arreglado. No me gustaba mucho la idea porque Clorindo me resultaba antipático, pero, en fin, como suele decirse, debía poner a mal tiempo buena cara y, al fin y al cabo, no era yo quien había de casarse con Clorindo, sino Rosetta, y, si a ella le gustaba, no podía hacerle nada. Pensaba, pues, que se casarían e irían a vivir a Frosinone, donde él tenía la familia, que tendrían hijos y, quizá, Rosetta sería feliz. Esa perspectiva me consoló un poco; pero seguía igualmente intranquila, pues Clorindo no hablaba de matrimonio y Rosetta, tampoco; por lo que, una noche, después de cenar, en la barraca, me armé de valor y le dije:

—Bueno, yo no quiero saber lo que hacéis o dejáis de hacer cuando estáis a solas, pero, en fin, me gustaría al menos saber si él tiene buenas intenciones y, si las tiene, como espero, cuándo pensáis casaros.

Ella estaba sentada en la cama, frente a mí, quitándose los zapatos. Se irguió, me miró y, luego, dijo simplemente:

—Pero, mamá, si Clorindo ya está casado, tiene mujer y dos niños en Frosinone.

Digo la verdad, aquella respuesta me hizo subir la sangre a la cabeza. Al fin y al cabo, soy *ciociara* y nosotros los *ciociari* somos una raza de sangre caliente y una cuchillada nos cuesta poco darla. Conque, sin siquiera darme cuenta de lo que estaba haciendo, salté de la cama, me abalancé sobre ella, la agarré por el cuello, la derribé en la cama y me puse a darle de bofetadas. Ella trataba de resguardarse con el brazo mientras le pegaba y le gritaba:

—Te voy a matar... Tú lo que quieres es hacer de furcia. Pero antes te mato.

Seguía resguardándose con el brazo, como podía, de mis golpes y no protestaba ni reaccionaba en modo alguno; por lo que, por fin, me quedé sin resuello y la solté; esa vez, no se movió, se quedó como estaba, de bruces en la cama, con la cara en la almohada, y no se comprendía si lloraba o pensaba o qué hacía. Yo la miraba fijamente, desde mi cama donde estaba sentada, todavía jadeante, y sentía una desesperación indecible, porque comprendía que pude haberla matado, pero que no habría servido de nada, porque ya era impotente y no tenía ninguna autoridad sobre ella, que se me había escapado para siempre. Por fin, dije con rabia:

—Pero ahora quiero hablarle a ese bribón de Clorindo. Quiero de veras saber lo que tendrá la caradura de contestarme.

Al oír estas palabras, se incorporó y vi que tenía los ojos secos y la expresión, como de costumbre, apática e indiferente. Dijo tranquilamente:

—A Clorindo no le verás porque ha vuelto con su familia. No tenía nada que hacer ya en Fondi. Ha vuelto a Frosinone, esta noche nos hemos despedido y yo tampoco volveré a verle porque su suegro ha amenazado con llevarse a la hija y, como es la mujer quien tiene el dinero, él ha debido obedecer.

Yo volví a quedarme sin aliento, porque tampoco me había esperado eso. Sobre todo, no me había esperado que ella me anunciase con tanta indiferencia que se había separado de Clorindo, como si aquello no le afectase. Después de todo, había sido el primer hombre de su vida y yo, en el fondo, casi había esperado que se quisiesen de verdad; en cambio, no había nada de eso, habían ido juntos como un hombre va con una zorra que, tras haber hecho el amor y haber pagado y recibido el dinero del amor, no tienen nada que decirse y se separan sin pena, como si no se hubiesen visto ni conocido nunca. Total, que Rosetta había cambiado de veras, no pude por menos que repetirme una vez más; pero yo, habituada a considerarla como mi Rosetta de antes, no podía nunca comprender hasta qué punto había cambiado. Dije, pasmada:

—Entonces, tú le has hecho de zorra y, ahora, él te despide y se va y tú lo dices así.

—¿Pues cómo tendría que decirlo? —contestó.

Hice un ademán de rabia y ella tuvo un gesto de miedo, como si temiese que fuera a pegarle de nuevo, lo que también me dolió, porque una madre no quiere que la teman, sino que la quieran.

—Estáte tranquila, no volveré a tocarte... Sólo que me llora el corazón de verte reducida a ese estado.

No dijo nada y siguió desvestiéndose. Entonces, de pronto, dije con voz fuerte y exasperada:

—Y ahora, ¿quién nos lleva a Roma? Clorindo dijo que nos llevaría a Roma cuando Roma fuese liberada por los aliados. Roma ha sido liberada, pero Clorindo ya no está, ¿quién nos lleva a Roma? Mañana, como sea, quiero volver a Roma, aunque tenga que ir a pie.

Ella respondió, con calma:

—A Roma no se podrá ir hasta que hayan pasado algunos días. De todos modos, un hijo u otro de Concetta nos llevará a Roma a las dos, uno de esos días. Estarán aquí mañana por la noche, porque han acompañado a Clorindo hasta Frosinone y la sociedad ha quedado disuelta y ellos se quedan con el camión de Clorindo. Tranquilízate volveremos a Roma.

Tampoco me gustó aquella noticia. Los hijos de Concetta, hasta entonces, no se habían dejado ver nunca, ocupados, al parecer, en los tráficos del mercado negro, en Nápoles; pero a mí me resultaban aún más antipáticos que Clorindo, si cabía; y la idea de hacer el viaje con ellos a Roma no me gustaba en absoluto. Dije:

—¿A ti ya no te importa nada de nada, no es así?

Ella me miró y, luego, preguntó:

—Mamá, ¿por qué me atormentas de ese modo?

Lo dijo casi como con un reflejo, en la voz, del afecto que me tenía antes; y yo, conmovida, dije:

—Tesoro mío, porque tengo la impresión de que has cambiado y que ya no sientes nada por nadie, ni siquiera por mí.

—Habré cambiado, no lo niego, pero para ti sigo siendo la de antes. Entonces reconocía que había cambiado; pero, al propio tiempo, me tranquilizaba, haciéndome comprender que me quería como en el pasado. No sabiendo siquiera si debía apesadumbrarme o consolarme, callé; por lo que la conversación terminó ahí.

El día siguiente, como me anunciara Rosetta, llegó el camión de Frosinone, pero con uno solo de los hijos de Concetta, Rosario, el otro había continuado por su lado hacia Nápoles. De los dos, ambos antipáticos, como he dicho, Rosario, por añadidura, era el que más me desagradaba. No muy alto, corpulento, membrudo, con una cara brutal, cuadrada, cetrina, de frente estrecha, el pelo que le crecía en medio de la frente, nariz chata y mandíbula prominente, era propiamente lo que en Roma se llama un *burino*, o sea, un hombre rustico, tosco, zafío y, por añadidura, no bueno ni inteligente. En la mesa, el mismo día que llegó, él que nunca decía nada, estuvo casi locuaz. Dijo a Rosetta:

—Te traigo saludos de Clorindo, dice que irá a verte a Roma, cuando estés allí.

Rosetta respondió, muy secamente, sin levantar los ojos:

—Pues dile que no vaya, que no quiero verle.

Entonces, comprendí, por primera vez, que toda aquella indiferencia de Rosetta era fingida y que había estado encariñada y quizá todavía lo estaba, con Clorindo; y, aunque parezca extraño, el hecho de que ella sufriese por aquel hombre tan despreciable, me molestó aún más que la idea de que no le importase nada. Rosario preguntó:

—¿Y por qué? ¿Qué te pasa con él? ¿Ya no te gusta?

Me daba reconcomio ver a Rosario hablando a Rosetta sin respeto ni buenos modos, como se habla a una furcia que no tiene el derecho de protestar ni de indignarse; y más me reconcomí cuando Rosetta respondió:

—Clorindo me ha hecho una cosa que no debía hacer. Nunca me dijo que estaba casado. Sólo me lo dijo ayer, cuando decidimos separarnos. Mientras le convino, me lo ocultó; en cuanto le ha convenido decirlo, lo ha dicho.

Ahora, era ya mi sino no comprender a Rosetta ni lo que le estaba pasando; por lo cual, me quedé pasmada una vez más, aunque de manera dolorosa: entonces, ella sólo lo supo en el último momento, que estaba casado y tenía hijos, y lo decía en aquel tono como si fuese un simple despecho, cabalmente de furcia sin orgullo y sin dignidad que sabe que no puede hacerse valer con el hombre que quiere. Me quedé sin respiración; mientras tanto, Rosario, sonriendo burlonamente, decía:

—¿Por qué debía habértelo dicho, después de todo? No ibais a casaros ni mucho menos, los dos, ¿verdad?

Rosetta inclinó la cabeza sobre el plato y no dijo nada. Pero aquella bruja de Concetta metió baza:

—Son cosas de antes; con la guerra, ya se sabe, todo ha cambiado, los mozos hacen la corte a las chicas sin decirles que están casados y las chicas hacen el amor con los mozos sin pedirles que se casen con ellas. Cosas de antes, todo ha cambiado. ¿Qué importa si uno está casado o no está casado, si tiene mujer e hijos o si no los tiene? Cosas de antes. Lo importante es quererse y Clorindo la quería a Rosetta, para convencerse basta ver cómo la vestía, que antes de conocerla parecía una gitana y, ahora, parece toda una señora.

Con aquellas palabras, Concetta, que siempre estaba dispuesta a defender a los delincuentes, porque ella también lo era, en el fondo decía la verdad: la guerra había cambiado, es cierto, todas las cosas, y buena prueba de ello la tenía ante mis ojos, en aquella hija mía que, de ángel de pureza y de bondad que siempre fue, se había convertido en una apática y desmemoriada puta. Todas aquellas cosas las sabía yo y también sabía que eran ciertas; pero igualmente me dolía en el corazón

lo que veía y lo que oía, por lo que a mi vez metí baza, arremetiendo contra Concetta:

—Y un jamón, que todo ha cambiado. Sois vosotros, que no esperabais más que la guerra, tú y tus hijos y ese maleante de Clorindo y aquellos asesinos de marroquíes y, total, todos, para desahogaros y hacer lo que en tiempos normales nunca habríais tenido el valor de hacer. Y un jamón: así es que te digo que todo eso no durará mucho y un día todo volverá a su sitio y entonces, tu y tus hijos y Clorindo estaréis mal otra vez, es más, estaréis peor, y entonces os daréis cuenta de que todavía hay moral, religión y ley y que las personas honradas cuentan más que los delincuentes.

Al oír aquello, Vincenzo, como un tonto, precisamente él, que había robado los bienes del amo, meneó la cabeza, diciendo:

—Palabras de oro.

Pero Concetta se encogió de hombros y dijo:

—¿Por qué te acaloras tanto? Vivir y dejar vivir, dejar vivir y vivir. En cuanto a Rosario, se echó francamente a reír y dijo:

—Tu, Cesira, eres una mujer de antes de la guerra y nosotros, en cambio, mi hermano y yo, Rosetta, mi madre y Clorindo somos gente de después de la guerra. Por ejemplo, fíjate en mí: he estado en Nápoles con un cargamento de conservas americanas y de jerseys militares, lo he vendido en seguida, he vuelto a cargar el camión con género para vender en Ciociaria y ahí está el resultado —se sacó un fajo de billetes de Banco que agitó ante mis narices—: he ganado más yo en un día que mi padre en los últimos cinco años. Todo ha cambiado, ya no estamos en los tiempos de Maricastaña, debes convencerte. Además, ¿por qué te metes tanto con Rosetta? También ella ha comprendido que un cantar era antes de la guerra y otro cantar después y se ha puesto al día, ha aprendido a vivir. A ti quizás el amor no te ha gustado nunca y te enseñaron que, sin el cura que echa las bendiciones, el amor no es amor, es más, que no puede haber amor en absoluto. Pero Rosetta, en cambio, sabe que con cura o sin cura, el amor siempre es amor. ¿No es verdad, Rosetta, que lo sabes? Dile ya a tu mamá que lo sabes.

Yo estaba pasmada; pero Rosetta, calmosa y serena, casi parecía complacerse de aquel modo de hablar de Rosario; el cual prosiguió, diciendo:

—Por ejemplo, tiempos atrás estuvimos en Nápoles juntos, Rosetta, Clorindo, mi hermano y yo, en plan de amigos, sin celos y sin complicaciones. Y aunque entre nosotros estuviese Rosetta y Rosetta gustase a todos, Clorindo, mi hermano y yo seguimos siendo amigos como antes. Y nos divertimos los cuatro, ¿no es verdad, Rosetta que nos divertimos?

Yo temblaba como una hoja, porque ahora comprendía que Rosetta no sólo había sido la amante de Clorindo, lo cual ya era malo de por sí, sino el solaz de toda la pandilla y, quizás, había hecho el amor no sólo con Clorindo, como yo sabía, y con Rosario, como acababa de saber, sino también con el otro hijo de Concetta y, tal vez, con algún maleante napolitano, de esos que viven a costillas de las mujeres y se la intercambian como si fuesen mercancía; y ella, ahora, era una pobre desvalida a quien los hombres podían hacer lo que quisieran, porque cuando fue violentada por los marroquíes, quedó con la voluntad destrozada y, al mismo tiempo, algo que hasta entonces había ignorado se le metió en la carne, como un fuego y la quemada y le hacía desear ser tratada otra vez del mismo modo como la trataron los marroquíes, por todos los hombres con quienes tropezaba. Rosario, mientras tanto, como la cena había terminado, se levantó y, aflojándose el cinturón, dijo:

—Bueno, ahora voy a dar una vueltecita con el camión. Rosetta, ¿quieres venir conmigo?

Vi que Rosetta hacía un signo afirmativo, que dejaba la servilleta encima de la mesa y se disponía a levantarse, con aquella expresión codiciosa, ávida y absorta que le noté a la luz de la vela, la primera vez que se fue con Clorindo. Movida por no sé qué impulso, dije entonces:

—No, tú no te vas, tú te quedas aquí.

Hubo un momento de silencio y Rosario me miraba con fingido estupor, como diciendo: «Pero ¿qué pasa? ¿El mundo está al revés?» Luego, volviéndose hacia Rosetta, ordenó:

—Entonces, vámonos, anda, date prisa.

Yo repetí, no ya en tono de mando, sino de ruego:

—Rosetta, no te vayas.

Pero ella ya estaba de pie y dijo:

—Mamá, luego nos veremos.

Después, sin volverse, alcanzó a Rosario, quien ya se había alejado, como seguro de que le seguiría, le cogió del brazo y desapareció con él por los naranjales. Así obedeció la orden de Rosario como antes obedeciera a Clorindo y, ahora, aquél se la llevaba a algún prado para hacer el amor y yo no podía hacer nada para evitarlo.

Concetta gritó:

—Ya se sabe, la madre tiene derecho a prohibir lo que quiera a la hija, ¿cómo no ha de tenerlo? Pero también la hija tiene el derecho de ir con el hombre que le gusta. ¿Por qué no? Y las madres nunca están de acuerdo con los hombres que gustan a las hijas, pero también la juventud tiene sus derechos y nosotras las madres debemos comprender y perdonar, perdonar y comprender.

Yo no decía nada, estaba con la cabeza doblada, como una flor marchita, con la frente a la luz de la lámpara de acetileno en torno a la cual zumbaban y volaban moscardones que, de vez en cuando, caían muertos, abrasados por la llama. Y pensaba que mi pobre Rosetta era como uno de aquellos moscardones: la llama de la guerra la había abrasado y ella estaba muerta, al menos para mí.

Aquella noche, Rosetta regresó muy tarde y ni siquiera la oí entrar. Pero antes de quedarme dormida, pensé mucho en ella y en todo lo que le había pasado y en lo que se había convertido; después, aunque parezca extraño, mi pensamiento se quedó fijo en Michele y, durante todo el resto de mi desvelo, sólo pensé en él. No tuve valor para ir a visitar a los Festa y expresarles mi dolor por la muerte de su hijo, quien, para mí, había sido exactamente como si se hubiese muerto un hijo mío, nacido de mis entrañas. Pero, asimismo, aquella muerte tan cruel y tan amarga se me había quedado clavada en el corazón como una espina. Pensaba que aquello era la guerra, como decía Concetta, y en la guerra caen los mejores porque son los más valientes, los más altruistas, los más honrados y unos son asesinados como el pobre Michele y otros quedan estropeados para toda la vida como mi Rosetta. En cambio, los peores, los que no tienen valor, los que no tienen fe, los que no tienen religión, los que no tienen orgullo, los que roban y matan —y piensan en sí mismos y van a lo suyo, ésos se salvan y prosperan y se vuelven más sinvergüenzas y delincuentes de lo que eran antes. Pensaba también que, si Michele no hubiese muerto, quizá me habría dado algún buen consejo y yo no me hubiese ido de Fondi a mi pueblo, no nos habríamos tropezado con los marroquies y Rosetta seguiría siendo aquel ángel de bondad y de pureza que había sido antes. Y me decía que era una verdadera lástima que Michele hubiese muerto, porque él, para nosotras dos había sido padre, marido, hermano e hijo y, aunque fuese tan bueno como un santo, cuando convenía sabía también ser duro y sin piedad para los delincuentes del género de Rosario y de Clorindo. Tenía una fuerza que a mí me faltaba, porque no sólo era bueno, sino también instruido, y sabía muchas cosas, juzgaba de los hechos de la vida desde arriba, no a ras del suelo, como yo que era una pobrecita que apenas sabía leer y escribir y que hasta entonces siempre había vivido para el negocio entre piso y tienda, sin saber nada de nada.

De repente, no sé cómo, me entró una desesperación, un frenesí indecible; y, de improviso, me dije que no quería seguir viviendo en un mundo como éste donde los hombres buenos y las mujeres honradas ya no contaban y los delincuentes eran los amos; y pensé que para mí, en adelante, con Rosetta tan cambiada, la vida carecía ya de sentido y que, aun en Roma, con el piso y la tienda no volvería a ser la misma de antes y no me gustaría vivir. Por lo que, de repente, pensé que quería morir y salté de la cama, encendí con manos que me bailaban de impaciencia la vela y fui al fondo del aposento a coger una cuerda que colgaba de un clavo, que servía a Concetta para tender la ropa, después, de hacer la colada. En aquel rincón de la barraca había una silla de paja; me subí a la silla, con la cuerda en la mano, decidida a atarla a algún clavo, o a una viga del techo para luego pasar el cuello, dar una patada a la silla, dejarme desplomar abajo y acabar de una buena vez. Pero precisamente, mientras con la cuerda en la mano levantaba los ojos hacia el techo buscando dónde atarla, oí que la puerta de la barraca se abría detrás de mí, despacio. Entonces, me volví, y vi que Michele estaba en el umbral, precisamente él. Era tal cual le había visto la última vez, cuando los nazis se lo llevaron consigo; y, como entonces, noté que llevaba una pernera del pantalón más larga

que le llegaba hasta el zapato y otra más corta que apenas le llegaba al tobillo. Llevaba gafas, como siempre y, para verme mejor, inclinó la frente y me miró por encima de los cristales, como hacía cuando estaba vivo. Y al ver que yo estaba subida en una silla, con una cuerda en la mano, en seguida hizo un gesto como para decir: «No, no lo hagas, eso no, eso no debes hacerlo.» Entonces, pregunté:

—¿Por qué no debo hacerlo?

Abrió la boca y dijo algo que no entendí. Luego, siguió hablando y yo trataba de oírle, pero no oía nada, como cuando se trata de oír algo que nos está diciendo una persona desde el otro lado del cristal de una ventana y se ve que mueve los labios pero, a causa del cristal, no se oye nada. Entonces, grité:

—Pero habla más fuerte, no te entiendo.

Y, en el mismo momento, desperté, empapada en sudor, en mi cama. Entonces comprendí que todo había sido un sueño: el intento de suicidio, la intervención de Michele y sus palabras que no había oído. Sin embargo, me quedaba el sentimiento penoso, amargo, violento de no haber oído lo que me decía; y, durante un buen rato, me revolví en la cama, preguntándome qué podía haber sido; pensaba que, seguramente, él me había dicho el porqué no debía suicidarme, por qué valía la pena seguir viviendo y por qué la vida, en todos los casos, era mejor que la muerte. Sí, él, con toda seguridad, me había explicado con pocas palabras el sentido de la vida, que a nosotros que vivimos se nos escapa, pero que para los muertos debe de ser, en cambio, claro y resplandeciente; mi mala suerte había querido que yo no comprendiese lo que él decía, aunque aquel sueño hubiese sido en verdad una especie de milagro; y los milagros, ya se sabe, son milagros precisamente porque todo puede suceder en ellos, hasta las cosas más increíbles y raras. El milagro se había producido, pero sólo a medias: Michele se me había aparecido impidiéndome que me quitase la vida, esto era cierto, pero yo, seguramente por culpa mía, porque no era digna de ello, no había entendido por qué no debía hacerlo. Así es que debía seguir viviendo; pero como antes, como siempre, nunca sabría por qué la vida es preferible a la muerte.

CAPÍTULO XI

Hasta que llegó el gran día del retorno a Roma. Pero, ¡qué diferente de cómo lo había imaginado en mis ensueños de liberación, durante los nueve meses que pasé en Sant'Eufemia! Entonces, había soñado en un retorno muy alegre, con algún camión Militar, con aquellos muchachotes rubios, ingleses o americanos, contentos también y —simpáticos y alegres; y con Rosetta a mi lado, dulce y tranquila como un ángel; y quizás, además, con Michele con nosotras, por una vez contento también. Y yo con el ánimo ansioso de ver asomarse en el horizonte la cúpula de San Pedro, que es lo primero que se ve en Roma; con el corazón henchido de esperanza; con la mente poblada de proyectos para Rosetta y su matrimonio, la tienda y el piso. Puede decirse que en aquellos nueve meses estudié todos los detalles de aquel retorno y cada detalle de los detalles. También había imaginado la llegada a casa, con Giovanni recibiéndonos sosegado y sonriente, con el cigarro apagado en la comisura de la boca, los vecinos agolpándose en torno a nosotras, a nosotras abrazando a todo el mundo, y diciendo sonrientes:

—Bueno, hemos salido de apuros, luego os contaremos lo que nos ha pasado.

Había pensado esas cosas y muchísimas más; recuerdo que, pensándolas, a menudo me había sorprendido sonriendo de alegría anticipada; en cualquier caso, nunca, ni por asomo, se me había ocurrido que aquellas cosas no hubiesen de realizarse exactamente así. En resumidas cuentas, no había previsto que, como decía Concetta, la guerra es la guerra; o sea, que hasta cuando ha terminado sigue existiendo, como una alimaña moribunda que, sin embargo, quiere seguir causando daño y todavía puede dar algún zarpazo. La guerra había dado ya el zarpazo, precisamente en el momento de irse; los marroquíes habían arruinado a Rosetta; los nazis habían matado a Michele; a nosotras dos nos tocaba ir a Roma en el camión de aquel delincuente de Rosario; y yo, en vez de las muchas cosas alegres que había pensado y sentido, ahora tenía el ánimo lleno de tristeza, de desilusión y de desesperación.

Era una mañana de junio, con el calor y la luz del estío ya en el cielo encendido y sobre la tierra reseca y polvorienta. Rosetta y yo, en la barraca, acabábamos de vestirnos porque el camión de Rosario nos aguardaba en la carretera general. Rosetta había pasado parte de la noche fuera de la barraca y yo, que lo sabía y la había visto regresar a hurtadillas, seguía experimentando aquel sentimiento de impotencia del que ya he hablado: mi ánimo rebosaba de cosas que hubiese querido decir, pero que mi boca no sabía cómo expresarlas. Sin embargo, por ultimo, logré exclamar, mientras ella se lavaba, de pie, junto a la palangana, en un rincón:

—Pero, ¿se puede saber dónde has estado esta noche?

Me esperaba de nuevo la callada por respuesta, o alguna respuesta breve; pero, esa vez, no fue así, a saber por qué. Terminó de secarse, luego se volvió y me dijo con voz clara y firme:

—He estado con Rosario y hemos hecho el amor. Y no vuelvas a preguntarme lo que hago ni dónde voy ni con quién estoy, porque ahora ya lo sabes: hago el amor, donde puedo y con quien puedo. Quiero decirte también esto: me gusta hacer el amor, es más, no puedo prescindir de ello y no quiero prescindir.

—Pero, ¿con Rosario? —exclamé—. Hija mía, ¿te das cuenta de quién es Rosario?

—Él u otro, para mí es lo mismo. Ya te lo he dicho: quiero hacer el amor porque es la única cosa que me gusta y soy capaz de hacer. Y, en adelante, siempre será así, por lo que no me hagas más preguntas, pues sólo podré contestarte lo mismo.

Nunca había hablado tan claro, es más, era la primera vez que me lo decía; y comprendí que, mientras no le pasase aquel frenesí, yo debía hacer lo que me decía: no preguntarle nada, callar. Es lo que hice; terminé de vestirme en silencio, mientras ella, al otro lado de la cama, hacía lo mismo.

Por último, salimos de la barraca y encontramos a Rosario quien, sentado a la mesa junto a su madre, comía una ensalada de cebolla con pan. Concetta vino en seguida a nuestro encuentro y empezó a soltar sus palabras de costumbre, deslabazadas y exaltadas, que tanto me irritaban ya cuando la vi por primera vez, así que figuraos ahora.

—Entonces, os vais, volvéis a Roma, felices de vosotras, qué suerte tenéis, a nosotros, pobrecitos campesinos, nos dejáis aquí, en este desierto, donde ya no queda nada y todos tienen hambre y todas las casas están arruinadas y toda la gente es indigente, como gitanos. Felices de vosotras, vais a hacer de señores en Roma, donde hay abundancia y lo que los ingleses han dado aquí durante tres días, allí os lo darán todo el año. Pero me satisface, porque os quiero mucho y siempre satisface que las personas que queremos tengan suerte y estén bien.

Entonces, le contesté, para abreviar aquellas efusiones:

—Claro, felices de nosotras. De verdad que estamos de suerte, ni qué decir tiene. Sobre todo, por haber encontrado una familia como la tuya.

Pero ella no captó la ironía y dijo:

—Puedes decir bien alto que somos una buena familia. Vosotras, aquí, habéis estado verdaderamente bien, os hemos tratado como hermanas e hijas, habéis comido y bebido, habéis dormido y habéis hecho lo que os apetecía. Ah, familias como la nuestra no hay muchas, ni mucho menos.

«Afortunadamente», hubiese querido contestarle, pero me contuve porque me apremiaba marchar, aunque fuese con aquel Rosario que me era tan odioso, con tal de no estar en aquel calvero encerrado entre naranjos tan tupidos, que me parecía una prisión. Conque nos despedimos de Vincenzo, quien nos dijo, atontadamente:

—¿Ya os vais? Pero si acababais de llegar. ¿Por qué no os quedáis al menos hasta el primero de agosto?

Y nos despedimos también de Concetta, quien, quiso abrazarnos y besarnos en las dos mejillas, con unos besos sonoros, rechinantes, que, como sus palabras, parecían ser dados para tomarnos el pelo. Por fin, nos encaminamos por el sendero, volviendo las espaldas para siempre a aquella maldita casa rosada. En la carretera general, estaba el camión. Subimos, Rosetta se sentó al lado de Rosario y yo, al lado de Rosseta. Rosario puso en marcha el motor y dijo:

—Salida para Roma.

El camión arrancó velozmente por la carretera provincial, en dirección de la nacional. Ya era de mañana avanzada y hacía un sol de junio ardiente, seco, henchido de fuerza alegre y juvenil; la carretera estaba blanca de polvo, los setos también estaban blancos de polvo, y cuando el camión aminoraba la marcha, se oía, en lo alto de los escasos árboles que bordeaban la carretera, cantar a las cigarras que estaban agazapadas entre el follaje. Al oír aquel canto de cigarras, al ver aquella polvareda tan blanca en la carretera y los matorrales, con las alondras que bajaban a picotear entre los excrementos de los mulos y luego aleteaban hacia el cielo luminoso, de pronto los ojos se me llenaron las lágrimas. Sí, aquello era el campo, mi querido campo donde había sido criada y había crecido, al cual, cuando las dificultades de la carestía y de la guerra, recurrí como se recurre a una madre muy vieja que ha sufrido mucho y, a pesar de ello, sigue siendo buena y lo sabe todo y lo perdona todo. El campo, sin embargo, me había traicionado; todo me fue mal; yo había cambiado, pero el campo seguía siendo el mismo de siempre, con el sol que lo calentaba, todo, salvo mi corazón helado, y las cigarras tan agradables de oír cuando se es joven y se ama la vida, pero ahora fastidiosas para mí, que ya no esperaba nada, y el olor del polvo árido y caldeado que embriaga los sentidos cuando todavía son vírgenes e insaciables, pero que ahora me sofocaba, como si una mano me hubiese amordazado nariz y boca. El campo me había traicionado, y yo volvía a Roma sin esperanzas ya, peor que esto, volvía desesperada. Lloraba quedamente y me bebía las lágrimas amargas que brotaban de mis ojos, procurando volver la cara hacia la carretera, para evitar que Rosario y Rosetta me viesen. Pero Rosetta lo notó igualmente y me preguntó de pronto:

—¿Por qué lloras, mamá?

Y me lo preguntó con una voz tan dulce que casi me hizo esperar que volviese a ser, por algún

milagro del cielo, mi Rosetta de antes. Iba a contestarle algo, cuando, al volverme, vi que tenía la mano sobre el muslo de Rosario, muy arriba, junto a la ingle y, de repente, recordé que, hacía unos minutos, ambos estaban callados y ni siquiera se movían; comprendí que aquel silencio y aquella inmovilidad obedecían al solaz que se daban ante mis ojos; y aquella dulzura de la voz de Rosetta no era la dulzura de la inocencia, sino de las caricias que ellos se hacían, sin pudor y sin vergüenza, mientras él conducía; así, por la mañana temprano, como las bestias lo hacen a todas horas y en cualquier lugar. Entonces, dije:

—Lloro de vergüenza, por eso lloro.

Al oír mis palabras, Rosetta hizo ademán de retirar la mano; pero el odioso Rosario se la atrapó y volvió a ponérsela sobre el muslo. Ella se resistió un momento, o, al menos, así me pareció; luego, él le soltó la mano y ella no volvió a retirarla y, una vez más, comprendí que, para ella, lo que estaba haciendo era más fuerte que mi vergüenza y hasta que la suya, supuesto que aún fuese capaz de sentirla.

Entretanto, corríamos por la Via Appia, entre los altos plátanos que desfilaban a ambos lados de la carretera, juntando el follaje tierno y tupido sobre nuestras cabezas. Parecía —que circulásemos por una galería verde; el sol, traspasando aquí y allí las hojas, extendía de vez en cuando sus rayos sobre la carretera, y entonces parecía que también el asfalto, tan opaco, se tornase materia luminosa y palpitante, parecido al lomo de un animal cálido de sangre y de vida. Yo volvía la cabeza hacia la carretera para no ver lo que estaban haciendo Rosario y Rosetta; así que, para distraerme de mis tristes pensamientos, me puse a contemplar el paisaje. Había las inundaciones provocadas por los alemanes cuando volaron los diques, con las aguas azules, encrespadas por el viento y sembradas de copas de árboles y de ruinas, esparcidas donde antes hubo campos cultivados y granjas. Después de San Biagio, la carretera que bordeaba la costa. El mar estaba encalmado, recorrido por un viento leve y fresco que hacía ir de través las incontables olas azules; y cada ola tenía un punto de luz que rebrillaba, por lo que todo el mar parecía sonreír bajo el sol. Y he aquí Terracina, que me causó más impresión aun que Fondi; era una verdadera desolación, con todas las casas erosionadas por el fuego de las ametralladoras, perforadas con agujeros grandes y pequeños y las ventanas oscuras como los ojos de los ciegos o, peor aún, azules, cuando sólo quedaba la fachada, y montones de escombros polvorientos y charcos de agua amarillenta en todas partes. No había nadie en Terracina, así me pareció al menos, ni en la plaza mayor, cuya fuente tenía la taza llena hasta el borde de cascotes, ni por las calles largas y rectas, flanqueadas de ruinas, que iban en dirección del mar. Pensé que en Terracina debía de haber ocurrido lo mismo que en Fondi: el primer día una feria, muchedumbre, soldados, campesinos y refugiados, reparto de víveres y de ropas, alegría y estruendo, en suma: la vida; después, el Ejército avanzó hacia Roma y, de pronto, la vida se fue, quedando tan sólo un desierto de ruinas y de silencio. Después de Terracina, seguimos a toda marcha por la carretera que va directa a Cisterna, con, a un lado, el canal denso y verde de la tierra ganada a los pantanos y, al otro lado, una extensa llanura medio inundada, que llegaba hasta la falda de las montañas azules que limitaban el horizonte. De vez en cuando, en los bordes de la carretera, se veía, en las cunetas, algún esqueleto de vehículo militar, con las ruedas al aire, herrumbroso ya y desfigurado, como si la guerra hubiese pasado por allí muchos años atrás; de vez en cuando, asimismo, en un trigal, se percibía, inmóvil, apuntando al cielo, el delgado cañón de un carro armado y, luego, al acercarse, se distinguía el carro entero hundido entre las altas espigas, inmóvil y tieso como una alimaña herida mortalmente y luego abandonada Rosario, ahora, conducía a gran velocidad, con una sola mano, mientras con la otra estrechaba la de Rosetta, sobre el regazo de ésta. Yo no podía soportar aquella visión que era un indicio más del cambio de Rosetta; por lo que, de repente, a saber por qué, recordé que Rosetta cantaba muy bien y tenía una hermosa voz, dulce y musical, y que, cuando estaba en casa y atendía a las tareas domésticas, solía cantar para hacerse compañía y que yo, que estaba en la habitación contigua, a menudo me quedaba encantada escuchándola, porque en aquella voz suya que se elevaba tranquila y alegre y parecía no cansarse nunca ni perder el hilo de la canción, estaba todo su carácter, como entonces era y como ahora no era ya. Me acordé, pues, de aquel canto, en la carretera, entre Terracina y Cisterna, y sentí como un

impulso de resucitar, aunque sólo fuese un momento, la ilusión de la Rosetta de antes. Dije:

—Rosetta, ¿por qué no cantas algo? Sabías cantar muy bien. ¿Por qué no cantas una bonita canción...? Si no, con este sol y esta carretera tan recta, acabaremos durmiéndonos.

Ella dijo:

—¿Qué quieres que te cante?

Y yo dije al azar el nombre de una canción que había estado en boga un par de años atrás; ella en seguida se puso a cantarla, a voz en cuello, inmóvil, siempre con la mano de Rosario en el regazo. Pero no tardé en notar que ya no era la misma voz; parecía menos rotunda y menos melodiosa y desafinaba; también ella debió notarlo porque, de repente, dejó de cantar y dijo:

—Me temo que ya no sé cantar, mamá, me siento como desganada. Yo hubiese querido decirle: «Te sientes desganada y ya no sabes cantar porque tienes esa mano en el regazo y ya no eres tú y no tienes el sentimiento de antes, que te henchía el pecho y te hacía cantar como un pajarillo, he ahí por qué.»

Pero no tuve el valor de decírselo. Rosario dijo:

—Bueno, si queréis, cantaré yo.

Y atacó con su voz ronca una canción de mal gusto, y obscena. Yo sufría más que antes, tanto porque Rosetta ya no podía cantar y hasta en eso había cambiado, como porque cantaba él. Mientras tanto, el camión iba a toda marcha y en seguida llegamos a Cisterna.

También allí, como en Terracina, todo era desolación. Recuerdo, sobre todo, la fuente de la plaza, en un semicírculo de casas despanzurradas y derrumbadas: la taza estaba llena de cascotes, en el centro de la taza había una estatua sobre un pedestal; aquella estatua, empero, no tenía cabeza, sino tan sólo un garfio de hierro y sólo un brazo, pero sin mano. Parecía una persona viva, precisamente porque carecía de mano y de cabeza. Tampoco pasaba por allí bicho viviente, la gente estaba aun por las montañas o se escondía entre las ruinas. Pasada Cisterna, la carretera cruzó entre bosques ralos de alcornoques y ya no se veía ni una casa ni un cristiano, tan sólo, hasta perderse de vista, el suelo verde y los troncos retorcidos y rojizos que parecían descortezados. Ahora ya no hacía tan buen día: por la parte del mar había venido como un abanico de nubecitas grises y, luego, el abanico se fue abriendo cada vez más hasta hacerse inmenso, con la empuñadura hacia el mar y las varillas formadas por nubes grises y tupidas, se extendían por toda la vastedad del cielo.

El sol había desaparecido y el campo, con aquellos alcornoques retorcidos y rojizos que parecían sufrir de ser retorcidos y rojizos, se había vuelto de un solo color, desvaído y opaco, sin luz. Había una soledad completa; y aunque el estrépito del motor no cesase un instante, se palpaba un gran silencio, sin canto alguno ya, ni de pájaros ni de cigarras. Rosetta estaba dormitando; Rosario fumaba, conduciendo; y yo, con los ojos, ora seguía los mojones blancos de los kilómetros, ora volvía la mirada atrás hacia los alcornocales, sin ver nada ni a nadie. Luego, la carretera hizo un recodo y yo, que estaba mirando los alcornocales, de repente me di con la frente en el cristal del parabrisas. Cuando luego me eché hacia atrás, vi que la carretera estaba cortada en toda su anchura por un poste telegráfico derribado; al mismo tiempo, tres hombres surgieron de los alcornocales y avanzaron agitando las manos, como pidiendo que el camión parase. Rosetta dijo, despertando:

—¿Qué pasa?

Pero nadie le contestó, porque yo no comprendía nada y Rosario, mientras, había bajado ya del camión y se dirigía con decisión hacia los tres hombres. Les recuerdo perfectamente, y les reconocería todavía hoy entre mil: vestían harapos, como todo el mundo en aquellos días, uno era bajito y rubio, de espaldas anchas, y llevaba un traje de pana marrón; el segundo era alto, de mediana edad, muy flaco, enjuto de cara, ojos hundidos y pelo canoso y enmarañado; el tercero era un jovenzuelo del tipo más corriente, moreno, de cara ancha, pelo negro, muy parecido a Rosario. Éste, al bajar del camión, hizo un gesto que noté; se sacó rápidamente del bolsillo un sobre que metió bajo el asiento. Comprendí que el sobre contenía dinero, y entonces comprendí también que aquellos tres hombres eran ladrones. Luego, todo sucedió en un momento, mientras Rosetta y yo mirábamos, inmóviles, paralizadas por la sorpresa, a través del cristal del parabrisas que estaba muy sucio, con insectos aplastados, polvo y regueros de lluvia, y que parecía añadir, a la luz ya

amortiguada del cielo encapotado, no sé qué melancolía e incertidumbre. A través de aquel cristal, pues, vimos a Rosario ir al encuentro de los tres hombres, con talante decidido, porque era valiente; y aquellos tres hombres, a su vez, enfrentarse con él, amenazadores. A Rosario yo le veía de espaldas y, en cambio, veía de cara al rubio que hablaba con él: tenía la boca encarnada y un poco torcida, con algo como un antojo o un lunar en la comisura de la boca. El rubio habló y Rosario contestó; el rubio volvió a hablar y, a la segunda respuesta de Rosario, de pronto, levantó la mano y agarró por la solapa a Rosario, justo bajo la garganta. Rosario hizo como un gesto con los hombros, primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda, desasiéndose, y a la par le vi, claramente, llevarse la mano al bolsillo posterior de los pantalones. Acto seguido, oí un disparo y luego dos más y creí que había sido Rosario quien disparó. En cambio, él se volvió e hizo ademán de dirigirse hacia el camión, pero con la cabeza gacha, extrañamente inseguro, y luego, de improviso, cayó de rodillas, sosteniéndose con las manos apoyadas en el suelo; estuvo así un momento con la cabeza baja, como reflexionando y, por último, se desplomó de costado. Los tres hombres, sin cuidarse de él, se acercaron al camión.

El rubito, que seguía empuñando la pistola, se subió al estribo del camión, se asomó a la cabina y dijo, jadeando:

—Vosotras dos, abajo, en seguida, abajo.

Al mismo tiempo, blandía la pistola, no para amenazarnos, quizá, sino para hacernos comprender que debíamos apearnos. Mientras tanto, los otros dos quitaban el poste de la carretera. Comprendí que debíamos obedecer y dije a Rosetta: «Ven, bajemos»; e hice ademán de abrir la portezuela. Pero el rubito, que casi se había metido ya en la cabina, de pronto se asomó afuera mirando hacia la carretera, y entonces vi que los otros dos le hacían gestos como para advertirle de algo imprevisto que estaba sucediendo. Soltó una blasfemia, bajó del camión y se reunió con sus compañeros; luego, les vi huir a los tres, echando el bofe, por el alcornocal, y muy pronto, corriendo en zigzag entre un tronco y otro, desaparecieron. Durante un momento, no quedó nada ni nadie, salvo el poste telegráfico arrimado a la cuneta y el cadáver de Rosario en medio de la carretera. Dije a Rosetta:

—¿Y ahora, qué vamos a hacer?

Y, casi en el mismo momento a nuestro lado desembocó a nuestro lado un coche pequeño descubierto con dos oficiales ingleses y un soldado que conducía. El coche frenó porque el cadáver de Rosario obstruía la carretera, no tanto, sin embargo, para que arrimándose a la cuneta, no se pudiese seguir; los dos oficiales se volvieron a mirar el cadáver y luego a nosotras dos; después, vi que uno de ellos hacía un gesto al conductor, como diciendo: «Quien muere, muerto está, adelante», y el coche arrancó en seguida, bordeó el cadáver de Rosario, cobró velocidad y no tardó en desaparecer al fondo de la carretera, detrás del recodo. Entonces, no sé cómo, me acordé del dinero que Rosario había escondido bajo el asiento; metí la mano, cogí el sobre y lo guardé en el escote. Rosetta vio lo que hacía y me lanzó una mirada que casi me pareció de reprobación. De improviso, se oyó un fuerte chirrido de frenos y un camión paró de golpe junto al nuestro.

Era un italiano, esta vez, un hombre bajito, de cabeza grande y calva, cara pálida y sudorosa, ojos redondos y saltones y patillas largas que le llegaban hasta media mejilla. Tenía una expresión asustada y descontenta, pero no mala, como de quien hace por deber un acto valeroso y, al propio tiempo, maldice para sus adentros la coyuntura que le ha llevado, a pesar suyo, a ser valiente. Preguntó apresuradamente: «¿Qué ha pasado?» Sin moverse del camión, con la mano en la palanca de cambio de velocidades. Dije:

—Unos hombres nos han hecho parar y han matado a ese joven y luego se han ido. Querían robar. Y ahora, nosotras, que somos dos refugiadas...

Me interrumpió:

—¿Hacia dónde han ido?

Indiqué en dirección del alcornocal; él volvió hacia allí sus ojos asustados y luego, dijo:

—Por el amor de Dios, rápido, subid a mi camión si queréis ir a Roma, pero rápido, de prisa, por el amor de Dios.

Comprendí que si titubeaba un momento más él habría arrancado, por lo que me apresuré a

apearme tirando de la mano de Rosetta. Pero él, entonces, volvió a gritarnos con voz afligida:

—Apartad ese cadáver, apartadlo, si no, ¿cómo voy a pasar? Y miré, y vi, en efecto, que su camión, mucho más ancho que el coche de los oficiales ingleses, no tenía espacio suficiente para pasar entre la cuneta y el cadáver de Rosario.

—De prisa, por el amor de Dios —encareció de nuevo con su voz quejumbrosa.

Entonces, me rehice y le dije a Rosetta:

—Ayúdame.

Y fui directamente al cadáver de Rosario, que estaba tumbado de costado, con un brazo alzado sobre la cabeza, como para asirse a algo que no había tenido tiempo de aferrar. Me agaché y le agarré por un pie; Rosetta se agachó a su vez y le agarró por el otro; y así, trabajosamente, porque pesaba lo suyo, lo arrastramos a un lado, hacia la cuneta, con la espalda y la cabeza por el suelo y los brazos extendidos, arrastrándose sin vida sobre el asfalto. Rosetta fue la primera en soltar el pie, y acto seguido, yo hice lo mismo pero, luego, me incliné presurosa sobre el muerto, con gesto instintivo, como temiendo descubrir que aún seguía con vida: en realidad, yo tenía el sobre con su dinero en el escote y me importaba guardarlo porque, en nuestra situación, nos convenía mucho; por lo cual quería cerciorarme de que estaba muerto de veras. Y lo estaba, según comprendí por sus ojos que habían quedado abiertos y miraban no sé a dónde, brillantes e inmóviles. Lo confieso, en aquella ocasión me porté como una persona interesada y vil, exactamente como se habría comportado Concetta, conforme a su convicción que la «guerra era la guerra». Me había apoderado del dinero del muerto; temí, a causa del dinero, que no hubiese muerto, que siguiese con vida; pero, una vez me hube cerciorado de que había muerto, quise anular mi maligno temor con un acto de fe que no me costaba nada: rápidamente, mientras el hombre del camión me gritaba, impaciente: «No te preocupes, está bien muerto, ya no se puede hacer nada por él», me agache e hice la señal de la Cruz sobre el pecho de Rosario, en el punto de su chaqueta negra donde aparecía una mancha oscura. Al hacer aquel gesto, mis dedos rozaron la tela de la chaqueta y noté que estaba mojada luego, mientras corría hacia el camión con Rosetta, me miré furtivamente los dedos con los que había hecho la señal de la Cruz y vi que las yemas estaban rojas de sangre viva, recién derramada. De improviso, al ver la sangre, sentí un oscuro remordimiento, casi asco de mí misma, por haber hecho aquella hipócrita señal de la Cruz sobre el cadáver del hombre a quien acababa de robar; y confié en que Rosetta no lo hubiese notado. Pero, al secarme los dedos en la falda, vi que me miraba y comprendí que me había visto. Subimos, nos sentamos al lado del hombre y el camión arrancó.

El hombre conducía encorvado sobre el volante que asía con ambas manos, como aferrándose a él, los ojos desencajados, la cara pálida, asustada; yo seguía preocupada por el fajo de billetes de Banco que llevaba en el escote; y Rosetta miraba frente a sí, con un rostro inmóvil y apático, en el cual hubiese sido imposible hallar el reflejo de un sentimiento cualquiera. Se me ocurrió pensar que ninguno de los tres, cada cual por sus motivos propios, habíamos demostrado la menor piedad por Rosario, muerto como un perro y luego abandonado en la carretera: el hombre, aterrorizado, ni siquiera se había apeado para ver si estaba muerto o vivo; yo, sobre todo, me había preocupado de cerciorarme de que estaba bien muerto por el dinero que le había quitado; y Rosetta se había limitado a arrastrarlo por un pie hasta la cuneta, como si hubiese sido la carroña fétida y molesta de algún animal. Es decir, que no existía piedad, ni emoción, ni simpatía humana; moría un hombre y los otros hombres se quedaban tan frescos, cada cual por sus motivos personales. Era, en suma, la guerra, como decía Concetta, guerra que yo temía que se prolongase en nuestras almas mucho después de que la guerra de verdad hubiese terminado. Pero Rosetta era el caso peor de los tres: menos de media hora antes, había hecho el amor con Rosario; provocó su deseo y lo satisfizo; había dado y recibido placer de él: y, ahora, estaba sentada con los ojos secos, inmóvil, indiferente, apática, sin asomo de sentimiento en la cara. Pensé en todo eso y me decía que todo iba al revés de como hubiese debido ir, que toda la vida se había vuelto absurda, sin pies ni cabeza, que las cosas importantes ya no eran importantes y que las que no tenían importancia se habían vuelto importantes. Después, de repente, se produjo un hecho extraño que no había previsto: Rosetta, quien, hasta entonces, como he dicho, no había mostrado ningún sentimiento, se puso a cantar.

Primero, con voz vacilante y como estrangulada; luego, con voz más clara y firme, de manera más segura, se puso a cantar la misma canción que le pedí que cantase poco antes y que ella, sintiéndose impotente, interrumpió a la primera estrofa. Era una cancioncita que estaba de moda un par de años atrás y Rosetta solía cantarla, como ya he dicho, cuando atendía a las faenas domésticas; no era gran cosa, más bien bastante sentimental y boba, y de momento pensé que era extraño que la cantase precisamente entonces, tras la muerte de Rosario: una prueba más de su insensibilidad y de su indiferencia. Pero, luego, recordé que, cuando le pedí que cantase, me dijo que no se sentía capaz, que estaba desganaada; y también me acordé de haber pensado que ella había cambiado y que ya no podía cantar porque ya no era la de antes; y, de improviso, me dije que quizá cantaba para hacerme comprender que no era verdad que hubiese cambiado, que, por el contrario, seguía siendo la Rosetta de antes, buena, dulce e inocente como un ángel. En efecto, mientras pensaba estas cosas, la miré y entonces vi que tenía los ojos llenos de lágrimas; lágrimas que brotaban de sus ojos desencajados y le resbalaban por las mejillas; y, de repente, quedé convencida: no había cambiado, como temía yo; aquellas lágrimas las derramaba por Rosario, en primer lugar, porque había sido asesinado sin piedad, como un perro, y luego por ella misma y por mí y por todos aquellos a quienes la guerra había hecho sufrir, matado y trastornado; significaban no tan sólo que, en el fondo, ella no había cambiado, sino tampoco yo, que había robado el dinero de Rosario, ni todos aquellos que la guerra, mientras duró, había transformado como la había transformado a ella. De pronto, me sentí muy consolada; y de aquel consuelo brotó, espontáneo, un pensamiento: «En cuanto llegue a Roma, mandaré ese dinero a la madre de Rosario.» Sin decir nada, pasé un brazo bajo el brazo de Rosetta y le estreché la mano en la mía.

Cantó varias veces aquella canción mientras el camión corría hacia Vallettri y, después, cuando las lágrimas cesaron de brotar de sus ojos, dejó de cantar. Aquel hombre del camión, que no era malo, sino tan sólo asustadizo, tal vez comprendió algo, porque de repente preguntó:

—¿Quién era para vosotras aquel muchacho asesinado?

Me apresuré a contestar:

—Nada, un conocido, un estraperlista que nos había ofrecido llevarnos a Roma.

Pero él, atemorizado otra vez de repente, se apresuró a decir:

—No me digáis nada, no quiero saber nada, no sé nada y no he visto nada. En Roma nos separaremos y yo haré como si nunca os hubiese visto ni conocido.

—Tú me has preguntado.

—Sí, tiene razón, pero olvídalo, olvídalo.

Por fin, al fondo de la llanura extensa y verde, apareció una larga franja de color incierto, entre blanco y amarillo: los suburbios de Roma. Y, detrás de la franja, dominándola, gris sobre el fondo del cielo gris, lejanísima, pero clara, la cúpula de San Pedro. Dios sabe cómo esperé durante todo el año ver de nuevo, allá en el horizonte, aquella entrañable cúpula, tan pequeña y a la par tan grande que casi podía confundirse con un accidente del terreno, con una colina o un cerro; tan sólida, aunque pareciese una sombra; tan tranquilizadora por ser familiar y mil veces vista y contemplada. Aquella cúpula, para mí, no era solamente Roma, sino mi vida de Roma, la serenidad de los días que se viven en paz consigo mismo y con los demás. Allá, al fondo del horizonte, aquella cúpula me decía que ya podía volver confiada a casa y que la vida de antes reanudaría su curso, pese a tantos cambios y tantas tragedias habidas. Pero también me decía que aquella nueva confianza se la debía a Rosetta y a su canto y a sus lágrimas. Y que, sin aquel dolor de Rosetta, a Roma no habrían llegado aquellas dos mujeres inocentes que salieron de ella un año atrás, sino una ladrona y una prostituta, como, precisamente, a través de la guerra y a causa de la guerra, se habían convertido.

El dolor. Recordé a Michele, quien no estaba con nosotros en aquel momento tan suspirado del retorno y que nunca volvería a estar con nosotras; y me acordé de aquella noche en que él leyó en voz alta, en la cabaña de Sant'Eufemia, el pasaje del Evangelio sobre Lázaro; cuando se encolerizó tanto con los campesinos que no habían comprendido nada y gritó que todos estábamos muertos, en espera de la resurrección, como Lázaro. Entonces, las palabras de Michele me habían dejado confusa; ahora, en cambio, comprendía que Michele tenía razón; y que, durante algún tiempo,

habíamos estado muertas también nosotras dos. Rosetta y yo, muertas para la piedad que se debe tener a los demás y a sí mismos. Pero el dolor nos había salvado en el último momento; por lo que, en cierto modo, el pasaje de Lázaro también era válido para nosotras, puesto que, gracias al dolor, por fin habíamos salido de la guerra que nos encerraba en su tumba de indiferencia y de maldad y reanudado el camino de nuestra vida, que tal vez era una pobre cosa llena de oscuridad y de yerros, pero, sin embargo, la única que debíamos vivir, como Michele, sin duda, nos habría dicho si hubiese estado con nosotras.

FIN

ÍNDICE*

Capítulo primero	7
Capítulo II	31
Capítulo III	51
Capítulo IV	75
Capítulo V	105
Capítulo VI	123
Capítulo VII	151
Capítulo VIII	173
Capítulo IX	205
Capítulo X	221
Capítulo XI	241

* La paginación corresponde a la edición original [Nota del escaneador].